

JOSÉ VICENTE ALFARO



LA
FRAGILIDAD
DEL
CRISANTEMO



mī

Índice

Portada	
Sinopsis	
La fragilidad del crisantemo	
Dedicatoria	
Prefacio	
Introducción	
Primera parte	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Segunda parte	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Tercera parte	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Cuarta parte	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Quinta parte	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	

Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Dos hermanos pequeños se sumergen en la profundidad del bosque en busca de leña, cuando una extraña criatura alada se materializa ante sus ojos...

A partir de aquí se desencadena una vertiginosa trama de intriga y romance en el desconocido y deslumbrante Japón clásico del periodo Heian, cuya capital se convertiría en el centro cultural más floreciente del mundo, desarrollándose un culto a la belleza y un ceremonial cortesano como nunca antes se habían conocido.

El emperador, de origen divino y fuente absoluta del poder, gobernaba sobre una población empobrecida y una minoritaria aristocracia favorecida. Pero todos creían en seres sobrenaturales que influían directamente sobre sus vidas.

En este universo de leyenda tendrán lugar las aventuras de: Asatori, un humilde campesino; Katsumi, una erudita dama; y Tokinobu, un agente de la Guardia Ciudadana. Cortesanos, princesas, adivinos y guerreros se codean en esta vertiginosa narración que incluye personajes reales, como el emperador Kanmu o el comandante Sakanoue no Tamuramaro.

JOSÉ VICENTE ALFARO

LA FRAGILIDAD DEL CRISANTEMO

m̄r

Para Nina y Domingo, por todo el cariño.

PREFACIO

De un modo u otro, todos conocemos o hemos oído hablar del Japón feudal, gobernado por poderosos clanes enfrentados entre sí y cuyas diferencias desembocaban en cruentas e interminables guerras protagonizadas por una legendaria estirpe de guerreros, cuya fama se extiende hasta nuestros días: los samuráis. Sin embargo, a dicha era le precedió un tiempo no tan conocido, pero no por ello menos apasionante, durante el cual Japón viviría un largo período de relativa paz, y su principal ciudad se convertiría en el centro cultural más floreciente del mundo después de la capital china.

El período Heian dio comienzo a finales del siglo VIII, cuando el emperador Kanmu trasladó la capital de Japón a Heian-kyō —actual Kioto—, culminando así la implantación de una importante reforma que se había llevado a cabo durante el siglo anterior, encaminada a crear un estado burocrático centralizado según el modelo chino, con el fin de unir a la nación y concentrar todo el poder político en manos de la Corte Imperial. Uno de los aspectos más destacados de la Gran Reforma consistió en declarar la tierra de dominio público y conceder una parcela a cada súbdito para que la explotase hasta su muerte, con el correspondiente pago de los impuestos al gobierno central. Asimismo, se impuso un código de leyes penales y administrativas denominado *Ritsuryō*, destinado a regir la vida de las diferentes provincias en que se había dividido el país.

Al emperador se le atribuía la fuente absoluta del poder, tanto secular como religioso, pues su linaje se remontaba a los tiempos remotos pertenecientes a la historia mítica nipona, que lo acreditaba como descendiente directo de la diosa Amaterasu Okami, considerada la divinidad del sol y la deidad suprema de la nación.

Aunque la población total del Japón de la época rondaba los cinco millones, el auge cultural que marcó el período Heian surgió y se desarrolló únicamente en la capital, habitada por menos del uno por ciento, y se

restringió únicamente a la poderosa aristocracia, que gozaba de un incomparable estatus de privilegio frente a la plebe, desdeñada y empobrecida. En aquel particular contexto se originó una cultura cortesana propia que impregnaría la vida de la nobleza hasta el más mínimo detalle, y también se produjo una formidable explosión de la creatividad artística, sobre todo en el campo de las letras, y muy especialmente en el de la poesía, que ocupaba un lugar central en la vida cotidiana de las clases altas —pues constituía una parte esencial de las ceremonias de cortejo— y cuyo dominio resultaba indispensable para progresar en aquel mundo.

La clase dirigente, que se consideraba superior al resto de la población, se caracterizaba por dos aspectos contrapuestos que definían su actitud y su forma de pensamiento. Por un lado, desarrolló una fascinación por el refinamiento, la pompa, la solemnidad y el complejo ceremonial cortesano. Y, por otro, cultivó una sensibilidad artística íntimamente ligada a la melancolía, la fugacidad de las cosas y lo efímero de la belleza, una visión influida por el concepto budista de la transitoriedad y las cuatro nobles verdades del sufrimiento. Durante dicho período, aristócratas y cortesanos desarrollaron un culto a la belleza y una regla del buen gusto como jamás se había conocido hasta la fecha en ninguna parte del mundo, hasta el punto de hacer de los mismos el eje de su existencia, por encima incluso de la ética o la moral.

A nivel religioso, el sintoísmo constituía el credo autóctono del país desde sus orígenes. No obstante, el budismo se había introducido en el territorio desde hacía un par de siglos, y se había extendido sobre todo entre las élites. Ambas religiones coexistían pacíficamente, pues se había producido un proceso de sincretismo, facilitado por el carácter conciliador del tipo de budismo que había llegado a Japón desde China y Corea.

Toda la sociedad de la época, tanto la nobleza como el pueblo llano, era profundamente supersticiosa. Algunas supersticiones estaban relacionadas con la brujería, la nigromancia y otras prácticas ocultistas. Y, en otros casos, se asociaban a la firme creencia en espíritus, demonios y toda clase de seres sobrenaturales, derivados del antiguo folclore nativo, de origen oscuro e incierto.

Además, Japón fue también depositario del legado de las artes marciales de origen oriental, procedentes de India y de China, y asociadas siempre a métodos y filosofías religiosas, bajo cuya influencia y desarrollo alcanzaron su mayor grado de expresión y perfeccionamiento. En particular, el período

Heian sería testigo de la aparición de la clase samurái, así como del nacimiento de los igualmente temidos monjes guerreros.

El período Heian, que comprendió la última etapa de la era clásica de la historia japonesa, se prolongó hasta finales del siglo XII, tiempo durante el cual sufrió todo tipo de transformaciones, hasta que finalmente se produjo el derrumbamiento del sistema político y se instauró el primer *shogunato* de su historia, régimen que se extendería nada más y nada menos que hasta la segunda mitad del siglo XIX.

INTRODUCCIÓN

*Provincia de Yamashiro. Japón. Inicios del siglo IX
d.C.*

Siguiendo las instrucciones de su padre, los dos niños se internaron en el bosque para recoger algo de leña.

No debían alejarse demasiado de la aldea ni entretenerse por el camino. Aún era de día y, siempre que se diesen prisa, no correrían ningún peligro. Los niños, sin embargo, ambos hermanos de diez y once años, fueron incapaces de sustraerse a su propia naturaleza y comenzaron a jugar a perseguirse y a corretear detrás de las ardillas. Una cosa llevó a la otra, hasta que enseguida perdieron la noción del tiempo como un astrónomo observando las estrellas.

Sin darse cuenta, habían ascendido por la sierra siguiendo un sinuoso sendero flanqueado por zarzas, arbustos y flores silvestres, alfombrado de hojarasca y agujas verdes que se levantaban en el aire formando pequeños remolinos con cada ráfaga de viento.

—Tendríamos que volver —dijo el mayor de ellos, poniendo al fin algo de sensatez.

Aunque el sol aún no se había puesto, se hallaban en mitad de un denso bosque de cedros que apenas dejaba pasar la luz.

—Tienes razón. Creo que nunca antes habíamos estado aquí.

Antes de dar un paso, una neblina se deslizó entre la espesura y se mezcló con la penumbra que reinaba en la arboleda. Simultáneamente, el gorjeo de los ruiseñores cesó de repente y el zumbido de los insectos se redujo hasta casi desaparecer. El sobrecogedor silencio se vio interrumpido por unas siniestras risas, semejantes al lamento de las hienas. Los niños sintieron extrañas presencias y percibieron sombras huidizas por el rabillo del ojo.

—Tengo miedo —confesó el hermano menor.

—Yo también. Regresemos cuanto antes.

Entonces fue cuando una criatura alada con forma humana se materializó en

mitad del camino.

—¡Un *tengu*[1]! —exclamaron a la vez.

Los niños se giraron y echaron a correr despavoridos. Sin embargo, a los pocos pasos, el más pequeño de ellos se tropezó con una piedra y se dio de bruces contra el suelo. Al principio, el mayor ni siquiera se dio cuenta, hasta que escuchó un llanto desesperado justo detrás de él. Su hermano se dolía de la caída y trataba de ponerse en pie, pero le resultaba imposible porque se había torcido un tobillo.

Su primer instinto fue el de acudir en su ayuda. El *tengu* se desplazaba con parsimonia, y él estaba seguro de poder llegar a su hermano antes de que lo hiciese aquella espantosa criatura con sus manos acabadas en garras. Con todo, su planteamiento se vino abajo en cuestión de segundos. De pronto, otro *tengu* surgió de la maleza, y un tercero lo hizo desde las alturas, desplegando sus majestuosas alas al tiempo que emitía un espeluznante graznido.

Horrorizado, el niño observó cómo los monstruos rodeaban a su hermano, y ya no vio más nada porque enseguida emprendió una desesperada huida para evitar ser el siguiente. A su espalda, las siluetas de aquellos tenebrosos seres danzaban y emitían horrendos chillidos, mientras se confundían en la vaporosa tiniebla que se había formado en aquella parte del bosque.

El trayecto de vuelta lo recorrió sumido en un incontrolable llanto, y cuando por fin alcanzó la aldea y contó lo que había pasado, nadie dudó de su relato. Durante los últimos años, los temibles *tengu* habían raptado a decenas de niños a lo largo y ancho de toda la provincia. Los aldeanos, impotentes y asustados, habían adoptado todas las precauciones posibles, pero nada de lo que hiciesen parecía ser suficiente. Y, mientras tanto, las autoridades oficiales no hacían nada para resolver el problema. Ni buscaban a los niños secuestrados ni tampoco tomaban medidas para impedir que más raptos se produjesen. Los *tengu*, tan aterradores como esquivos, no constituían un enemigo corriente al que poder enfrentarse por los medios habituales. Y las víctimas, todas ellas pertenecientes a la clase más baja posible, eran demasiado pobres e insignificantes como para que a las autoridades les importase.

Ante semejante escenario, los aldeanos habían perdido cualquier atisbo de esperanza. Y, si nada cambiaba, estaban convencidos de que aquella pesadilla estaba condenada a repetirse cada cierto intervalo de tiempo, al menos mientras los *tengu* se mostrasen igual de insaciables.

Y, por desgracia para ellos, todo apuntaba a que no se equivocaban...

PRIMERA PARTE

De haber sabido
que el amor tanto apena,
me hubiera hecho
rocío de la tarde
que al alba se deshace.

KAKINOMOTO NO HITOMARO (662-710)



1

Asatori se sirvió un cuenco de verdura picada con arroz y se sentó sobre la vieja estera que cubría parte del suelo para compartir la frugal cena junto a su padre.

La cabaña carecía de mobiliario y, como la de cualquier otro aldeano, no era más que una precaria construcción de tabiques de madera y techo de paja. El campesinado, pese a constituir la mayor parte de la población y producir la totalidad de la riqueza del país, llevaba una existencia miserable y se hallaba sumido en el analfabetismo más absoluto. Sus vidas se reducían al fatigoso trabajo diario que les exigía el campo, y entre sus únicas distracciones tan solo se contaban los festivales sintoístas relacionados con el ciclo agrícola, así como las bodas y los nacimientos.

—La familia del crío desaparecido se encuentra hundida por completo —dijo Katsuro—. Y su hermano, el que logró escapar por los pelos, sigue muerto de miedo tras haber presenciado el rapto.

—Ya son demasiados los niños que los *tengu* han secuestrado —repuso Asatori mientras devoraba el arroz—. ¿No se puede hacer nada por evitarlo?

—Salvo procurar mantener a los críos alejados de los bosques, poco más se puede hacer. ¿Qué posibilidades tenemos simples hombres como nosotros de enfrentarnos a seres que habitan una realidad distinta de la nuestra?

Lejos de resultar extraña, la aseveración manifestada por Katsuro reflejaba el pensamiento de toda la sociedad, tanto de la población rural como de la urbana, incluida la propia aristocracia. Bajo la denominación genérica de *yokai* se englobaba a todo tipo de demonios y criaturas sobrenaturales que desde tiempos inmemoriales formaban parte del folclore japonés. No todos los *yokai* eran malignos, también los había que socorrían a personas en peligro o daban buena fortuna. No obstante, la mayoría tenían malas intenciones y lo mejor que uno podía hacer era mantenerse alejado de ellos. Solían habitar en las zonas remotas de la naturaleza, y entre los más populares —además de los

tengu— también se hallaban los *kappa*[2] y los *oni*[3]. En una época en la que todavía la conciencia de mitos y leyendas impregnaba la mentalidad de los lugareños, todas aquellas monstruosas criaturas resultaban tan reales como podían serlo una vaca, un oso o una luciérnaga.

—¿Crees que los *tengu* devolverán al crío que se han llevado? —preguntó Asatori.

—Por lo acontecido hasta ahora, no parece probable —replicó Katsuro, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

De los *tengu* se decía que tenían predilección por raptar a los niños pequeños, a los que solían devolver en perfecto estado al cabo de un tiempo, buena parte de las veces. Sin embargo, lo cierto era que nada se había vuelto a saber de los críos que habían desaparecido durante los últimos años, cuyos cadáveres no se habían encontrado, por lo que tampoco podía descartarse la posibilidad de que todavía siguiesen con vida.

Katsuro miró a su hijo con ternura, y se sintió agradecido de poder tenerle a su lado. Actualmente, Asatori ya tenía dieciocho años, pero a los diez, mucho antes de que tuviese lugar la presente ola de secuestros, él también desapareció una tarde en el bosque sin dejar el menor rastro. Aunque no hubo testigos, todos dieron por hecho que los *tengu* se lo habían llevado. De hecho, lo que definitivamente confirmó las sospechas de los aldeanos fue que Asatori reapareció al cabo de un año, sin haber sufrido el menor daño y como si nada hubiese ocurrido. Asatori no recordaba dónde había estado ni quién o quiénes lo habían retenido durante aquel lapso de tiempo en que nada se había sabido de él. Lo cual, en realidad, encajaba con el modo de actuar de los huidizos *tengu* y su afición por los secuestros de duración limitada.

—Yo me ocupo de recoger los platos —dijo Asatori cuando terminaron de comer.

Katsuro asintió con la cabeza y, tras darle las buenas noches a su hijo, se acostó en un lecho situado en un rincón de la estancia. Se quedó dormido en menos de un minuto, completamente exhausto tras una dura jornada de trabajo.

Asatori fregó los cuencos y apagó el fuego que habían usado para cocinar. Luego se tendió en la cama, pero no cerró los ojos de inmediato. A través de la ventana se colaba un retazo de luz de luna que teñía el suelo de blanco. El joven campesino se sentía muy desdichado. Desde su insólito regreso tras el secuestro del que había sido víctima, el resto de la aldea lo había tratado como si fuese un apestado. Los otros niños dejaron de jugar con él debido a la

expresa prohibición de sus padres. Tras haber permanecido con los *tengu* por espacio de un año, Asatori se había convertido en una especie de ser maldito con el que nadie quería relacionarse, como si él mismo fuese una de aquellas criaturas sobrenaturales o se hubiese contagiado de la maldad que se les adjudicaba. Desde entonces, únicamente su familia lo había apoyado: sus padres y su hermana mayor.

Para su desgracia, con el paso de los años Asatori había recibido dos reveses más. Primero fue la muerte de su madre, cuyos problemas de salud ya venían de largo. Y, un tiempo después, la partida de su querida hermana, que hasta entonces jamás se había separado de su lado y le había brindado el cariño que nadie más le daba. El matrimonio pactado con un pescador de una aldea costera la había alejado definitivamente de él.

Asatori llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de abandonar la aldea y comenzar de cero en otro sitio. Si se quedaba, jamás podría casarse ni formar una familia, y cuando su padre también le faltase se enfrentaría a la soledad más absoluta. Sin embargo, aquella posibilidad implicaba serias dificultades. Si se trasladaba a una aldea cercana, los rumores se extenderían con rapidez y muy pronto sus nuevos vecinos sabrían quién era, y sería como si nada hubiese cambiado. Y si emprendía un viaje de mayor calado, más allá de los confines de la provincia, el gobierno central no se lo pondría fácil, porque solía requerir a los viajeros algún tipo de identificación que él no tenía. Y, aunque lograrse superar los controles fronterizos y recalar en una población donde nadie lo conociera, ¿de qué iba a vivir sin unas tierras propias que labrar?

También había considerado la opción de ingresar en un monasterio budista, como hacían ciertas familias con algunos de sus hijos cuando ya tenían demasiadas bocas que alimentar. No obstante, la vida monacal no le atraía lo más mínimo. Aunque algo bajito, Asatori era un muchacho atlético y de constitución robusta, dotado de una privilegiada combinación de habilidad y fuerza física que le capacitaba especialmente para los trabajos de tipo manual. Por lo tanto, la perspectiva de pasarse el resto de sus días encerrado entre cuatro paredes, dedicado a orar durante la mayor del tiempo, no le parecía la mejor alternativa. La vida religiosa le haría sentir igual de desgraciado.

Asatori dejó caer los párpados, que ya comenzaban a pesarle. Tenía los ojos de color avellana, la nariz achatada, y su fuerte complexión física contrastaba notablemente con su rostro aniñado. Los ronquidos de su padre resonaban por toda la estancia, pero él ya estaba acostumbrado. Cayó rendido

al sueño en pocos minutos.

Muy temprano en la mañana, padre e hijo se levantaron y desayunaron algo de fruta fresca antes de dar inicio a su rutina diaria. Katsuro se dirigió directamente hacia los campos de cultivo para continuar con la siembra propia de aquella época del año. Asatori se le uniría enseguida, pero antes se aprovisionaría de agua del manantial porque se habían quedado sin reservas.

La aldea donde había nacido y crecido —excepto aquel año perdido del que no recordaba nada— no albergaba para Asatori secreto ni resquicio alguno. Las viviendas de madera, las sucias callejuelas atestadas de ganado doméstico, los huertos de zanahorias y berenjenas, y los verdes arrozales que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista formaban parte intrínseca del paisaje de su memoria. Aunque la aldea no había cambiado, sí que lo había hecho la actitud de sus vecinos. Desde su secuestro, los habitantes con que se cruzaba desviaban la mirada y se apartaban de su trayectoria para evitar rozarlo siquiera. Semejantes muestras de rechazo ya no le dolían tanto como al principio. Su corazón se había endurecido a costa del sufrimiento que había soportado durante tantos años. Asatori ni siquiera participaba activamente de los festivales sintoístas, que presenciaba apartado de la multitud.

El manantial se hallaba al pie de un monte escarpado, trufado de pinos centenarios y cerezos en flor. El aroma a tierra mojada se mezclaba con la fragancia de las hojas humedecidas por el rocío de la mañana, y la corriente de agua producía un plácido murmullo que se superponía al esmerado canto de los pájaros. El lugar se hallaba vacío, salvo por una muchacha que llenaba unos cubos de agua. Asatori no dijo nada y se situó a cierta distancia para evitar que su presencia la incomodara. Pese a que nunca había cruzado una sola palabra con ella, sabía perfectamente quién era porque en la aldea todo el mundo se conocía, aunque solo fuese de vista. Miyuki era una chica menuda y delgada, de rasgos suaves y delicados, que poseía una melena inusualmente corta que le llegaba hasta los hombros.

Asatori bajó la mirada y se centró en la tarea que había ido a llevar a cabo. Ya estaba tan acostumbrado a que lo ignorasen que había asumido aquel comportamiento como algo natural. Al cabo de unos segundos, advirtió que la chica se preparaba para marcharse. Asatori alzó la cabeza y, para su sorpresa, observó que los ojos de Miyuki estaban fijos en él. Tras verse sorprendida, la

muchacha no solo no desvió la mirada, sino que se la sostuvo firmemente como nadie acostumbraba a hacerlo. Finalmente, esbozó una sonrisa que iluminó toda su cara y se giró para emprender el camino de vuelta portando un cubo en cada mano.

Después de perderla de vista, Asatori precisó de varios minutos para recomponerse. La actitud de Miyuki —especialmente la sonrisa que le había dedicado antes de irse— lo había descolocado por completo. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie que no fuese de su propia familia se mostraba amable con él?

Durante el resto de la jornada, mientras se deslomaba en los arrozales con las piernas hundidas hasta las rodillas, Asatori revivió una y otra vez en su mente el fugaz encuentro con Miyuki y la inapreciable muestra de afecto que le había regalado. Al caer la tarde, sin embargo, ya no estaba tan seguro de que el episodio hubiese ocurrido como lo recordaba, y comenzó a preguntarse si no se lo habría imaginado, confundiendo los deseos con la realidad.

Para salir de dudas, Asatori acudió al manantial a la mañana siguiente, y de nuevo tuvo la suerte de volver a coincidir con la muchacha. Miyuki, una vez más, no rehuyó su mirada. Y, por si no fuese suficiente, su rostro reflejaba una expresión serena y confiada que volvió a descolocarlo. Asatori sintió una mezcla de excitación y nerviosismo. La predisposición de la muchacha lo alentaba a iniciar una conversación. Además, las circunstancias no podían ser mejores, pues en ese momento el bucólico paraje que los envolvía les pertenecía solo a ellos.

—Hola —murmuró Asatori, temeroso de que su atrevimiento lo echase todo a perder.

—Hola.

Miyuki dejó entrever de nuevo su encantadora sonrisa.

—Hasta el otro día, nunca antes te había visto por aquí. Y llevo años recogiendo agua de este manantial.

—Eso es porque antes era mi hermano el que venía, pero ahora ya soy lo suficientemente fuerte como para poder encargarme yo misma de la tarea.

—Tu nombre es Miyuki, ¿verdad? —La chica asintió complacida—. Yo solía jugar mucho con tu hermano hasta que... Bueno, hasta que me pasó lo que ya todo el mundo sabe.

—No te preocupes. Sé quién eres y el motivo por el que todos te evitan. Sin embargo, lo que piensen los demás a mí no me importa.

—¿De verdad?

—Si a mi hermano pequeño le ocurriese lo mismo que a ti, no me gustaría que la aldea lo excluyese de esa manera.

Acto seguido, Miyuki avanzó unos pasos para acortar la distancia que los separaba, y, como para dar a entender que su discurso iba mucho más allá de las palabras, tomó con toda naturalidad la mano de Asatori.

En ese momento, un ciervo surgió de la maleza y se aproximó al extremo opuesto del manantial, sin mostrarse intimidado por la presencia de la pareja. Asatori sintió que el tiempo se detenía mientras el hermoso animal bebía, a la par que Miyuki le sostenía la mano sin concebir que él pudiese estar maldito o endemoniado, o lo que fuese que los demás creyeran.

El mágico instante se quebró cuando escucharon voces en las proximidades. El ciervo se puso en alerta y se marchó con el mismo sigilo con el que había llegado. Miyuki le soltó la mano, terminó de llenar su cubo de agua y se preparó para irse.

—¿Te veré aquí mañana a la misma hora? —preguntó Asatori cuando ella enfilaba el camino de regreso.

La muchacha no le contestó en voz alta, pero el brillo de su mirada no dejaba lugar a dudas del sentido de su respuesta.

Asatori aún no se creía lo que había pasado. Con un gesto tan sencillo como cogerlo de la mano, Miyuki le había restituido la dignidad que otros le habían robado y le había devuelto la esperanza que ya creía perdida. Entusiasmado, pensó a lo largo de todo el día el modo de devolverle el gesto y dejarle entrever al mismo tiempo lo que comenzaba a sentir por ella. Asatori no estaba particularmente dotado para las artes, pero al menos había aprendido de su padre a trabajar la arcilla, habilidad que no se le daba del todo mal. De manera que, tan pronto como finalizó su jornada de trabajo, modeló un ciervo como el que los había visitado en el manantial, confiando en que Miyuki captase su significado.

Al día siguiente, Asatori aguardó la llegada de Miyuki sin poder contener los nervios. Nada más verla, le dio el regalo que él mismo había elaborado con sus propias manos y observó atentamente su reacción. La muchacha se sonrojó, le agradeció el detalle y elogió profusamente la figura del ciervo, pese a su tosco acabado. El mensaje que encerraba el obsequio estaba muy claro, y que

fuese más o menos bonito era lo de menos.

Después se entretuvieron conversando durante un rato, breve pero intenso. Primero se centraron en el asunto del que todo el mundo hablaba en ese momento: el reciente secuestro de un niño al que ambos conocían desde su nacimiento, y el miedo que los *tengu* infundían entre la población. Luego hablaron de temas más triviales y circunstancias habituales de la vida cotidiana. Más allá de las palabras, las miradas y los gestos constituían un inequívoco reflejo de lo que uno y otro comenzaban a sentir. Miyuki sonreía todo el tiempo, se tocaba repetidamente el pelo sin darse cuenta y no evitaba el contacto físico casual.

Para cuando se despidieron, Asatori ya no tenía el menor atisbo de duda acerca de los sentimientos que había despertado en ella, hasta el punto de que a Miyuki ni siquiera parecía importarle la posibilidad de que buena parte de la aldea no aprobase su actitud. Asatori lo ignoraba, pero hacía tiempo que Miyuki se había fijado en él. De hecho, su primer encuentro en el manantial no había sido fruto de la casualidad. Ella lo había provocado de forma intencionada.

Por vez primera, Asatori se planteó su futuro desde una perspectiva completamente distinta. Miyuki era bonita, encantadora, pero sobre todo tenía un corazón enorme y libre de prejuicios. ¿Qué más se podía pedir? Casarse y formar una familia ya no le parecían metas tan fuera de su alcance como lo habían sido hasta ahora. Si daba los pasos adecuados y Miyuki lo aceptaba, sus sueños podrían hacerse realidad. Además, si tal cosa ocurriese, cabía la posibilidad de que otros imitasen el comportamiento de Miyuki, hasta lograr finalmente que nadie más lo considerase un proscrito dentro de su propia aldea. ¿Y si después de todo el destino le concedía la posibilidad de llevar una vida normal?

La visita diaria al manantial, bien temprano en la mañana, se convirtió para Asatori en el momento más esperado de la jornada. Durante tres días consecutivos, él y Miyuki se habían encontrado allí y habían forjado un nexo invisible, pero tangible para ambos, que les auguraba un futuro viable como pareja si nada se desviaba del rumbo establecido. Al cuarto, sin embargo, Miyuki no apareció a la hora acostumbrada, ni tampoco volvió a hacerlo al día siguiente, ni el otro ni el de después.

Asatori comenzó a preocuparse, y llegó a la conclusión de que aquel giro de los acontecimientos no podía tratarse de una casualidad.

Sin un plan preconcebido, decidió acudir a la casa de Miyuki para tratar de obtener información. Al llegar, descartó llamar a la puerta porque sabía que no sería bien recibido. En su lugar, se quedó esperando al otro lado de la calle, hasta que la viese entrar o salir, y poder así averiguar lo que estaba pasando.

No tuvo que aguardar demasiado hasta que la puerta se abrió por fin. El padre de Miyuki, un fornido campesino de la misma edad que Katsuro, salió de la casa dando grandes zancadas y apretando los dientes con tanta fuerza que parecían chirriar.

—¿Cómo te has atrevido a acercarte a mi hija?! —exclamó—. Cuando me lo contaron, al principio no quise creerlo.

El hombre sostenía en una mano el ciervo de arcilla que Asatori había modelado, y lo agitaba en el aire como si constituyese la prueba de cargo de un terrible delito. Acto seguido, arrojó la figurilla al suelo y esta se hizo pedazos con gran facilidad. Pero no conforme con eso, trituró con el pie los fragmentos más grandes que habían quedado.

—¡No pienso dejar que traigas la desgracia a mi familia! —prosiguió, vociferando y rojo de ira—. Y, para evitarlo, he pactado el matrimonio de Miyuki con un pretendiente de una aldea vecina. La semana que viene ya estarán casados. Así que más vale que te vayas olvidando de ella. ¿Está claro?

Asatori no pronunció palabra. Estaba acostumbrado a que lo ignorasen o lo tratasen como a unapestado, pero no a recibir con tanta contundencia una carga de odio en plena cara. Mantenía la cabeza agachada y la vista clavada en los diminutos fragmentos de arcilla que había esparcidos por el suelo, como si en realidad fuese su corazón el que hubiese acabado bajo la sandalia del padre de Miyuki.

Una multitud de curiosos se congregó en torno a la llamativa escena, y enseguida se levantó un murmullo de protesta que lo culpaba a él de lo ocurrido. Por fin, Asatori salió poco a poco de su aturdimiento y, tras echar una última mirada alrededor, se escabulló a toda prisa de allí.

Primero dejó atrás los límites de la aldea, luego atravesó los campos de cultivo dando un rodeo y, finalmente, se internó en las inmediaciones del bosque, donde rompió a llorar sin que nadie lo viese. Asatori no se había sentido tan mal en toda su vida. De la posibilidad de unirse a Miyuki y formar una familia con ella había pasado a constatar de forma definitiva que, sin

importar lo que hiciera, la comunidad jamás lo aceptaría como a uno de los suyos.

Asatori continuó caminando durante largo rato, siguiendo el curso de un riachuelo de aguas mansas y cristalinas. Ignoraba cuánto tiempo había pasado desde que se sumió en semejante estado de desdicha, pero, a juzgar por la posición que el sol ocupaba en el cielo, debía de haber transcurrido buena parte del día. Fue entonces cuando unos extraños ruidos lo hicieron detenerse en seco. Hasta sus oídos, llegó el sonido de una rápida sucesión de golpes y respiraciones agitadas. Parecía como si una batalla estuviese teniendo lugar muy cerca de allí.

Con mucha cautela, se aproximó a la zona de la cual procedía el bullicio, hasta llegar a un claro donde un grupo de individuos se enfrentaban entre sí. Antes de que advirtiesen su presencia, Asatori se ocultó detrás de unos matorrales para observar la escena sin ser visto.

Enseguida se dio cuenta de que los protagonistas de la supuesta trifulca en realidad no se peleaban, sino que solamente se ejercitaban, pues todos ellos formaban parte de un mismo grupo. Versados en el dominio de las artes marciales, los hombres practicaban el combate cuerpo a cuerpo y también se valían de largos palos que imitaban a las lanzas. Los integrantes de aquella singular milicia llevaban capucha, y en sus vulgares ropajes no se apreciaba distintivo formal de ninguna clase. Desde luego, no se trataba de ningún destacamento del Ejército Imperial.

Cuando terminaron, lo que sucedió a continuación dejó a Asatori más perplejo aún si cabía. Tras despojarse de sus capuchas, primero descubrió que los combatientes llevaban la cabeza rapada. Pero su sorpresa fue aún mayor cuando, tras verlos cambiarse de ropa, comprobó que todos ellos lucían exactamente la misma vestimenta, que no era otra que la inconfundible túnica de color azafrán. ¡Eran monjes budistas!

Después se acuclillaron en el suelo y comenzaron a recitar un mantra tras otro en perfecta sincronía. Conjurado el peligro, Asatori sintió un gran alivio y decidió hablar con ellos para satisfacer su curiosidad. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían allí? Y, si de verdad eran hombres de fe, ¿por qué se entrenaban para el combate? Tan pronto como terminaron sus oraciones, el joven campesino salió de su escondite y se acercó hasta ellos con paso confiado. Los monjes lo recibieron con calidez, fueron amables con él y respondieron diligentemente a todas y cada una de sus preguntas.

Para cuando se despidió de ellos, Asatori ya contaba con la suficiente información como para tomar la decisión más importante de toda su vida.

Asatori llegó a su casa cuando ya atardecía. Katsuro se hallaba en el exterior, haciendo reparaciones en la techumbre de la cabaña. Resultaba obvio que había estado aguardando pacientemente el regreso de su hijo, que se había ausentado durante la mayor parte del día.

—Asatori, ¿dónde has estado? Estaba muy preocupado por ti.

—Lo siento, padre.

—Está bien, pero no te quedes ahí parado. Entremos. He preparado algo de comer.

Katsuro sirvió algo de pescado cocido y se acomodó sobre la estera de paja. A través de la ventana, la última claridad del día se deslizaba en el interior de la cabaña y arrojaba sombras largas y torcidas.

—Estás muy callado —repuso—. ¿Es que no vas a decir nada?

Asatori permanecía cabizbajo y evitaba mirarlo a la cara. Comía con desgana, como si tuviese la cabeza en otro sitio.

—Sé lo de Miyuki y lo que su padre ha hecho para alejarla de ti —dijo Katsuro con tristeza.

—No es justo... —murmuró Asatori.

—No, no lo es. Y no te imaginas lo mucho que me apena.

Tras un largo silencio, Asatori reunió por fin el coraje suficiente como para comunicarle a su padre la decisión que había tomado acerca de su futuro.

—Me marcho —anunció de forma solemne.

Katsuro no se sorprendió por la noticia, pues era plenamente consciente de la insostenible situación de su hijo, del que siempre había sabido que antes o después se marcharía muy lejos de allí. El desgraciado episodio de Miyuki tan solo había supuesto el desencadenante, la gota que colmaba el vaso y que le había dado el empujón definitivo para decidirse.

—¿Adónde? —inquirió.

—A cualquiera de los numerosos monasterios budistas que abundan en el monte Hiei.

—¿Vas a tomar los hábitos? ¿Tú? Eso sí que no me lo esperaba.

—Seré un monje *sōhei* —explicó—. Un monje guerrero. Los templos budistas poseen grandes riquezas y objetos de valor que se han convertido en

el blanco favorito de bandidos y piratas. Las fuerzas del Ejército Imperial se hallan desbordadas y no pueden defenderlos. De modo que, para protegerse, los budistas han decidido crear su propio ejército de combatientes.

Katsuro comprendió al instante la decisión de su hijo. Asatori no solo contaba con el físico adecuado, sino que además parecía estar dotado naturalmente para la lucha. Durante su adolescencia, se vio envuelto en numerosas peleas con otros jóvenes de la aldea que no paraban de fastidiarlo. Y, aunque muchas veces había vuelto magullado, sus contrincantes siempre habían salido mucho peor parados que él.

—¿Y estás seguro de que te aceptarán?

—Lo harán. La mayor parte de los jóvenes que están reclutando son de clase campesina. Y, aunque debido a nuestro origen humilde tendremos vetado el acceso a los puestos más elevados de la jerarquía, eso a mí no me importa.

—Pareces totalmente decidido.

—Lo estoy. Allí me proporcionarán techo y comida, y me instruirán en las artes marciales y en el estudio de las enseñanzas de Buda.

Tras el anuncio de su hijo, Katsuro perdió de repente el apetito y se sumió en una profunda tristeza.

—¿Te quedarás hasta que finalice la temporada de la siembra? —le pidió.

—Lo haré, padre. Pero después partiré sin demora.

Katsuro no era muy dado a expresar abiertamente sus sentimientos. No obstante, en ese momento se acercó a Asatori y lo abrazó con todas sus fuerzas. Desbordado por las emociones, fue incapaz de contener las lágrimas, pese a que solo recordaba haber llorado dos o tres veces en toda su vida. En realidad, Katsuro lloraba por motivos tan diferentes como contradictorios entre sí. Por un lado, lo apenaba tener que separarse de su hijo, al que posiblemente no volvería a ver nunca. Y, por otro, lloraba de alegría por el nuevo camino que Asatori estaba a punto de emprender, que quizás le permitiese alcanzar la felicidad que en su aldea natal jamás encontraría.

Un día más, la ciudad se despertó con los primeros rayos de sol, cuya luz vaporosa se derramaba sobre los tejados de palacios, templos y pagodas, los aleros de mansiones y casas, como si se abriese el telón de una obra de teatro condenada a representarse eternamente. Heian-kyō, capital de Japón, guardaba ya muy pocos secretos para Tokinobu, tras llevar un buen puñado de años patrullando por sus calles y avenidas como integrante de la Guardia Ciudadana, organización que asumía las funciones de la policía y velaba por la seguridad de la población.

En calidad de oficial, a Tokinobu le había sido asignada la vigilancia de la zona más conflictiva de la ciudad, la puerta de Rashōmon, que se hallaba situada en el extremo sur.

Tan pronto como puso un pie en las inmediaciones, el hedor de los excrementos esparcidos por el suelo —no solo de los bueyes que tiraban de los carros, sino también de los seres humanos— lo golpeó en plena cara, lo que, sumado a los montones de desperdicios que se acumulaban en las esquinas, lo llevó de forma instintiva a taparse la nariz. Durante los primeros instantes, el tufo resultaba tan insoportable que resultaba imposible acostumbrarse, por mucho que fuese allí a diario como parte de sus deberes de vigilancia.

Por la noche, la puerta de Rashōmon y sus aledaños se convertían en el refugio de los marginados de la ciudad: prostitutas, mendigos, niños abandonados, rateros y criminales. Los conflictos eran constantes y la Guardia Ciudadana debía emplearse a fondo para hacer cumplir la ley imperial, o al menos para evitar que aquel lugar se convirtiese en un foco de delincuencia capaz de extenderse a los barrios vecinos. Tokinobu esperaba recibir un detallado informe por parte de los hombres que tenía a su cargo acerca de los incidentes que se hubiesen producido durante la noche.

La mañana parecía muy tranquila, hasta que los desesperados gritos de una

mujer al otro lado de una esquina llegaron hasta sus oídos. Tokinobu acudió a la llamada de auxilio tan rápido como pudo, y observó desde la distancia lo que acababa de ocurrir: dos individuos de aspecto sucio y desharrapado se habían abalanzado sobre una vendedora ambulante, a la que habían tirado al suelo para robarle la mercancía.

Un instante después, una pareja uniformada de la Guardia Ciudadana aparecía por el extremo opuesto, cortando el paso a los delincuentes, que trataban en ese momento de huir a toda prisa. La situación parecía controlada cuando de repente los dos rufianes se armaron de coraje y se enfrentaron a los guardias con las manos desnudas, y a base de mamporros y guantazos lograron tumbarlos sin apenas esfuerzo.

Dadas las circunstancias, Tokinobu actuó sin dudarle y se plantó en el lugar de los hechos dispuesto a poner orden sin ayuda de nadie.

Envalentonados, los delincuentes lo atacaron sin andarse con rodeos. Uno de ellos, incluso, blandió un puñal que hasta el momento no había utilizado, pero era obvio que no dudaría en hacerlo si fuese necesario. Eran dos contra uno. Y, sin embargo, el desenlace de la refriega fue completamente distinto al anterior.

Tras evaluar la situación, Tokinobu ni siquiera desenvainó su espada reglamentaria, pues para noquear a sus rivales se bastaba y sobraba con el uso de las artes marciales, que dominaba con soltura. El que era más alto le lanzó un puñetazo, que Tokinobu desvió con el antebrazo izquierdo, al tiempo que empleaba el derecho para propinarle un fuerte golpe en el esternón. El tipo quedó en el acto fuera de combate, tras sentir que le faltaba el aire y que le asaltaba un intenso dolor. El compañero reaccionó enseguida y trató de apuñalarlo lanzando un tajo al aire, movido más por su instinto que por una técnica adecuada. A Tokinobu le resultó muy fácil esquivar la cuchillada y, tan pronto como vio que la defensa del maleante hacía aguas, le asestó una demoledora patada en la cabeza que lo dejó sin conocimiento.

Después del breve combate, Tokinobu les ató las manos detrás de la espalda, ante la atenta mirada de una multitud de curiosos que se había congregado en la calle, y las palabras de gratitud de la vendedora ambulante, que había podido recuperar toda su mercancía. Al mismo tiempo, los dos guardias que salieron derrotados en los primeros compases del enfrentamiento volvieron en sí, dando algunas muestras de hallarse todavía medio aturridos.

—Lleváoslos a la prisión —ordenó Tokinobu con gesto serio—. Y ya

hablaremos de esto en otro momento. Vuestra actuación ha sido lamentable. Una cosa así no puede volver a suceder.

Avergonzados igual que niños pequeños, los guardias soportaron el rapapolvo de Tokinobu sin cuestionarlo, sabedores de que llevaba toda la razón. Por toda respuesta, se limitaron a agachar la cabeza y a cumplir la orden que acababan de recibir.

Por su parte, Tokinobu se sentía tan furioso que decidió en ese mismo momento hablar con el jefe de la Guardia Ciudadana, saltándose a su superior inmediato en la cadena de mando, un capitán vago e indolente que habría ignorado su queja de forma automática. El problema radicaba en un sistema que, para cubrir los puestos que el gobierno precisaba, no tenía en cuenta las capacidades del sujeto, sino el lugar que este ocupaba dentro de la jerarquía, anteponiendo el linaje de su familia a sus méritos individuales. Poner a ineptos al frente de puestos de carácter administrativo no provocaba graves consecuencias, pero meter de forma sistemática en la Guardia Ciudadana a jóvenes con una preparación militar tan baja, por no decir absolutamente nula, perjudicaba no solo al funcionamiento, sino también al prestigio, de toda la institución. Afortunadamente, Heian-kyō no se hallaba bajo la amenaza de ninguna potencia extranjera ni de fuerzas rebeldes internas, porque en tal caso la Guardia Ciudadana habría podido hacer muy poco para defenderla, y su protección habría dependido casi exclusivamente del Ejército Imperial.

Tokinobu enfiló con paso decidido la ancha avenida del Pájaro Rojo — Suzaku Oji—, flanqueada de sauces y plagada de carruajes pertenecientes a la aristocracia, que cruzaba la ciudad de norte a sur, desde el recinto del Palacio Imperial hasta la puerta de Rashōmon.

Pese al largo trayecto, todavía seguía enormemente indignado cuando se plantó ante el jefe de la Guardia Ciudadana, dispuesto a no callar por más tiempo y denunciar la situación. Su actitud contestataria podría incluso llegar a costarle su puesto de oficial, pero estaba demasiado enfadado como para que le importara.

—Señor, esta misma mañana he sido testigo de cómo una pareja de vulgares ladrones, valiéndose tan solo de sus puños, neutralizaban a dos de mis hombres como podrían haberlo hecho con un ciudadano cualquiera. ¡Es inaceptable!

—¿Qué ocurrió? ¿Acaso no hicieron uso de sus espadas?

—¡Ni siquiera les dio tiempo a desenvainarlas! Y, aunque lo hubiesen

hecho, no habrían sabido cómo utilizarlas de forma adecuada. Carecen de los mínimos conocimientos en artes marciales como para saber defenderse. Deben de pensar que el uniforme por sí solo es suficiente para disuadir a los delincuentes de llevar a cabo su acostumbrada actividad criminal.

—Vamos, no exageres.

—No lo hago. La mitad de los efectivos son auténticos inútiles. Y lo peor de todo es que ninguno de ellos muestra el menor interés en adiestrarse.

—No lo niego. A mí tampoco me hace gracia. Pero ¿qué quieres que haga?

—Deberían introducirse algunos cambios. Por ejemplo, nadie que no demuestre poseer una preparación suficiente en el campo de las artes marciales debería ser admitido.

—Pides demasiado. Ya sabes cómo funcionan las cosas, y yo no puedo cambiarlas.

—¡Pues si yo estuviese al mando removería cielo y tierra para conseguirlo!
—espetó Tokinobu con rabia.

—¡Pero no lo estás! ¡Así que más te vale no olvidar ni por un segundo con quién estás hablando! —replicó el jefe de forma airada—. Y considérate afortunado de ocupar el cargo de oficial, teniendo en cuenta el escalafón social al que perteneces.

Tokenobu, humillado, se mordió la lengua en un vano intento por contenerse.

—¿Sabéis qué, señor? Que peor aún que la ineptitud de los guardias es la desidia de algunos mandos, cuya labor deja igualmente mucho que desear.

—Te aprecio, Tokinobu. Y sabes que pienso que eres uno de mis mejores hombres, si no el mejor. Pero te estás pasando de la raya.

La advertencia de su superior, que incluía aquel reconocimiento de por medio, sirvió al menos para hacerle recobrar la calma.

—Eso último no lo decía por vos —matizó.

—¿Y a quiénes te referías?

—No diré nombres porque no hace falta. Vos sabéis bien de quiénes hablo.

—El jefe calló. Tampoco tenía sentido negar lo evidente—. La cuestión es que la situación es grave. A este paso, pronto ya no seremos capaces ni de impedir los robos a plena luz del día. Y, cuando la población se sienta desprotegida, ¿qué pasará entonces?

Aquella misma tarde, tras haber finalizado su jornada de trabajo, y ya mucho más calmado, Tokinobu atravesaba las concurridas calles de su vecindario camino de su hogar.

Las arterias de la ciudad estaban llenas de vida, y allá donde mirara tenían lugar todo tipo de actividades, a cada cual más ruidosa: el clamor de los apostantes que asistían a una pelea de gallos, el compás desafinado de unos músicos callejeros, o las risas que un espectáculo de títeres provocaba entre los niños. El cielo, immaculado en los primeros compases de la mañana, había perdido a aquella hora del día cualquier rastro de pureza, debido al humo de las cocinas, que se elevaba hacia las alturas, y a las permanentes nubes de polvo que los carruajes levantaban al pasar.

Heian-kyō se había construido a imagen y semejanza de Chang'an —la incomparable capital china, que durante la dinastía Tang se había convertido en la envidia del mundo oriental—, aunque a una escala mucho menor. Protegida por un muro de piedra de dos metros de altura y una zanja de tres metros a cada lado, la capital nipona tenía forma rectangular y estaba dividida en cuadrículas a modo de damero, y organizada a intervalos regulares por calles paralelas y avenidas que se cruzaban en ángulo recto. La ciudad se asentaba sobre un hermoso valle rodeado de naturaleza —bosques, arroyos y colinas— y estaba flanqueada por las plácidas aguas del río Kamo, que discurrían hacia el este.

Tokinobu vivía con sus padres en una casa situada en una estrecha calle perpendicular a una de las vías principales, dentro de una manzana plagada de viviendas similares, todas ellas apretujadas, perfectamente acorde con el estatus modesto al que su familia pertenecía.

Nada más llegar, Tokinobu se desahogó con su padre y protestó amargamente acerca de los problemas que aquejaban a la Guardia Ciudadana.

—Me habrás escuchado decirlo a menudo —repuso este—. Así que ya sabes lo que pienso: mientras todo el poder y la riqueza se concentren en manos de la nobleza, nada cambiará.

El padre de Tokinobu había pertenecido durante muchos años al ejército y había participado en numerosas batallas contra las fuerzas coreanas antes de que se firmase la paz definitiva entre ambas naciones, hasta que una caída del caballo lo dejó impedido de una pierna. Desde entonces, se dedicaba a tareas puramente burocráticas al servicio del gobierno.

—Lo sé, pero el dichoso sistema, además de ineficaz, es completamente

injusto. A estas alturas, yo debería ser como mínimo capitán de la Guardia Ciudadana.

Tokenobu no exageraba. Conforme al lugar que ocupaba dentro de la jerarquía social, su puesto de oficial era lo máximo a lo que aspiraba. Su frustración, por tanto, resultaba del todo comprensible. Al igual que su padre, Tokenobu era un guerrero de vocación, y su máxima ambición siempre había sido la de hacer carrera militar, ya fuese en el Ejército Imperial o en la Guardia Ciudadana. Por desgracia, su deseo tan solo se había cumplido a medias, porque, pese a su sólida preparación —desde muy joven se había formado en una prestigiosa academia de artes marciales—, los cargos más elevados del escalafón militar le estaban vedados por completo. Y, para colmo, buena parte de ellos estaban ocupados por un puñado de incompetentes nombrados por su abolengo, sin que sus capacidades —o más bien la ausencia de estas— contasen lo más mínimo.

—Hijo, ya te lo he dicho otras veces: si lograses casarte con la mujer adecuada, tu situación daría un giro radical. No hay otra solución.

En ese instante, su esposa —la madre de Tokenobu— se asomó desde la cocina y anunció que pronto la cena estaría preparada. La familia solo contaba con un sirviente, que ya se había marchado a aquella hora del día.

—Ojalá fuese tan sencillo...

La jerarquía social que imperaba en la sociedad de la época era tremendamente rígida. No obstante, su padre no se equivocaba. Para ascender dentro de la misma, existía una vía que no se encontraba del todo fuera de su alcance: el matrimonio. O dicho con otras palabras: si Tokenobu lograba casarse con una mujer de la aristocracia, él también pasaría a formar parte de aquella élite privilegiada.

Sin embargo, rara vez una mujer noble se casaba con un hombre de rango inferior, a no ser que estuviese locamente enamorada y lograrse además convencer a su familia. Tokenobu ya lo había intentado en numerosas ocasiones, pero había una circunstancia que jugaba especialmente en su contra: el ineludible proceso de cortejo que regía entre los nobles —que exigía poseer una exquisita sensibilidad emocional y artística, entre otras sutilezas por el estilo— no estaba en absoluto hecho para él. Tal era su torpeza en aquellos menesteres que ni siquiera su buena planta lo ayudaba a compensar aquella notable carencia. En efecto, Tokenobu poseía un poderoso físico, en parte heredado de su padre y en parte cultivado por él mismo; era

bastante más alto que la media, y gastaba una voz grave y profunda que encajaba perfectamente con su apariencia exterior. De nariz recta y rostro cuadrado, no podía decirse exactamente que fuese guapo, pero sí cuando menos interesante y atractivo.

—Es cierto que la tarea es complicada —admitió su padre—, pero no deberías perder la esperanza. Todavía eres joven.

—No tanto. Ya voy camino de los treinta.

—Tú no desistas. La mujer que será capaz de abrirte las puertas de los *yoki hito*[4] se encuentra en algún sitio. Lo único que pasa es que no la has conocido todavía.

Tokinobu se quedó pensativo. Para entonces había recibido tantas negativas que le costaba trabajo poder creerlo.

—No hagas caso a tu padre. —Su madre entró en la sala tras haber seguido atentamente la conversación desde la cocina—. Ya va siendo hora de que te cases con una muchacha de nuestra clase y nos regales muchos nietos. Conozco a un casamentero de mucha fama que, además de buscar a la candidata más adecuada, también se encarga de señalar el día más auspicioso para la celebración de la boda.

—Puede que tengas razón, madre.

—¿Puedo entonces hablar con él?

—Todavía no —replicó—. Espera a que yo te lo diga.

Antes, Tokinobu quería llevar a cabo un último intento con una joven de clase alta y extraordinaria belleza en la que recientemente se había fijado. Pero esta vez, incluso, estaba dispuesto a tragarse su orgullo y a pedir ayuda para lograrlo. Si uno de sus mejores amigos se avenía a echarle una mano, después de todo quizás tuviese una oportunidad.

El amigo de Tokinobu vivía en una mansión de estilo *shinden*[5], situada en el primer distrito, muy cerca del recinto del Palacio Imperial, en una de las zonas más exclusivas y ricas de la ciudad. Un grueso muro rodeaba la vivienda, cuya extensión superaba la hectárea y media, aunque la mayor parte de todo ese espacio lo ocupaba el jardín.

Su amigo, de nombre Oshimaro, pertenecía a una opulenta familia aristocrática, y, como *yoki hito* que era, dominaba perfectamente las reglas del

gusto que regían los mecanismos del cortejo. Nadie mejor que él, por tanto, para ayudarlo a conquistar a una mujer de la alta sociedad.

Un estirado sirviente condujo a Tokinobu hasta una sala alargada donde el señor solía acoger a sus invitados. Oshimaro lo recibió con una cordial sonrisa y un caluroso abrazo. Su aspecto físico respondía al ideal de belleza masculina que imperaba en aquella época: cara rolliza, boca pequeña y una barbita corta y puntiaguda rematando el mentón. Además, como todo caballero que se preciase de serlo, llevaba el rostro empolvado y se había perfumado de forma generosa. Su indumentaria, elegante y costosa, estaba compuesta por una túnica de mangas largas y unos pantalones bombachos de seda fina.

—¡Tokinobu! Nos sabes cuánto me alegra verte.

—Gracias por recibirme, Oshimaro.

Los miembros de la aristocracia rara vez se mezclaban con la gente corriente. Y, de hecho, Tokinobu no podía evitar sentirse como un intruso cada vez que ponía los pies en la lujosa mansión de su amigo. Pero, entonces, ¿cómo podía haberse forjado una amistad tan sólida entre dos hombres procedentes de mundos tan distintos?

La historia se remontaba varios años atrás, y nacía una noche en la que Oshimaro volvía de una fiesta en el Palacio Imperial, momento en que un grupo de malhechores aprovechó la ocasión para asaltar su carruaje. La violencia empleada por los bandidos pudo haberle costado la vida, si no hubiese sido por la oportuna intervención de Tokinobu, que patrullaba esa noche por las calles de aquella parte de la ciudad. A partir de entonces, Oshimaro tomó medidas especiales y contrató la mejor seguridad privada que el dinero podía comprar.

—Cada vez que te veo pareces más grande y más fuerte —bromeó Oshimaro.

—Y tú más rico y poderoso —replicó Tokinobu en el mismo tono jocoso.

Oshimaro, solo por su condición de noble de alto rango, había recibido concesiones de tierras libres de impuestos, por las que obtenía abundantes ingresos gracias a la producción del arroz. Además, el gobierno central asignaba a su servicio guardias y mensajeros, así como prestaciones especiales de seda y paño.

Después de intercambiar los habituales formalismos, Oshimaro se acercó a un cofre y tomó una bolita de incienso de su interior. Luego la quemó y dejó que la fragancia llenase en pocos segundos la habitación.

—Dime qué te parece. ¿Demasiado afrutada, quizás?

Tokenobu juzgó con detenimiento. La confección de perfumes estaba considerada una de las grandes artes aristocráticas, y muy particularmente constituía la gran pasión de su amigo. Oshimaro contaba con recetas secretas que habían pasado dentro de su familia de generación en generación. Pero, además, no dejaba de probar combinaciones distintas y experimentar con nuevos ingredientes, para dar así con esencias que nadie hasta la fecha hubiese oído con anterioridad. Todo ello lo había llevado a convertirse en uno de los mayores expertos en la materia, si no en el mayor. De hecho, todos los años se celebraba en la capital un certamen de perfumes —*takimono awase*—, cuyas tres últimas ediciones Oshimaro había ganado de forma consecutiva. El tiempo que podía dedicar a su afición tampoco constituía un problema. A Oshimaro le correspondía la dirección del Departamento de Ocio y Espectáculos. Sin embargo, las funciones de su cargo eran principalmente representativas, pues del verdadero trabajo ya se encargaban sus subordinados.

—Me gusta, aunque posiblemente tengas razón. —Tokenobu, que lo ignoraba todo acerca de aquel particular universo de las fragancias, contestó aquello como podía haber dicho cualquier otra cosa.

—Creo que he puesto más pulpa de ciruela de la cuenta —murmuró Oshimaro casi para sí.

Oshimaro hizo amago de quemar otra bola de incienso, pero Tokenobu lo interrumpió antes de que lo hiciera.

—He venido a pedirte ayuda —desveló ligeramente avergonzado. Y entonces le explicó su intención de cortejar a una dama de alto rango, y confesó su torpeza para lidiar con las reglas amorosas propias de los *yoki hito*.

Oshimaro se sonrió, pero sin el menor asomo de malicia. Comprendía a Tokenobu perfectamente y se solidarizaba con él. El mundo de los nobles y cortesanos era tan cerrado que exigirle a alguien de fuera que jugase con sus reglas habría equivalido a pedirle a un mono que agitase los brazos y echase a volar igual que una gaviota. Las relaciones amorosas entre ellos se llevaban a cabo de acuerdo a un elegante ritual y a un profundo sentido de lo estético. Para empezar, los intercambios de poemas se habían convertido en la piedra angular de la ceremonia de cortejo, de lo que se deducía que el talento para la poesía constituía el primer y más exigente requisito. Los objetos de sus conversaciones giraban en torno a las artes, como la pintura, la escritura o los

estilos musicales. Y, hasta el más mínimo detalle, como la combinación adecuada de colores en la indumentaria, el matiz preciso de aroma que debía usarse en una ocasión determinada o la flor apropiada con la que acompañar una carta, resultaba fundamental.

—Tokinobu, aunque me encantaría poder ayudarte, no puedo enseñarte lo que nosotros aprendemos desde la cuna. No te ofendas, pero me llevaría años hacer de ti un caballero ejemplar.

—Soy consciente de ello. Además, no habría peor alumno que yo. A mí, como guerrero, todo lo que tenga que ver con la exquisitez y el refinamiento me suena a un idioma desconocido. Y, si ya hablamos de componer poesía, ni siquiera sabría por dónde empezar.

—¿Y qué puedo hacer entonces por ti? Sabes muy bien que para iniciar el proceso de cortejo tienes que enviarle un *waka*[6] a la dama a la que te hayas propuesto seducir.

—Escríbemelo tú —dijo Tokinobu, yendo directamente al grano—. Y no solo me refiero a componerlo, sino también a plasmarlo en el papel.

A menudo, más importante incluso que el contenido del poema era la propia caligrafía. Entre las bellas artes, la caligrafía ocupaba un lugar de honor, pues se consideraba que, incluso por encima de lo que se escribía, el manejo del pincel constituía la mejor guía para conocer la alcurnia, el carácter y la sensibilidad del pretendiente. Por tanto, si el primer *waka* que la mujer cortejada recibía no estaba a la altura, el rechazo era automático.

—Puedo hacerlo, si es lo que quieres —replicó Oshimaro—. Pero durante el encuentro, puedes estar seguro de que la dama volverá a ponerte a prueba y querrá evaluar tu capacidad de improvisación. ¿Y qué harás entonces?

—He pensado que podría llevar varios poemas preparados —repuso Tokinobu con cierta ingenuidad.

Entre divertido y asombrado, Oshimaro no pudo evitarlo y estalló en carcajadas.

—Eres muy osado —dijo tras recuperar la compostura—. Y no digo que tu plan no pueda llevarse a cabo, pero lo más probable es que acabe mal.

—Estoy dispuesto a intentarlo.

Oshimaro se acarició su diminuta barba con dos dedos y adoptó una pose pensativa.

—Está bien —concluyó—. Esto es lo que podemos hacer. Además del primer poema, te escribiré otros tres para que te los lleves a la cita, cada uno

de los cuales versará sobre un tema distinto: el amor, la naturaleza y la fugacidad de las cosas. Son temas lo suficientemente genéricos como para permitirte salir airoso de la situación, si te acompaña la fortuna.

—Te lo agradezco de verdad.

Oshimaro tenía fama de frívolo y caprichoso, pero ¿qué aristócrata no lo era? Por lo que respectaba a Tokinobu, siempre se había mostrado cercano y generoso. Y solo por el hecho de considerarlo uno de sus mejores amigos, pese al abismo social que los separaba, demostraba que su corazón era mucho más bondadoso de lo que la gente creía.

—A cambio, solo voy a pedirte una cosa —añadió—. Que me cuentes con pelos y señales tu encuentro con la dama. —Y a continuación se rio con tantas ganas que hasta el propio Tokinobu se acabó contagiando de su buen humor.

La dama que Tokinobu se había propuesto conquistar se llamaba Izumi, cuyo nombre significa «fuente» o «manantial».

Al principio, ni siquiera había escuchado hablar de ella, hasta que poco a poco algunos de sus conocidos comenzaron a mencionarla cada vez con más frecuencia, impresionados por su extraordinaria belleza, aunque todos hablasen de oídas y ninguno de ellos la hubiese visto en realidad. Izumi también se había ganado fama de seductora, tras haber protagonizado numerosos romances con buena parte de los pretendientes que la habían cortejado, sin que ninguno de ellos hubiese logrado arrancarle un compromiso en firme para formalizar la relación.

Tokinobu sabía que una dama tan cotizada y alejada de su estatus se hallaba completamente fuera de su alcance. No obstante, no podía quitársela de la cabeza desde el día en que atisbó fugazmente su rostro de forma accidental.

Sucedió durante el festival del Kamo, mientras él se dedicaba a velar por la seguridad del acto y un interminable desfile recorría las engalanadas calles. En un momento determinado, uno de sus compañeros le dio un codazo y señaló un carruaje lacado en negro y custodiado por ocho pajes. En su interior, le dijo, viajaba la hermosa Izumi de la que todos hablaban. Cuando el carruaje pasó por su lado, Tokinobu alzó el cuello para no perderse detalle. La dama observaba por la ventana, pero se cubría el rostro con el abanico, como estaba mandado. Entonces, lo cerró por un instante, puede que para decirle algo a la

persona que iba a su lado, o quizás tan solo se despistase; poco importaba el motivo, la cuestión era que Tokinobu no había contemplado en toda su vida una belleza igual.

Por todo ello, Tokinobu estaba dispuesto a intentarlo, pese a ser muy consciente de sus escasas posibilidades. Y, si fracasaba, como parecía lo más probable, se olvidaría para siempre de ella y del resto de damas de alto rango, y se conformaría con una mujer de su misma clase, lo que al menos haría feliz a su madre, aunque aquella decisión implicase renunciar a su ambición de ascender en la carrera militar.

La buena noticia era que su plan había comenzado con buen pie. El *waka* que Oshimaro había escrito para iniciar el cortejo había probado ser tan sublime como efectivo. La joven Izumi, impresionada, le había contestado con otro poema igual de esmerado, acompañado por una breve carta en la que lo invitaba a mantener un primer encuentro entre los dos.

Oshimaro lo asesoró para que los colores de su vestimenta combinaran de forma adecuada y le proporcionó un exquisito perfume de su propia creación. Además, oculto entre sus ropas, Tokinobu se llevó los tres poemas que su amigo le había escrito de su puño y letra, de los que esperaba no tener que hacer uso salvo que no le quedase otra opción.

La noche en cuestión, Tokinobu atravesó en silencio el jardín de la dama, serpenteando entre los arbustos igual que si fuese un intruso, cumpliendo así con la caprichosa costumbre que imperaba desde antiguo. Un lienzo de brillantes estrellas titilaba en el firmamento nocturno, y tan solo el tenaz canto de los grillos quebraba la quietud del vergel.

La puerta estaba abierta y todos los habitantes de la casa dormían a pierna suelta en sus aposentos —o al menos fingían hacerlo—, excepto Izumi, que aguardaba en el salón tras una elegante *kichō*[7]. Para preservar el aura de misterio del que las mujeres se valían para intrigar al sexo opuesto, la sala estaba a oscuras salvo por la exangüe luz descolorida que arrojaba un candil. Tokinobu se sentó sobre una estera y ocupó su lugar al otro lado de la cortina, que siempre se le antojaba como un robusto muro gigantesco, pese a constituir en realidad un frágil elemento de escasísimo grosor.

—Me encanta tu perfume —dijo Izumi rompiendo el hielo, al tiempo que empleaba una voz melosa y sensual.

—Huele bien, ¿verdad? Lo hago yo mismo —mintió Tokinobu. El mérito, por supuesto, le correspondía única y exclusivamente al bueno de Oshimaro.

—¿De verdad? ¿Y qué ingredientes lleva?

Se hizo un breve silencio, mientras Tokinobu improvisaba otra mentira a toda velocidad.

—No puedo decírtelo —replicó al fin—. Mantengo la fórmula en secreto para que nadie me la robe.

—Ya veo... Desde luego, se nota que tienes talento —elogió Izumi—. Aunque, por otra parte, no recuerdo haberte visto participar nunca en el certamen de perfumes.

—Es cierto, pero solo ha sido por falta de tiempo. Quizás lo haga la próxima vez.

A través de la cortina que los separaba, Tokinobu podía ver el contorno de la dama, que se movía de forma delicada como si fuese un ser inmaterial. A continuación, Izumi cogió los útiles de escritura que tenía preparados y se tomó su tiempo para escribir un breve poema. Cuando terminó, sacó una mano por el lateral del cortinaje y le entregó el pedazo de papel.

*Como un manantial que sacia la sed,
así soy yo con el hombre capaz
de cumplir mis expectativas.*

El poema jugaba con el sentido de las palabras, puesto que su mención al manantial era una clara alusión al significado de su nombre. Sin embargo, y pese al prometedor mensaje que encerraba, a Tokinobu le disgustaba el rumbo que había tomado el encuentro. No le convenía que la poesía cobrase protagonismo, pues tenía todas las de perder.

Amparado tras los cortinajes de la *kichō*, Tokinobu fingió escribir un poema de respuesta, cuando en realidad lo que hizo fue sacar uno de los que llevaba encima. Eligió el que introducía imágenes relativas a la naturaleza, para corresponder así a la referencia que ella había hecho acerca del manantial. El *waka* decía así:

*Siento tu presencia tan cercana
como el rocío de la mañana,
o el reflejo de la luna sobre el mar.*

—Tu caligrafía es insuperable —murmuró ella tras leerlo.

Acto seguido, Izumi descorrió la cortina, evidenciando así que el poema la había cautivado por completo. Tokinobu suspiró aliviado. Una vez logrado aquel avance, sabía que lo demás solía sucederse con una notable facilidad.

La belleza de Izumi resultaba deslumbrante: los ojos, un par de ranuras estrechas y alargadas, coronadas por dos cejas pintadas en sustitución de las reales; la tez, blanca como la nieve; la nariz, pequeña y perfilada; y el cabello, recogido en una larga trenza que le partía de la nuca, en perfecto equilibrio con un moño echado hacia delante. Su vestimenta, un kimono a capas de túnicas brillantes, dejaba entrever un cuerpo menudo pero provisto de redondeces.

Si Tokinobu se había quedado embelesado, Izumi tampoco le andaba a la zaga. Los contundentes rasgos del guardia, y muy especialmente la musculatura que se le marcaba a través de los ropajes, habían despertado en ella una atracción casi animal.

Tras unos segundos observándose mutuamente, Izumi estiró una mano y acarició el brazo derecho de Tokinobu, exhibiendo un atrevimiento muy poco usual entre las damas.

—Eres muy fuerte —susurró.

—Tengo que serlo para atrapar a los delincuentes. De lo contrario, la ciudad se convertiría en un caos.

Izumi, entonces, volvió a coger el pincel y escribió un nuevo poema. Tokinobu no se lo esperaba y su cuerpo se tensó como un arco de guerra. Una vez más, se enfrentaba a la peliaguda situación de tener que corresponder al *waka* de la mujer cortejada, solo que ya no tenía modo de poder engañarla. Si recurría a uno de los poemas de Oshimaro, ella se daría cuenta de la trampa, al no haber ya entre ambos nada que los separara. Y tampoco podía negarse a darle la réplica, porque aquello supondría contravenir directamente las reglas del cortejo.

Ante aquel panorama, solo le quedaba una opción: escribir el poema por su cuenta y riesgo, lo mejor que supiese. Después de todo, si al ambiente romántico que impregnaba la escena le sumaba la atracción que en ella había despertado, quizás el sentido crítico de Izumi fuese mucho menos exigente.

Izumi aguardaba pacientemente su respuesta. Su *waka* seguía tomando como referencia ciertos elementos de la naturaleza, y mencionaba de forma expresa el curso de un caudaloso río que desembocaba en el mar. Tras estrujarse el cerebro, a Tokinobu se le ocurrieron unos versos que, aunque simples, quizás

fuesen lo suficientemente efectivos como para permitirle salir airoso de la situación. La transcripción de las palabras al papel, sin embargo, le supuso un esfuerzo muchísimo mayor. Tokinobu se concentró en la tarea todo lo que pudo, pero la diferencia entre su caligrafía y la de Oshimaro era tan evidente como el contraste entre la noche y el día. Mientras que la de su amigo era pulcra y exquisita, la suya era irremediabilmente grotesca e infantil.

Cuando terminó, esbozó una sonrisa de circunstancias y le tendió el poema a la bella Izumi. Tokinobu tragó saliva mientras ella deslizaba la mirada por el trozo de papel, y su gesto se torcía como si le hubiesen dado a probar un plato de comida en mal estado. Izumi alzó la vista al frente. La expresión de su rostro, aunque indescifrable, desde luego no era nada halagüeña. Acto seguido, estiró los brazos y cerró de golpe las colgaduras del bastidor portátil sin decir ni una sola palabra. Tampoco hacía falta. El significado de su gesto resultaba más que evidente.

Tokinobu aceptó su derrota de forma serena, sin proferir ninguna queja. Cualquier comentario que hubiese hecho tan solo habría servido para aumentar aún más su humillación. Resignado, se levantó y enfiló la salida por el camino del jardín.

Lo que más le dolió, poco antes de abandonar el salón, fue escuchar la risa de Izumi, que ni siquiera esperó a que se hubiese marchado para hacer escarnio de su escasa habilidad con las palabras y el pincel.

3

La puerta corredera de su habitación se deslizó y Sakura apareció en el umbral sosteniendo una carta con la punta de los dedos.

—Acaba de traerla un mensajero —dijo con una sonrisa—. Es para ti.

Katsumi, sentada ante una mesa baja y rodeada de sus utensilios de escritura —pinceles, papel y una piedra de tinta—, vio interrumpido su proceso creativo y chasqueó la lengua en señal de disgusto. Su madre poseía el don de aparecer siempre en los momentos más inoportunos.

—Déjala ahí —repuso—. Ya la leeré luego.

—¿Luego? Nada de eso. Yo quiero saber lo que dice ahora mismo. ¡Es de Hikaru!

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso no es Hikaru como el resto de los hombres?

—Ninguno de los hombres que te ha cortejado hasta ahora tenía nada de malo. Eres tú la que siempre da problemas.

Katsumi suspiró y puso los ojos en blanco. Su madre estaba empeñada en casarla al precio que fuera. Sus hermanos mayores —en total eran cuatro y ella era la única fémica— ya se habían independizado tras haber logrado hacerse con un puesto administrativo en la corte. Por tanto, ella parecía ser ahora la única nota discordante dentro de la familia.

—No quiero discutir contigo.

—Pues entonces coge la carta y léela ahora mismo.

Katsumi obedeció para que su madre la dejase tranquila. La caligrafía era excelente y el papel desprendía un ligero aroma de almizcle. Hikaru sabía lo que se hacía. Además, su poema era ingenioso y estaba muy bien redactado.

*Dicen que tu corazón es
como una «mano de buda»,
dulce y exquisito por dentro,*

pero cortante y rudo por fuera

El poema aludía a un tipo de árbol conocido como «mano de buda», debido a la peculiar forma de su fruto. Desde ese punto de vista, por una parte resultaba elogioso, pero por otra sugería todo lo contrario, pues las ramas de dicho árbol estaban cubiertas de espinas. No cabía duda alguna, por tanto, de que Hikaru estaba haciendo referencia a la fama de problemática que Katsumi se había ganado. De cualquier manera, lo que estaba muy claro era que el poema constituía el punto de partida del clásico proceso de cortejo.

—Resulta muy sugerente, ¿no te parece? —inquirió su madre, juntando las manos, tras haber leído el poema por encima del hombro de Katsumi—. Y tiene en común contigo mucho más de lo que piensas. ¿Sabías que Hikaru ejerce de escriba en la corte? No solo goza de una excelente posición, sino que además es culto y refinado.

Katsumi tenía que admitir que el perfil de Hikaru resultaba interesante. La persona a la que ella más admiraba era su padre, un renombrado profesor de textos confucianos con el grado de doctor en literatura, que constituía el máximo grado académico del país. Katsumi había intentado por todos los medios seguir sus pasos. Por desgracia, las mujeres tenían vetado el acceso a la Universidad Imperial. Con todo, ella había estudiado los clásicos chinos con la ayuda de su padre y la espléndida biblioteca que este conservaba en su estudio.

—Está bien, madre. Ya veré cuándo le contesto.

—De eso nada. Le vas a contestar hoy mismo. Si lo haces esperar demasiado se cansará. Te pasas todo el día escribiendo boberías y cuando de verdad tienes que escribir algo importante, te empeñas en demorarlo. Desde luego, cada día te entiendo menos.

Katsumi pasó por alto el menosprecio de su madre, uno de tantos a los que ya se había acostumbrado. De hecho, más allá de un simple pasatiempo, sus escritos se habían convertido para ella en una forma de vida, sin la cual se habría sentido completamente perdida en aquel extraño mundo del Japón aristocrático en el que había nacido, pero al que odiaba pertenecer. Las mujeres de buena cuna vivían principalmente de puertas adentro, y sus únicas salidas se restringían al jardín, a los templos cercanos y a los festivales y ceremonias que de vez en cuando se celebraban en la ciudad. Katsumi habría sido incapaz de llevar la monótona vida de su madre, que dirigía la casa sin

realizar personalmente ninguna tarea doméstica —ni siquiera el cuidado de sus hijos durante su infancia—, para lo cual contaba con un amplio séquito de sirvientes. Sakura vivía sobre todo para las fiestas y banquetes que la nobleza organizaba durante el año.

—Está bien —cedió. Y apartó a su madre a un lado y salió de la habitación—. Pero antes voy a dar un paseo por el jardín para encontrar inspiración.

Katsumi recorrió un largo pasillo y desembocó en la sala principal de la casa. Esta era una mansión de una sola planta situada en la tercera avenida, en uno de los barrios más prósperos de Heian-kyō. El gran salón central estaba compuesto por un único espacio abierto, que mediante el uso de biombos y pantallas móviles adoptaba disposiciones diferentes según las necesidades del momento. Dos corredores conectaban la estancia con los pabellones oriental y occidental, que conformaban la estructura habitual de la arquitectura *shinden*. En el ala oeste se hallaban las alcobas privadas para residentes e invitados, y en el ala este los aposentos de la servidumbre, los almacenes y la cocina. Y como elemento indispensable en cualquier vivienda de clase alta, la sala daba a un elegante jardín ornamental.

Aunque su madre había vuelto a sacarla de sus casillas, nada más sentir el tacto de la brisa, la caricia del sol y la fragancia de las camelias rondarle el olfato, Katsumi logró calmarse en cuestión de segundos. El jardín de su casa no era tan espléndido como el que poseían los nobles más adinerados, pero sí lo suficientemente grande como para perderse entre sus flores, arbustos y árboles centenarios.

La razón de que no hubiese tenido suerte con los hombres se debía al rechazo que le producía la impostura que muchas veces rodeaba al proceso de cortejo, pero sobre todo al aspecto que las mujeres estaban obligadas a lucir. Katsumi habría deseado nacer en cualquier otra época, donde no se le diese tanta importancia a las apariencias o a unos cánones de belleza que en la mayoría de los casos rozaban el absurdo.

Como marcaba la tradición, su madre llevaba la cara empolvada de blanco, aderezada con una pizca de colorete en las mejillas, y se pintaba los labios de rojo para lograr un efecto de capullo de rosa. Katsumi no lo entendía. Así todas las mujeres resultaban parecidas, y casi podrían intercambiarse debido a su similitud.

Ella era alta, huesuda, de nariz afilada y ojos vivarachos. Y, para su fortuna, su rasgo más característico coincidía con uno de los detalles físicos más

apreciados de la época: el cabello. Su oscura y lustrosa melena le caía por la espalda a modo de cascada hasta formar una laguna en torno a sus pies. Por contra, había dos costumbres ligadas con la apariencia que Katsumi se negaba a seguir. La primera consistía en depilarse completamente las cejas, para a continuación pintarse otras muy gruesas a la altura de la frente. Y la segunda, denominada *ohaguro*, consistía en ennegrecerse los dientes con un tinte elaborado a base de óxido de hierro y vinagre. Precisamente, su rechazo de dichas costumbres había tenido mucho que ver con sus recientes fracasos, pues sus últimos pretendientes la habían desdeñado por no cumplir con el canon de belleza establecido.

Katsumi se detuvo ante un grupito de cerezos en flor que se mecían al compás de la brisa, y en ese momento se le ocurrió la respuesta al poema que acababa de recibir.

*Los que asustados se alejaron
de la «mano de buda»
nunca descubrieron el fragante fruto
que se oculta entre sus espinosas ramas*

Satoru, el padre de Katsumi, llegó por la tarde tras su habitual jornada de trabajo, y poco después los tres miembros de la familia se reunieron en la sala principal para cenar. La criada había servido una sopa de algas y fideos de trigo sarraceno, y un segundo plato de pescado con delgadas rodajas de rábanos y castañas dulces.

—Esta mañana, antes de salir, he notado que el soporte de madera con forma de garza donde dejo mi pincel no estaba sobre la mesa. ¿Lo has cogido tú, Katsumi?

—No, padre. Yo solo entro en tu estudio para consultar los libros, que luego vuelvo a dejar siempre en su sitio.

—Ya os lo decía yo —intervino Sakura—. Eso ha debido de ser cosa de ese maldito espíritu que se nos ha metido en la casa.

Katsumi negó con la cabeza en un claro gesto de incredulidad. Desde hacía varias semanas no dejaban de desaparecer objetos de toda clase —un jarrón chino, un cojín de seda o una taza de porcelana—, y su madre culpaba a un

tipo de *yokai* inofensivo, pero enormemente travieso, que robaba objetos solo por placer. Desde entonces, la vivienda hedía a semilla de adormidera, que se quemaba para ahuyentar a los demonios. Katsumi, sin embargo, pensaba que el ladrón era más bien de carne y hueso, y que debía de hallarse entre los miembros del servicio, que superaban la decena contando a los sirvientes, los cocineros y los cuidadores del jardín.

—No te preocupes, cariño —dijo Satoru—. Seguro que ese dichoso espíritu se irá antes o después.

—Eso espero —replicó—. Por cierto, ¿sabes que Katsumi tiene un nuevo pretendiente?

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—Hikaru, el escriba de la Oficina de Ceremonias. De familia ilustre y erudita. Todo un partido.

—Es posible —terció Katsumi—. Pero preferiría conocerlo antes de formarme una opinión.

—No seas insolente. Tienes suerte de que, pese a la fama de rebelde que te has ganado, Hikaru se haya fijado en ti. —Sakura señaló a su hija con el dedo índice—. Y a partir de ahora te depilarás las cejas y te ennegrecerás los dientes, para evitar que lo de las últimas veces se vuelva a repetir.

—¡Pero, madre! ¡El dolor de la depilación es insoportable! ¡Y el sabor del tinte en la boca es tan repugnante que me da ganas de vomitar!

—¡Pues te aguantas, igual que hacemos las demás mujeres! ¡Ya tienes veinticinco años y es una vergüenza que no te hayas casado todavía!

—No seas tan duro con ella —repuso Satoru.

—Y tú no la defiendas. Ya llevas demasiados años consintiendo su actitud caprichosa.

Satoru no negó la acusación de su esposa. En realidad, disfrutaba muchísimo de la compañía de su hija, con la que compartía su pasión por la poesía y los clásicos chinos. Por tanto, no tenía ninguna prisa en que Katsumi encontrase marido.

—Está bien —cedió Satoru—. Hija, ¿acaso no podrías hacer un pequeño sacrificio?

—Me parece ridículo tener que actuar de una determinada manera, aunque carezca de sentido, solo porque así lo dicte la sociedad.

—Katsumi, por favor. Al menos por esta vez obedece a tu madre.

El desencuentro provocó el fin de la conversación, y durante varios minutos

el silencio se apoderó de la cena. Madre e hija evitaban mirarse, y cuando lo hacían sus frentes se arrugaban en señal de discordia.

Antes de acabar, Satoru compartió una reflexión en voz alta para cambiar de tema y contribuir así a rebajar el clima de tensión.

—Hoy la comida no está tan buena como otras veces —comentó—. ¿No lo habéis notado?

—Nuestro cocinero habitual ha sido padre por cuarta vez, y le he dado unos días de permiso —explicó Sakura.

—Me alegro por él. Lo felicitaré la próxima vez que lo vea.

—Yo no he notado la diferencia —terció Katsumi—. A mí la comida me sabe muy bien.

—Y qué sabrás tú de cocina —espetó Sakura.

—Lo mismo que tú.

Y madre e hija volvieron a enzarzarse en una nueva discusión.

Después de cenar, Satoru se encerró en su despacho para estudiar los textos que un colega de trabajo le había dejado. Extendió el rollo sobre el escritorio, bien iluminado por una lámpara de aceite que descansaba sobre una esquina, y a continuación se inclinó ligeramente hacia delante. Sin embargo, apenas llevaba unos minutos concentrado en la lectura cuando Katsumi descorrió la puerta y asomó la cabeza con cautela.

—Padre, lo siento. No pretendía molestarte.

—¿Qué ocurre?

—Necesito que me dejes unas monedas. Pero no son para comprar nada —aclaró de inmediato—. De hecho, cuando haya terminado lo que pretendo hacer con ellas, te las devolveré.

—¿Y qué valor pueden tener unas monedas si no son para gastarlas?

—Espero que sirvan para tentar al espíritu que habita en la casa. He pensado en algo. Tú espera y verás.

Satoru sonrió y le dio a su hija lo que pedía.

—Ahí tienes. Ya me contarás.

Katsumi se dirigió a su habitación y guardó las monedas bajo la almohada. Al despertar, todas las mañanas las pondría sobre una repisa de su estantería, bien a la vista, y también haría algo más que nadie más sabría. Algo con lo que esperaba descubrir quién estaba en realidad detrás de aquellos misteriosos

hurtos.

Unos días después, Katsumi recibió la visita de su mejor amiga, de la que casi nunca se separaba cuando era niña, pero que ahora apenas veía cinco o seis veces al año. Su amiga había cumplido el sueño de muchas jóvenes bien posicionadas, pues había logrado ingresar en la corte como dama de compañía, y actualmente servía nada más y nada menos que a la mismísima emperatriz.

Una criada acompañó a la invitada hasta el aposento de Katsumi, donde solían llevar a cabo sus encuentros para gozar así de mayor intimidad.

—¡Akashi! ¡Qué alegría! ¡No podrías haber venido en un momento mejor!

Las muchachas se abrazaron y a continuación se acomodaron sobre una estera de caña, confortadas por el calor que proporcionaba un *hibachi*[8] situado en una esquina de la habitación.

La dama Akashi, como se la conocía desde su entrada en palacio, lucía un cuerpo esbelto y grandes ojos de pestañas rizadas, y se movía con un porte exquisito adquirido con la práctica. Su indumentaria, que reflejaba el modo de vestir de las damas de la época, basado en la acumulación de larguísimas túnicas superpuestas que se atisbaban en el cuello y las mangas, hacía palidecer el sencillo kimono que Katsumi llevaba encima.

—¡Te has depilado las cejas! —exclamó Akashi—. Ahora se te ve mucho mejor. Antes parecía que tuvieses una oruga peluda encima de los ojos.

—Pero ¡qué dolor! Mi madre sacó las pinzas y ella misma me arrancó los pelos uno a uno.

—¡Y también te has ennegrecido los dientes! ¡Ya iba siendo hora!

—El sabor que me deja en la boca es horrible. ¿Cómo lo soportas?

—Te acostumbrarás —repuso Akashi—. ¿Y se puede saber a qué vienen esos cambios? ¿Es lo que imagino? —añadió con una sonrisa de complicidad.

—Has acertado. Un escriba de buena familia me está cortejando y mis padres se han empeñado en que no puedo dejar escapar esta oportunidad.

—Puede que tengan razón. ¿Acaso no quieres casarte?

—No es eso. Lo que pasa es que todos los hombres que he conocido hasta ahora me parecen idiotas.

Ambas estallaron en incontrolables carcajadas que se prolongaron durante

varios minutos.

La conversación se encauzó hacia la vida que la dama Akashi llevaba en la corte, donde las envidias y los celos daban lugar a todo tipo de intrigas y conjuras de las que más le valía a uno mantenerse alejado. Con todo, el lujo y el boato que impregnaban cada detalle y cada acto, y sobre todo el privilegio de hallarse tan cerca de los emperadores compensaba con creces el lado negativo de la situación.

—¿Sabes cuál es el último rumor que circula por el palacio?

—No he oído nada —repuso Katsumi.

—Que la emperatriz Sakahito lleva años recurriendo a la magia negra para conservar la belleza y evitar envejecer —susurró Akashi como si alguien más pudiera escucharla.

Aunque Katsumi no daba pábulo a rumores de aquella naturaleza, agradecía los cotilleos que su amiga le confiaba, pues le servían de inspiración para las historias que escribía a diario en la soledad de su habitación. De hecho, casi todo lo que Katsumi sabía acerca de la corte —que jamás había pisado— era gracias a las crónicas de primera mano que la dama Akashi le narraba.

Katsumi no escribía en chino, porque el uso de aquella lengua se reservaba a los eruditos, los sacerdotes y los funcionarios, del mismo modo que ocurría en Occidente con el latín. En cambio, ella utilizaba el silabario *kana*, un lenguaje escrito que se ajustaba a la fonética japonesa, de estilo mucho más fluido y menos encorsetado, que resultaba mucho más apropiado para el desarrollo de la prosa y la poesía.

Después de repasar las últimas noticias que circulaban por la corte, abordaron el siguiente de sus temas favoritos. Cada vez que se veían, Katsumi le pasaba a su amiga una copia de sus nuevos escritos, que esta devoraba con avidez. El criterio de Akashi tenía un gran valor para ella, y, en función de sus valoraciones, el curso de la historia que estaba escribiendo tomaba un rumbo u otro.

—¿Qué te pareció que el príncipe Momozono abandonase a su joven amante por una dama que casi le doblaba la edad?

—¡No me lo esperaba! Pero me pareció una decisión muy acertada. La joven Rokujô, por muy hermosa que sea, es tan celosa que resulta insoportable. En cambio, la dama Fujitsubo sí que posee la madurez necesaria como para aportarle al príncipe Momozono lo que en este momento de su vida necesita.

—Me alegra que digas eso. Temía que su decisión no se viese lo suficientemente creíble.

—¿Puedo sugerirte una idea? Creo que ahora la joven Rokujô podría vengarse de la dama Fujitsubo por haberle robado a su amante.

—Podría ser un hilo argumental interesante —admitió Katsumi—. Pero tengo que pensarlo.

Akashi se inclinó hacia delante con gesto enigmático, como si fuese a hacerle una confidencia.

—Y no soy la única que lo piensa.

—¿Cómo?

—Me parecía tan bueno tu relato que no he podido resistir la tentación y he acabado compartiéndolo con una compañera amante de las letras.

—¿De verdad?! ¡Qué vergüenza! —exclamó Katsumi con una mezcla de ilusión y nerviosismo—. ¿Y qué opina ella? ¿Le gusta?

—¡Le encanta! ¡Está deseando tanto como yo saber cómo continúa!

—Es un alivio... Pero prométeme que no se lo dejarás leer a nadie más. No me siento cómoda sabiendo que unos desconocidos ponen sus ojos en mis escritos. Tú sabes que yo escribo principalmente para mí.

—Te lo juro. Esto ha sido una excepción.

Katsumi respiró más aliviada.

—Pues aquí tienes. Y la próxima vez no tardes tanto en venir a verme.

Akashi apretó los rollos de papel contra su pecho y compuso una sonrisa de oreja a oreja.

Hikaru, el escriba de la Oficina de Ceremonias, tras recibir la réplica de Katsumi y estudiarla al detalle, tanto desde el punto de vista de la caligrafía como de la destreza poética, se sintió más que complacido y anunció enseguida su deseo de conocerla. Por supuesto, Katsumi no había tenido la menor duda de que tal cosa sucedería, consciente de su habilidad con las palabras.

Las peculiares reglas del cortejo de la época establecían que el pretendiente debía realizar una visita furtiva y nocturna a su pretendida, que en realidad tenía muy poco o nada de secreta. Tanto la familia como el servicio estaban al corriente de la cita y, si era necesario, todos fingían hacerse los dormidos para

que el encuentro se desarrollase según lo establecido.

Katsumi aguardaba en el salón central, arrodillada tras una pantalla que le servía de parapeto. Había preparado té y dispuesto unas velas que proyectaban una luz tenue y vaporosa, sin la cual la oscuridad habría sido total. Katsumi estaba nerviosa. Ya era la hora de la rata^[9] y, según dictaba la costumbre, su pretendiente debía aparecer de un momento a otro.

El sonido de la puerta corredera que daba al jardín quebró el silencio de la noche, anunciando con un bisbiseo la llegada del galán. Hikaru se deslizó por la estancia con el sigilo propio de un felino y se arrodilló sobre un cojín que señalaba su lugar. A través de la pantalla, Katsumi podía adivinar la silueta del escriba: una sombra bien definida de porte señorial.

—Buenas noches, Katsumi.

Hikaru empleó un tono de voz bajo y sugerente que impregnaría el resto de la conversación.

—Buenas noches.

Katsumi alargó una mano y deslizó hacia delante una taza de té por debajo del biombo. Hikaru dio un sorbo y, tras unos segundos de silencio, preguntó:

—¿Tienes papel?

Katsumi lo tenía todo preparado y colocó los utensilios de escritura a un lado del biombo, para que estuviesen a disposición de cualquiera de los dos. Sobre la marcha, Hikaru escribió un *waka* con una letra impecable que denotaba su oficio, en el que volvía a hacer uso de la imagen de la «mano de buda» de la que se había valido para iniciar el cortejo. El poema sugería que las espinas del árbol no le impedirían recolectar la fruta, siempre y cuando estuviese madura. Katsumi esbozó una sonrisa y, en ese mismo momento, improvisó una respuesta en el reverso en la que insinuaba que hacerse con un fruto tan apetecido no le resultaría sencillo, con o sin espinas.

Después del intercambio de poemas en el que ambos dieron buena muestra de su habilidad para la lírica, Hikaru y Katsumi entablaron una conversación de tintes más mundanos, en la que hicieron un breve repaso de sus vidas, se refirieron a sus respectivas familias e incluso comentaron los últimos rumores que circulaban por la corte.

Al cabo de un rato, Hikaru ya se había cansado del biombo que los separaba y lo desplazó a un lado para continuar la conversación mirándose a los ojos. Katsumi no se lo esperaba, pero reaccionó con diligencia y rápidamente desplegó su abanico a modo de trinchera.

—Basta de juegos, ¿no te parece? —dijo Hikaru, esgrimiendo una sonrisa de suficiencia—. Ya va siendo hora de que nos conozcamos mejor.

Sin embargo, ella no deseaba precipitar el encuentro y sostuvo firmemente el abanico frente a su rostro. Pese a todo, y para su sorpresa, Hikaru osó bajarle la mano hasta la altura del regazo, para dejar así su cara al descubierto.

—Me complace comprobar que tus cejas son pintadas y que también te has ennegrecido los dientes. Había oído decir que últimamente descuidabas mucho tu aspecto.

Katsumi se revolvió en el sitio, visiblemente incómoda. Toda la cortesía y la caballerosidad de la que Hikaru había hecho gala hasta el momento se habían desvanecido de repente. Haber movido el biombo sin permiso ya constituía de por sí un atrevimiento, pero haberla tocado para apartar el abanico quebrantaba definitivamente las reglas del buen cortejo. Y, para colmo, sus palabras pretendidamente elogiosas solo habían conseguido contrariarla aún más si cabía.

Idílicamente, se suponía que el galán debía mantener despierta a su pretendida durante toda la noche, para marcharse con el canto del gallo entre expresiones de consternación. La realidad, sin embargo, solía ser siempre muy distinta a la teoría, y, según las circunstancias, cada cita tomaba su propio rumbo. Katsumi, en su caso, decidió poner fin al encuentro en ese mismo momento.

—Creo que deberías irte ahora mismo —señaló.

—¿A qué viene tanta prisa?

Hikaru se echó hacia delante y comenzó a manosear a Katsumi por encima de su kimono. En su mirada cargada de lujuria se reflejaba el resplandor rojizo de las velas, que le confería el aspecto de un depredador.

—Aparta, por favor.

Katsumi evitó gritar para no montar un escándalo, que posiblemente tan solo habría servido para ponerse ella misma en evidencia. Después forcejeó unos segundos para quitárselo de encima, hasta que logró ponerse en pie.

—¿Se puede saber qué te pasa? —protestó Hikaru.

Katsumi ni siquiera contestó. Dirigió sus pasos hacia el pasillo que conducía a su habitación y dejó al dichoso Hikaru con la palabra en la boca.

Por la mañana, Sakura abordó a su hija tan pronto como la vio salir de su aposento.

—¿Cómo fue todo? —preguntó ansiosa.

Katsumi se había pasado el resto de la noche llorando, debido a lo humillada que se había sentido. Hikaru había demostrado no ser más que un seductor empedernido, que gustaba de coleccionar amantes sin que en realidad tuviese la menor intención de sentar la cabeza. Pese a todo, había decidido que lo mejor para ella sería guardar silencio acerca de lo ocurrido.

—Creo que bien —contestó parcamente.

—¿De verdad? Entonces, ¿crees que tendréis un segundo encuentro?

—Pronto lo sabremos.

Katsumi se refería a la conocida como carta de «la mañana siguiente» —*kinuginu no fumi*—, que, conforme al proceso de cortejo, el pretendiente debía escribir nada más llegar a su casa y en la que se esperaba que expresase sus elevados sentimientos de la forma más poética posible. Por el contrario, si este no enviaba la susodicha carta antes del mediodía, aquello significaría que había decidido no proseguir con la relación. Por supuesto, tal decisión suponía un grave insulto para la pretendida y su familia, pero se consideraba que estaba en su perfecto derecho de hacerlo.

Sakura ya había preparado sake y regalos para agasajar al mensajero que trajese la carta de «la mañana siguiente», como mandaba la tradición. No obstante, cuando al atardecer no se había recibido ninguna correspondencia de Hikaru, se hizo más que evidente que el escriba no contestaría. Hecha una furia, Sakura se plantó en el cuarto de su hija para pedirle explicaciones y acusarla de haber vuelto a arruinar la oportunidad de casarse con un buen partido.

—¡Tu padre y yo no nos merecemos una hija tan ingrata! —exclamó.

Katsumi, sin embargo, todo cuanto sintió al conocer la noticia fue un inmenso alivio.

Una semana después de aquellos hechos, Sakura cayó enferma de un día para otro. Además de fiebre, sentía una presión en el pecho que le dificultaba la respiración. Al principio, Katsumi y una sirvienta se ocuparon de procurarle los cuidados más inmediatos, pero en cuanto se hizo evidente la gravedad de

su dolencia, Satoru llamó a un médico de la corte para que atendiese a su esposa sin demora.

La medicina de la época basaba sus principios en el tradicional sistema dualista de origen chino e interpretación taoísta, según el cual se consideraba que la salud física dependía de una armonía entre el yin y el yang, las dos fuerzas fundamentales, opuestas y complementarias que regían en el universo. Para realizar su diagnóstico, los médicos recurrían a una tabla de correspondencias en la que cada órgano principal se relacionaba con uno de los cinco elementos —madera, fuego, tierra, metal y agua—, una estación del año, un color y un sabor. Se creía que los desequilibrios del yin y el yang eran el resultado de una falta de concordancia entre los elementos, las estaciones y las acciones humanas. Así, por ejemplo, si el paciente padecía de fiebre en verano, el doctor consultaba la tabla de correspondencias para averiguar qué órgano concreto estaba afectado, y si la causa era un exceso de yin o de yang.

Bajo la atenta mirada de Satoru y Katsumi, el médico examinó a Sakura de forma meticulosa, para llegar finalmente a la conclusión de que el origen de su enfermedad se hallaba en los pulmones. En su caso, se había producido un exceso de yin, y para corregirlo aplicaría un tratamiento de moxibustión.

—Resultará doloroso —advirtió el médico.

En dicha terapia, se utilizaban unos conos de moxa que se encendían por el extremo opuesto, los cuales se aplicaban sobre una serie de puntos del cuerpo —que solían coincidir con los de acupuntura—, para llevar calor a los mismos, hasta que se consumían del todo provocando ligeras quemaduras en la piel.

—¿Y no hay algún otro remedio alternativo? —inquirió Satoru tras observar la expresión de horror que se había dibujado en el rostro de su esposa.

—En mi experiencia, este es el más eficaz —replicó—. Ya verá como la mejoría se nota enseguida.

El médico aplicó el tratamiento con mucho celo, pero, tras dos días de sufrimiento, Sakura no solo no había mejorado, sino que se encontraba mucho peor. Dadas las circunstancias, se determinó que el origen de la enfermedad no se debía a ningún desequilibrio, sino a la segunda causa más esgrimida en aquel tiempo: la posesión del cuerpo por un espíritu maligno.

En tales casos se requería la intervención de un sacerdote budista especializado en exorcismos, que recibía el nombre de *genza*.

A instancias de Satoru, aquella misma tarde se presentó en la casa un *genza*

entrado en años, acompañado por una muchacha de mirada triste y cuerpo menudo, destinada a jugar un papel clave en el inminente ritual.

El sacerdote budista se inclinó sobre la paciente supuestamente poseída, y comenzó a recitar mantras y conjuros sagrados para exorcizarla, liberando una poderosa energía que se extendió rápidamente por toda la sala. Al cabo de un rato, la chica que lo acompañaba cerró los ojos y comenzó a temblar de forma incontrolada. Luego se agitó con violencia, gruñó como una hiena e incluso arañó el aire con las manos como si quisiera defenderse.

Katsumi, estremecida, se abrazó instintivamente a su padre.

—No te asustes, eso es una buena señal —le explicó Satoru al oído—. El *genza* está haciendo salir al espíritu maligno del cuerpo de tu madre, que se transfiere al de la médium, de donde podrá expulsarlo para siempre con mayor facilidad.

El exorcismo se prolongó durante más tiempo de lo esperado, hasta que a la hora del gallo[10] el sacerdote logró controlar la situación y desterró al espíritu invasor de una vez por todas.

La médium salió de su trance. No recordaba nada y se encontraba en perfecto estado. Sakura también parecía haber mejorado, y el *genza* abandonó la casa con la satisfacción del deber cumplido y un generoso donativo que depositaría en las arcas del templo.

Por desgracia, la aparente mejoría no duró demasiado. Sakura volvió a empeorar por la noche y pronto se hizo evidente que poco o nada más podía hacerse, salvo esperar un milagro. Los hermanos de Katsumi también acudieron para estar junto a su madre en un momento tan delicado. Aunque nadie se atrevía a verbalizarlo, todos se imaginaban el trágico desenlace.

A lo largo de la noche, todos ellos se fueron turnando para estar pendientes de Sakura y procurarle los cuidados básicos. Durante su turno, Katsumi la cogió de la mano y se dedicó a susurrarle palabras de ánimo.

—Te pondrás bien, mamá. Tienes que ser fuerte.

Pese a lo mal que se llevaban, Katsumi se sentía desconsolada y le partía el alma ver a su madre tan débil y enferma. La sola idea de perderla le producía pavor.

Sakura sudaba profusamente, tosía con frecuencia y no había pronunciado una sola palabra desde el día anterior.

—Katsumi... —murmuró.

—Aquí estoy, mamá. No pienso separarme de tu lado.

Por un instante, Sakura pareció haber recobrado la lucidez.

—¿Qué le ocurrirá al príncipe Momozono? ¿Cómo acaba la historia?

Al principio, Katsumi sintió un enorme desconcierto, hasta que se dio cuenta de que su madre se refería al personaje de ficción que ella había creado. Entonces comprendió. Pese a lo mucho que siempre había menospreciado su afición a la escritura, Sakura entraba en su habitación a escondidas y leía sus relatos con la misma avidez que su amiga la dama Akashi.

Katsumi precisó de algunos segundos para reflexionar. Ni siquiera ella misma sabía cómo acabaría la historia, cuyo final aún veía muy lejano. No obstante, tendría que pensar a toda prisa en algo, porque su madre aguardaba una respuesta.

—El príncipe Momozono seguirá conquistando a las damas más bellas de la corte, hasta que una de ellas se quede embarazada. Solo entonces, tras el nacimiento de su hija, sentará definitivamente la cabeza.

Sakura alzó una comisura de los labios en un vano intento por sonreír.

—Sigue descansando, mamá.

Katsumi esperó a que su madre se durmiese de nuevo, y solo entonces rompió a llorar desconsolada. Con el alba, después de que la hubiese relevado uno de sus hermanos, se hizo realidad la noticia que todos esperaban: Sakura había muerto mientras dormía.

Sakura fue incinerada en una inmensa pira, rodeada de familiares y amigos. Una voluta de humo que se disipó en el éter se convirtió en el último rastro de su presencia en este mundo. A Katsumi aún le costaba trabajo creer que su madre hubiese fallecido, hasta el punto de que se sintió incapaz de componer un *waka* conmemorativo, como se tenía por costumbre. De hecho, no escribió absolutamente nada durante varios días seguidos.

No volvió a recuperar cierto control sobre sí misma hasta que su padre le dijo que una pequeña caja lacada en oro había desaparecido de su estudio. En ese momento recordó que desde la enfermedad de su madre había dejado de poner en práctica su plan para atrapar al supuesto espíritu cleptómano que habitaba en la casa. Katsumi volvió entonces a dejar sus monedas sobre una repisa de la estantería, a modo de cebo. Hasta que su estratagema funcionó al cabo de tres días, tan pronto como advirtió que faltaba la moneda de mayor

valor.

Rápidamente, convocó a toda la servidumbre en el salón principal. Su padre también se hallaba presente, aunque ignoraba por completo lo que Katsumi se proponía.

—Por favor, enseñadme las manos —indicó—. Extendedlas hacia arriba para que pueda verlas bien.

Los sirvientes intercambiaron miradas de incompreensión, pero atendieron con diligencia al requerimiento de la nueva señora de la casa.

—Hija, ¿qué haces? —inquirió Satoru, que se sentía tan desconcertado como el personal del servicio.

Katsumi examinó con detenimiento las manos de todos los empleados, hasta llegar a las del cocinero jefe.

—Hace poco viste ampliada tu familia, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí, señora. Los dioses me han bendecido con un cuarto hijo.

—Y si tenías dificultades económicas, ¿no habría sido más apropiado habérselo dicho a mis padres antes que robar nuestras cosas?

El cocinero dio un respingo al verse sorprendido y, sabiéndose culpable, ni siquiera se molestó en negar la grave acusación. Acto seguido, se echó al suelo arrepentido y rogó entre lágrimas que lo perdonasen.

—Hija, ¿cómo has sabido que era él?

—Cada día, cuando colocaba las monedas en la repisa de mi cuarto, depositaba en cada una de ellas una minúscula gota de la tinta que uso para escribir. Por tanto, si el ladrón era tan humano como nosotros, la prueba del delito debía quedar reflejada en la yema de sus dedos. Y así ha sido.

A Satoru no le tembló el pulso y echó al cocinero de su casa, aunque prometió no denunciarlo a las autoridades para no perjudicarlo en exceso. Y, con respecto a su hija, no pudo por menos que felicitarla. Además de su formación erudita, había demostrado ser mucho más lista y perspicaz de lo que jamás había soñado.

La gran sala de audiencias, ubicada en el interior del Recinto Oficial del Gran Palacio —*Daidairi*—, era un amplio edificio de estilo chino, con paredes blancas, pilares color bermellón y techo inclinado de madera de ciprés, que a veces se utilizaba para llevar a cabo grandes ceremonias, y otras para recibir a los embajadores extranjeros o para celebrar las reuniones del Gran Consejo Imperial, como era el caso en aquella ocasión.

La sesión la presidía, por descontado, el emperador Kanmu: un hombre audaz y vigoroso pese a sus sesenta años, de presencia imponente y finos bigotes chinos, que gustaba de controlar directamente los asuntos de estado, y evitaba en la medida de lo posible delegar en sus subordinados las decisiones más importantes.

—Con su permiso, daré comienzo a la reunión con el primer punto del orden del día.

—Adelante, Otomo.

Fujiwara no Otomo[11] ocupaba el cargo de *Dainagon* —Gran Consejero—, y como tal se encargaba de organizar y dirigir aquel tipo de encuentros al más alto nivel. Por su aspecto, Otomo no habría intimidado a nadie. Era un tipo enjuto, de extremidades cortas y una voz suave que jamás elevaba de tono. Sin embargo, se trataba de un hombre muy poderoso, no solo por el cargo que ostentaba, sino también porque pertenecía a una de las familias más influyentes de la corte, cuyo fundador había sido uno de los principales artífices de la Gran Reforma llevada a cabo en el período anterior.

—Las últimas noticias relativas a la guerra contra los bárbaros del norte continúan sin ser nada buenas. Repelen con facilidad todos nuestros ataques y se mantienen firmes en sus posiciones.

Desde su misma formación, la Corte Imperial había ido progresivamente extendiendo sus dominios hacia el norte, sin encontrar en el proceso excesiva resistencia. Hasta que, al llegar a la región de Honshu, se toparon con el

pueblo conocido como *emishi*, que se negó firmemente a someterse al estado japonés. Desde entonces, se había iniciado una guerra que ya duraba más de veinticinco años, de la cual sus habitantes apenas sabían nada, pues para ellos los territorios situados al nordeste de su propia isla les resultaban tan remotos como podían serlo China o Corea. Los *emishi* —«hombres peludos», como los llamaban— pertenecían a una etnia diferente. Tenían una cultura y un idioma propios, y físicamente eran más bajos y anchos que los japoneses.

—¿Se puede saber qué pasa? —inquirió el emperador Kanmu—. No hace mucho que enviamos nuevas tropas para reforzar la frontera.

—Pese a nuestra superioridad numérica, la infantería es incapaz de hacer frente a nuestros enemigos. Los *emishi* son expertos jinetes que evitan siempre los enfrentamientos en campo abierto. Por el contrario, se centran en llevar a cabo ataques relámpago sobre nuestras patrullas y en cortar las líneas de suministros, para replegarse a toda prisa y organizar una fuerte resistencia.

—Nuestro ejército no solo es ineficaz, sino que además se ha convertido en una pesada carga para el Tesoro —intervino un tercer consejero—. Quizás vaya siendo hora de poner fin al sistema de levas.

Dicho sistema se basaba en el reclutamiento forzoso de campesinos, a los que se equipaba con arco, lanza, espada y escudo, y se los destinaba allí donde fuesen necesarios. Ello daba lugar a un ejército compuesto casi exclusivamente por infantería pesada, excesivamente lento y muy poco profesionalizado.

—Opino lo mismo —coincidió Otomo—. La abolición del sistema sería progresiva. Y, en su sustitución, deberíamos echar mano de los guerreros que se hallan al servicio de los clanes más poderosos de cada provincia.

—La alternativa no me convence —objetó el emperador—. Con esa medida, la Corte se debilitaría paulatinamente, pues nos volveríamos cada vez más dependientes de las élites militares controladas por los señores feudales.

—Lo que decís es completamente cierto, pero todo es cuestión de alcanzar un equilibrio. Además, la militarización de los grandes clanes es un proceso inevitable del que podríamos beneficiarnos. Al fin y al cabo, los señores feudales se han visto abocados a formar sus propias huestes militares para combatir el bandidaje que recorre todo el país, al que el Ejército Imperial es incapaz de hacer frente.

Contrariado, Kanmu sacudió la cabeza impetuosamente.

—Los señores feudales no pondrán sus guerreros a nuestro servicio si no es

por algo a cambio. A fin de cuentas, tendremos que compensarlos económicamente y nos resultará igual de costoso que el sistema de levas.

—Es cierto que exigirán una contraprestación, del todo lógica, por otra parte —señaló Otomo—. No obstante, la ventaja radica en que, además de con dinero, podríamos pagarles de muchas otras maneras: ofreciéndoles un puesto de gobernador, otorgándoles rangos bajos dentro de la aristocracia, o adjudicándoles tierras de los futuros territorios conquistados.

El discurso del Fujiwara calaba poco a poco en Kanmu, que tampoco podía refutar la lógica de su razonamiento. El emperador, en el fondo, se resistía a abolir el sistema de levas porque sería como admitir el fracaso del modelo chino, que tanta admiración despertaba y del que tantas ideas habían tomado.

—Está bien, me comprometo a considerarlo seriamente —concluyó—. Y muy pronto tomaré una decisión definitiva al respecto.

Fujiwara no Otomo tomó nota y pasó al siguiente punto.

—De todas las peticiones que hemos recibido en el último mes solicitando nuevos *shoen*, he confeccionado una lista de todas aquellas que deberían ser concedidas.

—¿Son muchas? —preguntó el emperador Kanmu, frunciendo el ceño.

—Seis en total, majestad.

El asunto en cuestión estaba directamente relacionado con una de las innovaciones más importantes que introdujo la Gran Reforma: la nacionalización de la tierra, que pasó a ser de dominio absoluto del Estado, y que fue llevada a cabo con el fin de redistribuir el poder económico y reducir las desigualdades entre la población. Sin embargo, aquella ambiciosa reforma agraria nació viciada desde el principio, tras excluirse de la misma importantes zonas de arrozales, cuya explotación se concedió a miembros de la aristocracia e instituciones religiosas, con la ventaja de hallarse además exentas de impuestos. Dichas tierras privatizadas recibían el nombre de *shoen*, o feudos privados. La reforma, desde su concepción, resultó inapropiada para Japón, porque había sido diseñada para un país mucho más desarrollado y porque entraba en conflicto con tradiciones de clan que gozaban de un gran arraigo.

—¿No son demasiadas?

Lógicamente, al emperador le disgustaba tener que conceder aquellos privilegios, no solo porque iban claramente en contra del espíritu de la reforma y las desigualdades que había pretendido combatir, sino porque

aquello significaba que la propia Corte Imperial recibiría menos impuestos y sufriría, por tanto, una merma de su Tesoro.

—El mes pasado aprobamos cinco. Es una cifra razonable. Además, ya sabéis que nos conviene satisfacer las peticiones para evitar conflictos innecesarios.

Pese a ejercer como *Dainagon*, Otomo no era precisamente neutral en lo relativo a la adjudicación de los *shoen*, ya que la propia familia Fujiwara había sido una de las mayores beneficiarias de los mismos, lo que había contribuido notablemente a aumentar su cuota de poder y riqueza. El resto de consejeros tampoco puso la menor traba, pues ellos también se habían visto favorecidos por aquella excepción al sistema, que más bien parecía la norma habitual.

—¿Hay alguna institución budista?

—Sí, el templo de Ishiyama. Además, para ellos la exención de impuestos sería a perpetuidad.

—No me gusta —protestó el emperador—. Creo que los budistas están acumulando demasiado poder. Y la noticia de que estén creando su propio ejército me parece algo perturbadora.

—Tampoco tenemos mayor alternativa, majestad —explicó Otomo—. Llevarse bien con el poder religioso resulta fundamental para que los dioses no se vuelvan en nuestra contra.

A regañadientes, Kanmu dio el visto bueno a las concesiones. Aquella práctica siempre le había parecido injusta.

Otomo lo hizo constar en el acta sin alterar un ápice la serena expresión de su rostro. Al gozar de la total confianza del emperador, tenía la habilidad de hacer discurrir las reuniones por los caminos que le interesaban sin que se notase lo más mínimo. En todo caso, y por si alguien lo dudaba, además de servir a la Corona, Fujiwara no Otomo jamás se olvidaba de velar por los intereses de su familia.

—Continuemos —instó Kanmu.

El siguiente tema a tratar resultaba tan singular que demostraba que las supersticiones y la creencia en fuerzas o seres sobrenaturales no solo era propia del vulgo, sino también, y seguramente en mayor medida, de las clases dirigentes. A continuación, el Gran Consejo Imperial se disponía nada menos que a otorgar el título de emperador al príncipe Sawara —hermano menor de Kanmu—, con la peculiaridad de que lo haría varios años después de su

muerte.

La historia se remontaba un tiempo atrás, cuando Kanmu ordenó trasladar la capital del país desde Heijo hasta Nagaoka, un poco más al norte. El encargo de planificar y construir la nueva ciudad recayó sobre Tanetsugu, un hombre hábil y capaz, miembro del clan Fujiwara. No obstante, el progresivo ascenso de los Fujiwara despertó las envidias de las principales familias rivales, que se aliaron con el también receloso príncipe Sawara, lo que dio lugar a la propagación de ciertos rumores que acusaban a Tanetsugu de corrupto. Tuviesen o no fundamento, lo cierto fue que apenas transcurrido un año desde que se hubiese producido el traslado de capital, un grupo de mercenarios se encargó de acabar con la vida de Tanetsugu.

Las sospechas de instigar el asesinato recayeron inmediatamente sobre las familias rivales y el príncipe Sawara. Los Fujiwara supieron sacarle partido a la situación, y aprovecharon para apartar de la escena a sus viejos rivales. Algunos de los detenidos fueron ejecutados, pero a la mayoría se les condenó al exilio, que por influencia del budismo se había convertido en aquel tiempo en la forma de castigo más habitual. Entre ellos se hallaba el príncipe Sawara, quien, tras pasar algo más de una semana encarcelado, partió hacia el destierro a la isla de Awaji. Sin embargo, jamás llegó hasta su destino, pues durante el viaje, y siguiendo instrucciones oficiales, lo pasaron por las armas.

A partir de ese momento se sucedieron una serie de desgracias que afectaron directamente al clan Fujiwara y a la familia imperial. Entre otras, el príncipe Ate enfermó gravemente y dos emperatrices murieron en un espacio muy corto de tiempo. Kanmu y el resto del gobierno, abrumados quizás por el sentimiento de culpa, atribuyeron el origen de todos aquellos males al espíritu del príncipe Sawara, que desde la tumba clamaba venganza por su muerte violenta. La primera medida que tomaron fue ordenar un nuevo traslado de la capital, hasta la actual Heian-kyō, para huir del nocivo influjo del hermano fallecido. Pero como no dio ningún resultado, continuaron llevando a cabo numerosos intentos para aplacar su espíritu vengativo, los cuales tampoco sirvieron de mucho.

Finalmente, y como último recurso, se había tomado la decisión de otorgarle la condición de emperador al príncipe Sawara. Con aquel reconocimiento, aunque fuese a título póstumo, esperaban serenar su espíritu de una vez por todas. Para ello, se llevaría a cabo una ceremonia con todo el boato y esplendor propios de la corte, en la que se hallarían presentes los

principales líderes religiosos de los dos grandes credos del país.

—Todo está organizado hasta el último detalle —afirmó Otomo—. No debéis preocuparos de nada. La ceremonia saldrá a la perfección.

—Te agradezco mucho que te hayas ocupado de todo —repuso Kanmu, a quien todo aquel asunto le causaba tanto espanto que evitaba mencionarlo en la medida de lo posible.

Acto seguido, el Fujiwara recondujo la reunión por otros derroteros, y extrajo de una bolsa unas pequeñas monedas de cobre que repartió entre el resto de consejeros presentes y el propio emperador.

—Son unos ejemplares de muestra para que deis vuestra opinión —explicó.

Durante la era anterior se había impuesto el uso del dinero metálico, que el propio gobierno utilizaba para retribuir a sus funcionarios y que también debía emplearse para abonar los impuestos, acabando así con el sistema del trueque basado en el intercambio de bienes materiales perecederos que había funcionado hasta la fecha. Pues bien, recientemente, el Gran Consejo Imperial había decidido retirar de la circulación las tres primeras series de monedas emitidas, y sustituirlas por una nueva destinada a estabilizar el sistema.

—Me gusta —dijo Kanmu en tono complacido—. Es ligeramente más pequeña que las anteriores, pero también más elegante.

Acto seguido, los demás consejeros no escatimaron en elogios hacia la nueva moneda, toda vez que ya conocían la opinión del emperador.

Como las anteriores, la moneda era redonda y poseía un orificio cuadrado en el centro. Sobre su superficie, en el anverso, figuraba un ideograma japonés, si bien el reverso carecía de inscripción. Cada moneda dinástica tenía su propio nombre, y aquella había sido bautizada con el de *Ryuhei Eiho* (perdurable moneda de la noble paz).

—¿El ideograma ha sido obra de Kobo Daishi? —preguntó un consejero.

—Por supuesto —confirmó Otomo.

Habitualmente, los ideogramas eran trazados a pincel por famosos calígrafos de la época, para luego ser fielmente reproducidos sobre las monedas. En este caso, el citado Kobo Daishi no era solo un excelente calígrafo, sino además un maestro budista de renombrado prestigio.

—Entonces, si dais vuestro beneplácito, mandaré que comience la producción lo antes posible.

—Me parece bien —aprobó Kanmu—. ¿Hay algún asunto más que tratar? Creo que ya hemos completado el orden del día.

En efecto, así era. No obstante, había un tema que Otomo no había incluido porque se lo habían referido el día anterior, y porque pensaba que el Gran Consejo Imperial no estaba para dirimir cuestiones de una trascendencia tan escasa como aquella.

La información se la había trasladado el gobernador de la provincia de Yamashiro (dentro de la cual se adscribía la capital de Heian-kyō), el cual le había expuesto el siguiente problema: desde hacía varios años, un significativo número de niños —no menos de veinte—, pertenecientes a diferentes poblaciones y aldeas, habían desaparecido sin dejar rastro en los tupidos bosques de la región.

—Se sabe que son los *tengu* los que están detrás de la ola de secuestros —había añadido el gobernador con una mezcla de temor y respeto—. Pero nunca antes habían actuado ni de forma tan asidua ni sobre un número de víctimas tan elevado.

—Y ¿qué pretendes que hagamos? —había protestado Otomo—. ¿Cómo iba una patrulla del Ejército Imperial a enfrentarse a los *tengu* o a cualquier otra criatura de naturaleza parecida? Como te podrás imaginar, el ámbito de lo sobrenatural excede nuestras competencias. En todo caso, este sería un asunto más indicado para las autoridades budistas, cuyos monjes podrían bendecir los bosques para mantener así a los demonios alejados. Pero más allá de eso, poco más se puede hacer.

—Los campesinos están cada vez más asustados. El miedo mantiene atenazada a buena parte de la población rural.

—Pues que vigilen mejor a sus hijos para que no se pierdan en los bosques. Todo el mundo sabe el peligro que tienen los espíritus que allí habitan.

Pese a la aparente solidez de sus argumentos, el *Dainagon* no había hecho otra cosa que escudarse tras un puñado de malas excusas para no expresar en voz alta los verdaderos motivos por los cuales aquel asunto no le merecía mayor atención. Fujiwara no Otomo, como cualquier hombre de la aristocracia, no consideraba a los campesinos muy diferentes de los bueyes que araban los campos, o los caballos que los mensajeros utilizaban para desplazarse de un sitio a otro. Desde el punto de vista de los *yoki hito* y la nobleza en general, los pobres y el campesinado se hallaban en un estadio menos desarrollado y, por tanto, debido a su palpable ignorancia, sus desgracias debían de ser menos dolorosas que las suyas, debido a su incapacidad para comprender el sufrimiento de la misma forma que ellos.

Por todo ello, cuando el emperador preguntó si quedaba algún tema pendiente, Otomo descartó mencionar definitivamente aquel asunto, porque las vidas de aquellos niños desaparecidos no valían prácticamente nada.

SEGUNDA PARTE

Para que nadie
de nuestro amor se entere,
no me sonrías
con la luz de tu nube
sobre un monte verde.

La dama OTOMO NO SAKAMOUE (700-750)



Fiel a su palabra, Asatori no se marchó hasta que finalizó el período de la siembra, tras compartir las tareas del campo junto a su padre por última vez.

Su decisión de convertirse en monje *sōhei* era irrevocable. El torturado muchacho esperaba dejar atrás su pasado y comenzar una nueva vida donde no le trataran como a un apestado, y todo porque siendo niño estuvo desaparecido durante un año, conviviendo presuntamente con los *tengu*. En su aldea natal nadie le echaría de menos. En cambio, las comunidades budistas asentadas en el monte Hiei lo recibirían con los brazos abiertos, y le permitirían formar parte del ejército de monjes guerreros que recientemente habían creado.

El trayecto a pie no le llevaría menos de una semana.

Asatori prefería evitar los caminos de mayor tránsito, y se desviaba por senderos muy poco frecuentados que discurrían por el bosque y las faldas de las montañas. De ese modo tardaría más en llegar, pero así al menos evitaría toparse con algún tipo de control fronterizo u otra autoridad por el estilo que pudiese causarle problemas. Cuando caía la tarde buscaba refugio al amparo de una roca o en el interior de una cueva, y se acurrucaba bajo una manta que había llevado consigo. Y, tan pronto como las primeras luces asomaban entre las cumbres, se ponía de nuevo en marcha sin perder un segundo. Como aspecto negativo, Asatori había advertido que sus provisiones comenzaban a escasear. Sin embargo, la cuestión no le preocupaba en exceso. Hasta llegar a su destino, la naturaleza le ofrecía distintas alternativas para saciar el apetito.

Aquella mañana en particular, el sol resplandecía con la intensidad de una pira funeraria. Asatori atravesaba un sendero apenas marcado en el suelo, que bordeaba un cerro sembrado de pinos verdes. Fue entonces, de repente, cuando vislumbró la silueta de un hombre situado junto al tronco de un árbol, a veinte o treinta pasos de distancia colina arriba.

Hacía tres días que no veía un alma, y la presencia de aquel individuo en un paraje tan inhóspito y apartado le produjo bastante extrañeza. Desde donde se

hallaba, le pareció que se trataba de un anciano, pero le resultaba imposible distinguir sus rasgos con claridad.

—¿Hola?

Por toda respuesta, Asatori escuchó el eco de su propia voz reverberar en la montaña. Intrigado, se desvió del sendero y se dirigió al encuentro del extraño. Después de todo, quizás necesitase ayuda. El hombre no se movió del lugar que ocupaba mientras Asatori ascendía. Sin embargo, cuando ya casi había llegado a su altura, se ocultó detrás del árbol en el que se apoyaba y desapareció en un instante, como si nunca hubiese estado allí.

Asatori aún estaba tratando de comprender lo ocurrido cuando volvió a divisar al anciano en un punto más elevado de la montaña. Los separaban más de cincuenta pasos, lo que parecía desafiar la física más elemental. ¿Cómo había podido recorrer semejante distancia en tan solo unos segundos?

Para evitarse problemas, Asatori juzgó que lo más prudente sería olvidarse del asunto y reincorporarse al camino. No obstante, en ese momento el individuo lo invitó a acercarse con un gesto de la mano. Al principio dudó, pero la curiosidad fue más fuerte y finalmente Asatori decidió acudir a su llamada. En cualquier caso, el anciano parecía completamente inofensivo.

Para su sorpresa, volvió a ocurrir lo mismo que la vez anterior. El extraño se volatilizó en el aire justo antes de que entrase en contacto con él, para reaparecer instantes después a una gran distancia. Entre desconcertado y fascinado, Asatori se propuso dar alcance al dichoso anciano, aunque le llevase toda la mañana. Sin embargo, y pese a sus esfuerzos, la historia se repitió una y otra vez, como si desde el principio aquella persecución estuviese condenada al fracaso. Hasta que, cerca de una hora más tarde, cuando ya casi había alcanzado la cumbre de la colina, se topó con una destartalada cabaña de madera enclavada en mitad de la espesura.

El individuo se hallaba sentado frente a la puerta, en la tradicional postura del loto. Era la primera vez que podía verlo de forma clara, y lo primero que le llamó la atención fue que no mostraba signo alguno de haber acusado el ascenso de la montaña. Él, por el contrario, tenía la respiración agitada y sudaba de forma profusa tras la larga caminata.

En efecto, se trataba de un anciano de piel apergaminada y mirada inquisitiva, que lucía una frondosa barba cana que le llegaba hasta el ombligo. Su indumentaria tampoco era casual: vestía una túnica blanca, se cubría la cabeza con un gran sombrero de paja y entre sus manos sostenía un rosario

budista. Asatori juntó las piezas y enseguida se dio cuenta de que se hallaba ante un auténtico *yamabushi*, una figura legendaria de la que todo el mundo había escuchado hablar, pero que casi nadie había tenido la oportunidad de conocer en persona.

Los *yamabushi* eran ascetas que seguían una doctrina religiosa denominada *shugendo*, que tomaba como base el budismo esotérico, combinado sabiamente con elementos del sintoísmo y el taoísmo. Estos eremitas se sometían a durísimas pruebas de resistencia y prácticas ascéticas, en busca de la Iluminación, adquiriendo en el proceso ciertos poderes o facultades psíquicas que les permitían realizar verdaderas proezas de alcance sobrehumano. Entre los rumores que circulaban, se decía que podían adivinar el futuro, correr sobre las aguas o caminar descalzos sobre un manto de brasas sin sentir dolor alguno. Se refugiaban en las montañas, a las que tradicionalmente se les atribuía un carácter sagrado, tanto por su asociación a los espíritus de los antepasados como a las fuerzas primigenias de la naturaleza. Además, los *yamabushi* eran grandes expertos en artes marciales, que cultivaban para desarrollar sus capacidades físicas y mentales, y alcanzar a través de ellas la paz interior.

Desde la perspectiva de un simple campesino como Asatori, estos ascetas de las montañas eran vistos como una singular combinación entre una especie de mago y un monje guerrero.

El muchacho, impresionado, observó al *yamabushi* con una mezcla de respeto y temor reverencial.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el anciano.

—Un *yamabushi*, ¿verdad?

—Sí, pero... ¿me reconoces?

Asatori hizo memoria. Sin embargo, estaba seguro de no haberlo visto antes en toda su vida. Además, si un *yamabushi* hubiese visitado su aldea, lo recordaría. Un acontecimiento semejante habría causado un enorme revuelo entre la población.

—Lo siento, pero no.

—Eso significa que hice un buen trabajo... —murmuró el anciano para sí.

—¿Cómo decís?

—No, nada. Pero no te quedes ahí de pie. Por favor, Asatori. Siéntate frente a mí.

Asatori se sobresaltó.

—¿Sabéis mi nombre? ¿Cómo es posible? ¿Quién sois?

—Tú y yo nos conocimos hace mucho tiempo, cuando todavía eras un niño.

—No lo recuerdo.

—Eso es porque después hice que lo olvidaras. Pero, de hecho, convivimos juntos durante un año entero. —Y, tras una larga pausa, añadió—: Fui yo quien te raptó.

Estupefacto, Asatori precisó de varios segundos para asimilar aquella información.

—¿Qué estáis diciendo? A mí me secuestraron los *tengu*. Al menos, eso es lo que dicen todos.

—Por esta vez no fueron ellos. —El anciano templó su voz, y su expresión se tornó genuinamente afligida—. Lo lamento mucho, Asatori. Me consta que desde entonces has sufrido lo indecible. Sin embargo, tuve que hacerlo. No me quedó otra opción.

Aunque no sabría explicar cómo, Asatori estaba seguro de que el *yamabushi* no mentía. Y, pese a que debía de haberse sentido furioso con él, tampoco lo estaba. El centelleante brillo de su mirada le decía que su pesar era sincero.

—¿Por qué lo hicisteis? ¿Qué queríais de mí?

—Tú eres especial, Asatori. Atesoras unas cualidades innatas que nadie más tiene. Pero eso no es todo. Además, un día tendrás que enfrentarte a un desafío que alguien pondrá en tus manos. Una misión. Para muchos, una misión importante. Antes, sin embargo, debo prepararte para que puedas afrontarla con alguna mínima posibilidad de éxito. —El anciano realizó una breve pausa para que al muchacho le diese tiempo a digerir todo aquel caudal de información—. Tu preparación, en todo caso, comenzó cuando solo tenías diez años y te traje aquí conmigo. La capacidad de aprendizaje de un niño es incomparable, y durante aquel año adquiriste la base sin la cual ahora serías incapaz de culminar tu adiestramiento.

Asatori se sentía desconcertado. El discurso del *yamabushi* le sonaba ajeno y extraño. No obstante, no podía permitirse el lujo de ignorarlo. Después de todo, ¿qué sabía un simple campesino como él?

—Al principio, trataste de huir varias veces. Lo cual era perfectamente lógico teniendo en cuenta que te había separado de tu familia y te había llevado a un sitio donde no había nada ni nadie. Sin embargo, después de asegurarte que podrías regresar al cabo de un tiempo, cuando hubiese hecho de

ti un extraordinario guerrero, aceptaste finalmente someterte a mi disciplina.

Eran tantos los interrogantes que asaltaban a Asatori que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—¿Cómo sabéis que soy especial? ¿Y a qué misión os referís?

—Entre otros poderes que sobrepasan la comprensión humana, los *yamabushi* dominamos el codiciado don de la clarividencia. Por eso sé algunas cosas. Sin embargo, hay límites. No puedo saberlo todo. Ten paciencia, poco a poco iré contestando todas tus preguntas. Ahora lo que debes hacer es quedarte y completar la formación que de niño iniciaste conmigo.

—Pero... yo iba camino del monte Hiei para convertirme en un monje guerrero.

—Excelente, solo te retrasaré unos meses. Y, para cuando hayamos completado el entrenamiento, te garantizo que no habrá un monje *sōhei* mejor preparado que tú.

Asatori trataba de asimilar todo lo deprisa que podía aquel inesperado giro de los acontecimientos. El tiempo no suponía un problema, pues en ese momento de su vida él se hallaba libre de todo compromiso. Además, nadie en su sano juicio sería tan necio como para rechazar un ofrecimiento de semejantes características. Una oportunidad así solo se presentaba una vez en la vida y suponía un privilegio al alcance de muy pocos. Con todo, antes de comprometerse, necesitaba aclarar un punto que le generaba una enorme inquietud.

—Últimamente se han producido numerosos secuestros de niños por toda la provincia. Y, aunque la gente culpa a los *tengu*, ahora me pregunto si en realidad dichos actos no serán obra vuestra.

—En absoluto —replicó el anciano sin titubear lo más mínimo—. Yo no he tenido nada que ver con eso. Tu caso fue una excepción. Desde entonces, jamás he vuelto a hacer nada parecido.

Asatori asintió lentamente y aceptó la palabra del *yamabushi*, cuya franqueza parecía estar fuera de toda duda.

—Acepto. Dejaré que me preparéis.

El anciano dejó entrever una sonrisa de satisfacción.

—Sabia decisión. Y, ahora, pasemos a la cabaña —dijo, poniéndose en pie—. Más vale que conozcas cuanto antes el que a partir de hoy será tu hogar.

La construcción de la cabaña era tan precaria que parecía que se iba a venir

abajo de un momento a otro. Había un agujero en el techo por el que salía el humo del hogar en invierno, y una ventana por la que no solo entraba la luz, sino también una legión de insectos que revoloteaba a sus anchas por la única estancia del refugio. Pegado a la pared había un pequeño altar, sobre el que reposaba una imagen de Buda, una campanilla ritual, incienso y velas de pino, así como un cofrecito que contenía una amplia colección de sutras.

El *yamabushi* no poseía nada, salvo un caldero, un bol de cerámica y una piel de ciervo sobre la que se echaba para descansar. Su dieta era tan austera como su modo de vida, y se reducía exclusivamente a la ingesta de hojas y frutos silvestres, pues ni la carne ni los cereales formaban parte de su alimentación.

—Asatori, tu entrenamiento será duro. Mucho más de lo que puedas imaginarte. De modo que si tu compromiso no es total, no llegaremos a ningún sitio.

—Haré todo lo que me pidáis. Tenéis mi palabra.

—Está bien, después no digas que no te lo advertí. —El anciano clavó una penetrante mirada en el muchacho, y a continuación le dijo—: Deberás dirigirte a mí como *sensei*[\[12\]](#), ¿de acuerdo? Ese es el tratamiento adecuado entre maestro y alumno.

—Así lo haré, *sensei*.

—Hoy te recomiendo que descanses todo lo que puedas. Mañana a primera hora comenzará tu formación. ¿Alguna pregunta más?

Asatori las tenía a miles. Sin embargo, en ese momento concentró su atención en una puerta que permanecía cerrada y que parecía conducir a una segunda pieza —quizás una despensa o un armario, porque no había espacio para más— que el anciano no le había enseñado.

—¿Qué hay detrás de esa puerta?

El gesto del *yamabushi* se tensó de repente.

—Lo que hay al otro lado no es de tu incumbencia. De modo que actúa como si esa puerta no existiera, ¿entendido?

Al amanecer de la mañana siguiente, maestro y alumno dieron inicio a la primera jornada del anunciado entrenamiento intensivo.

—Sígueme, Asatori.

El bosque estaba repleto de maleza y fronda abundante, lo cual no impedía que el *yamabushi* se lo conociese como la palma de su mano. Asatori observó que, a pesar de la avanzada edad del anciano, este se desplazaba con agilidad y sin dar muestras de padecer achaque alguno. Lo cual, dadas las circunstancias, ya constituía toda una proeza en sí mismo.

Al cabo de unos minutos llegaron a su destino: una imponente cascada de agua de cinco metros de altura, a cuyos pies se extendía una laguna no muy profunda que cubría hasta las rodillas. El murmullo del agua al caer aquietaba el pensamiento, y la humedad propia del escenario y sus balsámicos olores conformaban una atmósfera que serenaba los sentidos.

—Quítate la ropa y sitúate bajo la cascada —indicó el *yamabushi*.

Aunque la mañana era fría, Asatori obedeció sin vacilar. Sin embargo, tan pronto como sintió el torrente de agua empaparle el cuerpo de arriba abajo, se apartó como empujado por un resorte invisible.

—¡*Sensei*, el agua está helada! ¡Y golpea con muchísima fuerza!

El maestro, lejos de enojarse por el escaso aguante de su pupilo, exhibió una sonrisa conciliadora.

—Por supuesto, ¿qué esperabas? El agua ha de estar fría para ejercer su poder purificador. Y, en cuanto a su fuerza, puedes canalizarla relajando los músculos y evitando que te caiga directamente sobre la cabeza. Deja que el torrente incida principalmente sobre la nuca y los hombros.

Asatori lo intentó de nuevo, aunque no resistió más allá de unos segundos.

A continuación, el *yamabushi* se desvistió y se situó bajo la cascada con los ojos cerrados, durante cinco largos minutos. Después salió de la laguna y se reunió de nuevo con Asatori.

—Tu rutina diaria comenzará todas las mañanas purificándote en la cascada —señaló—. Y cada día deberás aumentar el tiempo que permanezcas bajo el agua, hasta que seas capaz de imitar mi ejemplo.

—Sí, *sensei*.

—El dominio de este ejercicio te permitirá desarrollar ciertos estados de conciencia más elevados, y aprenderás también a controlar las corrientes de tu fuerza interior.

Dicho esto, el *yamabushi* se puso de nuevo en marcha con las energías renovadas y el ánimo resuelto. Esta vez tomó un sendero que seguía una ruta ascendente y que culminaba en la cima de la montaña. El aire era tan puro en aquel lugar que bastaba una sola inhalación para oxigenarse los pulmones.

Desde allí, la inmejorable panorámica del valle dejaba a la vista los extensos campos de arrozales que los campesinos cultivaban con tanto ahínco. Una bandada de gansos salvajes atravesó el cielo justo por encima de ellos, entre esponjosas nubes que se desplazaban con gran lentitud.

—Ahora voy a enseñarte uno de los pilares básicos de tu adiestramiento en las artes marciales: los *katas*. —Acto seguido, el anciano trazó un largo movimiento en el aire que incluía el empleo de brazos y piernas, compuesto por no menos de veinte pasos distintos, que se asemejaba a la ejecución de una danza perfectamente sincronizada—. Como has podido ver, los *katas* son un conjunto de movimientos ordenados que comprenden secuencias de defensa y ataque, inspirados siempre en los movimientos de la naturaleza, como, por ejemplo, la estabilidad de la montaña, la fluidez del agua o el equilibrio de la grulla.

Asatori asintió y trató de reproducir el *kata* que su maestro había realizado.

—¿Me ha salido bien? —preguntó a continuación.

—Aunque no te hayas dado cuenta, has cometido innumerables errores. Sin embargo, no debes preocuparte. Para lograr una ejecución perfecta, el *kata* requiere de miles de repeticiones. —El *yamabushi* llevó a cabo una nueva demostración, haciendo gala de una técnica extraordinaria. Las intermitentes corrientes de aire mecían hacia uno y otro lado su larga barba entrecana—. Te pasarás el resto de la mañana repitiendo este *kata* hasta que lo hayas interiorizado. Mañana te enseñaré uno nuevo y al siguiente otro más, y así de forma sucesiva. Pero no te dejaré avanzar mientras no domines todos y cada uno de ellos.

A mediodía regresaron a la cabaña e hicieron una pausa para comer algunas raíces y bayas. Aunque la alimentación del anciano era muy estricta, Asatori llevaría en adelante un régimen más flexible, que comprendería incluso la ingesta de carne de forma ocasional. Luego se sentaron en el exterior, y el *yamabushi* le pidió a Asatori que adoptase la postura del loto, con las piernas cruzadas y cada pie ubicado encima del muslo opuesto.

—El segundo gran pilar sobre el que se asentará tu adiestramiento será la meditación, a través de la cual llevarás a cabo combates de gran realismo, exclusivamente en el marco de tu mente.

—Yo no sé meditar, *sensei*.

—Sí que sabes, lo que pasa es que no lo recuerdas. Esa fue una de las cosas que te enseñé durante el año que pasaste conmigo.

El anciano posó su mano derecha sobre la coronilla del muchacho, y ejerció una ligera presión al tiempo que recitaba un largo mantra. Cuando terminó, Asatori sintió, como si fuese cosa de magia, cómo de repente la meditación pasaba a formar parte de los conocimientos que tenía en la cabeza.

—Poco a poco, y según lo vayas necesitando, iré desbloqueando otros recuerdos con el resto de técnicas que te enseñé cuando eras niño. Si hubiese tenido que enseñarte todo eso ahora, necesitarías años de entrenamiento. Y, por desgracia, el tiempo de que disponemos es limitado. —Antes de continuar, el *yamabushi* se ajustó su característico sombrero de paja, que lo protegía de la furia del sol—. Ahora entra en estado meditativo y escucha mis instrucciones con atención.

Asatori acompasó su respiración, dejó caer los párpados y, tras proyectar en su mente una serie de imágenes de naturaleza budista, logró en pocos minutos alcanzar el estado de vacuidad.

—Estoy preparado, *sensei*.

—Bien, el ejercicio consiste en entablar combates con animales salvajes, para de ese modo apoderarte de sus mejores cualidades, como la fuerza del oso, la agilidad del felino o los reflejos de una mosca común. Adelante, enfréntate a un oso de pequeño tamaño para empezar.

Tan pronto como dio inicio el duelo, el anciano observó que bajo los párpados de Asatori sus ojos se movían a toda velocidad. Sin embargo, ante la ausencia de otras señales, se hizo evidente que la intensidad del ejercicio no estaba siendo la adecuada.

—No es suficiente, Asatori. Debes visualizar el combate hasta el más mínimo detalle, para que resulte indistinguible de la realidad. La lucha puede que sea imaginaria, pero si engañas a tu mente, esta jamás lo sabrá. Inténtalo de nuevo.

Asatori tuvo en cuenta los consejos de su maestro y, tras borrar la construcción mental que le había servido de base para su primer intento, retomó el ejercicio desde el principio, cimentado en un nivel de autenticidad muchísimo mayor. En su segundo intento, el ejercicio se desarrolló por cauces muy diferentes. Esta vez, los efectos del combate imaginario se dejaron sentir en el mundo real. El muchacho sudaba sin parar, su frecuencia cardiaca había aumentado de forma exponencial y la fatiga resultaba claramente visible en su rostro.

El *yamabushi* no podía sentirse más satisfecho. Asatori aprendía deprisa y

rescataba con asombrosa facilidad los conocimientos que le había enseñado de niño. Definitivamente, su elección había sido acertada.

Asatori se acostumbró pronto a su rutina diaria, que apenas sufría ningún tipo de variación. Su jornada comenzaba purificándose bajo la cascada, después se pasaba el resto de la mañana practicando los *katas*, y por las tardes se enzarzaba en feroces combates con todo tipo de animales, sin salirse nunca del marco de la meditación. Pero eso no era todo. El *yamabushi* aprovechaba las últimas horas del día para instruirlo acerca de diferentes materias de gran utilidad: la medicina y el empleo de hierbas curativas, la astronomía y, muy especialmente, los fundamentos del budismo, cuya filosofía debía adoptar a partir de aquel momento como forma de vida.

Una noche, Asatori preguntó a su maestro acerca de su propia vida, de la que no sabía prácticamente nada. Sin duda, el anciano poseía una inmensa sabiduría relativa a una gran cantidad de temas, pero, paradójicamente, jamás hablaba de sí mismo.

—Mi vida no es importante —repuso en tono sereno—. De hecho, puedo resumírtela en pocas palabras.

—Sí, por favor.

—No hay mucho que saber. Yo comencé siendo un monje budista de la escuela *tendai*[13], como tantos otros por estas tierras.

El *yamabushi* contemplaba el firmamento lleno de estrellas, y su voz denotaba cierta melancolía.

—¿En el monte Hiei?

—Así es —confirmó—. Las cosas me fueron bien, y mis compañeros valoraban mis capacidades. De hecho, cuando ni siquiera había alcanzado la mitad de mi vida, ya ostentaba el cargo de abad de un importante monasterio.

—En ese punto, el asombro en el rostro de Asatori se hizo más que evidente—. Y no era un monasterio cualquiera. Más de tres mil monjes se hallaban a mi cargo.

—Y ¿qué pasó después?

—Todo cambió el día en que un afamado *yamabushi* nos hizo una visita y se alojó por espacio de unos días en el monasterio. Inmediatamente, me sentí tan cautivado por su personalidad y sus conocimientos que decidí dejarlo todo

para seguirlo hasta la montaña donde vivía, y abrazar el camino del *shugendo* e imitarlo en sus prácticas ascéticas para alcanzar la Iluminación.

El anciano permaneció durante largo rato en silencio, con la mirada perdida en el infinito. Y, como no añadía nada más, Asatori decidió cambiar de tema para abordar otro asunto que también le rondaba por la cabeza, relacionado con los particulares métodos empleados durante su rutina de entrenamiento, tras cumplirse la primera semana desde su inicio.

—*Sensei*, temo que si mi instrucción se basa únicamente en los *katas* y la meditación, jamás llegue a dominar las artes marciales como un verdadero experto. ¿No debería practicar con terceros y llevar a cabo combates de entrenamiento? ¿Acaso no es eso lo habitual?

El *yamabushi*, lejos de tomarse a mal las dudas de su pupilo, aprovechó para desvelarle el principal objetivo de su adiestramiento.

—Aquí no estás para aprender lo habitual, sino lo extraordinario. Cuando te unas a los monjes *sōhei*, ya tendrás oportunidad de practicar con tus compañeros, con los que te enfrentarás a modo de entrenamiento en infinidad de ocasiones. Sin embargo, lo que yo voy a enseñarte no lo aprenderás allí, ni en ningún otro sitio. A través de los *katas* y la meditación, la recitación de sonidos vocales y ciertas técnicas respiratorias que voy a enseñarte, invocarás siempre que lo necesites el estado mental idóneo previo al combate, libre de temor y de ira, y del resto de emociones inferiores que por desgracia definen al ser humano. —El anciano se expresaba con la seguridad del que ya tiene a su espalda incontables años de experiencia—. Deberás expandir tu percepción hasta límites insospechados, para lograr dos fines fundamentales. Primero, que tus actos de defensa y ataque pasen a ser controlados por tu inconsciente, del mismo modo que la frecuencia cardíaca o la función respiratoria. Si lo consigues, ganarás un tiempo precioso en la toma de decisiones, del que a su vez carecerá tu adversario. Y, segundo, la capacidad de anticiparte al movimiento de tu rival un instante antes de que lo haya realizado. Será como si pudieses leerle la mente, aunque lo que harás en realidad será percibir sus vibraciones y la energía que todos irradiamos. Deberás, en resumen, *sentir* el ataque de tu contrincante. Un poder semejante, en apariencia sobrehumano, hará de ti un luchador virtualmente invencible en el combate cuerpo a cuerpo.

Tras la contundencia del discurso, Asatori agachó la barbilla en señal de aceptación y jamás se le ocurrió volver a cuestionar la metodología de su maestro.

Tras cumplirse su primer mes de entrenamiento, Asatori comenzaba a ser consciente del despertar de su tercer ojo —el término con que su maestro se refería al conjunto de centros psíquicos que el cuerpo humano albergaba—, y cómo un uso adecuado del mismo podía darle una significativa ventaja en el ejercicio de las artes marciales. Además, empezó a darse cuenta de que la vida en la montaña le resultaba extrañamente familiar, para lo cual había una explicación tan sencilla como evidente: los recuerdos de su primera estancia afloraban ahora a la superficie de su mente, para fusionarse de forma inevitable con el momento actual.

Asatori desarrolló muy pronto un gran afecto por el *yamabushi* —el mismo que de niño también le había tenido, pero que después olvidó—, que siempre le procuraba un trato amable, le dedicaba palabras de ánimo cuando no progresaba, y que bajo ninguna circunstancia perdía jamás la paciencia con él. Solo en una ocasión le había cambiado el semblante, cuando quiso saber qué había al otro lado de la puerta que se abría en la pared norte de la cabaña. A la vista de su reacción, Asatori jamás volvió a mencionar el tema y se mantuvo siempre alejado de la puerta, como el anciano le había pedido.

Sin embargo, la curiosidad del muchacho aumentaba día a día, y con el tiempo la dichosa puerta prohibida fue ejerciendo sobre él una atracción cada vez mayor, hasta que una tarde consideró por primera vez la posibilidad de ignorar la orden de su maestro. La puerta ni siquiera estaba cerrada con llave, sino que tan solo se hallaba encajada en el marco. La tentación era demasiado grande. No tenía más que entreabrirla unos cuantos dedos y escudriñar en su interior.

Aquella tarde, además, parecía ser el momento perfecto para satisfacer su curiosidad. El *yamabushi* había salido a por leña y tardaría algunos minutos en volver. Asatori asió la pequeña manija de que disponía la puerta y tiró hacia sí muy despacio, lo suficiente como para abrir una rendija a través de la cual poder echar un ojo. Desafortunadamente, no entraba luz suficiente y apenas logró ver nada, salvo el contorno de una sombra perfilado en la oscuridad.

Habiendo llegado tan lejos, ahora no iba a quedarse a la mitad. Por tanto, decidido a desentrañar el misterio de una vez por todas, Asatori acabó

abriendo la puerta por completo sin tantas precauciones como al principio. Lo que descubrió, sin embargo, a punto estuvo de hacerle soltar un grito, que logró contener en el último segundo.

Instintivamente, el muchacho se retiró unos pasos con los ojos desorbitados y el gesto demudado por el terror. En el interior del pequeño habitáculo reposaba el cadáver momificado de un hombre, en la tradicional postura de meditación.

—¡Asatori!

El susto fue aún mayor al advertir que el *yamabushi* acababa de llegar y se hallaba justo a su espalda.

—Lo siento, *sensei*. Yo...

—Cálmate. No estoy enfadado contigo. Lo de la puerta solo era una prueba. Y, aunque no te lo creas, la has superado con creces.

Asatori lo miró sin comprender. Si lo había puesto a prueba, ¿acaso no había fracasado?

—Deja que te lo explique —precisó—. Sabía que me desobedecerías antes o después. La cuestión radicaba en cuánto tiempo tardarías en hacerlo. Cualquiera hubiese echado un vistazo a las primeras de cambio, pues no costaba ningún esfuerzo. Tú, al menos, has probado ser mucho más paciente que la inmensa mayoría. La curiosidad forma parte de la naturaleza humana y no pienso castigarte por ello.

Aliviado, Asatori se volvió hacia el cuerpo que reposaba en el habitáculo, cuya mirada vidriosa —casi viva— le provocó un escalofrío. Más llamativo aún resultaba que no despidiese ningún olor, salvo un tenue aroma a cardos y ortigas verdes.

—¿Quién era? —preguntó.

—Mi maestro. El *yamabushi* más poderoso que estas tierras hayan conocido. De su muerte han transcurrido ya más de veinte años.

—No lo comprendo, parece que solo llevase muerto unos días. ¿Cómo es posible que aún se conserve así?

—Decidió llevar a cabo la práctica ascética definitiva y la más dura que existe: la de su propia momificación. La forma más extrema de alcanzar la Iluminación y convertirse él mismo en un buda viviente. —El reverencial tono de voz empleado por el anciano dejaba muy claro el gran respeto y admiración que sentía hacia su maestro fallecido.

El proceso, que recibía el nombre de *sokushinbutsu*^[14], requería de tres

mil días para su realización, divididos en tres etapas de mil. Durante la primera etapa se llevaba a cabo una dieta muy estricta, que se limitaba a frutos secos y semillas, con el fin de reducir al máximo la grasa del cuerpo, que al morir entraba rápidamente en descomposición. En la segunda fase, el sujeto ingería abundantes cantidades de una infusión venenosa elaborada a partir del árbol *urushi*, que le hacía orinar continuamente, vomitar y sudar de forma excesiva, para que el cuerpo se deshidratase y la piel se pegase a los huesos, ante la ausencia casi total de músculos. Además, la toxicidad de aquel brebaje provocaba que, tras la muerte, los gusanos no corrompiesen el cuerpo. La tercera etapa implicaba un enterramiento en vida. Se cavaba un hoyo en la tierra y el monje se introducía en una caja de madera con las medidas justas para que pudiese colocarse en la postura del loto. Inmóvil y en continua meditación, respiraba a través de una caña de bambú que emergía al exterior, y todos los días hacía sonar una campanilla para hacer saber que aún estaba vivo. Cuando dejaba de oírse el menor sonido, el compañero que permanecía en el exterior retiraba la caña y procedía a sellar la tumba. Entonces se esperaban mil días adicionales, después de los cuales se abría la caja para verificar que la momificación había tenido éxito.

Tras escuchar la explicación del anciano, Asatori fue incapaz de imaginarse un sufrimiento parecido. Verdaderamente, los *yamabushi* eran capaces de realizar proezas increíbles, como se rumoreaba entre los campesinos.

—*Sensei*, ¿puedo hacerles una pregunta?

—Adelante.

—El día que me atrajisteis hacia la cabaña, yo traté de daros varias veces alcance, pero cada vez que llegaba hasta donde os encontrabais, vos habíais desaparecido. Así ascendimos la montaña, con la diferencia de que al final yo llegué exhausto y sudando a raudales, mientras que vos parecía que ni siquiera os hubieseis movido del sitio. ¿Cómo lo hicisteis?

—Eso no fue más que una muestra del poder de bilocación[15].

—¿Bilocación?

—La capacidad de encontrarse en dos lugares a la vez.

—¿Cómo es posible?

—Mientras que el cuerpo físico permanece en un estado de reposo profundo, la conciencia puede proyectarse a algún punto cercano y materializarse como una entidad corpórea real.

—Pero yo os vi como os estoy viendo ahora mismo.

—Y también podrías haberme tocado, o escuchado si me hubiese dirigido a ti. Cuando el desdoblamiento es completo, no hay diferencia alguna entre el cuerpo real y la imagen psíquica proyectada.

De inmediato, Asatori se sintió fascinado por aquel asombroso poder.

—¿Y podríais enseñarme a utilizarlo?

Desconcertado por la ingenuidad del muchacho, el *yamabushi* soltó una carcajada sin ningún atisbo de malicia.

—Te llevaría años de práctica poder dominar una facultad así.

—Podría intentarlo, al menos.

—Sería perder el tiempo. No obstante, cabe otra posibilidad. Yo podría inducirte artificialmente el desdoblamiento, para que puedas experimentarlo por ti mismo y sepas lo que se siente. Aunque te dolerá. Te lo advierto. ¿Qué me dices?

—Quiero hacerlo —replicó Asatori convencido.

—Está bien. Adopta la postura adecuada y entra en estado de meditación profunda. Cuando estés preparado, yo me encargaré del resto.

Media hora después, el anciano comprobó que se cumplían las condiciones adecuadas. Asatori respiraba de forma acompasada y mantenía los ojos cerrados en un gesto inequívoco de gran concentración.

—Ahora sentirás un intenso dolor, pero has de resistirlo. En todo caso, bajo ningún concepto salgas de tu estado actual.

A continuación, el *yamabushi* presionó determinados puntos de la garganta del muchacho, que, pese a sentir como si lo estrangularan, ni siquiera se inmutó.

—Eso es. No te muevas. Ahora me situaré justo detrás de ti.

Asatori empezó a ver puntos blancos bajo sus párpados cerrados, al tiempo que la cabeza comenzaba a darle vueltas de modo vertiginoso. El *yamabushi* repitió la maniobra, pero operando ahora sobre la base de su columna vertebral.

—¡Ahora piensa en un lugar cercano! La cascada, por ejemplo. ¡Y no te asustes! El desplazamiento está a punto de suceder.

Asatori experimentó una fuerte sacudida, y una deslumbrante luz blanca lo cegó de forma momentánea, llenando todo su campo de visión. Cuando el resplandor se disipó, la vista que tenía delante fluctuó durante unos instantes, hasta que finalmente adquirió una cierta estabilidad. Para entonces, todo había cambiado a su alrededor. Ya no se hallaba en el interior de la cabaña, sino en

el bosque de la montaña, frente a la cascada a la que acudía cada mañana puntual como un reloj.

El suelo firme bajo sus pies, la caricia de la brisa sobre su piel y la inconfundible fragancia de las flores silvestres lo convencieron de que su presencia allí era real y no un simple truco de su mente.

Asatori dio unos pasos y se introdujo en la laguna, provocando ondulaciones en el agua alrededor de sus pies. Luego se agachó, cogió una rana que había en la orilla y se la puso sobre la palma de la mano. La rana lo miró desde sus enormes ojos saltones, parpadeó repetidas veces y después saltó de su mano directamente al agua. Desde luego, no cabía duda alguna de la consistencia del cuerpo proyectado, y de su capacidad para interactuar con el entorno sin ningún tipo de limitación. Asatori tuvo que repetir varias veces que, por increíble que pareciese, ahora mismo se encontraba en dos lugares distintos a la vez.

De repente, cuando más estaba disfrutando de la experiencia, todo comenzó a dar vueltas y el mundo se le oscureció como en un eclipse de sol. Una punzada de dolor agudo le atravesó la nuca, y se le extendió hacia la cabeza y la espina dorsal. Al principio, Asatori se asustó, pero luego comprendió que su maestro estaba maniobrando de nuevo para traerlo de vuelta.

—¡Ha sido impresionante! —exclamó. Una vez más, se hallaba en la cabaña, de donde en realidad nunca se había movido.

—Esto no es un juego, Asatori. Además, su realización exige un gran gasto de energía. No lo volveremos a hacer. ¿Entendido?

Asatori se examinó los pies. Esperaba tenerlos mojados tras su paseo por la laguna. Sin embargo, no había ni rastro de agua en su piel, lo cual demostraba la plena autonomía que había entre un cuerpo y otro.

—*Sensei*, ¿qué habría ocurrido si me hubiese pasado algo durante el desplazamiento?

—¿Algo como qué?

—¿Y si, por ejemplo, me hubiese ahogado en la laguna?

—No te hubiese ocurrido nada. Sencillamente, la proyección habría desaparecido y hubieses abierto los ojos de nuevo aquí. —El *yamabushi* endureció su expresión para realizar una seria advertencia—. Otra cosa muy distinta sería si hubiese sucedido al revés. Es decir, que el daño lo hubiese sufrido el cuerpo del que partes para llevar a cabo la bilocación. Imagina, por ejemplo, que un oso hubiese entrado en la cabaña mientras estabas en estado

de meditación profunda y te hubiese matado a placer. En ese caso, tanto el cuerpo real como la proyección perecerían de forma simultánea.

Asatori pareció comprender. Y, al mismo tiempo, se juró a sí mismo que tenía que aprender la técnica para realizar aquella proeza del modo que fuera.

Tras dos meses de intenso entrenamiento, Asatori había realizado grandes progresos, y ya contaba con sólidos cimientos para convertirse en un experto en artes marciales, sobre la base de una extraordinaria preparación de la mente. Situarse bajo la cascada de agua ya no le suponía ningún reto, y de los *katas* y la meditación ya había aprendido todo lo que podía aprender. Por todo ello, el *yamabushi* estimó que había llegado el momento de someterlo a una serie de rigurosas prácticas ascéticas para poner a prueba su resistencia tanto física como mental.

En la primera de ellas, Asatori tuvo que marchar por la montaña, desde el amanecer hasta el ocaso, descalzo y recitando incesantemente un mismo mantra, por espacio de una semana. Al final acabó con los pies desollados, la voz quebrada y agotado como si le hubiesen dado una paliza de muerte, pero lo hizo sin expresar ni una sola queja.

Una vez recuperado, la siguiente prueba a la que tuvo que enfrentarse fue tan dura como la primera, o incluso peor. Durante tres días con sus noches completas, Asatori se recluyó en el interior de una cueva, donde permaneció en continua meditación, totalmente inmóvil, sin comer ni beber, y ni tan siquiera dormir, aunque solo fuese por unos minutos.

—Solo así lograrás superar los límites de la naturaleza humana —manifestó el *yamabushi*.

Después de aquello, Asatori creyó que ya nada podría sorprenderlo. Pero se equivocaba.

—Para realizar esta prueba, lo primero que tendrás que hacer será reunir ocho mil trozos de madera del tamaño de tu dedo índice. Ni uno más ni uno menos.

Aquella tarea, por sí sola, no se caracterizaba por su excesiva dificultad. Sin embargo, resultaba tan tediosa que Asatori estuvo a punto de perder los nervios por primera vez. Con todo, le sentó mucho peor saber lo que tenía que hacer a continuación, por la paradoja que implicaba tras el esfuerzo realizado.

—Buen trabajo, Asatori. Ahora prepárate, porque esta noche los quemarás uno a uno en el fuego de la cabaña, mientras rezas al mismo tiempo una plegaria por el bien de toda la humanidad.

La explicación que le ofreció el *yamabushi* fue la siguiente: cada astilla de madera representaba una pasión del hombre. Y, por ello, debía arrojarlas al fuego sin apartar los ojos de las llamas, que en aquel ritual vendrían a simbolizar la imagen de Buda. Asatori se pasó doce horas seguidas alimentando las llamas, que le abrasaron el rostro y le secaron la garganta hasta dejarlo sin resuello. Pese a todo, una vez más ejecutó la tarea con denuedo, siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas.

Después de tantos sacrificios, Asatori obtuvo al menos una satisfacción a modo de recompensa. Tras mucho insistir, consiguió que el *yamabushi* le enseñase cómo llevar a cabo la técnica de la bilocación que tanto le había fascinado. Su decepción, sin embargo, no pudo ser mayor, pues enseguida constató que, pese a intentarlo de forma repetida, él no estaba preparado para realizar con éxito una proeza de tal magnitud. Su *sensei* ya se lo había advertido desde el principio. Y, como siempre, había demostrado tener razón.

Para llevar a cabo una de sus últimas enseñanzas, el *yamabushi* condujo a Asatori a la cima de la montaña, donde se situaron al borde de un barranco cortado a pico que se abría en la cara sur. Asatori llevaba dos largas lianas atadas a los pies, que había arrastrado tras de sí durante todo el camino, sin que su maestro le hubiese desvelado lo que pensaba hacer con ellas.

—Ahora salta hacia el abismo —indicó el *yamabushi*—. Yo sujetaré las cuerdas justo a tiempo para evitar que te despeñes.

Asatori palideció. No es que no confiase en su maestro, pero cualquier mínimo error de cálculo podría costarle la vida.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso tienes miedo?

—No puedo evitarlo, *sensei*.

—Sí que puedes. Por eso mismo estamos aquí. El miedo supone una peligrosa distracción, pues destruye la concentración, afecta negativamente a tu tiempo de reacción y perjudica la sincronización de tus movimientos de defensa y ataque. Si tú no controlas el miedo, el miedo te controlará a ti. ¿Qué crees que ocurrirá entonces cuando te enfrentes a un rival en un combate a muerte?

—*Sensei*, pero ¿de verdad es posible anular el miedo por completo?

—No solo es posible, sino necesario. Si le temes a la muerte o a las

consecuencias del combate, jamás podrás ejercitar las artes marciales completamente libre de las ataduras de la mente.

—No puedo evitarlo, *sensei*. Temer a la muerte es algo natural.

—Lo es. Pero la muerte forma parte de la vida. Así que abraza esa realidad e intégrala dentro de tu ser. Solo así dejarás de tener miedo. —El *yamabushi* arrugó el entrecejo y lo atravesó con la mirada—. Y ahora, basta de palabras. No pienses en nada y haz lo que te digo. Salta al vacío de una vez.

Asatori dejó la mente en blanco y, acto seguido, se dejó caer por el precipicio, depositando una confianza ciega en su maestro. Durante el descenso, el estómago se le subió a la garganta y la resistencia al aire le provocó un cosquilleo en torno a las extremidades, mientras veía aproximarse poco a poco el fondo del despeñadero.

Fue entonces, justo en el último momento, cuando el *yamabushi* sujetó las cuerdas por el otro extremo y frenó en seco la caída de Asatori.

—¿Estás bien?

El muchacho estaba colgado boca abajo, y su cuerpo se balanceaba ligeramente a escasa distancia de la pared del precipicio.

—¡Lo estoy, *sensei*!

—Y dime: ¿tienes miedo?

—¡No!

—¿Es cierto eso? Te advierto que me sobran las fuerzas para sostenerte durante el tiempo que haga falta, hasta que te hayas deshecho de todo rastro de temor.

—No será necesario, *sensei*. No tengo miedo, os lo aseguro. Es más, me gustaría pedirlos algo: ¿podría volver a saltar otra vez?

Algunos días más tarde, maestro y alumno se sentaron frente a frente delante de la cabaña, para mantener una conversación crucial que sonaba a despedida. Asatori intuía lo que se avecinaba, pues desde hacía varias jornadas el *yamabushi* ya le había anunciado que su adiestramiento estaba a punto de llegar a su fin.

—Asatori, déjame decirte que estoy verdaderamente orgulloso de ti. Tu entrega ha sido ejemplar y los resultados que has obtenido no podrían haber sido mejores. —En los ojos del anciano se adivinaba cierta humedad, que dejaba traslucir la tristeza que le producía aquel momento—. Quiero que

sepas que todavía me siento culpable por haberte secuestrado de niño para iniciar tu preparación. Pero si no lo hubiese hecho, jamás habrías sido capaz de asimilar tantos conocimientos en tan poco tiempo.

—*Sensei*, ya todo eso quedó atrás.

Asatori no le guardaba ningún rencor. El *yamabushi* le había hecho ver que estaba dotado de extraordinarias cualidades innatas, que, tras ser cultivadas, podían llevarlo a alcanzar un potencial de combate en el campo de las artes marciales de carácter virtualmente sobrehumano. Además, le había dado una perspectiva de su existencia, así como de su propia valía como ser humano, que de otro modo jamás habría tenido. Y, si bien era cierto que aún ignoraba la misión que estaba llamado a cumplir en el indescifrable tablero del destino, de momento eso no le preocupaba. Tenía tiempo de sobra para averiguarlo.

—Si por mí fuese —continuó Asatori—, me quedaría por mucho más tiempo, porque todavía me quedan infinitas cosas por aprender. Pero sé que eso ya no es posible, ¿verdad?

—Entonces... ¿te has dado cuenta?

—Sí, pero no reparé en ello hasta fechas muy recientes.

—Es cierto, ya no nos queda tiempo. De lo contrario, incluso podría haber hecho de ti un auténtico *yamabushi*. Pero ese no es tu destino. Y el mío ya lo has adivinado. Hace mucho tiempo que decidí seguir los pasos de mi maestro, y por eso estoy inmerso desde antes de tu llegada en el largo proceso de mi propia momificación. —El anciano esbozó una tierna sonrisa—. ¿Cómo lo supiste?

—Por vuestra estricta alimentación.

El *yamabushi*, en efecto, estaba a punto de concluir la primera etapa del proceso, tras la cual daría paso a la segunda, durante la cual comenzaría a sentirse indispuerto y su capacidad para tutelar a un aprendiz disminuiría notablemente.

—Asatori, ya estás preparado para seguir tu propio camino. No me necesitas. Pero, antes, deja que te recuerde por última vez un consejo que ya te he repetido en numerosas ocasiones: «A veces, el verdadero peligro no está en lo evidente, sino en lo más inofensivo». No lo olvides nunca. Presiento que te será de gran ayuda.

El muchacho asintió, y aceptó agradecido el consejo del anciano en su infinita sabiduría.

—*Sensei*, muchas veces me habéis dicho que tengo una importante misión

que cumplir, y que en última instancia ese fue el motivo por el que decidisteis acogerme bajo vuestro abrigo. Pero... si vos no sabéis cuál es, ¿cómo voy a saberlo yo?

—No te preocupes, sabrás reconocerla cuando llegue el momento.

—¿Cómo?

—Sencillamente, escucha tu corazón. Él te lo hará saber sin el menor resquicio de duda.

El *yamabushi* no añadió nada más, aunque dudó si hacerlo o no hasta el último momento. La jornada anterior, en una noche especialmente propicia para consultar las estrellas, había podido vislumbrar, gracias a su poder de clarividencia, el futuro más aciago posible: Asatori hallaría la muerte durante el transcurso de su misión. ¿Podía haberse equivocado? Lo dudaba. Hasta ahora había acertado en todos sus vaticinios. ¿Podía Asatori evitarlo de algún modo? No era imposible, pero... burlar el destino de uno estaba al alcance de muy pocos.

Pero tal cosa, por supuesto, no podía decírsela en el momento de su despedida. De lo contrario, Asatori se hubiese sentido condicionado a la hora de perseguir su destino, al que estaba llamado a entregarse con todas sus consecuencias...

Aunque ya habían transcurrido algunas semanas desde la muerte de su madre, Katsumi aún la seguía llorando y todavía guardaba un riguroso luto que se reflejaba en el negro de sus vestidos. Del mismo modo, Satoru se sentía profundamente afectado por la pérdida de su esposa, y lo único que hacía era ir de casa al trabajo y del trabajo a casa, sin participar en festivales ni acudir a actos sociales de ninguna clase, ni siquiera cuando era la universidad la que los organizaba. Padre e hija se habían refugiado el uno en el otro, y apenas abandonaban el seno del hogar, salvo por las constantes visitas que realizaban al templo budista de Sai-ji para honrar la memoria de Sakura.

Aunque Katsumi se esforzaba por escribir, sus historias ya no le salían con la misma fluidez que antes. Las palabras se le atascaban, las ideas se le apagaban, y su mente divagaba como un barco a la deriva, permanentemente empeñada en alejarse del momento presente. Fue gracias a su gran amiga, la dama Akashi, como logró reconciliarse con su faceta creativa, después de que esta hubiese insistido en que no podía dejar sin concluir su relato acerca del príncipe Momozono, pues aquello supondría quebrar el pacto tácito que mantenía con sus lectores —que en realidad eran solo dos hasta el momento—, con los que presuntamente habría adquirido una suerte de compromiso. El discurso no la impresionó demasiado, pero la pasión que le puso su amiga bastó para devolverle las ganas de escribir.

En aquellas mismas fechas, Katsumi experimentó también una significativa transformación muy dentro de ella, tras sentir cómo se le despertaba el instinto maternal, que hasta entonces había permanecido más bien dormido. El motivo, en realidad, tenía una explicación muy sencilla: muchas de sus amigas, algunas de las cuales hacía largo tiempo que no veía, habían acudido a visitarla para darle el pésame, y casi todas ellas habían traído consigo a sus propios hijos, adorables retoños de muy corta edad.

En todo caso, su forma de pensar con respecto al sexo opuesto no había

cambiado, y, hasta que no conociese al hombre adecuado, con el que verdaderamente congeniase, no se casaría por más tiempo que pasase, aunque aquello implicase condenarse a la soltería.

—Padre, últimamente mis deseos giran en torno a tener mi propia descendencia, aunque ni siquiera me haya casado todavía.

—El nacimiento de tu propio hijo podría contribuir a aliviar el dolor que ahora mismo sientes por la muerte de tu madre, pero debes saber que en ningún caso llegará a sofocarlo por completo.

—¿Te parece bien entonces que acepte a partir de ahora nuevas propuestas de cortejo?

—Por supuesto —repuso Satoru—. Guardar luto más tiempo del necesario tampoco te hará ningún bien.

Katsumi, por tanto, retomó el intercambio de poemas con pretendientes interesados en ella, y protagonizó asimismo algún que otro encuentro conforme al patrón establecido. Ninguna de aquellas interacciones, sin embargo, dio el menor fruto. Algunas veces era ella la que rechazaba al pretendiente de turno por uno u otro motivo, mientras que en otras eran ellos los que no enviaban la carta de «la mañana siguiente», sobre todo por su obstinada negativa a someterse a todas aquellas absurdas reglas relativas a la apariencia física que ella tanto detestaba.

Katsumi pensaba tomarse las cosas con calma y no estaba dispuesta a renunciar a sus convicciones.

Katsumi, seguida muy de cerca por una de sus sirvientas, recorría una mañana las callejuelas del mercado del Oeste para conocer de primera mano los precios que por el pescado fresco y la verdura se pagaban, y comprobar también la calidad de los mismos. Desde que tomó las riendas del funcionamiento de la casa, se tomaba muy en serio la responsabilidad que conllevaba, y no quería limitarse a dejarlo todo en manos de la servidumbre sin tener al menos una idea aproximada de cómo y en qué se gastaba el dinero.

Situada frente a un puesto de fruta que observaba con interés, Katsumi sintió de pronto un golpe en el costado. Un niño había tropezado con ella y, con la misma velocidad con la que había aparecido, se perdió entre la multitud.

—Señora, mirad ahora mismo que no os falte nada.

Katsumi pensó que su sirvienta exageraba, pero tampoco le costaba nada seguir su consejo.

—¡Tienes razón! —exclamó tras palparse el kimono—. ¡La bolsita de tela con las monedas ha desaparecido!

Ambas mujeres estiraron el cuello y miraron en derredor, buscando al pequeño bribonzuelo que les había birlado el dinero que llevaban encima. Sin embargo, era tal el gentío que se concentraba en el mercado que enseguida se dieron cuenta de la futilidad de su intento. El dichoso niño lo había tenido muy fácil para escabullirse sin dejar rastro, como un zorro en un bosque tupido.

—Volvamos a casa —concluyó Katsumi, resignada—. Desde luego, la próxima vez tendré mucho más cuidado.

No obstante, apenas habían dado unos cuantos pasos cuando un hombre fornido se plantó ante ellas, sujetando por el brazo a un crío que temblaba de la cabeza a los pies como un ratón asustado. Por el uniforme, Katsumi supo que el hombre formaba parte de la Guardia Ciudadana, mientras que el niño, que lucía un aspecto poco aseado, era sin duda el mismo que escasos minutos antes había fingido tropezarse con ella.

—Aquí está vuestro dinero —dijo Tokinobu—. Habéis tenido suerte de que anduviese cerca cuando tuvo lugar el hurto.

Tokinobu había reconocido en la víctima del delito a una mujer de clase alta, y acompañó sus palabras con una ligera inclinación de cabeza.

—Muchas gracias —repuso Katsumi, sin dejar de ocultar en todo momento el rostro detrás de su inseparable abanico.

El niño, que no tendría más de nueve o diez años, miraba a su alrededor con expresión aterrorizada. Katsumi ignoraba qué le ocurriría a continuación, pero intuía que difícilmente se libraría de un severo castigo.

—¿Qué haréis con él? —quiso saber.

—Debería llevarlo a prisión.

—¿Y allí estará bien? —El tono de voz de Katsumi evidenciaba que, pese a todo, le preocupaba enormemente el destino de aquel pobre niño.

Tokinobu dejó escapar un largo suspiro. Las vejaciones a las que allí lo someterían excederían con creces el castigo que se merecía por el delito que había cometido. Algo dubitativo, reflexionó durante algunos segundos y, acto seguido, se agachó para ponerse a la altura del crío.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Tameyoshi —murmuró.

—Y dime: ¿dónde están tus padres?

—No tengo.

Tokinobu alzó la cabeza en dirección a Katsumi.

—Lo suponía. Es un niño huérfano que se busca la vida como puede y de la única forma que sabe.

Aunque algunos curiosos observaban la escena con interés, la mayoría de los viandantes pasaban de largo, ocupados en sus propios asuntos.

—No me encerréis, por favor —suplicó el crío con lágrimas en los ojos y el rostro pálido como la cera—. Ya estuve en prisión una vez y no quiero volver nunca más a ese lugar tan horrible.

Normalmente, Tokinobu se limitaba a hacer su trabajo de la forma más rigurosa posible, y rara vez se dejaba llevar por sentimentalismos en lo tocante a hacer cumplir la ley. Sin embargo, ya fuese porque sentía la expectante mirada de la joven noble clavada en él, ya porque las desgraciadas circunstancias de la vida del chico lo habían conmovido, o ambas cosas a la vez, lo cierto fue que por aquella vez adoptó una actitud menos severa y más conciliadora.

—Está bien, Tameyoshi. Quiero darte una oportunidad, pero tienes que prometerme que nunca más volverás a robar, ni en el mercado ni en ninguna otra parte. La próxima vez quizás no tengas tanta suerte.

Tameyoshi asintió repetidas veces.

—Quiero escuchártelo decir —pidió Tokinobu.

—Lo prometo. ¿Puedo irme ya?

—No tan deprisa. Espero que hayas comprendido que si continúas por este camino, no acabarás bien.

—Me gustaría hacer algo por él —intervino Katsumi, al tiempo que preparaba unas monedas.

—Dándole dinero no lo ayudaréis.

—¿Y un trabajo?

—Tal vez.

Katsumi se inclinó ligeramente para hablar con el crío.

—¿Vendrías tres veces por semana a mi casa para ayudar al jardinero en lo que haga falta? No te faltará comida y, si te esmeras, aprenderás un oficio.

Tameyoshi aceptó a toda prisa, más por librarse del guardia que lo retenía que por un verdadero interés en la oferta que la mujer le había realizado.

—Su intención es muy loable —intervino Tokinobu—. Pero ¿estáis segura

de que es buena idea? En cierto modo, meter al crío en vuestra casa sería como poner al zorro al cuidado de las gallinas.

—No ocurrirá nada —repuso ella—. Confío en que Tameyoshi haya aprendido la lección y no vuelva a hacer ninguna tontería.

—De acuerdo. Lleváoslo con vos. Mi labor aquí ha terminado. Os deseo mucha suerte.

—Gracias por todo —se despidió Katsumi, que cogió al niño de la mano y puso de inmediato rumbo a su casa.

Tokinobu la observó marchar sin poder salir de su asombro, y poco le faltó para frotarse los ojos y corroborar que no estaba soñando. ¿Desde cuándo las personas de alto rango se preocupaban de la gran masa de pobres e infelices que formaban parte de las clases inferiores? ¿Quién era esa joven que ignoraba por completo las convenciones sociales y que se implicaba personalmente en ayudar a un niño de la calle? Tokinobu lo desconocía, pero pensó que merecería la pena averiguarlo.

Tokinobu abandonó el *Daidairi* —que constituía una ciudadela en sí misma— por una de las catorce puertas que se abrían a lo largo del recinto amurallado, en cuyo interior se hallaban los edificios ceremoniales y administrativos, incluyendo los ministerios gubernamentales, así como el propio palacio interno donde residía el emperador.

Una vez más, Tokinobu venía de hablar con el jefe de la Guardia Ciudadana, para expresarle su más profundo rechazo por una preocupante decisión que no solo le perjudicaba directamente a él, sino también a toda la institución en su conjunto. ¿El motivo? Dos de sus mejores hombres, competentes y experimentados, habían sido incorporados al Ejército Imperial para que se sumasen a la guerra que tenía lugar al nordeste del país.

—Sabéis tan bien como yo que la mitad de los miembros de la Guardia Ciudadana no están preparados —había argumentado Tokinobu—. Por tanto, si además empiezan a arrebatarnos a los que sí lo están, ¿cómo se supone que vamos a hacer nuestro trabajo?

—Lo siento, pero las órdenes vienen de arriba. A los que mandan, la guerra les tiene cada vez más preocupados. Tendremos que adaptarnos y conformarnos con lo que hay.

De camino a su casa, Tokinobu decidió parar en una taberna para calmarse y pensar sobre los asuntos que le rondaban por la cabeza con un vaso de sake en la mano.

Su madre no dejaba de atosigarlo para que se casase, hasta el punto de que se había tomado la libertad de contratar al casamentero del que ya le había hablado. Sin embargo, él se resistía a aceptar aquella vía, pese a que, tras su monumental fracaso con la bella Izumi, se hubiese dado perfecta cuenta de que las mujeres de alto rango jamás accederían a casarse con él. Con todo, contraer matrimonio con una de ellas continuaba siendo la única posibilidad que tenía de ascender en su carrera y acceder así a los puestos desde donde se tomaban las decisiones importantes.

Por otra parte, Tokinobu no podía dejar de pensar en la joven dama que había conocido en el mercado y lo mucho que le había impresionado su comportamiento tan poco usual. Por experiencia, sabía muy bien cómo reaccionaban las mujeres adineradas cuando eran víctimas de un hurto parecido: ponían el grito en el cielo y jamás mostraban compasión alguna por el autor del delito, aunque se tratase de un niño desamparado, como ocurría la mayor parte de las veces.

Intrigado, a Tokinobu no le había costado nada hacer algunas preguntas en el mercado para conocer su identidad. Además, averiguó un dato fundamental: la joven seguía soltera. Para saber más, el día anterior le había enviado una nota a Oshimaro, que de forma directa o indirecta conocía a toda la gente de su clase. Tokinobu comenzaba a abrigar la esperanza de que, si de verdad Katsumi era tan distinta como parecía, quizás le diese la oportunidad que las demás mujeres de alta alcurnia se empeñaban en negarle.

Finalmente, apuró su vaso de sake y decidió acudir esa misma tarde a la mansión de su amigo.

—Tienes suerte de haberme encontrado en casa —dijo Oshimaro con su habitual cordialidad—. No te esperaba hasta mañana.

—Tienes razón, pero en el último momento he decidido adelantar la visita. ¿Qué has podido averiguar acerca de Katsumi? ¿La conoces?

—A ella no, pero con su padre he coincidido a menudo en numerosos actos y ceremonias. Sobre todo en concursos *utaawase*[16].

—Y ¿qué puedes decirme? —inquirió Tokinobu.

—Su padre es Tomizawa no Satoru, un prestigioso profesor de textos confucianos, probablemente el más ilustre de toda la Universidad Imperial. Se

trata de una familia culta y adinerada. —Oshimaro se retorció la barbita puntiaguda que le brotaba del mentón—. De modo que, si tenías en mente cortejar a su hija, más vale que te vayas quitando la idea de la cabeza.

—Pero ¿por qué?

—Acabo de decírtelo: Katsumi es una erudita como su padre. ¡No tiene nada que ver contigo!

—Lo sé —repuso Tokinobu, haciendo un ademán con las manos para que lo dejara explicarse—. Pero al mismo tiempo no se parece en nada al resto de mujeres de su misma clase.

—¿Y te crees que eso es bueno? Escúchame bien. Si a sus veinticinco años esa tal Katsumi no se ha casado todavía, por algo será. Se rumorea que tiene fama de problemática. Algunas veces, es ella la que rechaza a sus pretendientes, mientras que en otras sucede lo contrario. La cuestión es que siempre pasa algo.

—No me importa. Quiero intentarlo. Tengo una corazonada. Aunque, una vez más, voy a requerir de tu ayuda. Necesito que me escribas el primer *waka* para poder llegar hasta ella.

Oshimaro se llevó las manos a la cabeza, como si no acabase de creerse lo que acababa de oír.

—¿Otra vez vas a emplear la misma estratagema que con Izumi? ¿Es que acaso no saliste lo suficientemente escarmentado?

—Esta vez será distinto. Solo me valdré de tu poema para iniciar el cortejo. En cuanto la vea, seré sincero con ella desde el principio.

—Está bien, yo no voy a negarte el favor. Tú sabrás lo que haces.

—Gracias, amigo.

Sobre la marcha, Oshimaro asió un pincel y escribió un sugerente *waka* con su intachable caligrafía, que apenas le llevó idear un par de minutos. Tokinobu envidió el don de su amigo para aquellos menesteres, que a él siempre se le habían dado de forma tan desastrosa.

—Aquí tienes —dijo tendiéndole el pequeño rollo de papel—. Y, por cierto, ya que estas aquí, aprovecharé para comunicarte una noticia que ahora mismo apenas saben tres o cuatro personas.

—¿Tengo que guardar el secreto?

—Solo por unos días. Hasta que definitivamente haga público el anuncio de mi compromiso matrimonial.

Tokinobu abrió los ojos como platos. Aunque no le faltaran amantes,

Oshimaro era un soltero convencido y hasta ese mismo instante la idea de verlo casado le sonaba muy lejana.

—¿Y qué ha tenido más peso en una decisión tan importante —inquirió en tono de complicidad—, el amor o los intereses familiares?

—Un poco de ambos —replicó Oshimaro, estallando en carcajadas—. Y ni que decir tiene que estás invitado a la boda.

Como no podía ser de otro modo, el poema de Oshimaro le había proporcionado a Tokinobu el encuentro que tanto ansiaba, y al cabo de una semana acudió invitado a la imponente casa donde Satoru y su hija residían, con parte de la servidumbre.

La noche era particularmente calurosa y los postigos de las ventanas permanecían abiertos para que entrara, junto al resplandor de la luna, una refrescante brisa procedente del jardín. Como siempre, el habitual conjunto de paneles y cortinas que se usaba para mantener las apariencias se hallaba dispuesto en mitad del salón. Y, al otro lado, según se deducía del contorno que se adivinaba tras la pantalla, Katsumi aguardaba cómodamente sentada sobre un mullido cojín.

Tokinobu ocupó el lugar que le correspondía. Estaba nervioso, lo que no era demasiado habitual.

—¿Qué ha sido de Tameyoshi? —preguntó para dar inicio a la conversación—. ¿Ha estado ya aquí?

—Ya ha venido un par de veces esta semana. No parece entusiasmado, y el jardinero dice que no se esfuerza todo lo que debería. En todo caso, creo que por ahora no dejará de venir. Además de comer hasta hartarse, también le dejo llevarse comida para después.

—No sé si conseguiréis alejarlo definitivamente de las calles y la mala vida, pero ya es mucho lo que estáis haciendo por él. Si otros siguiesen vuestro ejemplo, las cosas serían muy distintas.

Katsumi ignoraba qué la había llevado a reaccionar de aquella manera. Quizás hubiese decidido ayudar al crío como consecuencia del instinto maternal que recientemente había germinado en ella. En realidad, no estaba segura. Sencillamente, se había limitado a seguir los dictados de su corazón.

—¿Hay muchos más niños en la ciudad en la misma situación que

Tameyoshi?

—Bastantes más de los que imagináis.

Katsumi se sintió avergonzada por ignorar aquella realidad tan terrible. No obstante, así era la vida de los *yoki hito*, aislados en su propia burbuja de la vida ceremoniosa, las artes plásticas y las reglas del buen gusto.

Tras un breve silencio, Katsumi retomó el diálogo cambiando radicalmente de tema.

—No os ofendáis, pero no me esperaba de vos un *waka* dotado de tanta sensibilidad poética. Además, pocas veces había visto una caligrafía tan pulcra como la vuestra.

Tokinobu tragó saliva. Estaba a punto de enfrentarse al momento más crítico.

—De eso precisamente quería hablaros. No he sido del todo sincero con vos, pero os aseguro que lo seré a partir de ahora.

—¿A qué os referís?

—El poema no lo escribí yo, sino un amigo al que le pedí que lo hiciera. Mi caligrafía es horrible y carezco por completo del menor talento para la poesía. Espero que lo entendáis. Si no lo hubiese hecho, estoy seguro de que jamás habría tenido la oportunidad de conoceros.

A sus palabras le siguió un tenso y prolongado silencio, interrumpido tan solo por el cantar de los cuclillos procedente del exterior. Desde luego, Katsumi tenía todo el derecho del mundo a sentirse engañada. Por tanto, si en ese mismo instante hubiese decidido finiquitar aquel encuentro, ni él ni nadie se lo habría podido reprochar.

Transcurrieron algunos minutos sin que pasase absolutamente nada. Tokinobu podía haber interpretado aquel silencio como una señal para que se marchara, pero no se movió del sitio. Prefería esperar a que Katsumi se lo pidiese abiertamente, o a que ella misma decidiese retirarse a sus aposentos, sin necesidad de dar ninguna explicación.

Entonces ocurrió algo del todo inesperado.

Con gran atrevimiento, Katsumi echó el panel a un lado, y uno y otro se quedaron mirando frente a frente sin trucos ni artificios de por medio. Ella, incluso, prescindió del dichoso abanico que las mujeres de alto rango utilizaban a modo de escudo allá donde estuviesen y dejó su rostro al descubierto.

—Ya que pretendéis ser sincero, decidme: ¿qué opinión os merece la visión

que tenéis delante?

Algo desubicado por aquella extraña reacción, Tokinobu se imaginó por un instante que Katsumi debía de ser particularmente fea, o poseer algún tipo de defecto llamativo. Pero nada más lejos de la realidad. Sus brillantes ojos negros, su nariz afilada y su abundante y larga melena conformaban un cuadro de notable belleza. Desde luego, no se acercaba al esplendor de la incomparable Izumi, pero muy pocas damas en toda la ciudad estaban a su altura.

—Si no dijese que sois hermosa, mentiría —concluyó al fin.

—¿No os producen entonces rechazo mis cejas peludas o mis dientes blancos como la nieve? —Katsumi sabía bien de lo que hablaba, pues no pocos pretendientes la habían rechazado por esos mismos motivos.

Tokinobu comprendió al fin. Sin embargo, él no entendía de aquellas modas, que incluso le rechinaban la mayoría de las veces.

—Ni siquiera me había fijado. Así que ya podéis haceros una idea de lo poco que me importan ciertas costumbres propias de la nobleza.

Katsumi sonrió complacida. Igualmente, a ella tampoco le importaba lo más mínimo que Tokinobu careciese del menor talento para la poesía. De hecho, la sensibilidad con la que el guardia había tratado al crío en el mercado, calmándolo y mostrándose compasivo, poseía mucho más valor que la sensibilidad estética de la que tanto presumían los caballeros de alta alcurnia.

Rompiendo todas las convenciones de las reglas propias del cortejo, Katsumi cruzó la raya invisible que los separaba y se sentó junto a Tokinobu, que no podía dejar de mirarla con cierta perplejidad.

—¿No decíais que la caligrafía se os daba tan mal? Pues dejadme ayudaros un poco.

Tras hacerse con los utensilios de escritura, Katsumi se dedicó a darle las pautas necesarias para ayudarlo a mejorar su estilo: la postura del cuerpo, la forma de sujetar el pincel o el orden de trazo específico que cada letra requería. Tokinobu le siguió el juego de forma instintiva. Se tomó la actividad como un divertimento y, sobre todo, como una excelente oportunidad de conocer a Katsumi.

Los temas de conversación fueron y vinieron, y ninguno de ellos omitió detalle alguno acerca de la vida que hasta el momento había tenido. Intercambiaron miradas, algunas de soslayo y otras más rotundas, al principio de forma tímida y después más atrevidas. Tampoco escatimaron en sonrisas, ya

fuesen de sonrojo, de agrado o de complicidad. Incluso llegaron a rozarse levemente las manos cuando ella le indicó exactamente cómo asir el pincel.

Se pasaron buena parte de la noche enredados con los pinceles y el papel. Y cuando definitivamente Tokinobu se fue, no hubo besos ni ninguna otra muestra de afecto de tipo romántico. Pero no hizo ninguna falta. Por la mañana, Katsumi recibió su carta de «la mañana siguiente», escrita de puño y letra por Tokinobu, junto con un poema de su propia autoría. El *waka* era muy simple y su pobre caligrafía resultaba fácilmente reconocible. No obstante, se notaba que había puesto un gran esfuerzo en la tarea. Katsumi apretó la carta contra su pecho, feliz de haberla recibido.

Aunque todavía era muy pronto para sacar conclusiones, parecía que una ligera chispa había prendido entre los dos.

La emperatriz Sakahito abandonó la cámara donde celosamente se custodiaba la joya sagrada que formaba parte de los tres tesoros imperiales de Japón. Aparte de ella, el propio emperador Kanmu y algunos de los miembros más poderosos del gobierno, nadie más tenía el acceso permitido a aquella vigilada estancia. Los centinelas volvieron a cerrar la puerta con llave y continuaron haciendo guardia en los laterales, tan quietos y firmes como estatuas cinceladas en piedra.

Cada cierto tiempo, Sakahito se concedía el privilegio de contemplar la deslumbrante joya, que le recordaba a la belleza que ella misma había poseído y que, pese a todos sus esfuerzos, cada vez le costaba más trabajo retener. Además de la joya, los otros dos tesoros imperiales eran la espada y el espejo. Sin embargo, estos no se conservaban en el Palacio Imperial, sino en sendos santuarios sintoístas ubicados en distintos puntos del país. Según la leyenda, los dioses donaron a la familia imperial japonesa estos artefactos, que se fueron transmitiendo desde entonces de generación en generación. Los tres tesoros imperiales representaban las tres principales virtudes de Japón: el valor (la espada), la sabiduría (el espejo) y la benevolencia (la joya). Dichos objetos únicamente se reunían en un mismo sitio y se mostraban en público cuando tenía lugar la coronación de un nuevo emperador.

Pese a sus cuarenta y cinco años recién cumplidos, Sakahito aún podía competir en hermosura con damas mucho más jóvenes que ella, que carecían de su elegancia y su saber estar. Su rostro redondo y delicado constituía el perfecto ejemplo de la belleza más elevada, aunque las inevitables arrugas que la acechaban la obligaban a aplicarse una capa de maquillaje cada vez mayor. Su cabello, largo y oscuro, lucía siempre impecable y resplandeciente, y le caía justo un dedo por debajo de los bajos de su vestido. Sus andares eran gráciles y sus ademanes distinguidos, si bien sus gestos y facciones reflejaban siempre un punto de frialdad.

Con todo, el emperador Kanmu —al que le había dado una hija— ya no mantenía relaciones íntimas con ella desde hacía una eternidad. Lo cual, en realidad, era perfectamente normal, pues el emperador contaba con una docena de esposas consortes con las que alternar, mucho más jóvenes que ella. En todo caso, ninguna superaba a Sakahito en estatus, debido a la antigüedad de que gozaba la emperatriz. Por otra parte, la indiferencia de Kanmu no le importaba lo más mínimo, pues hacía bastante tiempo que ella no sentía absolutamente nada por él. Sakahito tenía sus propios amantes —todos ellos cortesanos de alto rango—, con los que mantenía discretos encuentros al amparo de la noche, con la complicidad de sus damas de honor. Para ella, nada había más importante que seguir sintiéndose admirada y deseada, y, sobre todo, retrasar en la medida de lo posible el inevitable proceso de envejecer.

Mientras tanto, en el área residencial de palacio, las damas de honor de Sakahito aprovechaban su ausencia para distraerse o para llevar a cabo alguna tarea pendiente relacionada con la higiene, como depilarse las cejas o lavarse la cabeza.

En particular, la dama Akashi se había recluido en su habitación y, protegida tras un grueso panel de cortinajes, se había enfrascado en la lectura del último relato que Katsumi le había proporcionado, junto a la otra dama de compañía, que, como ella, también se había enganchado a las aventuras del príncipe Momozono. Ambas se hallaban tan concentradas en la historia que no se dieron cuenta de que una tercera dama deslizaba la puerta corrediza sin hacer ruido y entraba en la habitación. La joven, entonces, apartó repentinamente la cortina y sorprendió a sus dos compañeras con el manuscrito entre las manos.

—¡Lo sabía! —exclamó la intrusa.

Tras el sobresalto inicial, Akashi trató de ocultar el rollo de papel entre sus ropajes. Pero ya era demasiado tarde.

—¡Venid todas! ¡Están leyendo algo! Eso es lo que hacen cuando se encierran para que no las veamos.

—¡Vete de aquí! —protestó Akashi—. Esto no es asunto tuyo.

Sin embargo, al cabo de unos instantes ya se habían congregado en torno a ella media docena de compañeras, que no la dejarían en paz hasta saber lo que estaba pasando.

—¿Qué estáis leyendo con tanto secretismo? ¿Se trata acaso de algún libro prohibido?

—¡No! ¡Nada de eso! Son tan solo unos relatos que ha escrito una amiga mía.

—Entonces, déjanos leerlos también a nosotras —intervino otra de las recién llegadas.

—No puedo —se excusó Akashi—. Le prometí a mi amiga que no se los dejaría leer a nadie.

—¿Y no será que en realidad eres tú la autora?

—¡No! ¡Ya me hubiese gustado! Son de mi amiga Katsumi, la hija de un erudito. Ya os he hablado alguna vez de ella.

—Bueno, de cualquier manera, nosotras también queremos leerlos.

—Lo siento, pero no puede ser.

—¿Prefieres que se lo contemos a la emperatriz? Seguro que ella querrá juzgar por sí misma si dicha lectura resulta o no apropiada. Tú decides.

Akashi chasqueó la lengua claramente contrariada. Pero, dadas las circunstancias, resultaba evidente que no tenía elección.

—Está bien. Situaos a mi alrededor —dijo con resignación—. Yo misma me encargaré de leerlo en voz alta desde el principio.

Tras su visita al edificio donde se custodiaba la joya sagrada, Sakahito regresó al palacio residencial, para encontrarse con la sorpresa de que, en apariencia, todos los aposentos que conformaban el ala residencial se hallaban vacíos. Normalmente, cualquiera de sus damas de compañía habría acudido a recibirla enseguida, antes incluso de que hubiese puesto un primer pie en el umbral de la puerta. Sin embargo, el pasillo estaba desierto, y de las distintas habitaciones que se abrían a izquierda y derecha no se escuchaba el menor ruido, ni siquiera las habituales risas.

La emperatriz fue revisando uno a uno todos los cuartos y comprobó que no había nadie en ninguno de ellos. Hasta que, al llegar al último, el más cercano a sus aposentos privados, escuchó por fin una voz procedente del otro lado de la puerta. Aquella era la habitación de Akashi, y la voz, aunque le llegaba amortiguada, también era la suya. Sakahito abrió la puerta sin miramientos y se topó con una *kicho* que le impedía ver lo que había al otro lado.

—¿Qué está pasando aquí?! —tronó al fin para dar a conocer su presencia

en la estancia.

De repente, exclamaciones ahogadas y un tremendo susto. Las damas de compañía se habían ensimismado de tal manera escuchando el relato del príncipe Momozono que ni siquiera habían advertido la llegada de la emperatriz. Akashi ocultó el manuscrito a toda prisa, mientras el resto de jóvenes comenzó a desfilarse ante Su Majestad inclinando la cabeza en señal de disculpa.

—¿Necesitáis algo? ¿Qué podemos hacer por vos? —preguntaron varias damas a la vez en el tono más complaciente posible.

Sakahito les dedicó una mirada reprobatoria, pero tampoco quiso llevar las cosas más lejos en ese momento.

—Tan solo que reviséis que llevo bien el vestido.

La emperatriz llevaba el *jūnihitoe*, el atuendo de gala por excelencia de las mujeres de la corte, consistente en doce túnicas de seda superpuestas, cuyo peso podía alcanzar los veinte kilos, y para ponérselo precisaba la ayuda de al menos otras dos mujeres.

Las damas realizaron algunos ajustes en las mangas, por donde asomaba la combinación de colores que para la ocasión se hubiese elegido, y le alisaron con las manos un par de insignificantes arrugas.

—Todo en orden.

—Bien, y ahora dejadme a solas con Akashi.

Todas obedecieron y abandonaron rápidamente la estancia. La dama Akashi tragó saliva y se retorció los dedos de las manos, sabedora del mal genio que de vez en cuando gastaba la emperatriz.

—Espero que me expliques ahora mismo qué estabais haciendo todas reunidas aquí. ¡Parecía una conspiración!

—Oh, nada de eso. En realidad, no tiene ninguna importancia. De verdad. Tan solo era algo que le estaba contando a una de mis compañeras y, para cuando quise darme cuenta, ya tenía a todas las demás situadas a mi alrededor.

—¿Y se puede saber qué era eso de lo que hablabas para que despertase tanto interés?

Akashi elevó la mirada y pensó a toda prisa.

—Esta noche oí unos extraños ruidos. ¿Vos no? —improvisó—. Parecían pisadas que provenían del pasillo... Y luego sentí una presencia dentro de mi propia habitación, pese a que la puerta no se había movido. Pasé mucho miedo. Temí que fuese un espíritu maligno.

—¿Y qué ocurrió después?

—Nada. Finalmente me quedé dormida.

—¿Y no será que lo soñaste?

—Pues ahora que lo decís, Majestad, suena bastante probable.

Sakahito negó con la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Te creía algo más lista, Akashi. En fin, ya hablaremos más tarde. Ahora voy a salir de nuevo.

—¿Deseáis que os acompañe?

—No, iré sola.

—¿Adónde vais?

—No es asunto tuyo.

La emperatriz salió del palacio y recorrió a pie el camino que conducía al Ministerio de Asuntos Centrales, atravesando senderos de gravilla, pequeños jardines y otros edificios gubernamentales que formaban parte del recinto. Nada más llegar a su destino y atravesar la puerta principal, un chambelán se ofreció a ayudarla en lo que necesitase. Ella, sin embargo, lo rechazó con un gesto de la mano y enfiló un estrecho pasillo que comunicaba con una modesta biblioteca, en cuyo interior esperaba encontrar a la persona que buscaba.

Sakahito irrumpió en la sala sin poder evitar que la puerta emitiese un insoportable chirrido. El único hombre que allí había alzó la mirada del libro que sostenía entre las manos y frunció el ceño sin poder disimular su disgusto.

—¡Majestad! ¿Qué estáis haciendo aquí?

—He venido a verte, Wang Wei Fu. Tengo la impresión de que últimamente me estás evitando.

—Por supuesto que no, pero tenéis que entender que mis obligaciones cada vez me dejan menos tiempo para otras cosas.

Wang Wei Fu no exageraba en cuanto a su elevada carga de trabajo, pues, como director del Gabinete de Adivinación, tenía numerosas responsabilidades y peticiones que satisfacer.

—¿Qué quieres decir, que mis necesidades no son importantes?

—En absoluto. Pero ya sabéis que solo puedo dedicarme a lo vuestro dentro de mi tiempo libre. Además, la edad no perdona. Mi energía ya no es la de antaño.

De origen chino, Wang Wei Fu ya era casi un anciano de intrigantes ojos azules y una fina barba de color blanco que llevaba toda la vida trabajando en el palacio al servicio del emperador Kanmu. El Gabinete de Adivinación, uno

de los departamentos más activos y destacados, practicaba una ciencia esotérica conocida como *Onmyōdō*, que se basaba en las teorías chinas de los Cinco Elementos y del yin y el yang, y se ocupaba de la astrología, la elaboración de los calendarios y la protección espiritual de los gobernantes y sus ciudades. A los practicantes de dicha ciencia —de la que Wang Wei Fu era su máximo representante— se les denominaba *onmyōji* o maestros de yin y yang.

Las predicciones de estos expertos eran tenidas muy en cuenta por nobles y cortesanos, hasta el punto de que su vida diaria se veía afectada incluso en los más pequeños detalles. Los almanaques que confeccionaban, basados en un ciclo sexagenario, señalaban determinados días al año en los cuales uno debía quedarse en casa y abstenerse de toda actividad. Además, una vez cada sesenta días, la gente debía permanecer despierta durante toda la noche para evitar que ciertas fuerzas malignas acabasen con sus vidas mientras dormían. Otras decisiones cotidianas, tales como cortarse el pelo o lavarse la cabeza, también estaban condicionadas por dicho calendario. Incluso importantes decisiones de Estado podían llegar a retrasarse por los mismos motivos.

—Te necesito —espetó la emperatriz en tono severo.

—¿Qué ocurre? ¿Habéis tenido un sueño especialmente llamativo? ¿Habéis visto algo inusual en el cielo?

Los sueños eran considerados un valioso material de adivinación, más aún si quien los tenía era una personalidad destacada. Y, del mismo modo, cualquier fenómeno fuera de lo corriente que se hubiese producido en el firmamento era puesto en conocimiento de los maestros de yin y yang para que realizasen el correspondiente augurio.

—Nada de eso. Tú sabes bien a qué he venido. Así que no intentes llevarme por otro terreno.

—Vos diréis...

—Necesito que lleves a cabo otro ritual de magia negra —susurró Sakahito con cautela, aunque allí no hubiese nadie más.

Contrariado, Wang Wei Fu se cubrió el rostro con las manos. Era lo que se temía. Y, aunque en el fondo la culpa era solo suya, jamás imaginó que las cosas llegarían tan lejos.

Todo había comenzado hacía ya más de diez años, cuando su continuidad en el cotizado puesto que detentaba desde su llegada al palacio empezó a cuestionarse. En la corte se había instalado una corriente de opinión que

criticaba que un chino, y no un japonés, estuviese al frente del cargo. Al principio había tenido sentido porque durante los inicios escaseaban los expertos en la materia, pero desde entonces numerosos nipones se habían instruido en el *Onmyōdō* y cualquiera de ellos se hallaba en perfectas condiciones de poderlo sustituir. Ante la amenaza, Wang Wei Fu buscó el apoyo de personajes influyentes de la corte para que se posicionasen a su favor. Y ahí es donde entró en juego la figura de la emperatriz.

Todo el mundo sabía de la obsesión de Sakahito por aferrarse a la juventud, pese a haber alcanzado una edad a partir de la cual el declive ya no tenía remedio. Fue entonces cuando Wang Wei Fu se acercó a ella para hablarle de un ungüento capaz de eliminar las arrugas y retrasar el natural deterioro de la piel. Para su elaboración necesitaba importar determinados ingredientes de China, pero, una vez que los tuviera, le aseguró que dispondría del linimento en unos pocos días.

El ungüento probó ser efectivo, y Wang Wei Fu logró conservar el puesto gracias al incondicional apoyo de la emperatriz. La alianza funcionó como la seda a lo largo de varios años, hasta que el linimento fue perdiendo poco a poco su eficacia inicial. Él le explicó que, tras haber cumplido los cuarenta, resultaba inevitable. Sin embargo, Sakahito entró en cólera y, negándose a aceptar aquella respuesta, le exigió otra solución. En ese momento, Wang Wei Fu debió haber dejado las cosas como estaban, pese al fuerte genio de la emperatriz. Pero no lo hizo. De hecho, fue él mismo quien abrió la puerta al uso de la magia negra, que finalmente los había conducido a la situación actual.

—Ya os lo dije: definitivamente, debemos poner fin a los rituales.

—¿Por qué?

—Porque cada ritual de magia negra exige llevar a cabo el sacrificio de... un ser vivo. Y ya son demasiados los que llevo realizados.

La emperatriz se encogió de hombros como si aquello le diese lo mismo, lo cual era comprensible, puesto que ella ignoraba el contenido de los rituales y la naturaleza exacta de los sacrificios. Wang Wei Fu la había mantenido al margen desde el principio, en parte para protegerla y en parte también porque todo lo relacionado con la magia negra debía mantenerse en el secreto más absoluto.

—Lamento no poder ser más explícito —dijo—. Pero esos malditos sacrificios van en contra de mis principios. Esas vidas tienen un valor, aunque

haya muchos que no piensen lo mismo.

—¿Y a qué vienen ahora esos escrúpulos?

—Todos tenemos un límite.

Sakahito apretó los puños y se mordió el labio inferior.

—A mí tampoco me gusta la magia negra, pero su poder es indiscutible. Sin ella no presumiría del aspecto físico que luzco a mi edad.

Un denso silencio cayó sobre la pequeña biblioteca, repleta de volúmenes dedicados al ocultismo y la astrología.

—Solo un ritual más —insistió la emperatriz—. El último. Eso sí, tiene que ser más potente de lo habitual, para lograr así que sus efectos sean más duraderos.

—¿El último? ¿De verdad?

—Te doy mi palabra.

Wang Wei Fu resopló amargamente mientras negaba con la cabeza. Un ritual más poderoso aún... Eso implicaba un sacrificio de mayor valía... Y mucha más dificultad.

—Está bien, me pondré a ello en cuanto pueda. Ya sabéis lo largos que son los preparativos. Pero os juro que ya no habrá más. Así que no me busquéis después, porque no os pienso escuchar.

Tokinobu y Katsumi protagonizaron dos nuevos encuentros, tras los cuales anunciaron su inminente compromiso.

En realidad, no estaban enamorados. Pero por el momento aquello era lo de menos. Lo importante era que congeniaban y que cada uno de ellos había hallado en el otro el complemento perfecto.

A Katsumi le complacía que Tokinobu la hubiese aceptado tal cual era, con sus peculiaridades y rarezas, y sin que le importasen lo más mínimo ciertas cuestiones relacionadas con las modas y la belleza. En él veía a un hombre recto, sensato y de valores mucho más profundos que la mera sensibilidad estética a la que tanta importancia se le daba en los círculos de la aristocracia. Todo lo cual la llevaba a pensar que se trataba del hombre adecuado con el que tener descendencia. A Satoru la noticia lo cogió algo desprevenido, pero no se opuso al matrimonio, aunque el novio perteneciese a una clase inferior. Tras afirmar durante años que respetaría los deseos de su hija, ahora no iba a echarse atrás.

Por su parte, Tokinobu había encontrado en Katsumi a la mujer que le permitiría acceder a la nobleza, para de ese modo librarse de la barrera invisible que hasta entonces le había impedido ascender en su carrera profesional. Pero Katsumi era mucho más que eso. A su manera, era también hermosa, muy inteligente, y poseía un encanto especial. Y, además, estaba deseando convertirse en madre y darle montones de hijos.

En ese momento, la relación entre ambos se asemejaba más a una estrecha amistad que a un romance apasionado. Eran, más bien, como dos socios que se hubiesen unido para formar una empresa. ¿Llegarían alguna vez a amarse de verdad, con el ardor de los enamorados? Solo el tiempo lo diría. En ocasiones, tal cosa ocurría con algunos matrimonios pactados, en los que la pareja no se conocía hasta el mismo día de la boda. Aunque, por descontado, normalmente ocurría lo contrario y, más allá de una lealtad debida, los

cónyuges nunca llegaban a sentir lo que era quererse desde el fondo de sus entrañas. En cuanto al hogar conyugal, habían decidido que Tokinobu se mudase a la casa de Katsumi, en la que había espacio de sobra. Además, ella no quería separarse de su padre. Tan solo faltaba señalar la fecha del enlace, que dependería sobre todo de que fuese un día auspicioso.

Antes, ambos estaban a punto de protagonizar su primer acto público como pareja, al acudir como invitados a la boda de Oshimaro, entre lo más granado de la aristocracia local.

La mañana estaba algo nublada, pero afortunadamente no amenazaba con llover. Tokinobu y Katsumi se plantaron ante la verja de entrada, y un sirviente los condujo hasta la parte trasera de la mansión de lujo, donde una inmensa zona verde se desplegaba ante ellos como la vasta visión de un mar en calma. Katsumi se quedó impresionada, pues su jardín apenas constituía una quinta parte de aquel.

—Me habías dicho que tu amigo era rico, pero no imaginaba cuánto.

—Cuando se trata de Oshimaro, todo es siempre a lo grande —repuso Tokinobu.

Incluso desde el exterior, por encima del muro que rodeaba la mansión, asomaban orgullosas las copas de los arces, que los rayos de sol vestían de ricos tonos purpúreos al caer la tarde, mientras sus hojas susurraban con la brisa. Entre los árboles más grandes también destacaban los pinos, que habían trasplantado allí desde las montañas. Por descontado, las plantas y flores conformaban una acuarela de aromas y colores que constituía un festín para los sentidos. Cerezos, ciruelos, camelias, lirios, crisantemos y flores de correhuela eran tan solo una breve muestra de lo que uno podía encontrarse en aquella arboleda emplazada en mitad de la ciudad. Además, por aquel idílico vergel corría un riachuelo que desembocaba en un estanque artificial, en cuyo margen crecía un formidable sauce, bajo cuya sombra solía cobijarse una bandada de patos mandarines durante las horas de mayor calor. Un pequeño puente se elevaba sobre el estanque conectando ambas orillas.

La nobleza no reparaba en gastos para convertir sus jardines en una especie de escenario que mutaba con los cambios estacionales y que adoptaba así diferentes policromías, formas y perfumes conforme avanzaba el calendario, hasta que el ciclo se volvía a repetir.

—No sé muy bien si encajaré en un ambiente como este —murmuró Tokinobu algo preocupado.

—No pienses tanto y límitate a dejarte llevar —repuso Katsumi, que para infundirle confianza le apretó la mano durante unos breves segundos.

La mayoría de los invitados ya se habían situado en torno a la balaustrada que daba al jardín, engalanada con guirnaldas y farolillos, ante la cual la ceremonia tendría lugar.

La pareja de novios salió del interior de la mansión, e inmediatamente recibió el caluroso aplauso de la audiencia. Oshimaro se mostraba exultante: agitaba la mano ante la pequeña multitud allí reunida y su cara rolliza alumbraba una sonrisa triunfal. La novia lucía un deslumbrante *jūnihitoe*, se desplazaba con desenvoltura y no cabía duda de que disfrutaba de la atención que le brindaba el momento. Físicamente no era demasiado agraciada, pero Oshimaro no había tenido aquel factor muy en cuenta. La joven era la hija del gobernador provincial de Echizen, y en el futuro recibiría buena parte de la herencia en forma de tierras o derechos sobre los feudos. El matrimonio pactado beneficiaba a ambas partes: Oshimaro se haría más rico, y la familia de ella ascendería en la escala social.

Un sacerdote sintoísta oficiaba la boda. El acto religioso en sí fue tan breve como sencillo. Su fin no era otro que dar publicidad al matrimonio en presencia de los familiares y amigos, de manera que la pareja expresase abiertamente su unión. El sacerdote se limitó a recitar algunas plegarias *norito*^[17], al tiempo que agitaba la rama de un árbol sagrado. La ceremonia concluyó con el tradicional acto de purificación, en el que los dos miembros de la pareja bebían tres veces de un mismo vaso de sake.

En cuanto el acto religioso se dio por finalizado, la pareja de recién casados abandonó la balaustrada y se mezcló entre los invitados para saludarlos uno a uno. Todavía era pronto para el banquete y tenían el resto de la mañana para conversar y divertirse.

Aunque Tokinobu se había vestido de gala —pantalones grises de seda estampada y una capa escarlata sobre un holgado kimono—, se sentía como un pez fuera de agua en aquel ambiente tan estirado en el que se hallaba por primera vez. Katsumi, por el contrario, ya tenía experiencia en actos de aquella naturaleza, y su único problema radicaba en que no conocía a nadie. Los dos se habían separado ligeramente del resto y se limitaban a mirar en todas direcciones sin saber muy bien qué hacer.

Al cabo de un rato, Oshimaro llegó hasta Tokinobu y ambos amigos se fundieron en un cálido abrazo salpicado de felicitaciones de ida y vuelta.

—Perdona que no te presente ahora a mi nueva esposa, pero la he perdido de vista entre tantos invitados.

—Descuida, hay tiempo de sobra —repuso Tokinobu, girándose hacia Katsumi—. Yo, como puedes ver, he venido con mi prometida.

—¡Ah! ¡Katsumi! —exclamó Oshimaro al tiempo que la evaluaba con la mirada—. ¡Ya tenía ganas de conocerte! Verdaderamente eres tan hermosa como Tokinobu me había dicho. Y, desde luego, mucho más que la mujer con la que acabo de casarme —añadió entre risas.

Oshimaro se permitía bromear acerca del escaso atractivo de su esposa, porque a nadie se le escapaba que más adelante volvería a casarse, primando esta vez en su elección el factor de la belleza por encima de las cuestiones económicas. La poligamia era una práctica corriente durante la época, aunque solo estuviese al alcance de los más acaudalados. Con toda probabilidad, además de la esposa principal, Oshimaro disfrutaría en el futuro de varias consortes a las que igualmente tendría que mantener.

—Me complace mucho conocerte, Oshimaro —dijo Katsumi, inclinando ligeramente la cabeza—. Tokinobu me ha hablado mucho de ti. Además, te debemos más de lo que piensas. Si no es por el *waka* que escribiste, jamás nos habríamos llegado a conocer.

—¡Es cierto! ¡Ya lo había olvidado! —se carcajeó Oshimaro recordando aquella anécdota—. Pero no tiene la menor importancia. Ojalá todos los favores que me piden fuesen tan sencillos de satisfacer como ese.

En aquel momento, los tres echaron a andar por un camino de piedras cuadradas que se abría en el jardín y que llevaba hasta el estanque.

—Conozco a tu padre —prosiguió Oshimaro—. Es un hombre muy respetado. Un auténtico erudito.

—Gracias —repuso Katsumi—. Me consta que ha coincidido contigo en algunos actos, aunque hasta ahora apenas habéis tenido trato.

—Pues eso cambiará muy pronto. Te lo aseguro.

Conforme se alejaban de la multitud, Katsumi advirtió que un individuo extraño los seguía a no mucha distancia. El hombre estaba armado con una espada y su rostro hierático aparecía surcado de cicatrices.

—Ah, ya veo que lo has notado —señaló Oshimaro—. Pero no hay motivo para alarmarse. Yoshitomo me sigue a todas partes. Como te podrás imaginar,

los hombres como yo necesitamos tener las espaldas bien cubiertas.

—Yoshitomo es un guerrero excepcional —apuntó Tokinobu, que sabía bien de lo que hablaba, pues lo conocía de un pasado no demasiado lejano y sabía de su indiscutible talento para las artes marciales.

—Así es, y bien caro que me cuesta. No obstante, estoy extraordinariamente satisfecho con sus servicios.

Se internaron en el puente de granito que cruzaba el estanque a muy escasa distancia del agua. Bajo la superficie se divisaban multitud de carpas *koi*^[18], dotadas de gran belleza y colorido.

—Y, decidme: ¿vosotros cuándo pensáis casaros?

—Pronto —repuso Tokinobu—. La fecha definitiva dependerá de que se trate de un día propicio según el calendario. Eso sí, nuestra celebración será mucho más modesta que la tuya. Queremos que solo acuda la familia y los amigos más cercanos. Así que espero que no faltes.

Al llegar al otro lado del estanque, a Katsumi le llamó la atención una pequeña estructura que se levantaba cerca del margen.

—¿Qué es?

—¡Ah! Ahí es donde concibo mis celebrados perfumes. Seguidme. Os lo enseñaré.

El pabellón que Oshimaro había mandado construir era el lugar donde se pasaba la mayor parte del día. Decenas de estanterías estaban repletas de tarritos de porcelana perfectamente etiquetados, que contenían un sinfín de ingredientes ordenados por familias y variedades.

—Algunos ingredientes los obtengo de mi propio jardín y otros los compro en el mercado. Además, de vez en cuando organizo alguna salida a los bosques para descubrir nuevos olores, que puedo encontrar en las maderas, las resinas, las plantas, las flores, los frutos o las semillas.

Durante los últimos años, su superioridad en el certamen de perfumes había sido aplastante. Y, como ganador indiscutible, Oshimaro había sido honrado con el honor más grande posible: ser recibido en la cámara imperial de audiencias por el mismísimo emperador.

Frente a las estanterías, había una mesa sobre la que reposaban todos los instrumentos necesarios para llevar a cabo las mezclas. Lo que Tokinobu y Katsumi no reconocieron fue un extraño artefacto que había en un rincón, que se asemejaba a una especie de caldera.

—Ahí tenéis el secreto de mi éxito —confesó Oshimaro—. Es un artilugio

de invención árabe, llamado «alambique», que he importado de China. En lugar de triturar los ingredientes para obtener su fragancia, yo los destilo con este aparato, lo que me permite obtener la esencia de cualquier tipo de materia prima.

—Eso quiere decir que juegas con ventaja, ¿verdad? —inquirió Tokinobu.

—El primer año que gané el *takimono awase*, así fue. No obstante, me consta que desde entonces mis principales competidores también cuentan con el nuevo ingenio árabe para elaborar sus perfumes. Por tanto, el talento sigue siendo el factor más decisivo.

Katsumi se paseaba distraídamente por la estancia, tomando algún que otro tarrito entre las manos y deteniéndose a oler su contenido.

—Katsumi, permíteme por favor que te muestre la última creación con la que estoy experimentando ahora mismo —terció Oshimaro entusiasmado—. A Tokinobu nunca se le ha dado demasiado bien juzgar mis perfumes. Sin embargo, estoy convencido de que tú debes de estar mucho más versada en este arte.

Oshimaro vertió unas gotas de la mezcla en un pañuelo y se lo tendió a Katsumi para que lo oliese.

—¿Qué te sugiere?

—Es un aroma fresco y terroso que me recuerda al rocío de la mañana.

—Me dejas sin palabras. Tu análisis no podría ser más acertado. Para lograr ese efecto he utilizado raíces de agastache, y, como base para la esencia, madera de agar.

En ese instante, Yoshitomo se asomó a la puerta del recinto sin alterar un ápice su rostro inexpresivo.

—Señor, os reclaman con el resto de invitados —anunció el guardián.

—Es cierto, es cierto. No puedo ausentarme durante tanto tiempo de mi propia celebración.

Oshimaro emprendió el camino de vuelta con cierta urgencia, para evitar que sus invitados se impacientasen. Entre ellos había personalidades muy ilustres a las que convenía no hacer esperar. Precisamente, nada más llegar a la zona ajardinada donde se concentraba la mayor parte de los asistentes a la boda, lo aguardaba la figura de mayor relevancia política que había acudido al acto: el *Dainagon*.

Fujiwara no Otomo asistía en representación del gobierno, que reconocía en Oshimaro a uno de los nobles más influyentes y respetados de todo el país.

—En primer lugar, me gustaría felicitaros por vuestro reciente enlace. Y no solo en mi nombre, sino también en el del emperador Kanmu.

En torno al Gran Consejero se habían congregado los aristócratas de mayor rango, atraídos por su incuestionable influencia y poder.

—Muchas gracias. Vuestra presencia supone todo un honor para mí —repuso Oshimaro, sonriente—. Confío en que todo sea de vuestro agrado. El banquete será excelente, os lo aseguro. Pero, antes, espero que todos pasemos un buen rato con las actividades que he organizado. Tengo entendido que os apasionan las adivinanzas, ¿no es cierto?

—Os han informado bien.

—Pues entonces estoy convencido de que disfrutaréis enormemente del juego que he preparado.

—Estoy impaciente. No obstante, primero me gustaría presentaros a alguien muy especial que he traído hoy conmigo.

Otomo alzó el brazo e hizo una señal con la mano. Acto seguido, una hermosa niña de unos doce o trece años se acercó hasta ellos luciendo el porte de una dama.

—Ella es mi querida sobrina Sayuri. Practica la caligrafía, se sabe de memoria la colección más antigua de poesía japonesa, estudia música y se ejercita en la mezcla de inciensos.

Oshimaro le dedicó una afable sonrisa y al inclinarse captó una dulce fragancia procedente del pelo ligeramente humedecido de la muchacha.

—Tu perfume es exquisito —la elogió—. Sin embargo, me sorprende no ser capaz de reconocer ni uno solo de los ingredientes que lleva. ¡Y esa es mi especialidad!

—Con el debido respeto, esta mañana solo he usado agua limpia para lavarme la cabeza. Por tanto, el aroma que habéis percibido solo puede tratarse de mi olor natural.

—¡Ah! Eso lo explica todo —repuso Oshimaro, dejando escapar una jovial carcajada.

Otomo había querido aprovechar la ocasión para presentar en sociedad a su sobrina Sayuri, a la que esperaba prometer muy pronto con el príncipe heredero, si todo salía según lo previsto. Su puesto de *Dainagon* era terriblemente cotizado, y las familias rivales del clan Fujiwara ya llevaban largo tiempo conspirando para arrebatárselo por el medio que fuese. Para evitarlo, Otomo había considerado varias alternativas. La violencia había sido

una de ellas, pero el empleo de la fuerza nunca había sido un método del gusto de los Fujiwara, que siempre se habían sentido más cómodos haciendo uso del ingenio y la sagacidad. Por todo ello, Otomo se había decidido por una práctica muy antigua, pero tremendamente efectiva si se ejecutaba con éxito: la política matrimonial. La unión de su sobrina Sayuri con el heredero al trono del imperio, empresa en la que ya llevaba dados importantes pasos, no solo le garantizaría su continuidad como Gran Consejero, sino que reforzaría la posición de los suyos como clan dominante, al lograr que una Fujiwara se convirtiese en la futura emperatriz, con muchas probabilidades de engendrar un nieto imperial.

—Particularmente, Sayuri posee un don para los instrumentos musicales. ¿No es verdad, querida?

Por toda respuesta, la niña sonrió con inocencia, evitando así ofrecer una imagen excesivamente pretenciosa.

—¡Fabuloso! —exclamó Oshimaro—. ¿Y qué prefieres, el *koto*[19] o la flauta?

—El *koto* de trece cuerdas es su especialidad —aclaró Otomo, que no pensaba dejar escapar la oportunidad para ensalzar públicamente las virtudes de la menor.

Oshimaro mandó traer el instrumento citado y todos los allí presentes formaron un círculo en torno a la sobrina del Fujiwara. Cualquiera jovencita de su edad se habría sentido intimidada al ver tal cantidad de ojos posados en ella. Sin embargo, Sayuri se comportaba con una madurez propia de una persona mucho mayor.

—Silencio, por favor —rogó Oshimaro para crear la atmósfera adecuada.

La niña no se hizo de rogar y, tras comprobar que el *koto* estaba perfectamente afinado, deslizó sus dedos por las cuerdas como si tan solo las acariciara. De inmediato brotó una música suave y armoniosa, que adoptó la forma de una popular melodía china que todos reconocieron en el acto. Mientras tocaba, Sayuri se inclinaba ligeramente a un lado y su cabello negro se le derramaba sobre uno de los hombros, realzando aún más si cabía su belleza natural. A la vista de semejante estampa, a nadie se le escapaba que en muy poco tiempo se convertiría en una mujer irresistiblemente atractiva.

Encajonada entre la multitud, Katsumi envidió la destreza de la niña con el instrumento musical, que a ella siempre le había faltado. Satoru había intentado repetidas veces instruirla en la técnica del *koto*, con pésimos

resultados. Su talento, indudablemente, residía en las palabras.

Una vez finalizada la pieza, la audiencia estalló en aplausos más que merecidos. Otomo rodeó a su sobrina con el brazo y la felicitó con gestos efusivos. Su primera aparición pública se había saldado con un éxito rotundo. Muy pronto, en el ámbito de los *yoki hito* se correría la voz acerca de las bondades de Sayuri y el prometedor futuro que tenía por delante. Lo cual, por supuesto, contribuiría a la consecución de su plan.

—Y, ahora, escuchadme todos con atención —pidió Oshimaro alzando la voz—. He organizado un juego muy especial para la ocasión. Seguidme, por favor. Os aseguro que nos vamos a divertir.

El risueño anfitrión condujo a sus invitados por un sendero que atravesaba el grandioso jardín, hasta llegar al lugar que consideraba la joya del mismo: un inmenso *sakaki* de casi diez metros de altura. La corteza del árbol era lisa y de color pardo rojizo, sus hojas eran verdes y ovaladas, y sus flores pequeñas, perfumadas y de color crema claro. Sin embargo, lo que de verdad hacía del *sakaki* un árbol tan singular era la condición de sagrado que el sintoísmo le atribuía, motivo por el cual con frecuencia se utilizaba como altar para todo tipo de ritos y ceremonias. De hecho, poco había faltado para que la boda se hubiese oficiado allí.

Oshimaro se situó bajo el árbol y esperó a que todo el mundo llegase y se ubicase frente a él. Normalmente, los juegos que se llevaban a cabo en las fiestas de la nobleza giraban de un modo u otro en torno a la composición de poemas, pero en este caso Oshimaro había introducido una variante muy original.

—He compuesto varios *wakas* que son al mismo tiempo una adivinanza. El primero lo tengo aquí conmigo —dijo, mostrando un pedazo de papel—, pero los demás están escondidos en diversos puntos del jardín. Cada poema os llevará al siguiente, aunque para ello tendréis que resolver el acertijo que contiene. El que más poemas encuentre, por tanto, será el ganador. ¿Está claro?

La novedosa propuesta de Oshimaro despertó la curiosidad de los invitados y levantó una gran expectación. El espíritu competitivo del juego añadía además un aliciente que los participantes valoraron de forma positiva.

—¿Cómo se te dan las adivinanzas? —cuchicheó Tokinobu al oído de Katsumi.

—No lo sé, pero me apetece mucho jugar.

—Está bien, aunque sospecho que yo no te seré de mucha ayuda.

Tras el murmullo de comentarios que el anuncio había generado, Oshimaro alzó las manos y pidió silencio para poder continuar. Luego leyó en voz alta el *waka* que había redactado, que decía exactamente así:

*Durante la mayor parte del año
se cubren como pueden.
En invierno ya no les queda nada.
Y cuando por fin se visten de gala,
gozan de una vida demasiado breve
como para disfrutarla.*

La adivinanza provocó todo tipo de reacciones. Los más atrevidos emprendieron la búsqueda a ciegas, como si fuese posible localizar un pequeño pedazo de papel en un escenario tan gigantesco. Muchos de los invitados comenzaron a discutir entre sí e intentaron hallar la solución desmenuzando el sentido de cada palabra. Otros, en cambio, renunciaron desde el primer momento a resolver el enigma, porque no se veían capaces de poder hacerlo.

Solo uno de los asistentes supo exactamente a qué punto del jardín dirigirse sin el menor asomo de duda. Fujiwara no Otomo creía conocer la respuesta y, seguido de varios nobles, se perdió por el mismo sendero por el que habían llegado hasta allí.

Mientras tanto, Katsumi no dejaba de darle vueltas a la cabeza, aunque sin llegar a ninguna conclusión significativa.

—¿No se te ocurre nada? —preguntó Tokinobu.

—Creo que la solución es mucho más fácil de lo que parece, pero la respuesta se me escapa entre los dedos.

Al cabo de unos minutos, Otomo regresó sujetando un trozo de papel en la mano y una sonrisa de satisfacción grabada en el rostro. Los testigos afirmaban haberlo visto rebuscar entre los árboles de cerezo, donde no había tenido demasiadas dificultades para hallar el siguiente poema, que se hallaba oculto en la hendidura del tronco de uno de ellos.

—¡Enhorabuena! —exclamó Oshimaro—. Ni siquiera ha tenido rival.

—Esta adivinanza era demasiado sencilla.

—Eso no será un problema. La dificultad irá en aumento a partir de ahora.

Pero, antes, os ruego que nos expliquéis a todos cómo dedujisteis la respuesta correcta.

Otomo cogió aire y, a continuación, desgranó con voz alta y clara el razonamiento que había llevado a cabo para dar con la solución.

—Los dos primeros versos del poema dejan muy claro que no podía tratarse de un árbol perenne, lo cual ya me llevó a excluir de un solo golpe a la mayor parte de las especies del jardín. A partir de ahí, pronto me di cuenta de que las pistas que la adivinanza dejaba entrever encajaban punto por punto con el árbol de cerezo. Como todos bien sabéis, durante el año este permanece únicamente forrado de hojas, salvo en invierno, que se queda desnudo por completo. Y cuando eclosiona en primavera, su tiempo de florecimiento es tan breve que nos recuerda lo efímero de la vida.

A la luz de su detallada explicación, los asistentes se dieron cuenta de que la adivinanza no era tan difícil como ellos habían creído. Pero, además, enseguida creció la admiración por el Fujiwara, cuya brillante inteligencia y sagacidad lo habían llevado a ocupar, de forma merecida, el prestigioso puesto de *Dainagon*. Para entonces, y pese a que el juego tan solo acabara de empezar, pocos dudaban ya de quién sería el ganador.

Oshimaro volvió a reclamar la atención de los presentes y, sin mayores preámbulos, pasó a leer el poema que Otomo había encontrado.

*Se viste de mil maneras y
se despierta cuando la mayoría duerme,
poco antes del ocaso de nuestra vida,
para recordarnos su belleza y
regalarnos su don natural.*

Saltaba a la vista que la nueva adivinanza entrañaba mayor dificultad. Aunque, al menos, los participantes ya no se sentían tan perdidos como al principio, al contar con una base por la que guiarse, tomando como referencia el proceso deductivo del caso anterior.

Los más osados, creyendo intuir la respuesta, se aventuraron a explorar sin orden ni concierto diferentes partes del jardín. La mayoría, sin embargo, prefirió estrujarse el seso por más tiempo antes de lanzarse a una búsqueda improductiva.

Otomo, del que algunos estaban pendientes, parecía no tenerlo claro, a tenor

de la ceñuda expresión que su rostro reflejaba. Katsumi, por el contrario, se llevó aparte a Tokinobu, convencida de haber resuelto el acertijo.

—¿En qué parte del jardín se hallan los crisantemos? —preguntó, tratando de ocultar la emoción.

—¿Es esa la respuesta?

—Sí, luego te lo explico. Pero ahora tenemos que darnos prisa.

—De acuerdo. Están en la parte delantera. Vamos allá.

Cuando llegaron, ambos se pusieron a rebuscar entre los crisantemos, hasta que, atado al tallo de uno de ellos, localizaron el pedazo de papel que contenía el siguiente poema.

Justo en ese momento, Otomo apareció al fondo del sendero, tras haber llegado a la misma conclusión que Katsumi tan solo unos instantes después que ella. Para su sorpresa, él no había sido el primero en llegar.

—Os felicito, joven —dijo el Gran Consejero—. Supongo que un golpe de suerte lo tiene cualquiera.

Los nobles que lo acompañaban le rieron el comentario, realizado con la clara intención de desmerecer el acierto de Katsumi. Luego todos regresaron junto al sagrado árbol de *sakaki*, para reanudar el juego en el punto donde lo habían dejado. No obstante, antes de proseguir, Oshimaro le pidió a Katsumi que explicase a los presentes cómo había resuelto la adivinanza, del mismo modo que le había tocado hacer a Otomo en el caso anterior.

Con todas las miradas puestas en ella, Katsumi tuvo que hacer un esfuerzo para vencer la vergüenza y exponer con claridad la lógica que había seguido.

—Pocas flores hay como el crisantemo que puedan ofrecernos una gama tan amplia de colores distintos, como el primer verso nos viene a decir. Además, en lugar de florecer en primavera, como sucede habitualmente con la mayoría de las flores, el crisantemo lo hace en otoño, que el poema hábilmente identifica con el ocaso de la vida del hombre. Y, por último, ¿quién no conoce el poder curativo de sus raíces? He ahí, me dije, su don natural.

A partir de ese momento, y en contra de lo que muchos esperaban, la competición se tornó en una igualada pugna entre Otomo y Katsumi por ver cuál de los dos se alzaba con la victoria final. Las adivinanzas se fueron sucediendo, hasta que entre ambos sumaron tres aciertos por cabeza. Llegados a este punto, ya nadie cuestionaba la valía de Katsumi, cuyo intelecto demostraba estar a la altura del mismísimo *Dainagon*.

Otomo ya había sido informado de que no se enfrentaba a una joven

cualquiera. Katsumi era la hija de Tomizawa no Satoru, el renombrado profesor de la Universidad Imperial, doctor en literatura, del que sin duda había heredado gran parte de su talento.

Pese a que tan solo se trataba de un juego, la tensión se palpaba en el ambiente. Oshimaro retomó de nuevo su papel como maestro de ceremonias y anunció que la siguiente ronda pondría fin a la competición. La expectación era total. Aquella última adivinanza serviría para deshacer el empate y decidir el ganador.

El *waka* decisivo resonó con fuerza en los oídos de los presentes:

*Sus vidas son largas y tranquilas,
sus colores, tan bellos como infinitos.
Y si sabemos ganarnos su confianza,
no dudarán en regalarnos su cariño.*

Hasta el momento, las adivinanzas anteriores se habían referido al árbol de cerezo, los crisantemos, las camelias, la morera, la flor de loto y los claveles. Lo cual, de hecho, aún dejaba un abanico tan amplio de especies vegetales como extensa era la flora que crecía en aquel asombroso jardín del Edén.

El acertijo se acogió con un desconcierto generalizado. Los participantes analizaban los versos y lanzaban conjeturas abiertas, sin el menor espíritu crítico, y sin la menor intención de comprobar si estaban o no en lo cierto. En realidad, la mayoría estaba mucho más pendiente de los dos favoritos que de cualquier otra cosa. ¿Quién tomaría primero la iniciativa? ¿Cuál de los dos se alzaría con el triunfo final?

Pero tanto Otomo como Katsumi se hallaban perdidos por completo, como jamás les había ocurrido hasta ahora. Por separado, algunos versos contenían pistas que podían encajar con algún tipo de planta. En conjunto, sin embargo, no había ni una sola especie que cumpliese todos los requisitos que la adivinanza parecía sugerir.

Los dos máximos competidores daban vueltas en círculo, con la mirada clavada en el suelo y un caudal de pensamientos cruzando por su mente como un río desbordado. Otomo, lejos de disfrutar del juego como al principio, temía ahora que aquella audaz joven lo derrotase y demostrase que podía ser más lista que él. Si tal cosa ocurriese, muy pronto toda la corte hablaría de ello y sus detractores aprovecharían para criticarlo. En el fondo, todo se

reducía a una cuestión de orgullo. Ni quería ni podía permitirse el lujo de perder.

—Si no se te ocurre nada, déjalo. —Tokinobu habló con cierto grado de preocupación—. No te presiones más. Esto es solo un juego.

—Lo sé. Pero, lejos de pasarlo mal, me encanta el desafío. Para mí, ganar o perder es lo de menos —repuso Katsumi.

—No lo pongo en duda. Sin embargo, puede que el *Dainagon* no lo vea del mismo modo que tú. He oído decir que es un hombre vanidoso, muy poco acostumbrado a ser dejado en evidencia en público.

—¿No te parece que exageras?

—Puede ser. Lo único que digo es que quizás no nos convenga hacer enfadar a alguien tan poderoso.

—No voy a dejarme ganar, si es lo que insinúas. —Katsumi sacudió la cabeza en señal de frustración—. De todas maneras, no se me ocurre nada. Así que no tengo ninguna posibilidad de ganar. Creo que la planta que se oculta tras la adivinanza debe de ser tan rara que ni siquiera la conozco.

—Quizás sea mejor así —repuso Tokinobu—. No obstante, ¿por qué estás tan segura de que se trata de una planta? No sé... A mí este poema me suena un poco raro. Y ya me gustaría poder ayudarte, pero no hace falta que te diga que este tipo de juegos no son precisamente mi fuerte.

En ese instante, Katsumi sintió que algo en su cerebro se deslizaba ligeramente, como si un engranaje se hubiese colocado en su sitio. Las palabras de Tokinobu le habían servido para enfocar el acertijo desde un punto de vista completamente distinto, que de otra manera ni siquiera se le habría ocurrido contemplar.

—¡Eso es! ¡Esa es la clave! —exclamó entusiasmada—. ¡Eres un genio, Tokinobu! —añadió, tomándole la cara entre las manos.

—¿Lo soy?

—Tenías razón. Estaba tan obcecada que tan solo pensaba en tipos de flores y plantas, pero eso no es lo único que hay en el jardín.

—¿Qué quieres decir?

—¡Son las carpas *koi*! ¡Esa es la respuesta correcta a la adivinanza!

—¿Estás segura?

—Desde luego. Las carpas son peces muy longevos, que en condiciones normales pueden superar fácilmente los veinte años de vida. Son muy conocidas por la amplia gama de colores que pueden llegar a exhibir. Y,

cuando están bien cuidadas, es habitual que se acerquen y coman de la mano de sus dueños.

Katsumi cogió a Tokinobu de la mano.

—¡Rápido! ¡Vayamos al estanque!

Tan pronto como Katsumi se puso en marcha, el resto de los presentes — incluido el propio Oshimaro, que hasta entonces no se había movido del lugar que ocupaba bajo el árbol de *sakaki*— no dudaron en seguirla para ver hacia dónde se dirigía. Si caminaba tan decidida, tan solo podía significar que había dado con la solución. Incluso Otomo, aunque fuese a regañadientes, también se decidió a seguir a su rival.

Si Oshimaro había ocultado un pedazo de papel en el estanque, tan solo podía hallarse en algún punto del puente o en la plataforma de madera que había junto a la orilla. Y, efectivamente, no les llevó demasiado tiempo encontrarlo. Esta vez, el pliego no contenía ningún nuevo poema, sino únicamente la firma de Oshimaro y la fecha de aquel día.

Sin dudas sobre quién había ganado, Oshimaro oficializó la victoria de Katsumi, y todos los participantes le rindieron un sonoro aplauso que la hizo sonrojarse como a una niña.

Otomo, por su parte, disimuló su turbación como pudo y se limitó a restar importancia al asunto, al tiempo que algunos nobles le pasaban la mano por la espalda para consolarlo por su derrota. Poco después rehusó asistir al banquete y se marchó de allí a toda prisa, alegando tener una apretada agenda. Oshimaro lamentó la repentina marcha del Fujiwara, pero no por ello su ánimo decayó lo más mínimo. Aquel día tenía mucho que celebrar.

Aparte de la propia novia del evento, la otra gran protagonista del banquete no fue otra que Katsumi, a la que muchos quisieron conocer personalmente y felicitarla por su increíble actuación. Por asociación, Tokinobu también se vio beneficiado por la súbita popularidad de su prometida, logrando así que su primer contacto con la aristocracia, de la que él mismo formaría parte muy pronto, se saldase de forma más que satisfactoria para sus intereses. Algunos de los personajes más influyentes que conoció aquel día, sabiendo además de la fuerte amistad que lo unía a Oshimaro, prometieron ayudarlo a escalar rápidamente en su carrera profesional.

Al final de aquella larga jornada, Tokinobu y Katsumi acabaron extenuados, pero inmensamente esperanzados con el futuro que como pareja les aguardaba. El destino, sin embargo, se reservaba algunos giros que por aquel entonces

ninguno de los dos se habría atrevido a imaginar.

TERCERA PARTE

Flotando como
desvanecida espuma
paso la vida,
sin rumbo, sin apoyo,
y siempre a la deriva.

KI NO TOMONORI (850-904)



Ligeramente apenado, pero ilusionado al mismo tiempo, Asatori se puso en marcha de nuevo en dirección al monte Hiei, más determinado que nunca a ingresar en uno de sus monasterios en calidad de monje guerrero, para formar así parte del ejército que los budistas habían creado para defenderse.

Aunque tan solo había convivido tres meses con el *yamabushi*, le parecían más bien tres años, debido a la gran cantidad de cosas que había aprendido en un espacio tan corto de tiempo. Aquella irrepetible experiencia lo había cambiado por completo. Ahora se sabía especial, no solo porque el anciano asceta así se lo había dicho, sino también por el excepcional adiestramiento que había recibido. No obstante, antes de creérselo, necesitaba demostrárselo a sí mismo fuera de la burbuja en la que había permanecido durante aquellos últimos meses, al amparo de su maestro. Ahora, su estancia en la montaña comenzaba a parecerle un sueño, del que la realidad del mundo exterior, con sus peligros y sus retos, lo despertaría sin contemplaciones de un momento a otro. Y solo entonces sabría si de verdad estaba o no preparado para enfrentarse a su incierto porvenir.

El pensamiento de Asatori regresaba una y otra vez a su familia —su padre y su hermana—, a quienes le hubiese encantado poner al día de todo lo ocurrido. Sin embargo, aquel no era momento de regresar a la aldea, ni siquiera para una fugaz visita. Todo lo que no fuese mirar hacia delante significaba desviarse de su objetivo. Asatori sabía que tenía una misión que cumplir. Una misión de la que todavía no sabía nada, pero de la que el *yamabushi* ya le había advertido. Todo lo demás quedaba en manos del destino, y su obligación era perseguirlo.

Una tarde fría y desapacible se le estaba echando encima. Asatori dejó atrás una red de senderos poco transitada y se incorporó a una amplia vía de tierra repleta de viajeros que iban y venían sin importarles los rigores del camino. Eran personas procedentes de los estratos más bajos de la población,

principalmente pescadores y campesinos, que se desplazaban en pequeños grupos formados por gente de todas las edades, desde ancianos hasta viudas, pasando por familias enteras con todos sus hijos. Asatori se unió a la marcha y se mezcló entre el gentío. Y, tras escuchar un par de conversaciones, pronto averiguó que se había sumado a una procesión de peregrinos que se dirigía a un santuario cercano, que gozaba de gran popularidad entre la población.

Al cabo de unos minutos, un hombre de mediana edad y cara alargada como la de un caballo se situó a su altura y le dio conversación.

—Amenaza tormenta, ¿verdad? —preguntó en tono casual.

Asatori alzó la cabeza y certificó que el cielo estaba encapotado. Si de repente rompía a llover con fuerza, tendría que buscar refugio.

—Sí, es lo que parece —repuso lacónicamente.

—¿Has visitado antes el santuario? —El extraño dio por hecho que Asatori se dirigía hacia allí como todos los demás.

—No, nunca.

—Es un lugar de mucha paz. Además, dispone de una casa de peregrinos. Lo que, dadas las circunstancias, no nos vendrá nada mal para pasar la noche y resguardarnos de la lluvia.

Asatori agradeció la información. Y, dado que el santuario se hallaba en su ruta, decidió sobre la marcha pernoctar allí como si fuese un peregrino.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Mientras seguía caminando a su lado, el hombre aprovechó para presentarse. Dijo llamarse Senkobo y ser un sacerdote sintoísta que durante los últimos años se había dedicado a visitar diferentes santuarios de la provincia, donde se establecía por largas temporadas y colaboraba oficiando ceremonias o llevando a cabo tareas de mantenimiento o ampliación.

El sintoísmo era la religión nativa de Japón, en la que se adoraba a un gran número de divinidades o seres espirituales denominados *kami*, que se encuentran en la naturaleza o en los niveles superiores de la existencia. Todos los objetos y fenómenos naturales poseen un *kami*, y se cree que estos ejercen una profunda influencia sobre la vida de los seres humanos. El sintoísmo se caracteriza por su simplicidad, ya que carece de una gran ética o filosofía, de escrituras o de una compleja institución sacerdotal. Por todo ello, cuando el budismo comenzó a extenderse por el país, no se produjo una confrontación entre ambas religiones, sino que el culto venido de China se acomodó a las creencias autóctonas, coexistiendo ambas doctrinas de forma pacífica y

mezclando numerosos elementos entre sí.

—¿Y qué me dices de ti, muchacho? ¿Cómo te llamas?

Asatori no tenía ganas de hablar, ni tampoco deseaba desvelar demasiada información acerca de su persona. Hasta que no llegase a su destino, prefería ser prudente. Con todo, el hombre tan solo estaba siendo amable y no le pareció bien mostrarse irrespetuoso.

—Mi nombre es Asatori —contestó.

—¿Y vienes de muy lejos?

—Del sur de la provincia. Pero solo estoy de paso.

Senkobo advirtió la parquedad de sus explicaciones y no hizo ningún intento más por alargar la conversación.

Poco después, el sonido de un trueno retumbó en las montañas y, como si hubiese sido la señal que las nubes estaban esperando, la lluvia cayó con extraordinaria intensidad sobre la columna de peregrinos. Afortunadamente para todos ellos, el santuario surgió por fin al fondo del camino, encuadrado en un bosquecillo de cedros junto al que corría un pulcro manantial. El complejo estaba compuesto por dos edificios conectados por una galería techada de madera. El primero de ellos, situado en la parte frontal, era el templo propiamente dicho. Y, el segundo, la casa de peregrinos, que disponía de un refectorio y un dormitorio colectivo que casi siempre estaba a rebosar.

Los peregrinos recorrieron a toda prisa el último tramo que los separaba del santuario para ponerse inmediatamente a cubierto. La tormenta arreciaba cada vez con más fuerza y el fango ya cubría buena parte del camino. La mayor parte de los visitantes se dirigió directamente a los dormitorios colectivos, para dejar allí sus pertenencias y ponerse ropas secas. Agotados tras la larga caminata, aquel día los peregrinos se acostarían a no mucho tardar. A la mañana siguiente ya tendrían tiempo de sobra para presentar sus respetos a las divinidades. No obstante, antes se pasarían por el comedor, donde los monjes se ocupaban de servir una cena temprana.

Asatori, al contrario que la mayoría, accedió al templo nada más llegar y, tras sortear a los fieles allí congregados, se situó junto al altar, donde una estatua de Buda presidía el modesto santuario. Varias lámparas de aceite alumbraban la sagrada imagen, envuelta en tonos dorados debido al reflejo de las llamas. Sobre el altar, cubierto por un mantel de color rojo, reposaban las ofrendas que los fieles dejaban a los pies de la estatua: cuencos llenos de agua, arroz y otros cereales. El lugar, pese a los cientos de visitantes que

recibía a diario, despedía un aroma agradable procedente de los bastoncitos de incienso que se quemaban sin descanso, desde el amanecer hasta el ocaso.

Asatori elevó las manos por encima de la cabeza y se postró ante el Buda de forma repetida, y después recitó uno de tantos mantras que el *yamabushi* le había enseñado. Cuando alzó de nuevo la vista, distinguió a Senkobo conversando con una pareja de monjes budistas encargados de velar por el buen funcionamiento del templo. Asatori no podía oírlos porque hablaban en susurros, pero, por las sonrisas y los gestos cálidos que se procuraban unos y otros, parecía que entre ellos había buena sintonía.

Tras las correspondientes oraciones, Asatori abandonó el ala religiosa del complejo y se internó en la parte doméstica. El comedor estaba repleto de peregrinos, los cuales daban buena cuenta de las viandas que servían unos voluntariosos monjes, que en todo caso excluían la carne del menú. El nivel de ruido era acusado. Al murmullo general de los comensales y la masticación propia de la comida se le sumaba el incesante repiqueteo de la lluvia, que golpeaba el techado de madera.

Asatori ocupó el lugar más apartado que pudo encontrar, y un diligente monje le sirvió una sopa de miso y un bol de verdura salteada, que se dedicó a comer en silencio. Su paz, sin embargo, no le duró demasiado, pues a los pocos minutos Senkobo apareció de nuevo y se sentó junto a él.

—Hola, Asatori. Espero que no te moleste que te haga compañía —dijo, exhibiendo una franca sonrisa—. No me gusta demasiado comer solo.

Asatori se encogió de hombros como para dar a entender que no le importaba. En realidad, hubiese preferido no tener compañía, pero el sacerdote sintoísta parecía un hombre afable que tan solo buscaba a alguien con quien charlar.

—Ya te dije que este lugar era magnífico. Los monjes mantienen a los peregrinos perfectamente atendidos, logrando así hacerles mucho más llevadera su estancia tras la larga travesía que supone llegar hasta aquí.

—Tenías razón. Me alegro de haber venido.

—Conozco bastantes santuarios, algunos de ellos mucho más grandes y suntuosos que este. Ya sabes, de los que están más bien reservados a los nobles y los miembros de la corte. Sin embargo, ninguno supera a este en organización.

Asatori se limitó a asentir con la cabeza, al tiempo que masticaba con fruición.

—Y ¿sabes qué? —continuó—, las cosas me han ido mejor de lo que esperaba. Acabo de hablar con los responsables del templo y les parece bien que pase con ellos una temporada. Uno o dos meses. Tres, quizás. Ya lo decidiré. Mi presencia les será de mucha ayuda. No son pocos los peregrinos que, familiarizados con las prácticas sintoístas, se sienten cómodos con la celebración de ciertos ritos orientados a la veneración de los *kami*.

El propio Asatori, antes de conocer al *yamabushi*, era muy poco lo que sabía acerca del budismo.

—Felicidades, Senkobo. Estoy seguro de que el santuario funcionará mejor aún con tu ayuda.

—¿Y tú? Entiendo que solo estás de paso, ¿verdad?

—En efecto. Pasaré la noche aquí y mañana reanudaré mi camino.

—Pues si continúas ascendiendo por el sendero del norte, eso quiere decir que tu destino no puede ser otro que el monte Hiei. ¿Me equivoco?

Hasta el momento, Asatori había evitado hablar demasiado acerca de sí mismo o de sus intenciones. Sin embargo, ya no veía a Senkobo como a un desconocido, y tampoco tenía mucho sentido ocultarle lo que prácticamente él ya había deducido por su cuenta. En todo caso, evitaría entrar en detalles, pues había algo en la actitud excesivamente cordial del sacerdote que le producía cierto recelo.

—Así es. Quiero entrar en un monasterio en calidad de monje *sōhei*.

Senkobo no pareció sorprendido.

—Ah, entonces eres valiente. Yo no me vería capaz. Tengo entendido que la instrucción es extremadamente dura.

Asatori sonrió para sus adentros. Después de haber superado las implacables pruebas a las que el *yamamushi* lo había sometido, se sentía preparado para lo que fuese.

—Cuento con ello, pero estoy convencido de que eso es lo que quiero hacer.

—Pues te encuentras tan solo a un par de jornadas de camino —añadió el sacerdote sintoísta.

Para cuando terminaron de comer, ya había oscurecido. Además, la lluvia todavía no había remitido, ni tenía visos de que fuese a hacerlo en toda la noche. En tales circunstancias, no había mucho que hacer salvo irse a dormir. Asatori y Senkobo se marcharon cada uno por su lado, pues este último no se alojaría en los dormitorios colectivos destinados a los peregrinos, sino en el

ala residencial reservada para los monjes.

Asatori se echó en la primera estera de paja que encontró libre y cayó rendido al sueño en cuestión de segundos.

A la mañana siguiente se levantó bastante temprano, aunque para entonces muchos otros peregrinos ya se le habían adelantado y habían dejado sus lechos vacíos. Asatori se había propuesto llegar a su destino antes de que acabase el día, aunque para lograrlo tendría que hacer frente a una larga caminata sin realizar apenas descansos.

Al salir, agradeció respirar el aire puro de la montaña, tras soportar el ambiente tan cargado que se concentraba en la habitación comunal y sus olores tan poco agradables. La mañana había amanecido fresca y despejada, y el astro rey asomaba tras las cumbres nevadas aún con cierta timidez. El suelo aparecía sembrado de charcos, como consecuencia del chaparrón de la noche anterior.

Los peregrinos ya desfilaban ante la estatua de Buda, al que dedicaban sentidas oraciones, le hacían encarecidos ruegos y le entregaban ofrendas — humildes pero sinceras—, consistentes en comida, conchas, flores o velas. Entre risas y carreras, los niños que habían venido con sus familias jugaban en el exterior, para evitar así perturbar la sagrada paz del templo.

El propio Asatori también pensaba visitar el templo antes de partir, hasta que advirtió la presencia de Senkobo a cierta distancia, conversando con un niño de seis o siete años que se hallaba junto al manantial situado en el extremo opuesto. Asatori dudó si saludar o no al sacerdote sintoísta, pues, sabiendo lo hablador que era, temía que lo entretuviese más tiempo de la cuenta. Iba a pasar de largo cuando Senkobo tomó al pequeño de la mano y se internó en el bosque de cedros que rodeaba el santuario, sin que aparentemente nadie más lo advirtiese. De entrada, ya le había parecido algo raro que aquel niño se hallase tan apartado del resto, y más aún que Senkobo hubiese entablado conversación con él. No obstante, tampoco le dio mayor importancia, pues ambos se hallaban a la vista de cualquiera que entrase o saliese del templo, y nada en la actitud del sacerdote indicaba un comportamiento fuera de lo corriente. Sin embargo, tan pronto como se perdió en el bosque con el pequeño de la mano, la situación cambió por completo y

Asatori receló de inmediato de sus verdaderas intenciones.

Aunque seguramente habría una explicación razonable que en ese momento se le escapaba, Asatori decidió ir tras ellos para cerciorarse de que no sucedía nada raro. No le costó seguirles el rastro, porque buena parte del suelo estaba cubierto de barro y las huellas se apreciaban con nitidez. Los localizó a unos cien pasos de distancia. Senkobo estaba sentado sobre una piedra y le daba la espalda. Al niño lo había acomodado sobre su rodilla derecha y le susurraba cosas al oído al tiempo que le acariciaba las manos. La escena, pese a arrojar pocas dudas acerca de su naturaleza, aún no resultaba del todo concluyente como para acusar a Senkobo de un crimen tan depravado como el que se adivinaba. Pero Asatori no iba a quedarse esperando de brazos cruzados para comprobar si se confirmaban o no sus sospechas. Dio un paso al frente e irrumpió en el claro como si se hubiese tropezado con ellos por casualidad.

En cuanto Senkobo sintió la presencia de una tercera persona a su espalda, dejó al niño en el suelo y se levantó dando un respingo como si se hubiese quemado con una brasa ardiente.

—¡Asatori! ¡Eres tú! —A la sorpresa inicial le siguió un cierto alivio, al ver que se hallaba ante una cara conocida—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—¿Qué haces aquí? ¿Y quién es este niño?

—¡Ah! Sus padres me pidieron que le echase un ojo mientras ellos visitaban el templo. Pero como se aburría, se me ocurrió enseñarle el bosque sin alejarnos en exceso. —Senkobo recobró rápidamente la compostura, salvo por el rastro de rubor que aún le cubría el cuello y parte de las mejillas—. ¿No es así? —añadió, mirando fijamente al crío.

El niño asintió de forma casi imperceptible. Se le notaba incómodo y también algo asustado. Saltaba a la vista que no se hallaba en aquel lugar porque él hubiese querido.

—Pero volvamos cuanto antes —se apresuró a decir el propio Senkobo tras recomponer su habitual sonrisa conciliadora. Y, sin perder un solo segundo, echó a andar a toda prisa.

Durante el breve trayecto de regreso, el sacerdote sintoísta no dejó de hablar de cualquier cosa que se le pasaba por la cabeza, haciendo uso de su consabida verborrea para desviar la atención del extraño episodio que acababa de producirse. Asatori guardaba silencio, pero no estaba dispuesto a dejarse engañar tan fácilmente. Mientras tanto, el niño estaba como ausente. Y,

tan pronto como avistaron el templo al otro lado de una maraña de árboles, salió corriendo y se unió a los demás críos que jugaban frente al santuario.

—Me imagino que estarás a punto de partir, ¿verdad? —Senkobo clavó su mirada en Asatori, incitándolo con sus palabras claramente a marcharse.

Asatori tenía que tomar una decisión en cuestión de segundos. Por un lado, podía haber buscado a los padres del niño para tratar así de averiguar si era cierta o no la historia que Senkobo le había referido. Pero, aunque lo fuese, aquello tampoco justificaría las libertades que se había tomado durante el cuidado del chico. Por otro lado, también podía haberles contado a los responsables del santuario lo que había presenciado, para que fuesen estos los que decidiesen qué hacer al respecto, más aún sabiendo que el sacerdote sintoísta se quedaría con ellos por espacio de varios meses. Sin embargo, tras mucho dudar, finalmente Asatori no hizo nada de eso. En realidad, tampoco había llegado a verle realizando un acto de abuso inequívoco, del tipo que los hombres sin escrúpulos llevaban a cabo para satisfacer sus instintos más libidinosos. Para realizar una acusación tan grave debía estar completamente seguro, o, de lo contrario, cabía la posibilidad de manchar para siempre la reputación de un hombre inocente.

—Sí, estaba a punto de partir justo ahora mismo —resolvió al fin.

—Buen viaje, Asatori. Espero que te vaya bien en el futuro.

Una hora más tarde, inmerso ya en la última etapa de su travesía, y con el sol situado en el punto más elevado del cielo, un terrible pensamiento acudió a la cabeza de Asatori con la misma claridad que uno de los muchos relámpagos que habían iluminado el cielo la noche anterior. ¿Y si los *tengu* no estaban en realidad detrás de las numerosas desapariciones de menores que habían tenido lugar en los últimos tiempos? ¿Y si los responsables eran simples hombres, aunque también monstruos a su manera, que, movidos por sus perversas inclinaciones sexuales, eran capaces de lo que fuera para complacer sus irrefrenables apetitos? ¿Y si en particular ese hombre no era otro que Senkobo, que, como él mismo le había dicho, se había dedicado durante los últimos años a recorrer toda la provincia de santuario en santuario?

Asatori sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo de arriba abajo, pero inmediatamente ahuyentó aquella idea de su cabeza, basada en meras conjeturas y sustentada en una única escena que podía interpretarse de muchas

maneras y que por sí sola no justificaba la descabellada teoría que acababa de concebir.

Finalmente, Asatori tuvo que hacer noche en un recodo del camino y no llegó a su destino hasta la mañana siguiente. En todo caso, apenas le llevó unos segundos olvidarse de las privaciones del viaje, tan pronto como tuvo delante el lugar en el que había depositado las esperanzas de iniciar una nueva vida.

Desde donde se hallaba, Asatori gozaba de una espléndida panorámica del monte Hiei, a lo largo de cuya falda se arracimaban cientos de templos y monasterios que asomaban entre la bruma temprana como barcos a la deriva en mitad de un océano inmenso y tempestuoso. El impresionante complejo budista se había levantado en el nordeste de la capital, para protegerla así de las influencias malignas. Una de las creencias supersticiosas más arraigadas de la época proclamaba el nordeste como la dirección funesta por excelencia, pues se la consideraba como una puerta de entrada a los demonios.

A partir de ese punto, Asatori comenzó a cruzarse con grupos de monjes que transitaban aquellos caminos como atareadas abejas que revoloteaban en torno a su colmena. Preguntando a unos y otros, Asatori supo de un monasterio en concreto que en ese momento precisaba de nuevos reclutas para su ejército de reciente creación. Agradecido por la información, reemprendió la marcha con ganas de llegar cuanto antes a su destino. El sitio no se encontraba demasiado lejos de allí.

Tras la caminata, el final del camino desembocaba en una escalera excavada en la roca que ascendía suavemente por la ladera de la montaña. Los peldaños, aunque desgastados, se hallaban despejados de tierra y hojarasca, señal de que los habían barrido aquella misma mañana. Asatori pasó bajo un pórtico de entrada que delimitaba las tierras propiedad del monasterio, y se plantó ante un portón de madera del que nacía una extensa empalizada que rodeaba todo el recinto.

Asatori golpeó la puerta y aguardó con paciencia a que alguien abriese. Ante la ausencia de respuesta, iba a golpear por segunda vez la madera con más contundencia cuando el crujido de un travesaño al levantarse desde el otro lado le indicó que por fin alguien atendía a su llamada. Un monje de edad avanzada abrió la puerta y, tras mirarlo de arriba abajo, le preguntó por el

motivo de su inesperada presencia allí. Sin presentaciones ni rodeos innecesarios, Asatori fue directo al grano y le desveló su deseo de unirse a la comunidad en calidad de monje *sōhei*.

—Sígueme —se limitó a decir el monje.

Atravesaron un jardín en torno al cual se erigían las diferentes estructuras que conformaban el monasterio. Un mantra cantado a coro por decenas de gargantas vibraba en el aire y parecía no proceder de ningún sitio y de todos al mismo tiempo. Los novicios de carrera puramente religiosa debían dedicar doce años de su vida al estudio y la meditación. Y, a la finalización de dicho período, los mejores estudiantes adquirirían puestos relevantes dentro del monasterio, mientras que otros eran destinados al servicio de la Corte Imperial.

El monje condujo a Asatori hasta una estancia anexa a las cocinas y le indicó que esperara. Allí había otro muchacho de edad similar a la suya, que también se había presentado en el monasterio con las mismas intenciones que él.

—Hola. ¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó Asatori.

—No demasiado. Cuando llegué, el viejo me trajo aquí, como acaba de hacer contigo.

—Mi nombre es Asatori. ¿Y el tuyo?

—Norimitsu —repuso con cierta timidez. ¿O era desconfianza lo que Asatori leía en sus ojos?

El joven vestía ropas tan maltrechas que no dejaban lugar a dudas del humilde estrato social al que debía pertenecer. Tenía la cara chupada y saltaba a la vista que estaba en los huesos. Desde luego, a priori no parecía dar la talla como para ingresar en una casta de guerreros que buscaba despertar el miedo entre salteadores y bandidos.

—¿Vienes de muy lejos?

—No, he llegado hasta aquí desde Heian-kyō. Desde que el negocio donde trabajaba se fue a la ruina, acabé por convertirme en una carga para mi propia familia, y por eso decidí marcharme en busca de una oportunidad. Yo soy el mayor de cinco hermanos y, si no puedo contribuir a alimentarlos, mejor quitarme de en medio para que mis padres no tengan que preocuparse por una boca más que alimentar. ¿Y tú?

La mirada esquiva de Norimitsu y su voz temblorosa le restaron a su breve historia cualquier atisbo de veracidad. Asatori sabía que mentía, pero en

ningún momento se lo tuvo en cuenta ni juzgó su actitud. Él mismo también prefería omitir ciertos detalles acerca de su pasado, como por ejemplo su estancia en la montaña, que debía quedar tan solo entre él y su *sensei*.

—Yo vengo de una pequeña aldea situada al sur de la provincia. Sin embargo, me cansé de cultivar la tierra y decidí hacer algo completamente distinto, para lo que, según dicen todos, estoy más que capacitado.

—¿Sabes artes marciales?

—Algo he aprendido —replicó vagamente Asatori.

En ese momento, el succulento olor que salía de los fogones se coló en la pequeña estancia en la que se hallaban, como la bruma matutina que solía invadir las bahías del archipiélago japonés.

—Qué bien huele, ¿verdad? —comentó Norimitsu.

—Ya lo creo. No sé hasta qué punto es buena idea que nos hayan dejado esperando junto a las cocinas —bromeó Asatori—. A mí también se me está haciendo la boca agua.

Norimitsu relajó los músculos del rostro y una leve sonrisa despuntó en la comisura de sus labios. Apenas acababan de conocerse, pero la sintonía entre ambos muchachos resultaba más que evidente. Ya fuese o no cosa del destino, lo cierto era que Asatori y Norimitsu se habían caído extraordinariamente bien.

Un instante después reapareció el monje que los había recibido, cuando ya pensaban que se había olvidado de ellos.

—Poneos en pie —dijo—. Antes de seguir adelante voy a llevar a cabo un conciso examen acerca de vuestra actual condición física.

Básicamente, el viejo monje se limitó a comprobar que no se hallaban enfermos y a asegurarse de que tampoco adolecían de algún impedimento físico que les dificultase ejercitarse con normalidad.

—Tú estás demasiado enclenque —concluyó refiriéndose a Norimitsu—, pero si eres o no apto para formar parte de nuestro ejército no me corresponde a mí juzgarlo. Naoko, el que a partir de ahora será vuestro instructor, será quien tenga la última palabra.

Acto seguido, les rapó la cabeza allí mismo, haciéndoles pasar un dolor espantoso. Luego les asignó un dormitorio a cada uno de ellos y les entregó dos uniformes distintos: el clásico hábito budista de color anaranjado para la oración y una túnica blanca con capucha para el adiestramiento, que incluía una armadura *do-maru* hecha de placas de cuero superpuestas y entrelazadas

con cordeles.

—Ahora, seguidme a la cocina y os pondré algo de comer. Después podréis descansar. A partir de mañana dará comienzo vuestra preparación.

A la mañana siguiente comenzó la instrucción propiamente dicha, junto a una veintena de muchachos que también aspiraban a formar parte del ejército budista nacido en el complejo monástico del monte Hiei. Los compañeros de Asatori y Norimitsu eran jóvenes bisoños como ellos, algunos de los cuales ni siquiera habían alcanzado todavía la mayoría de edad. El grupo se dirigió a un patio situado en la parte posterior del monasterio, donde un monje de aspecto rudo y mirada iracunda se plantó frente a ellos con los brazos en jarras y los pies firmemente clavados en el suelo. Como no podía ser de otra manera, se trataba de Naoko, el instructor.

—Hoy tenemos entre nosotros a dos nuevas caras —anunció con voz alta y clara, empleando un inconfundible tono marcial—. Así que repetiré lo que ya he dicho otras veces. Esforzaos al máximo y dad todo lo que llevéis dentro. Al finalizar el adiestramiento, no todos los que estáis aquí seréis admitidos como monjes *sōhei*. De modo que los que no estéis preparados os marcharéis igual que llegasteis, con las manos vacías y sintiándoos igual de fracasados. ¿Entendido?

Y, dicho esto, dio inicio al entrenamiento de aquel día.

El arma tradicional de los monjes guerreros era la *naginata*, una lanza que llevaba una larga hoja de un solo filo montada en su extremo. Si bien eran igualmente expertos en el *jiu-jitsu*, un arte marcial en el que se combatía con las manos desnudas, en el cual se empleaban todo tipo de golpes —patadas, codazos y puñetazos—, así como llaves que comprendían diversas técnicas de agarre, inmovilizaciones o estrangulamientos. Además, la élite de los *sōhei* eran excelentes jinetes y manejaban con gran pericia el arco desde sus monturas.

Desde la salida del sol se centraron en el aprendizaje del combate cuerpo a cuerpo. Asatori absorbía aquellos conocimientos con una facilidad pasmosa y sin apenas esfuerzo. Los distintos tipos de golpes y las técnicas a emplear durante la lucha venían a complementar la formación que el *yamabushi* le había proporcionado, enfocada específicamente en el control de la mente y en

el desarrollo de su percepción extrasensorial. Por todo ello, Asatori comprendió enseguida que la combinación de ambos métodos prometía hacer de él un guerrero temible, como ya le había vaticinado su *sensei*.

Naoko era un instructor exigente, severo, y a veces hasta despiadado. Asatori, sin embargo, no se lo reprochaba, pues su labor consistía en transformar a jóvenes novatos en guerreros capacitados, que eventualmente tendrían que enfrentarse a bandas organizadas de bandidos, o a tripulaciones de piratas que desembarcaban en las playas y saqueaban los templos y monasterios situados en las poblaciones costeras.

A media mañana, Naoko dio por zanjada la sesión de entrenamiento y condujo al grupo de reclutas fuera del monasterio para que corriesen una maratón en torno a la montaña. Él mismo encabezaba la marcha para dar ejemplo, pese a tener el doble de edad que sus pupilos. La resistencia física era especialmente valorada por los monjes *sōhei*.

Después de comer se les permitió hacer un descanso, tras el cual reanudaron las clases de *jiu-jitsu* con la misma intensidad que por la mañana, hasta que el tañido de una campana a la hora del mono[20] señaló el fin de las actividades en el exterior. A continuación, los muchachos se cambiaron de uniforme y se enfundaron la túnica monástica para dedicar lo que quedaba del día al estudio del Sutra del Loto y a orar en silencio. Además de la preparación física, los monjes *sōhei* también recibían su dosis diaria de enseñanzas budistas, para hacer también de ellos hombres rectos y espiritualmente virtuosos.

A la consabida rutina diaria basada en el entrenamiento para el combate, los maratones y el estudio del budismo *tendai*, Asatori añadía una actividad más al final de cada jornada, que consistía en repasar mentalmente las enseñanzas que el *yamabushi* le había inculcado. A veces, incluso, trataba de llevar a cabo la técnica de bilocación que tanta dificultad entrañaba, con nulos o escasos resultados la mayoría de las veces. Con todo, Asatori era tremendamente testarudo y no se rendiría tan fácilmente, aunque para lograrlo necesitase años de práctica.

Cuando se cumplió la primera semana de Asatori y Norimitsu en el monasterio, Naoko reunió a todos los muchachos en el patio trasero y les indicó que conformasen un círculo para llevar a cabo los primeros combates

entre ellos, a modo de entrenamiento. Era temprano por la mañana y corría una brisa densa y helada que descendía de la montaña en riadas como la lava de un volcán.

—Es hora de que me demostréis lo que habéis aprendido hasta ahora — bramó el instructor en su habitual tono severo—. Para empezar, lucharéis sin armas, aplicando las reglas del *jiu-jitsu*. Vuestro cuerpo, bien utilizado, puede ser un arma tan peligrosa como la *naginata* más robusta o la espada mejor afilada.

Dicho esto, Naoko seleccionó a los dos primeros contendientes, que se situaron en mitad del círculo que delimitaba el área donde el combate debía llevarse a cabo, bajo la atenta mirada del resto de compañeros. El primer combate fue tremendamente igualado, y lo mismo ocurrió con los que siguieron. Los muchachos competían con ardor, sabedores de lo mucho que se jugaban. Solo los que demostrasen estar preparados serían finalmente admitidos en las filas del ejército budista.

Asatori estaba impaciente por que llegase su turno. Hasta ahora jamás había combatido con un tercero, y se moría de ganas de poner en práctica todo lo que había aprendido del *yamabushi*, más las técnicas de lucha propiamente dichas que el propio Naoko le había enseñado. La teoría la dominaba, pero ahora debía demostrar sobre el terreno la auténtica eficacia de los excepcionales conocimientos que había tenido la oportunidad de adquirir.

Por fin, a Asatori le llegó la hora de competir, y le tocó hacerlo precisamente contra su amigo Norimitsu. Ambos se colocaron en posición y se saludaron con la corrección que exigía el protocolo. Asatori se concentró y dejó su mente en blanco. Adoptó una guardia lateral, girando el cuerpo con el tronco posicionado ligeramente hacia detrás, y dejó que Norimitsu tomase la iniciativa. Este le lanzó un puñetazo que Asatori esquivó con facilidad, y a continuación contraatacó con una patada baja que bastó para dar con Norimitsu en el suelo. Y, sin darle tiempo a ponerse en pie, al instante siguiente ya lo tenía inmovilizado.

El combate no había durado ni cinco segundos.

Desde el principio, Naoko había advertido el potencial de Asatori, tan pronto como lo vio ejercitarse junto al resto del grupo. Sus movimientos, perfectos, elegantes y cadenciosos, no eran los de un simple recluta. Y su forma de asimilar los conocimientos, como agua que fluye por un río, tampoco encajaba con el patrón de un novato carente de experiencia previa. Sin

embargo, su rápida victoria no probaba nada, pues todos sabían que Norimitsu era el rival más débil del grupo. Por ello, Naoko señaló a un nuevo contendiente de mayor empaque y le indicó que pelease con Asatori.

El duelo se desarrolló de forma muy similar al anterior. Asatori esquivó primero una patada de su adversario, después bloqueó un puñetazo y, acto seguido, lanzó su ataque para dejar resuelto el combate tras aplicar una llave sobre su rival, al que noqueó tras causarle una luxación de hombro.

Asatori se sentía exultante, no por la victoria en sí, sino por el modo en que esta se había desarrollado. Las enseñanzas del *yamabushi* aplicadas sobre el terreno se habían cumplido punto por punto. Desde la vacuidad de su mente, Asatori había sido capaz de percibir los movimientos de su rival antes de que este los realizase, anticipándose, por tanto, a los mismos. Además, sus propios actos los realizaba de forma inconsciente y automatizada, evitando así perder un solo instante en decidir el movimiento adecuado para cada situación.

Naoko negaba con la cabeza sin dar crédito a lo que veía. Ese muchacho no era como los demás. De hecho, o mucho se equivocaba, o no se parecía a ningún otro que hubiese entrenado hasta ahora. En todo caso, antes de precipitarse en sus conclusiones, organizó un tercer combate entre Asatori y el mejor recluta del grupo, para cerciorarse de que lo sucedido no había sido producto de la casualidad.

Sin embargo, en ese punto Asatori ya se había percatado de que había llamado demasiado la atención, tanto del instructor como de sus compañeros de clase. Y de ese modo fue como decidió dejarse ganar por su adversario. Si destacaba en exceso, se exponía a un sinfín de preguntas a las que no deseaba tener que responder. Y, de cualquier manera, no le suponía ningún problema dejarse perder de vez en cuando. En su fuero interno, sabía que podía haber derrotado fácilmente a su rival, si así lo hubiese querido.

A media mañana, cuando la ronda de combates ya estaba finalizando, se armó un pequeño revuelo entre los reclutas ante la inesperada llegada de visitantes ajenos al monasterio, cuya presencia allí resultaba cuando menos extraña. Se trataba de una patrulla de la Guardia Ciudadana, que el viejo monje de la puerta había dejado pasar y después había conducido ante la presencia de Naoko. Desde luego, si los guardias se habían tomado la molestia de venir desde Heian-kyō, debían de tener una buena razón para ello.

Mientras tanto, Asatori se dio cuenta enseguida de que Norimitsu había palidecido y las piernas le temblaban sin control.

—¿Qué te pasa, Norimitsu? ¿Estás bien?

—Asatori... Yo... Es mejor que sepas la verdad sobre algo —susurró visiblemente asustado—. En realidad, si entré en el monasterio fue tan solo por esconderme, después de verme obligado a huir a toda prisa de la capital.

—¿Por qué?

—Me sorprendieron robando en la casa de un noble —confesó—. Tenía hambre y estaba desesperado, ¿entiendes?

Cuando se conocieron y Norimitsu le resumió brevemente su historia, Asatori supo sin dudarle que le había mentado de forma descarada. En todo caso, lo que no se esperaba era que su amigo anduviese metido en problemas con la ley.

—¿Y qué ocurrió después?

—Aunque conseguí escapar por muy poco, algunos de los testigos lograron identificarme. Y, desde entonces, no han dejado de buscarme allá donde fuese.

Si Norimitsu hubiese entrado a robar en una casa cualquiera, la Guardia Ciudadana jamás habría puesto tanto empeño en capturarlo, sobre todo teniendo en cuenta que no había podido llevarse nada de valor. Sin embargo, había tenido la mala fortuna de colarse en la casa de un ministro del gobierno, que estaba removiendo cielo y tierra para que aquella afrenta no quedase sin castigo.

Naoko terminó de hablar con los guardias y se aproximó de nuevo a los muchachos.

—Acaban de informarme de que buscan al autor de un delito, cuyo nombre es Norimitsu, del cual cuentan con una breve descripción. —Uno de los guardias se situó junto al instructor y observó atentamente al grupo de reclutas. Estos, sin embargo, al llevar todos ellos la cabeza rapada y vestir idéntico uniforme, casi no se distinguían unos de otros—. Pero aquí no hay ningún Norimitsu, ¿verdad, muchachos?

Tras el desconcierto inicial, todos ellos negaron inmediatamente con la cabeza en perfecta sintonía con Naoko. Los monjes budistas del monte Hiei no ignoraban que algunos de los aspirantes que se unían a sus comunidades lo hacían para escapar de las autoridades tras haber quebrantado la ley. No obstante, siempre que no se tratase de un delito de sangre, solían hacer la vista gorda, porque necesitaban voluntarios con que engrosar las filas de su

ejército.

Resignados, los integrantes de la Guardia Ciudadana se marcharon con las manos vacías, y cuando por fin Naoko los perdió de vista, tomó de nuevo la palabra para dirigirse a sus pupilos:

—Ahora todos formáis parte de un mismo grupo. Sois compañeros en lo bueno y en lo malo, y debéis cubriros siempre las espaldas unos a otros. — Acto seguido, Naoko apuntó directamente a Norimitsu con su dedo índice. El joven aún temblaba como una hoja en otoño—. Y tú... Espero no tener que arrepentirme. Así que aprovecha la oportunidad que acabo de concederte.

La instrucción se extendió a lo largo de las siguientes semanas, conforme al plan establecido.

Asatori continuaba absorbiendo conocimientos —golpes, llaves y maniobras—, que poco a poco hacían de él un guerrero cada vez más completo y lo convertían en el gran experto en artes marciales que el *yamabushi* había predicho. Sin embargo, Asatori solo dejaba ver parte del potencial que atesoraba y durante los combates solía dejarse ganar de vez en cuando para no llamar la atención más de lo debido.

Por su parte, Norimitsu había realizado grandes progresos; había ganado algo de peso, y, tras mucho trabajo y esfuerzo, había logrado ponerse a la altura del resto del grupo. Sin duda, la advertencia de Naoko le había servido de acicate para tomarse el adiestramiento muy en serio.

Uno y otro se habían hecho grandes amigos, y al final de cada día solían compartir confidencias y echarse unas risas, hasta que les llegaba la hora de irse a dormir. Asatori se dio cuenta de que era la primera vez en toda su vida que trataba con alguien al que poder llamar amigo. Y la sensación, aunque extraña, le producía una inmensa satisfacción. La amistad que los unía, además de hacerle la rutina diaria más llevadera, contribuía a que su vida fuese un poco mejor.

Aproximadamente un par de meses después de la llegada de ambos, Naoko reunió a todos los muchachos para decirles algo importante. Su rostro, mucho más serio de lo habitual, dejaba entrever el carácter trascendental de la noticia que traía.

—Chicos, tengo dos noticias que daros, una buena y otra mala —anunció, paseando la mirada entre todos los presentes—. La buena es que ya ha concluido vuestro período de preparación, y, todos, sin excepción, podéis consideraros a partir de este momento monjes *sōhei*. Lo habéis conseguido. Felicidades.

Un estallido de júbilo sacudió a los muchachos. Tras adquirir la condición de monjes *sōhei*, se aseguraban un futuro a largo plazo llevando una vida relativamente segura, dedicados a entrenar o patrullar durante la mayor parte del día, mientras el resto de la jornada lo destinarían a asistir a los oficios religiosos. Y, solo cuando fuese necesario, entrarían en acción para repeler los saqueos de los bandidos o cualquier otro tipo de ataque inesperado. Para algunos de ellos, particularmente los que habían llegado hasta allí huyendo de la pobreza, suponía la mayor alegría que se habían llevado en toda su vida.

—¿Y la mala noticia? —preguntó un inquieto Norimitsu cuando los ánimos se hubieron calmado.

Naoko tomó aire ante de contestar y su semblante se tornó más adusto aún si cabía.

—Seguramente la mayoría de vosotros lo desconocéis, pero el gobierno de Japón lleva más de dos décadas inmerso en una guerra con cierto pueblo bárbaro del norte —los *emishi*—, que se oponen a la política expansionista del imperio. Pues bien, como os podéis imaginar, los conflictos en los territorios fronterizos son constantes, como consecuencia de las incursiones protagonizadas por uno y otro bando. Recientemente, sin embargo, los malditos bárbaros han llevado las cosas demasiado lejos, y han arrasado decenas de templos y monasterios emplazados en la franja más cercana a la frontera, sin importarles su carácter sagrado. Por todo ello, los líderes budistas han decidido enviar allí a un millar de monjes *sōhei*, para evitar que algo así vuelva a repetirse. Y vosotros formaréis parte de dicho contingente.

Tras la inesperada noticia, se pasó del júbilo a la decepción más absoluta en cuestión de segundos. No solo los mandaban lejos, sino que muy posiblemente tendrían que enfrentarse a una legión de temibles guerreros a los que ni siquiera el Ejército Imperial había sido capaz de derrotar.

—No seáis tan pesimistas. Se os ha movilizado tan solo de forma temporal hasta que la situación se apacigüe —aclaró Naoko—. Además, la misión tendrá un carácter puramente defensivo. Por tanto, a no ser que tengáis que responder ante un ataque del enemigo, puede que finalmente ni siquiera tengáis

que combatir.

Asatori se quedó pensativo. La perspectiva de combatir no le daba ningún miedo; lo que trataba de dilucidar era una cuestión muy distinta. ¿Sería aquella la misión tan importante para la que su *sensei* lo había preparado con tanto ahínco? Para saberlo, Asatori realizó un ejercicio de introspección y miró dentro de sí. Nunca antes había oído hablar de los *emishi*, ni los planes de expansión del imperio le importaban lo más mínimo. No necesitó mucho tiempo, por tanto, para darse cuenta de que su corazón permanecía en silencio, proporcionándole de esa manera la respuesta que buscaba. Asatori se sintió ligeramente decepcionado, pero tampoco le dio mayor importancia. Todo cuanto podía hacer era seguir dejándose arrastrar por la corriente de la vida, hasta que un día se tropezase con la misión que el destino le tenía reservada.

Ya se había cumplido un mes desde que Tokinobu y Katsumi se hubiesen casado. La boda había sido sencilla y solamente habían acudido la familia y los amigos más cercanos. Las primeras veces que intimaron, prevaleció más el respeto y la vergüenza que la pasión desenfrenada. Katsumi carecía de experiencia previa en ese terreno y Tokinobu adoptó una actitud cautelosa para evitar que se sintiese incómoda o utilizada. Tan solo dos semanas después, el grado de confianza había aumentado de forma considerable y sus relaciones entraron en una fase mucho más placentera.

Un afecto especial comenzó a brotar en el seno de la pareja. Con todo, aún se hallaban lejos del amor con mayúsculas, teniendo en cuenta que en el fondo se había tratado de una unión pactada por ambos para satisfacer sus intereses particulares, prescindiendo de la existencia previa de sentimientos elevados o de un largo romance anterior. Sin embargo, la convivencia entre ambos, que discurría por cauces óptimos, favorecía que la semilla de un amor sólido y profundo fuese poco a poco abriéndose paso en sus corazones, pues ninguno de los dos había renunciado a conocer el amor verdadero.

Era media mañana cuando Tokinobu se apoyó en la barandilla que daba al jardín de la casa de Katsumi, donde se había trasladado a vivir después de la boda. Desde que hubiese mejorado su estatus social, Tokinobu no había dejado de oír rumores acerca de un ascenso en su carrera, que hasta el momento no se había producido. Su nombramiento como capitán de la Guardia Ciudadana era el que sonaba con más fuerza, pero todavía no había nada seguro. Tampoco estaba preocupado. Aquellos asuntos llevaban su tiempo y posiblemente antes de seis meses no se produjese ninguna novedad al respecto. En todo caso, Tokinobu albergaba grandes esperanzas en que dicho ascenso se materializase tarde o temprano, para obtener así el poder de decisión que tanto anhelaba, y que su voz fuese por fin tenida en cuenta.

La Guardia Ciudadana funcionaba cada vez peor y a sus responsables

parecía no importarles lo más mínimo. Los niveles de delincuencia en la capital habían aumentado considerablemente durante los últimos meses. Con todo, el número de efectivos, ya de por sí escaso y poco preparado, llevaba años estancado en la misma cifra. Además, la gestión del personal tampoco era la adecuada. Sin ir más lejos, recientemente una patrulla había recibido la orden de atrapar a un vulgar delincuente al precio que fuese, para lo cual le siguieron el rastro hasta el monte Hiei, donde finalmente le acabaron perdiendo la pista. Si se hubiese tratado de un delito de sangre, habría sido distinto, pero por un intento de robo fallido, por mucho que hubiese sido en la casa de un ministro, no tenía sentido alguno emplear tanto tiempo y recursos cuando la escasez de efectivos en la ciudad resultaba más que evidente.

Al fondo de los árboles de cerezo surgió la menuda figura de Tameyoshi, que llevaba toda la mañana dedicado a las tareas del jardín.

—¡Hola, Tokinobu!

El crío alzó la mano y desplegó una luminosa sonrisa. La primera vez que vio a Tokinobu en la casa, sin embargo, se llevó un susto de muerte, tras creerse que el fornido guardia había vuelto para detenerlo semanas después de que hubiese tenido lugar el episodio del mercado. Pero una vez que todo se hubo aclarado, ambos iniciaron una relación inmejorable. Tameyoshi había seguido yendo tres veces por semana a la casa de Katsumi para ayudar al jardinero en todo lo que hiciese falta. Y, dado su intachable comportamiento durante todo ese tiempo, Katsumi había decidido hacer algo más por el niño, sabedora de la situación precaria en la que este se encontraba. Desde entonces, Tameyoshi ya no malvivía en las calles de Heian-kyō como uno de tantos huérfanos pobres y desamparados, sino que se hallaba bajo los cuidados de una orden budista que dirigía un hospicio para personas sin recursos, a cambio de una generosa donación que Katsumi depositaba todas las semanas en las nutridas arcas del templo de Sai-ji. Sus mejillas, algo más redondeadas, indicaban que desde entonces Tameyoshi se alimentaba de forma adecuada y, en general, lucía un aspecto mucho mejor.

—¿Ya has terminado con el jardín o te queda algo más por hacer? — preguntó Tokinobu.

—Ya he terminado —replicó el crío mientras se acercaba corriendo hasta él—. ¿Puedes volver a enseñarme la llave del otro día?

—Venga, haz como que me atacas.

Tameyoshi lanzó un puñetazo con todas sus fuerzas, que Tokinobu atajó con

una mano, mientras con la otra le sujetaba el brazo y se lo retorció por detrás de la espalda, tras sorprenderlo dando un paso hacia delante.

—¿Has visto cómo se hace? Ahora inténtalo tú.

El niño lo imitó entornando los ojos, en un inequívoco gesto de gran concentración. A Tameyoshi le encantaba aprender aquellas técnicas de defensa y ataque, sobre todo después de saber de primera mano lo dura que podía llegar a ser la vida en la calle, rodeado de todo tipo de malhechores y otras personas sin escrúpulos. Él todavía era demasiado pequeño y carecía de fuerzas suficientes como para enfrentarse a un hombre adulto, pero cuando creciese todo sería diferente y estaría preparado para protegerse de cualquiera que quisiese hacerle daño.

—¿Me ha salido bien?

—Mejor que bien, pero has de seguir practicando.

El crío miró a Tokinobu fijamente.

—¿Has tenido que enfrentarte a muchos criminales haciendo tu trabajo?

—Ya lo creo. Tantos que ya ni me acuerdo.

—¿Y has tenido que matar a alguien alguna vez? —insistió.

—Bueno, a veces, cuando no me ha quedado más remedio, he tenido que hacer uso de la espada. Pero no me gusta llegar tan lejos si puedo evitarlo.

Tameyoshi continuó practicando las nuevas llaves que Tokinobu le había enseñado, hasta que Katsumi apareció en escena para reclamar la presencia del pequeño.

—Venga, Tameyoshi. Ya te has divertido bastante por hoy —dijo desde la puerta corredera que daba al jardín—. Ahora pasa dentro para seguir con las clases por el mismo punto en el que lo dejamos la otra vez.

Katsumi estaba enseñando al chico a leer y escribir, pese a las protestas iniciales de este, que, además de parecerle demasiado difícil, tampoco entendía qué utilidad podía ofrecerle aquella serie de caracteres tan extraños. Sea como fuere, Tameyoshi obedecería y aprendería encantado sin con ello lograba apartarse definitivamente de las calles, y dejaba atrás su terrible pasado de hambre y abusos.

—¡Voy ahora mismo! —vociferó.

—Bien, te espero en el interior.

Katsumi se sentía en uno de los momentos más plenos de toda su vida. Su unión con Tokinobu había probado ser un acierto, pese a que muchos la criticaron por haber elegido como pareja a un hombre de clase inferior. En

particular, sus hermanos se mostraron especialmente reacios a aceptar a Tokinobu como cuñado, al que desdeñaban por su condición de guerrero, confirmando así la pobre imagen que de los mismos se tenía en los círculos de la aristocracia. Sin embargo, y pese a que su marido nunca sería tan culto y refinado como un caballero de alta alcurnia, eran su honestidad, su lealtad y la generosidad de que siempre hacía gala con unos y otros los valores que hacían de él un hombre tan apreciable. Además, tenía que admitir que la destreza de Tokinobu bajo las sábanas, en la intimidad de sus aposentos, la llevaba a alcanzar cotas de placer carnal que hasta entonces ni siquiera se había imaginado. Katsumi sonrió para sus adentros con un punto de picardía. Buscar un hijo en tales condiciones jamás fue tan divertido.

Por otra parte, Katsumi había encontrado la inspiración adecuada para seguir escribiendo a diario y avanzar así en el largo relato que desgranaba las andanzas del príncipe Momozono, el carismático personaje que al principio había creado tan solo para ella misma. Su amiga, la dama Akashi, cada vez que la visitaba se llevaba siempre lo último que había escrito, ansiosa por saber cómo continuaba la historia, y deleitarse al mismo tiempo con los personajes y los giros de la trama.

Tameyoshi entró en la casa y se sentó sobre una esterilla junto a Katsumi, que le tendió un rollo de papel en el que había dibujado cuidadosamente todos los caracteres que conformaban el silabario *kana* japonés.

—Primero vamos a repasar lo que te enseñé el día anterior.

El crío arrugó la frente ante lo que le esperaba, pues aún llevaba muy poco tiempo aprendiendo a leer y, de momento, todo le parecía un galimatías de imposible comprensión.

—Creo que ya lo he olvidado —se justificó.

—No te preocupes, yo te ayudaré. Pero si le pusieses el mismo interés que le dedicas a las artes marciales, seguro que te resultaría mucho menos complicado.

Poco después, Tokinobu se unió a ellos tras hacerse con su propio juego de utensilios de escritura. Katsumi le había hecho ver que, si próximamente iba a ocupar un puesto de relevancia, no podía permitirse el lujo de escribir del modo en que lo hacía, con aquella caligrafía tan horrible que a buen seguro lo convertiría en el blanco de las burlas de sus nuevos compañeros. Por ello, Tokinobu llevaba un tiempo practicando su caligrafía, que había experimentado una ligera mejoría durante las últimas semanas.

Una sirvienta trajo té y pastelillos de almendras en una bandeja, y, tras dejarla encima de una mesa baja, se retiró de nuevo a la cocina.

—¿Puedo? —preguntó Tameyoshi.

—Está bien —accedió Katsumi—. Pero solo uno. Cuando termines, podrás comerte todos los que quieras.

Minutos más tarde, Satoru salió de su estudio y se unió en el salón principal al resto de su familia. Durante aquellos días, el padre de Katsumi se hallaba particularmente ocupado, pues la universidad le había encomendado un trabajo de gran envergadura que, pese a la responsabilidad que entrañaba, constituía todo un honor para él. El trabajo consistía en seleccionar los mejores poemas escritos durante el último siglo, para llevar a cabo un compendio respaldado por el emperador mismo, y que, por tanto, quedaría revestido de toda oficialidad. Por ello, Satoru se pasaba las horas encerrado en su estudio, leyendo y releando miles de *wakas* escritos por los poetas más reconocidos, para conformar así la perfecta compilación.

—Me alegra veros a todos tan estudiosos —dijo con una sonrisa. Y, tras mirar por encima del hombro de su yerno, añadió—: Felicidades, puedo asegurarte que tu caligrafía ha mejorado bastante en muy poco tiempo.

—Gracias. Aunque a decir verdad se lo debo todo a Katsumi.

—De eso nada —intervino ella—. El mérito es todo tuyo.

—Bueno, sea como fuere —concluyó Satoru—, ya sabéis lo que algunos maestros opinan: que la pericia adquirida para llevar a cabo un buen trazo caligráfico ayuda a entrenar la mano para el manejo de la espada.

Tameyoshi levantó la cabeza del papel, repentinamente atraído por aquella singular afirmación.

—¿Eso es verdad? —inquirió.

—Por supuesto —corroboró Tokinobu—. Así que ya tienes un motivo más para aprender a escribir como es debido.

En ese momento, un sirviente irrumpió en el salón, acompañado por un mensajero que había preguntado por Tokinobu en la verja de entrada.

—Debo haceros entrega de una carta en persona —explicó en tono formal.

Tokinobu se acercó a él y recogió la carta con el ceño fruncido. Lo primero que le llamó la atención fue que la remitía el Palacio Imperial. Nervioso, la abrió y leyó su contenido. Lo convocaban para el día siguiente a mediodía en la sala de audiencias del *Daidairi*. No decía nada más. Con todo, era más que suficiente, pues eso solamente podía significar que iban a comunicarle el

nuevo nombramiento del que ya se venía hablando desde hacía varias semanas.

Tokinobu acudió a la convocatoria a la hora convenida. Caminaba con la espalda recta y la cabeza erguida, e iba ataviado con su uniforme de gala de la Guardia Ciudadana, que lucía impecable para la ocasión. Estaba nervioso. Negarlo no tenía sentido. Se había pasado buena parte de la noche en vela analizando las circunstancias que rodeaban la llamada que había recibido.

Normalmente, y sin perjuicio de que la comunicación formal se produjese conforme a los cauces protocolarios establecidos, unos días antes ya le habrían informado a nivel oficioso del nuevo cargo que ocuparía. Sin embargo, y pese a que a lo largo del día anterior había intentado averiguarlo, nadie parecía saber nada, como si todo lo relativo a su nombramiento estuviese rodeado del más absoluto secretismo. Además, tampoco sabía qué pensar del hecho de que se hubiese producido tan pronto, mucho antes de lo esperado, lo que podía igualmente interpretarse como una buena señal o todo lo contrario. Y, por último, también cabía la posibilidad de que su presencia allí respondiese a un motivo completamente distinto, que nada tuviese que ver con el hipotético nombramiento que tanto ansiaba.

Tan pronto como accedió al *Daidairi* y mostró la carta que allí le convocaba, un centinela lo condujo hasta un patio donde una docena más de invitados aguardaba en silencio nuevas instrucciones. Lo primero que llamó la atención de Tokinobu fue que el resto de los presentes pertenecía al Ejército Imperial, y que, además, todos ellos eran oficiales de alto rango. Las insignias que pendían de sus uniformes —estos incluían el casco y la armadura, pese al sofocante calor que imperaba al mediodía— no dejaban lugar a dudas. Y, segundo, que por la expresión de sus caras, tristes y abatidas, más parecía que asistiesen a un funeral que a una recepción en el palacio más esplendoroso del país del sol naciente.

Al principio, los insignes militares lo recibieron con algunas miradas de recelo, pero rápidamente se olvidaron de él. Saltaba a la vista que tenían asuntos mucho más importantes en los que pensar. Más desconcertado aún si cabía, Tokinobu buscó alguna cara conocida entre los asistentes que pudiese explicarle lo que estaba pasando. Sin embargo, ningún rostro le resultaba

familiar, o eso pensó hasta que uno de los oficiales se acercó a él como si lo hubiese reconocido.

—Tokinobu... Eres tú, ¿verdad? ¿Te acuerdas de mí? Yo era amigo de tu padre. ¿Cómo está? Lo cierto es que desde que dejó el ejército por culpa de aquella desafortunada caída, tan solo he vuelto a verlo en una o dos ocasiones.

Tras la mención, Tokinobu logró recordarlo vagamente. Por la edad que aparentaba, cuadraba perfectamente que aquel oficial hubiese combatido junto a su padre en los tiempos en que se produjeron algunos conflictos esporádicos con la nación coreana.

—Mi padre está bien, gracias. Y seguro que se alegraría mucho de volver a verte.

—Le haré una visita en cuanto pueda. Te lo prometo. Y, dime, ¿qué estás haciendo aquí?

—Me han llamado, como supongo que han hecho con todos vosotros.

—Sí, pero tú no formas parte del Ejército Imperial.

Tokinobu se encogió de hombros.

—Yo también me siento algo desconcertado —confesó—. ¿Tú sabes algo? ¿Qué ha pasado?

El viejo amigo de su padre no ocultó una perturbadora mueca de horror.

—La guerra contra los *emishi* se sigue alargando en el tiempo y los resultados no nos acompañan. Pero lo que ha ocurrido en el último enfrentamiento ha sido humillante. Nos han infligido una derrota aplastante. Una masacre en toda regla. Y todo a manos de un pueblo de bárbaros a los que superamos ampliamente en número. —Tokinobu miraba fijamente al veterano oficial, ávido por conocer el relato detallado de lo ocurrido—. Nuestro comandante en jefe había planificado un ataque sobre la principal población rival, situada detrás de una colina protegida naturalmente por un río que discurre de este a oeste. Nuestras fuerzas superaban los dos mil efectivos. Es decir, que triplicábamos en número al ejército de nuestro enemigo. Sin embargo, el general *emishi* nos estaba esperando y demostró ser mucho más valiente y astuto que nosotros. Cuando cruzábamos el río, un regimiento de unos trescientos bárbaros a caballo descendió a galope por la colina, impidiendo que nuestros soldados pudiesen llegar a la otra orilla. Y, cuando intentaron dar la vuelta, otro regimiento que había permanecido agazapado en el bosque apareció por la retaguardia y frustró la retirada. Como consecuencia de la emboscada, cundió el pánico entre las tropas y el caudal del río se

encargó de hacer el resto. Más de mil hombres murieron ahogados, arrastrados por el peso de sus gruesas armaduras.

—¿Estuviste presente?

—No, yo estaba al frente de un destacamento emplazado en el otro extremo de la frontera. No obstante, el emperador Kanmu ha hecho llamar a todos los oficiales. He oído decir que está muy enfadado. No te quepa duda de que habrá consecuencias.

—¿El emperador? ¿Quieres decir que nos recibirá él mismo en persona?

—Por supuesto. ¿No lo sabías?

Cuando Tokinobu comenzaba a creer que su presencia allí debía de tratarse de un error, un chambelán anunció el inicio de la recepción y rogó a los invitados que lo siguiesen.

Pasaron a la gran sala de audiencias, en cuyo extremo habían colocado el imponente trono del crisantemo, término con el que popularmente se conocía al trono imperial de Japón, debido a la citada flor, que representaba su emblema. Los invitados permanecieron en pie en mitad de la estancia, hasta que el emperador Kanmu apareció por la puerta principal seguido de su séquito de centinelas. Rápidamente, abrieron un pasillo para dejar paso a Su Majestad, al tiempo que hacían una solemne reverencia cuando este pasaba a su lado.

Tokinobu se sentía fuera de lugar, como un pato en un estanque de cisnes, y de buena gana habría abandonado la sala en ese mismo momento. En cambio, mantuvo la compostura lo mejor que pudo y aguardó a que se sucediesen los acontecimientos.

El emperador ocupó su lugar en el trono y desde allí se dirigió a los presentes.

—Estoy muy decepcionado —declaró con voz grave y profunda—. La guerra contra los *emishi* no ha dejado de causarme un disgusto tras otro. En todos estos años se han perdido innumerables vidas y se han invertido incontables recursos económicos que han ido a parar a un pozo sin fondo, sin que todavía hayamos podido lograr la victoria definitiva. —Kanmu taladró a los presentes con la mirada—. Pero la catástrofe de la última batalla, la tragedia acontecida en el río, ha colmado el límite de mi paciencia, tras haberse puesto en evidencia la ineptitud de los oficiales al mando.

Tokinobu, pese a no tener nada que ver con todo aquello, no podía evitar sentirse preocupado. Le sudaban las manos y el corazón le latía cada vez más

deprisa.

—Por ello, voy a tomar medidas drásticas para tratar de darle un giro a la situación —dijo el emperador, reanudando su discurso y poniéndose en pie—. Y lo primero que voy a hacer es dirigirme a los máximos responsables de la campaña militar desplegada en la región de Honshu. ¡Ki no Kosami! ¡Ikeda no Mahira! ¡Abe no Sashima! ¡Un paso al frente ahora mismo!

Los aludidos obedecieron al instante. Mantenían la mirada al frente, tratando de conservar su orgullo, aunque ninguno de ellos osaba mirar directamente al emperador Kanmu.

—¡A los tres os destituyo de vuestro cargo en este mismo acto! Y, además, a ti particularmente —especificó el emperador, señalando a Ikeda no Mahira— te despojo también de tu rango por tu nefasta actuación al frente de las tropas en la batalla del río.

Un áspero y pesado silencio se apoderó de la estancia durante varios segundos, hasta que el general castigado con mayor severidad desenvainó repentinamente su espada y el sonido del metal, al deslizarse por la saya, resonó en las paredes de la estancia como un trueno en mitad de una noche apacible. Los centinelas apostados a ambos lados del trono reaccionaron de inmediato y desenfundaron sus propias espadas para proteger al emperador de la furia vengativa del general afectado, pues no podía haber mayor vergüenza que ser despojado del rango, lo que equivalía a ser expulsado de la nobleza para pasar a formar parte del pueblo llano como un simple ciudadano más.

Sin embargo, Ikeda no Mahira no tenía intención alguna de dañar a nadie, mucho menos al emperador, sino tan solo a sí mismo. Decidido, cayó al suelo de rodillas y apuntó la espada hacia su propio vientre para llevar a cabo el acto de *sepukku*[21]. Al deshonor de haber sido despojado de su cargo y de su rango social, se le unía un fuerte sentimiento de culpa por haber conducido a la muerte a más de un millar de soldados. Nadie trató de impedirselo. El general se clavó la hoja en el abdomen, pero, no conforme con eso, trazó un primer corte en sentido horizontal, seguido de otro en sentido vertical que le llegó hasta el esternón.

Al cabo de unos minutos de espantosa agonía, durante los cuales los intestinos del suicida se desparramaron por el suelo como una amalgama de algas viscosas, Kanmu indicó a uno de sus centinelas que acabase con su sufrimiento. El soldado se situó junto al general defenestrado y lo decapitó de un solo sablazo, tan expeditivo como certero. La cabeza rodó unos metros y se

detuvo a los pies del emperador.

—Llevaos el cuerpo de aquí —ordenó—. Al menos, Ikeda no Mahira ha muerto con honor. Aseguraos de que reciba un funeral decente.

Un centinela cogió la cabeza por el pelo y otro arrastró el cadáver hasta la salida.

—Ahora ha llegado el momento de comunicaros la identidad del que será vuestro nuevo comandante en jefe, al frente del cual espero que dobleguéis a los bárbaros del norte de una vez por todas. —Kanmu hizo una señal y la puerta de la sala se abrió para dejar paso al candidato designado, que recorrió la estancia a grandes zancadas—. Para quienes no lo conocáis, os presento a Sakanoue no Tamuramaro. Bastante joven, es cierto. Pero goza de mi total confianza tras su buen hacer en el sur, donde ha sofocado con gran eficacia algunos conatos de rebelión que han tenido lugar recientemente.

Algunos de los veteranos oficiales que llevaban años de lucha en la frontera norte cuestionaron para sus adentros los méritos de aquel advenedizo, que con su escasa experiencia ni siquiera podía imaginarse lo que significaba enfrentarse al fiero pueblo *emishi*.

—¡A vuestro servicio! —dijo Tamuramaro, cuadrándose ante el emperador.

—A continuación, vuestro nuevo comandante designará a los dos vicegenerales de que se hará acompañar para hacer frente al desafío. La elección ha sido exclusivamente suya.

Tamuraamaro se volvió hacia el grupo de oficiales y paseó la mirada por sus rostros expectantes y cargados de tensión.

—Michishima no Mitate será mi primer vicegeneral —anunció—. Quiero a mi lado a un hombre con experiencia en la región y que conozca de primera mano a los temidos *emishi*.

—¡Será un honor! —manifestó el aludido. Y se inclinó ante el comandante primero y, después, ante el emperador.

Tras diez años casi ininterrumpidos en la zona de conflicto, Mitate cumplía sobradamente con los requisitos mencionados.

—La elección de mi segundo vicegeneral puede resultar algo más controvertida —explicó Tamuramaro, retomando la palabra—. En este caso, buscaba un candidato que no albergase ningún juicio previo acerca de esta guerra, ni tampoco de nuestros enemigos. Lo que preciso, por así decirlo, es una mirada limpia, no contaminada, que aporte al conflicto nuevas ideas y un enfoque distinto. Saeki no Tokinobu, tú eres mi elegido. Tus referencias al

servicio de la Guardia Ciudadana son inmejorables, y tu perfil para el puesto es el más adecuado. Bienvenido al Ejército Imperial.

Cuando Tokinobu escuchó su nombre se quedó petrificado. Por otro lado, aquello aclaraba el misterio de su extraña presencia en aquel acto. Semejante nombramiento superaba todas sus expectativas. De la Guardia Ciudadana había pasado al Ejército Imperial, y nada menos que con el rango de vicegeneral segundo. Necesitaba tiempo para asimilarlo. Entre otras cosas, aquello implicaba su inmediato traslado a la frontera para librar una guerra.

Tras su consternación inicial, alguien le dio un codazo de forma disimulada para devolverlo al momento presente. Tokinobu reaccionó a toda prisa y, como correspondía, se inclinó ante Tamuramaro y luego ante el emperador Kanmu, sin poder evitar pensar al mismo tiempo que su vida estaba a punto de dar un vuelco de imprevisibles consecuencias.

Unos días más tarde, Tokinobu paseaba por la avenida Suzaku Oji, amparado bajo las sombras de los sauces y flanqueado a un lado por el incesante discurrir de los carruajes que ocupaban la parte central de la calle, y al otro por la masa de transeúntes que circulaban por los laterales en una especie de orden caótico.

Acababa de finalizar su acostumbrada jornada de trabajo tras haber patrullado en torno a la puerta de Rashōmon y sus alrededores, y el sol agonizante había teñido de ámbar el cielo del ocaso, creando la ilusión óptica de que los tejados de la ciudad se habían prendido en llamas y de que las pagodas se derretían como esquirlas de cobre fundido. Pese a que en pocos días Tokinobu pondría rumbo al nordeste en calidad de vicegeneral segundo del Ejército Imperial, hasta entonces continuaría desempeñando sus habituales tareas de vigilancia como integrante de la Guardia Ciudadana.

Además de agradecerle la oportunidad que le había dado, Tokinobu se había llevado una grata impresión del nuevo comandante. Tamuramaro era más bien delgado, aunque de extremidades fuertes y membrudas, y cejas muy espesas bajo las cuales se enmarcaba una mirada ambiciosa y analítica, que constituía un fiel reflejo de su personalidad arrolladora. Aunque no gozaba de demasiada experiencia al mando de un ejército numeroso, sí que contaba en cambio con una extraordinaria formación como estratega. Y su insultante juventud, lejos de jugar en su contra, lo hacía más bien a favor, pues sus conocimientos tácticos no se limitaban a la consabida tradición china, de probada ineficacia contra los *emishi*, sino que también contemplaba estrategias militares mucho más novedosas, así como la amplitud de miras que el emperador había juzgado clave para afrontar un conflicto que llevaba demasiados años enquistado. Tamuramaro, además, no era el tipo de general que se quedaba en la retaguardia dando instrucciones, sino que solía situarse en primera línea de combate para servir de ejemplo a sus efectivos.

Como guerrero vocacional, Tokinobu no podía sentirse más entusiasmado ante la desafiante misión que el mismísimo emperador le había encomendado, y tan solo temía no estar a la altura de las circunstancias. Más allá de haber escuchado las viejas historias que su propio padre le había contado sobre sus enfrentamientos con los coreanos, y de haber leído el clásico chino *El arte de la guerra*, Tokinobu no respondía al perfil de un estratega, sino más bien al de un soldado extraordinariamente formado para el manejo de la espada, el arco y la flecha, y el combate cuerpo a cuerpo cuando se hacía necesario. En todo caso, él se pondría a la completa disposición de Tamuramaro para que este aprovechara sus cualidades de la forma que mejor considerase.

De pronto, una serie de gritos e insultos malsonantes llamaron la atención de Tokinobu. A su derecha, al fondo de una sucia bocacalle sin salida, tenía lugar una pelea de gallos que había provocado una agria disputa entre dos apostantes, que se encontraban a punto de llegar a las manos. Sin pensárselo dos veces, Tokinobu intervino para separarlos, y amenazó con arrestarlos si no ponían fin a aquella trifulca en ese mismo instante y cada uno de ellos se iba por su lado. Tras calmarse, ambos individuos se avinieron a dejar atrás sus diferencias, más que nada para evitarse cualquier tipo de problemas con las autoridades. La paz regresó al oscuro callejón y Tokinobu se incorporó de nuevo a la avenida para retomar de inmediato el hilo de sus pensamientos.

En particular, Tokinobu volvía una y otra vez al momento en que le había comunicado la noticia a Katsumi, y cómo la sonrisa con que ella lo había recibido, convencida de que su marido solo podía traer buenas noticias, se había apagado de un soplo como la llama de una vela. Para Katsumi aquello supuso un jarro de agua fría. A Tokinobu lo enviaban a un territorio remoto y hostil, a entablar una guerra peligrosa e incierta, de la que no regresaría en años salvo por alguna que otra visita ocasional. Y todavía podía ser peor si pereciese en el campo de batalla o resultase gravemente herido.

En todo caso, Katsumi no podía reprocharle que hubiese aceptado aquel nombramiento, primero porque sabía lo mucho que para él significaba, y segundo porque tampoco habría podido negarse, tratándose de un encargo que provenía del mismísimo emperador. Nada, sin embargo, la había preparado para una noticia como aquella. De repente, Katsumi se quedaría sin el marido con el que acababa de iniciar una nueva vida y del que había esperado que muy pronto le diese su primer hijo. Tokinobu había tratado de tranquilizarla, para lo cual no había dudado en asegurarle que la guerra acabaría antes de lo

que pensaban y que él volvería a casa sin sufrir el menor daño. Pero aquellas vagas promesas no habían podido evitar la profunda tristeza en la que Katsumi se había sumido.

Mientras caminaba abstraído en sus pensamientos, Tokinobu no se había dado cuenta de que un carruaje se había situado a su altura y había disminuido el ritmo de su marcha para permanecer a su lado. Al cabo de unos segundos, se abrió la cortina de la ventana para dejar a la vista el rostro de una dama, del que solo asomaban los ojos porque el resto aparecía cubierto por un abanico.

—Me alegro mucho de volver a verte.

Aquella voz impregnada de un matiz sensual... La mirada traviesa dotada de un brillo natural... Tokinobu estaba seguro de conocer a aquella dama, pero en ese instante no recordaba de dónde ni de cuándo.

—¿Os conozco? —preguntó de forma prudente.

—Estoy segura de que no te has olvidado de mí. Ningún hombre lo hace.

Acto seguido, la dama se apartó el abanico de la cara y Tokinobu reconoció de inmediato a la bella Izumi, cuyos rasgos sublimes y delicados no habían cambiado un ápice. Si acaso, le parecía incluso más hermosa que la vez anterior.

—Izumi...

Tokinobu se detuvo en seco, y el carruaje hizo lo propio tras una rápida orden de la dama.

—Pareces sorprendido de volver a verme... Pero sube, por favor. Así podremos hablar con mayor tranquilidad.

Izumi se inclinó hacia delante y abrió la portezuela del carruaje a modo de invitación.

Tokinobu dudó. Todavía tenía muy fresca en su memoria la humillación que había sentido la noche de su encuentro, después de que ella lo hubiese rechazado de forma tan brusca tras leer su poema, y muy especialmente tras su despiadada risa posterior.

—Vamos —insistió Izumi—. Mientras hablamos, te llevaré adonde quieras.

Finalmente, y tras considerar que tampoco pasaba nada por charlar un rato con ella, Tokinobu accedió a su petición. Ese fue su primer error.

—Por favor, siéntate a mi lado.

El perfume que flotaba en el interior del carruaje, que emanaba de la propia Izumi, resultaba embriagador. El vehículo se sacudió levemente y se puso de

nuevo en marcha.

—Muchas cosas han cambiado desde el día en que nos conocimos —dijo Tokinobu.

—Es cierto. Según he oído, tengo más de un motivo para felicitarte. Para empezar, tu reciente matrimonio.

—Gracias.

—Yo no la conozco personalmente, pero tengo entendido que Katsumi es un tanto... peculiar. Aunque, de todos modos, tampoco suelo hacer demasiado caso a los rumores.

—En eso tienes razón. La gente habla demasiado y normalmente se dicen muchas tonterías.

Izumi posó su mano en el brazo de Tokinobu y la fue haciendo descender de forma gradual.

—Pero no te enfades —repuso con voz melosa—. Y mucho menos ahora que te han nombrado vicegeneral de nuestro ejército.

—¿Ya te has enterado?

Izumi se aproximó aún más si cabía y le susurró la respuesta al oído.

—Ciertas noticias vuelan.

Tokinobu percibió el aliento de Izumi tan cerca que sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. Hasta entonces no había tenido muy claro lo que ella pretendía, pero a partir de ese momento ya no le cupo la menor duda: se había propuesto seducirlo.

—Mírate... Ahora eres tan importante... —prosiguió diciendo Izumi mientras hacía descender su mano hasta la pierna de Tokinobu.

En ese punto, Tokinobu tuvo que haber parado aquello y haberse bajado del vehículo. Sin embargo, no lo hizo. Ese fue su segundo error. ¿Su excusa? La belleza de Izumi ejercía sobre él un influjo tan fuerte que le embotaba los sentidos. La armonía de su rostro, el largo cabello trenzado y su cuerpo menudo pero consistente y curvilíneo... La sugerente conjunción de su voz, mansa y aterciopelada, su olor, dulzón y afrutado, y su tacto, liviano y suave... Tokinobu sentía su voluntad subyugada, como si fuese un títere en manos de su dueño.

—Esto no está bien... —murmuró a modo de protesta, pero con tan escasa convicción que ni él mismo se lo creía.

Izumi se sentó encima de Tokinobu, a horcajadas, y notó su miembro enardecido empujar por debajo del pantalón. A continuación, se abrió el

kimono para dejar a la vista sus pechos desnudos, del tamaño de melocotones y coronados por pequeños pezones, cortantes y rosados como pétalos de flor. La tentación era demasiado fuerte como para que Tokinobu pudiese resistirse a la encerrona tejida por aquella hechicera de la seducción. En ese momento, olvidó que estaba casado, y si lo recordó, no le importó lo más mínimo. También se dijo a sí mismo, para justificarse, que estaba a punto de ir a una guerra en la que bien podía morir. Cualquier excusa le pareció buena para rendirse y sucumbir a los irresistibles encantos de Izumi.

Tokinobu e Izumi yacieron repetidas veces sin que la incomodidad del lugar en el que se hallaban se lo impidiese, mientras el carruaje recorría lentamente la avenida principal de la ciudad.

Al día siguiente, Tokinobu se sentía terriblemente culpable.

Ya con la cabeza fría y el ánimo sereno, se daba perfecta cuenta de cómo Izumi había jugado con él a su antojo y había doblegado su voluntad con la misma facilidad que lo haría un perro guardián con sus ovejas. El día de su primer encuentro, ella lo había rechazado de la forma más humillante posible, pero cuando después había querido acostarse con él, Izumi lo había tenido muy fácil para satisfacer sus deseos y salirse con la suya.

Paradójicamente, tras haber engañado a Katsumi, y ante la posibilidad de perderla si esta llegaba a enterarse, aquello le había servido para darse cuenta de lo mucho que la amaba, aunque no lo hubiese sabido hasta ese preciso momento. Al principio, resultaba innegable que Tokinobu había utilizado su matrimonio con Katsumi para alcanzar la posición social que le permitiese ascender en su carrera, cosa que por otra parte jamás había ocultado, pero lo cierto era que, después de convivir con ella y sentir el cariño que le dispensaba, había brotado en él un sentimiento que con el paso de las semanas había ido creciendo cada vez con más fuerza, hasta convertirse en ese amor elevado al que los poetas dedicaban tantos versos y composiciones.

Agobiado por el enredo en el que él mismo se había metido, Tokinobu decidió acudir a la casa de Oshimaro para contarle lo que había pasado y pedirle consejo. Sin duda, la mente preclara de su amigo sabría orientarlo sobre la mejor manera de proceder.

Al llegar, un sirviente le advirtió de que Oshimaro se hallaba ocupado

fabricando uno de sus perfumes.

—Disculpe, pero hasta que no haya finalizado, mi señor ha dejado muy claro que bajo ninguna circunstancia se le debía molestar.

—No me importa. Esperaré el tiempo que haga falta.

Tokinobu rechazó el té que le ofrecieron y prefirió esperar directamente en el jardín, en las inmediaciones del pabellón donde Oshimaro dedicaba tantas horas a la elaboración de sus fragancias. Inició un paseo calmado, preparado para una larga espera si fuese necesario, y se dirigió hacia al estanque, donde se entretuvo contemplando el ir y venir de las carpas *koi*, desde lo alto del puente de granito. No fue hasta que inició el paso para cruzar al otro lado cuando divisó a Yoshitomo allí apostado ejerciendo sus labores de vigilancia.

—Oshimaro no está disponible en este momento —espetó el guardián con voz neutra, fría, como si fingiese no conocer a Tokinobu, pese a que se conocían desde la adolescencia, o como si con ello pretendiese hacerle ver que ni fueron amigos entonces ni lo eran ahora.

—Lo sé. Y no tienes de qué preocuparte. No pienso interrumpirlo hasta que concluya su trabajo.

Yoshitomo se encogió de hombros y compuso una mueca de indiferencia. Las cicatrices de su rostro se retorcieron hasta conferirle un aspecto más temible del que ya de por sí tenía.

—Tú mismo —repuso sin dejar de mirarlo con cierto aire retador.

Tokinobu y Yoshitomo se conocían desde muy jóvenes, porque ambos se habían formado en la misma escuela de esgrima —*kenjutsu*— y artes marciales, considerada una de las más prestigiosas de toda Heian-kyō. Durante muchos años, Tokinobu fue uno de los mejores alumnos, pero nunca el mejor. Ese honor recayó siempre en Yoshitomo, que se convirtió en el favorito del maestro fundador de la escuela, bajo cuya dirección logró ganar innumerables títulos de combate celebrados a nivel nacional, que durante un tiempo hicieron de él una leyenda viva. Después, Yoshitomo ingresó en el ejército, aunque solo duró unos cuantos años porque la vida marcial no le complacía, y, tras un fugaz paso por la Guardia Ciudadana, acabó sirviendo única y exclusivamente a Oshimaro, cobrando un salario cuatro veces superior al que habría recibido al servicio de la Corte Imperial.

Tokinobu le sostuvo la mirada y de buena gana le habría desafiado a un combate sin armas, para borrarle aquella expresión de suficiencia de la cara y, sobre todo, para sacarse aquella espinita que tenía clavada por no haber sido

capaz de vencerlo nunca durante su estancia en la academia de artes marciales. De hecho, que se supiera, Yoshitomo no había conocido la derrota en toda su vida.

Tokinobu se dio la vuelta para regresar a la parte frontal del jardín, justo cuando en ese momento escuchó la alegre voz de Oshimaro vibrar en el aire como el tañido de una campana.

—¡Tokinobu, amigo! ¡Qué alegría verte!

Cuando su jefe pasó por su lado, Yoshitomo inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo, para desaparecer al instante siguiente de la vista de ambos, como si se hubiese fundido con la naturaleza a la manera de un camaleón.

—Oshimaro, espero no molestarte. Sé lo poco que te gusta que las visitas se presenten sin avisar.

—Eso es cierto, pero solo porque me contrariaría hacer a nadie esperar más tiempo del necesario.

—Bueno, yo he tenido suerte. Apenas acababa de llegar.

—Me alegro. Yo, como te podrás figurar, ando en estas fechas más ocupado que de costumbre. Dentro de poco se celebrará el próximo *takimono awase*, y no hace falta que te diga lo importante que el certamen es para mí.

—¿Ni siquiera después de haberlo ganado tres veces seguidas puedes relajarte un poco?

—Esta es la gran pasión de mi vida, Tokinobu. De modo que ya puedes imaginarte la respuesta. —Oshimaro pasó la mano por encima del hombro de su amigo, y juntos encaminaron sus pasos hacia la parte más frondosa del jardín, donde las copas de los árboles apenas dejaban traspasar la luz del sol—. Pero me hace muy feliz que hayas venido. ¿O es que acaso pensabas marcharte sin despedirte? La guerra, amigo, es imprevisible y puede que pase mucho tiempo antes de que puedas volver.

—Lo sé. Aunque, en realidad, estoy aquí por otro motivo. Un asunto de naturaleza más... personal.

Oshimaro enarcó las cejas y se retorció la barbita puntiaguda con dos dedos como solía tener por costumbre.

—¿De verdad? Me intrigas.

Sin más preámbulos, Tokinobu le narró entonces con todo detalle el tórrido episodio que había protagonizado con la bella Izumi, dejando muy claro desde el principio lo mucho que ahora se arrepentía.

—Pero ¿cómo se te ocurrió subirte a su carruaje?

—No lo sé. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que aquel encuentro pudiese terminar del modo en que lo hizo.

—Me temo que, en lo que a las mujeres se refiere, eres mucho más ingenuo de lo que pensaba. —Oshimaro hablaba sin pelos en la lengua, con la confianza de encontrarse ante un buen amigo—. ¿Aún no te has dado cuenta de que Izumi lo tenía planeado todo desde el principio? Su aparición no fue casual. Nada lo fue. Ni vuestro encuentro, ni su invitación a que subieses a su carruaje ni la forma en que te sedujo para conseguir lo que quería.

—No lo entiendo. El día de nuestra cita me rechazó de mala manera.

—Claro, por aquel entonces, más allá de tu atractivo físico, no había nada en ti que pudiese interesarle. No estabas a su altura. Pero cuando te casaste con una mujer de la nobleza, y poco después pasaste a formar parte del ejército con uno de los rangos más elevados, todo cambió. De repente, te habías transformado en un desafío, en un objetivo, a priori, muy difícil de conseguir. Y si antes no habías despertado en ella el menor interés, ahora le ocurría todo lo contrario. En el fondo, para Izumi todo esto no es más que un juego en el que te había considerado su siguiente objetivo a conquistar.

La pareja se detuvo ante la joya del jardín: el árbol de *sakaki*, bajo cuya sombra Oshimaro había conducido el concurso de las adivinanzas. A dicho árbol sagrado lo rodeaba siempre cierta aura de misticismo, debido a la creencia popular de que constituía el tradicional lugar de residencia de los *kami*, esos espíritus o divinidades de la naturaleza que los sintoístas veneraban con tanto fervor.

—Tienes razón. Ahora que lo dices, lo veo todo mucho más claro —admitió Tokinobu—. Pero la cuestión ahora es otra. Yo... me he dado cuenta de que amo a mi esposa, ¿entiendes? Y ahora me siento fatal por haberla traicionado. Quizás debería contarle lo que ha pasado...

—¡Ni se te ocurra!

—Katsumi es comprensiva. Y, seguramente, aprecie mi muestra de sinceridad.

—Es posible, pero las circunstancias no son las mejores. No puedes decirle que la has engañado tan solo unos días antes de marcharte a la frontera. Ella se quedará sola y tendrá todo el tiempo del mundo para pensar. Y eso no es bueno. Si quieres saber mi opinión, te sugiero que no le cuentes nada. Ni ahora ni nunca. De lo contrario, lo acabarás lamentando tarde o temprano.

Inquieto, Tokinobu lanzó un largo resoplido.

—¿Crees que si se enterase sería capaz de solicitar la anulación del matrimonio? —preguntó.

—Desde luego, estaría justificado. Y, además, le resultaría muy fácil obtenerlo durante tu ausencia. A tu regreso, podrías encontrarte con que Katsumi habría dejado de ser tu esposa.

Finalmente, los argumentos de Oshimaro convencieron a Tokinobu de que lo mejor que podía hacer sería dejar las cosas como estaban. La alternativa abría la puerta a consecuencias indeseadas que escapaban por completo a su control. Y, en sus actuales circunstancias, Tokinobu solo podía tener en la cabeza una única preocupación: la incierta guerra en la que estaba a punto de embarcarse.

Aunque parecía que ese día no iba a llegar nunca, Tokinobu embarcó finalmente en un navío que lo llevaría a su destino en el frente, bordeando toda la costa este del archipiélago japonés.

Desde ese momento, la casa de Katsumi se quedó un poco más vacía, lo mismo que su corazón, tras dejar una ausencia que ni siquiera ella pensaba que fuese a afectarle tanto. De repente, su vida se había tornado un lugar menos cálido, más apagado, en el que echaba de menos la presencia de Tokinobu a cada paso, en las cosas grandes pero también en las pequeñas, como despertar a su lado, ayudarlo con su caligrafía y advertir sus progresos, o verlo en el jardín mientras le enseñaba artes marciales al pequeño Tameyoshi.

Aunque su marido ocupaba un alto cargo del Ejército Imperial, eso a ella poco le importaba si su nuevo puesto implicaba un traslado a un lugar lejano, para comandar una guerra de la que bien podría no volver. Y, si volvía, también cabía la posibilidad de que lo hiciese tras haber sido derrotado, lo que podría llevarlo a padecer el mismo destino que los generales que lo habían precedido, a los que el propio emperador degradó por su fracaso, hasta el punto de que uno de ellos prefirió hacerse el *harakiri* antes que seguir viviendo en deshonor. Si de Katsumi hubiese dependido, habría preferido que Tokinobu mantuviese su mismo puesto dentro de la Guardia Ciudadana. Las cosas, sin embargo, no siempre eran como uno deseaba.

Además, Katsumi pensaba que la marcha de Tokinobu se había producido en el momento más inoportuno posible, justo cuando sus sentimientos hacia él habían alcanzado un punto en el que un amor sincero y profundo comenzaba a abrirse paso muy dentro de ella, pero que ahora la obligada y larga separación vendría nuevamente a diluir.

Precisamente, durante los días previos a su marcha, Tokinobu se había mostrado con ella más cariñoso que nunca, más atento y detallista, más pasional incluso, indicios más que suficientes como para hacerle pensar que su

marido había comenzado a quererla desde el fondo de su alma, aunque inicialmente su matrimonio se hubiese cimentado en un acuerdo encaminado a satisfacer los intereses particulares de cada parte.

Para paliar su melancolía, Katsumi trató de refugiarse en la escritura. Sin embargo, enseguida se topó con un serio inconveniente, pues de forma inconsciente el tono y la trama de sus relatos comenzaron a impregnarse de la tristeza que ella sentía, distanciándose cada vez más del estilo habitual que desde el principio había predominado en sus escritos acerca del príncipe Momozono. Lo cual, invariablemente, la llevaba a reescribirlo todo una y otra vez.

Al cumplirse una semana desde la marcha de su marido, Katsumi recibió al menos la buena noticia de que la dama Akashi acudiría a visitarla. En mitad de aquel particular trance, seguro que su querida amiga sabría mejor que nadie cómo inyectarle esa dosis de alegría que tanto la caracterizaba.

—¡Gracias por venir a verme tan pronto! —exclamó nada más verla.

—Y lo habría hecho antes si hubiese podido. Pero cuando trabajas para la emperatriz, no es fácil lograr que te concedan un día de permiso.

—¿Y qué se dice en la corte acerca de la guerra contra los *emishi*?

—¡Ni una palabra! Allí no se habla de esas cosas. La guerra es un tema demasiado escabroso como para resultar apropiado. —Akashi no exageraba. En la residencia imperial, el concepto de pureza resultaba tan trascendental que ni siquiera había retretes. Los cortesanos hacían sus necesidades en orinales que los sirvientes se llevaban a toda prisa fuera del recinto—. Además, esa guerra se libra demasiado lejos de aquí como para que a nadie le preocupe o le interese. En los círculos en los que yo me muevo, no interesa nada que no tenga que ver con las artes en todas sus modalidades, como la caligrafía, la música, la danza o las composiciones poéticas.

—Me lo imagino, pero es que estoy tan preocupada... Tokinobu no ha querido contarme nada, más allá de que esa dichosa guerra ya dura más de veinte años.

—Seamos optimistas. Ningún pueblo ha podido oponerse durante tanto tiempo al avance del imperio. Por tanto, los *emishi* tampoco serán una excepción.

—Ojalá estés en lo cierto —suspiró Katsumi.

—Por supuesto que sí. —Y, abrazándola con fuerza, añadió—: Tienes que ser optimista y volver a sonreír como siempre lo has hecho. ¿Está claro?

Katsumi asintió. Tenía los ojos húmedos y sonreía ligeramente.

—Gracias, Akashi. Necesitaba oír algo así.

Ambas amigas se hallaban en el salón principal, cómodamente sentadas sobre esteras de algodón y cojines de seda. Todas las celosías de la cara sur de la casa, a través de las cuales penetraba un gran chorro de luz y una suave brisa temprana, estaban abiertas al jardín. A modo de tentempié, un sirviente les había traído una infusión dulce y unos pasteles de arroz glutinoso.

—Y, cambiando de tema —terció Katsumi—. ¿Qué te han parecido los escritos que te pasé la última vez?

—¡Maravillosos! ¡Menudo giro de los acontecimientos cuando se descubre que la dama Rokujô está embarazada! Todavía no puedo imaginarme cómo se resolverá la situación.

—Barajo algunas ideas, pero ni yo misma lo tengo decidido aún.

—No obstante, también he notado algo que me ha gustado un poco menos.

—¿Qué has notado?

—Que el príncipe Momozono ha perdido últimamente cierto protagonismo.

Katsumi, contrariada, no pudo evitar fruncir los labios.

—Es cierto, pero lo que pretendo con ello es darle mayor protagonismo a otros personajes secundarios.

—¡No! ¡Eso sería un error! La historia debería girar siempre en torno al príncipe Momozono.

—¿Estás segura?

—Desde luego. Y yo no soy la única que lo piensa. Todas las demás están de acuerdo conmigo. —Y tan pronto como pronunció aquellas últimas palabras, se cubrió la boca con la mano, tras percatarse de que había hablado más de la cuenta.

—¿Cómo que «todas las demás»? ¿De quiénes estás hablando? ¡Me prometiste que no lo leería nadie más aparte de tu amiga!

—Y así fue... hasta que un día las demás nos sorprendieron leyendo tu relato y de repente todo se me fue de las manos. Lo siento mucho, de verdad.

—¿Y cuántas más lo han leído?

—Pues entre doce y quince damas de compañía. El séquito al completo de la emperatriz Sakahito.

Impresionada, Katsumi se llevó las manos a la cabeza.

—¡Son demasiadas!

—Bueno, pero después de todo deberías estar contenta. A todas les encanta

lo que escribes, y desde entonces esperan con ansia la continuación de tu historia —explicó Akashi—. Cuando traigo una nueva entrega, la primera vez nos reunimos todas en grupo y yo misma me encargo de leerla en voz alta. Y después, el manuscrito va pasando de mano en mano, porque a todas les hace ilusión releerlo por su cuenta.

Katsumi se calmó un poco y analizó la situación con algo más de serenidad. En el fondo, su amiga llevaba razón. Y, aunque habría preferido que las cosas no se hubiesen producido de aquella manera, lo importante era que ya contaba con un buen puñado de lectoras que adoraban sus escritos. Una sensación de júbilo la embargó de pies a cabeza.

—Vale, tú ganas —concedió con una sonrisa—. No voy a enfadarme contigo. Pero, a cambio, dime: ¿cuáles son los últimos rumores que circulan por la corte? Cuéntamelo todo. Ya sabes lo bien que me vienen los cotilleos para mis historias.

Akashi, sin embargo, reaccionó de forma extraña, esquivando la mirada al tiempo que abría desmesuradamente los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Nada. De verdad —contestó.

—Mírame, Akashi. Y dime por favor lo que pasa ahora mismo.

—Se trata de un chismorreó que ha llegado hasta mis oídos.

Katsumi le agarró las manos y se las apretó ligeramente.

—Bueno, pues cuéntamelo, ¿no?

—No es tan fácil. Creo que no te conviene saberlo. Además, es solo un rumor.

—Me da lo mismo. Sea lo que sea, quiero que me lo cuentes.

Akashi suspiró con cierto aire de resignación. Sabía que Katsumi no aceptaría un no por respuesta.

—Está bien... ¿Sabes quién es una joven noble llamaba Izumi?

Katsumi negó con la cabeza.

—Bueno, pues Izumi es una dama de alta alcurnia, muy bella, que tiene fama de conquistadora y de haber tonteado con muchos hombres.

—Ah, ya sé por dónde vas —la interrumpió Katsumi—. Pero lo que hiciese Tokinobu o con quien estuviese antes de conocerme me da completamente lo mismo.

—La cuestión es que el encuentro íntimo entre Tokinobu e Izumi habría tenido lugar cuando ya estabais casados.

Katsumi arqueó las cejas y echó la cabeza hacia atrás. Le costaba trabajo creerlo.

—¿Y tú crees que hay algo de cierto en esos rumores?

—Por lo que sé, la fuente de los mismos es la propia Izumi.

—Pero podría estar mintiendo.

—Sí, aunque al parecer hay testigos que vieron a Tokinobu salir del carruaje de Izumi estando ella dentro. Que tuvieron un encuentro, al menos, parece ser cierto.

Katsumi frunció el ceño. El cariz de todo aquello le gustaba cada vez menos.

—¿Y eso cuándo habría pasado?

—No lo sé... Más o menos una semana antes de que Tokinobu se marchase.

Katsumi sintió de repente unas inmensas ganas de echarse a llorar. Visto desde aquella nueva perspectiva, el comportamiento que Tokinobu había exhibido durante los días previos a su marcha, en los cuales se había mostrado tan atento con ella, tan cariñoso, parecía ahora explicarse mejor apelando al sentimiento de culpa que debió de haberlo embargado que al brote de amor sincero que ella había creído percibir.

—Katsumi, no te vayas a venir abajo ahora. Además, la culpa es sobre todo de Izumi. Fue ella la que buscó a Tokinobu para atraparlo entre sus redes. No es la primera vez que hace algo así, ni tampoco será la última.

Pero eso a Katsumi no le servía de consuelo. Lo que más le dolía no era tanto la infidelidad en sí como que hubiese traicionado su confianza de forma tan evidente. Precisamente, lo que la había llevado a elegir a Tokinobu como esposo había sido su rectitud, su honestidad y una serie de valores morales que lo diferenciaban de la mayoría de los hombres de su tiempo. Ahora, sin embargo, aquel supuesto conjunto de cualidades parecía haberse volatilizado en el aire como el humo de una pira funeraria.

—He sido una tonta... —murmuró, al tiempo que las primeras lágrimas le rodaban por las mejillas.

—¿Ves? Sabía que no debía habértelo contado.

—No, tú has sido una buena amiga. Soy yo la que se casó con el hombre equivocado.

Tras saber de la infidelidad de su marido, Katsumi no paró de llorar durante varios días seguidos, afectada en parte por el engaño de que había sido víctima, pero también por la decepción que le había supuesto darse cuenta de que ese gran amor que parecía haber surgido entre ambos, por parte de Tokinobu no había sido más que una burda mentira.

En todo caso, ya fuese por pudor o por vergüenza, Katsumi decidió no contarle a nadie lo que había averiguado, ni siquiera a su padre, que hacía todo lo posible por animarla creyendo que el motivo de su desconsuelo se debía a la partida de Tokinobu hacia la guerra.

Katsumi apenas comía, no se relacionaba con nadie, y tampoco se sentía con ganas suficientes como para escribir una sola palabra. Y, pese a que solicitar la anulación del matrimonio parecía ser el paso más lógico, Katsumi prefirió tomarse las cosas con calma y dejar pasar un tiempo prudencial antes de hacer nada. Tampoco quería tomar ninguna decisión precipitada de la que después pudiese arrepentirse. Con Tokinobu desplazado a la región de Honshu por tiempo indefinido, si algo le sobraba era tiempo para pensar.

Aquel día, Satoru regresó por sorpresa a media mañana e instruyó al servicio para que dejaran la casa impecable y preparasen también algunas exquisiteces. Por la tarde recibirían la visita de una ilustre personalidad de la corte, y todo tenía que estar absolutamente perfecto.

A continuación, entró en la habitación de su hija y le acarició el pelo con extrema delicadeza. Katsumi interrumpió la lectura del libro que sostenía entre las manos y alzó la mirada. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, señal inequívoca de que hasta hacía muy poco había estado llorando.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —inquirió Katsumi—. ¿No deberías estar en la universidad?

—Así es, pero esta mañana he recibido la inesperada visita de alguien muy importante.

—¿Quién?

—Fujiwara no Otomo, el *Dainagon*. Uno de los miembros más poderosos del gobierno.

Katsumi lo recordaba bien de la boda de Oshimaro, tras el emocionante duelo que había mantenido con él durante el juego de las adivinanzas.

—Sé quién es. ¿Y qué es lo que quería?

Satoru se demoró unos segundos en contestar.

—Me hizo preguntas acerca de ti...

—¿Cómo?

—Quería que le hablase de ti. Yo tampoco lo entiendo, ni quiso explicármelo. Pero me ha dicho que te prepares porque esta tarde vendrá a verte a la hora del mono.

—¿A mí? No lo comprendo.

Satoru se encogió de hombros.

—Todo este asunto es muy inusual. Si hubiese querido, un personaje de su categoría podría haberte hecho llamar a palacio. Sin embargo, ha preferido desplazarse él mismo hasta nuestra casa. Te confieso que estoy algo preocupado. No me imagino lo que puede querer de ti.

Katsumi negó con la cabeza.

—Padre, en estos momentos no estoy en condiciones. No quiero verlo. Ni a él ni a nadie.

—Lo siento, Katsumi. No tienes elección. Y, por favor, muéstrate cordial y procura no llevarle la contraria. Lo último que nos convendría sería enemistarnos con el líder del clan Fujiwara.

Aunque contrariada, Katsumi se vistió y se arregló para recibir como correspondía a un visitante tan destacado. Mientras tanto, había tenido tiempo de sobra para pensar, y también para acordarse de lo que había ocurrido durante el juego de las adivinanzas. Tokinobu le había sugerido que se dejase ganar para no hacer enfadar al vanidoso Fujiwara, pese a lo cual ella se había negado. ¿Y si después de todo Otomo le seguía guardando rencor por haberlo vencido y ahora se citaba con ella para vengarse de la forma más inesperada?

A la hora convenida, un espléndido carruaje escoltado por cuatro centinelas de palacio se detuvo frente a la puerta de su casa, donde el propio Satoru recibió a Otomo fingiendo sentirse tremendamente honrado.

—Adelante, por favor. Sed bienvenido.

Katsumi aguardaba en el salón principal, sentada detrás de una *kichō* que habían dispuesto en el centro de la estancia. Una bandeja con té y un surtido de succulentos pasteles reposaban encima de una mesa baja.

—La *kichō* no hará ninguna falta —dijo inmediatamente Otomo—. Cortejar a vuestra hija está muy lejos de mis intenciones. Todo cuanto deseo es poder hablar con ella cara a cara. Y a solas, si no os supone ningún inconveniente.

Satoru dio una orden y sus sirvientes retiraron al punto la cortina

ceremonial. Katsumi había insistido en ponerla para sentirse más protegida, pero el ardid no le había salido como esperaba.

—Si todo está a vuestro gusto, me retiro ahora mismo a mi estudio — anunció Satoru, tras lo cual desapareció al fondo del corredor.

Otomo se sentó frente a Katsumi, a muy escasa distancia de esta. Allí estaba, sonriente, la joven que contra todo pronóstico lo había derrotado en el juego de las adivinanzas. Sin embargo, bajo aquella impostada sonrisa de bienvenida, su mirada dejaba entrever cierto temor y también un poso de tristeza.

—Confieso que os subestimé —comenzó diciendo Otomo con su habitual tono de voz calmado—. Y no me duelen prendas reconocer que vencisteis por méritos propios.

—Podría haber ganado cualquiera de los dos. Yo tan solo tuve un poco más de suerte.

—Además, me mostré muy poco caballeroso. Me marché sin ni siquiera felicitaros. Por ello, aprovecho la ocasión para hacerlo ahora.

—Gracias.

Katsumi se tranquilizó. Por la forma en que la conversación se había iniciado, nada hacía pensar que el *Dainagon* albergase sentimientos vengativos de ninguna clase.

—Creo que en la boda tuvisteis ocasión de conocer a mi sobrina Sayuri, ¿verdad? ¿Os acordáis de ella?

Katsumi asintió. Recordaba muy bien a aquella hermosa niña que apuntaba maneras para convertirse en una elegante dama.

—No creo que ninguno de los presentes hayamos podido olvidarla tras la sobresaliente exhibición musical que nos brindó a todos con su excelente manejo del *koto*.

—Bien, pues... —En ese punto, la voz de Otomo se quebró ligeramente y su aparente seguridad se desmoronó por momentos—. Por desgracia, Sayuri fue secuestrada hace una semana, y desde entonces nada más ha vuelto a saberse de ella. Y, a día de hoy, ya ha sido dada por muerta.

En realidad, más allá de la estima que Otomo pudiese tenerle a su sobrina, lo que de verdad le había dolido era el fracaso del plan en el que tantos años llevaba trabajando para unir a Sayuri con el heredero al trono del imperio, con el fin de asegurarse su puesto como Gran Consejero, a través de una política matrimonial magistralmente calculada.

—¿Secuestrada? ¿Cómo?

—Sucedió durante una excursión de peregrinaje al templo budista de Kiyomizu. —Entre las mujeres de clase alta, los viajes a templos situados en las afueras de la capital eran habituales, más como una forma de distracción, para salir de sus acostumbrados entornos cerrados, que por cuestiones puramente religiosas—. Al caer la tarde, cuando ya faltaba poco para llegar al templo, el grupo con el que iba se detuvo para tomarse un descanso, momento que Sayuri aprovechó, junto a su dama de compañía, para adentrarse unos pasos en el bosque con la inocente intención de buscar unas flores. Una hora más tarde, cuando ya había oscurecido y la preocupación del grupo ya era más que notable porque la pareja seguía sin dar señales de vida, se produjo el regreso de la dama de compañía... pero solamente de ella.

—¿Y qué fue de vuestra sobrina?

—La dama de compañía, visiblemente alterada y al borde de un ataque de pánico, explicó que unos monstruosos seres, mitad aves, mitad personas, se la habían llevado a la fuerza: los *tengu*.

Al escuchar aquello, Katsumi se llevó la mano a la boca y ahogó un sentido lamento.

—Tan pronto como me enteré de lo ocurrido, ordené que una patrulla rastrease la zona en busca de Sayuri —prosiguió Otomo—. Pero no la encontraron, como tampoco hallaron la menor pista ni a nadie más que la hubiese visto. Y, como el rapto se atribuyó definitivamente a los *tengu*, se determinó que, dadas las circunstancias, no había nada más que pudiese hacerse. Como es bien sabido, todo lo concerniente al mundo de lo sobrenatural excede las capacidades de los simples mortales como nosotros.

Katsumi no despegaba la mirada de aquel hombre enjuto, pero sin duda decididamente carismático.

—La cuestión es que la desaparición de mi sobrina no constituye ni mucho menos un caso aislado. Más bien al contrario. Me consta que desde hace varios años una veintena de niños, como poco, han sido raptados a lo largo y ancho de toda la provincia.

—¿De verdad? No había oído nada.

Por supuesto que no, pensó Otomo. Hasta ahora, todas las víctimas habían sido los hijos de simples aldeanos, a los que la nobleza no les atribuía ningún valor. Él, sin embargo, como *Dainagon*, sí que había tenido conocimiento de lo que estaba pasando, pese a lo cual decidió no tomar ninguna medida para

evitarlo, y ni siquiera sometió el asunto a debate en el seno del Consejo. Ahora se sentía terriblemente culpable, pues, de haber hecho algo, quizás hoy el destino de Sayuri habría sido muy distinto.

—Todos los secuestros comparten un mismo patrón y características. Las víctimas desaparecen sin dejar el menor rastro. Y el escenario de las desapariciones siempre es el mismo: las profundidades de los bosques y las montañas.

—¿Ha aparecido el cuerpo de alguna víctima?

—Ninguno —repuso Otomo—. Por lo que, al menos en teoría, los niños podrían seguir vivos. Aunque tampoco hay el menor indicio que respalde dicha hipótesis.

—¿Y qué dicen los testigos?

—No siempre los ha habido. Pero, por lo poco que sé, parece ser que muchos de ellos afirman haber visto materializarse a uno o más *tengu* en el lugar de los hechos.

Katsumi había escuchado el relato con gran atención, aunque todavía no lograba entender por qué Otomo le contaba todo aquello.

—Siento mucho lo que le ha ocurrido a vuestra sobrina —terció—. Y también a todos esos niños. Ojalá hubiese algo que pudiese hacer para ayudarlos.

—De hecho, creo que podéis. Por eso estoy aquí.

—¿Cómo?

—Como os he dicho, la investigación oficial acerca de la desaparición de Sayuri, tras haberse atribuido el secuestro a los *tengu*, se dio por finalizada. Sin embargo, yo no voy a darme tan fácilmente por vencido. Por eso, me he propuesto llevar a cabo una investigación de carácter oficioso, al margen de los circuitos formalmente establecidos, con el fin de arrojar algo de luz sobre el asunto. Y quiero que seáis vos quien se encargue de llevarla a cabo.

—¿Yo? —Katsumi no daba crédito a la petición del Gran Consejero—. No lo entiendo.

—Ha de tratarse de alguien que no forme parte de las estructuras oficiales del gobierno, pues la existencia de esta investigación no constará en registro alguno. Además, necesito a una persona que cumpla una serie de requisitos. Y, tras elaborar una lista de candidatos, vos me parecéis la más adecuada. En primer lugar, ha de ser alguien dotado de una gran perspicacia. Y no hace falta que nadie me diga, porque yo he tenido ocasión de comprobarlo de primera

mano, lo inteligente que sois. También ha de ser alguien discreto, cuyo comportamiento no levante sospechas. La investigación es secreta y nadie ha de saber nunca que soy yo quien la patrocina. Y, en ese sentido, vuestra condición de mujer os ayudará a pasar mucho más inadvertida. Y, por último, lo que os hace idónea para llevar a cabo este trabajo es un rasgo de vuestra personalidad que muy poca gente posee: el escepticismo.

—¿Qué queréis decir?

—Vuestra madre creía que en casa se os había metido un espíritu maligno que robaba objetos de vez en cuando. Vos, sin embargo, estabais convencida de que en realidad el ladrón era tan humano como cualquiera de nosotros. Y no parasteis hasta demostrarlo. Vuestro padre me lo ha contado todo.

Katsumi comenzó a atar cabos a toda prisa.

—¿Qué es lo que estáis insinuando, que no creéis que los secuestros sean obra de los *tengu* o que ni siquiera creéis que los *tengu* realmente existan?

—Yo no afirmo ni niego nada. Solo digo que este asunto debe abordarse desde nuevos puntos de vista. Y, sobre todo, por alguien que posea una mentalidad mucho más pragmática y menos supersticiosa.

Antes de continuar, Otomo guardó silencio durante algunos segundos, esperando que sus últimas palabras calasen hondo en su interlocutora.

—Puede que en este asunto se mezclen ciertos intereses, del todo terrenales, que deberíamos tener muy en cuenta.

—¿A qué os referís?

—Yo estaba preparando a Sayuri para casarla con el príncipe heredero. Pero, por supuesto, tal cosa perjudicaría seriamente los intereses de las principales familias rivales de los Fujiwara: los Taira y los Minamoto.

—Comprendo —repuso Katsumi—. Pero, en tal caso, ¿querría eso decir que las demás desapariciones no guardarían relación alguna con el secuestro de vuestra sobrina?

—Lo ignoro. Por eso he acudido a vos con el ruego de que lo investiguéis. Si aceptáis, os facilitaré un listado completo de todas las familias que han sido víctimas de un secuestro, y sus lugares de residencia. También pondré a vuestra disposición un carruaje para los desplazamientos. Y os proporcionaré fondos de sobra para sufragar cualquier gasto que os surja durante el curso de la investigación. —Desde luego, saltaba a la vista que Otomo lo había previsto todo al detalle—. Podréis tomaros el tiempo que queráis. No hay fecha límite ni nada parecido. Entiendo que tendréis que realizar numerosos

viajes y llevar a cabo un sinfín de interrogatorios. Por desgracia, a mi sobrina ya la doy por muerta. Pero quiero estar seguro de la culpabilidad de los *tengu*. Y, en caso contrario, quiero saber quién o quiénes están en realidad detrás de su secuestro. —Y, por último, añadió—: Ni que decir tiene que os recompensaré de forma generosa.

Katsumi necesitó un largo minuto para asimilar la osada petición del Gran Consejero.

De entrada, se sintió tremendamente halagada de que Otomo hubiese pensado en ella para llevar a cabo un trabajo de tal magnitud. Con todo, su impulso inicial fue el de rechazar la propuesta, precisamente porque solo de pensarlo le daba vértigo hacerse cargo de semejante proyecto, por el que no habría sabido ni por dónde empezar.

Sin embargo, un instante después se lo pensó mejor y, de repente, la idea de aceptar aquel encargo ya no le pareció tan mala, sin que la promesa de una recompensa económica hubiese pesado en su decisión. Para empezar, le serviría para mantener la mente ocupada y alejarla así del drama personal que en aquel momento tanto la atormentaba, que le había quitado incluso hasta las ganas de escribir. También lo haría por Sayuri y todos los demás niños. Quizás ya fuese tarde para los que ya habían desaparecido, pero si lograba tener éxito y atajaba aquella ola de secuestros, al menos salvaría la vida de las potenciales víctimas que aún estaban por venir. Pero, sobre todo, lo haría porque muy dentro de ella había brotado la necesidad de desentrañar aquel oscuro misterio, que nadie hasta el momento había sabido resolver de forma satisfactoria. Katsumi estaba segura de que detrás de la mayor parte de los crímenes y sucesos que habitualmente se atribuían a ciertos seres de naturaleza sobrehumana —ya fuesen los *tengu*, los *oni*, los *kappa* o, sencillamente, los espíritus malignos— se hallaba en realidad el hombre en su vertiente más infame y aviesa.

—Creo de verdad que me sobrevaloráis —dictaminó Katsumi, sopesando con mucho cuidado sus palabras—. Y temo que al final os acabaré defraudando. Os lo advierto de antemano. Pese a todo, y si todavía seguís pensando que soy la persona indicada, estoy dispuesta a intentarlo...

CUARTA PARTE

Noche tras noche
de otoño penas lloro
que una tras otra
los alineados gansos
por los cielos publican

OSHIKOCHI NO MITSUNE (859-925)



Tras la última refriega en la que había participado contra el ejército *emishi*, Tokinobu regresaba a lomos de su caballo y al mando de un pequeño destacamento formado por una docena de jinetes. Pese a su falta de experiencia en el ámbito de la guerra, enseguida se había ganado el respeto de sus soldados, pues él mismo no dudaba en combatir al enemigo frente a frente, sin hacer valer su condición de vicegeneral para quedarse en la retaguardia.

Tokinobu sudaba profusamente y aún sentía la adrenalina correr por su cuerpo. En realidad, aquella batalla, como tantas otras parecidas que había librado desde su llegada, no había sido más que una escaramuza para conocer de primera mano el estilo de lucha de sus enemigos. Una vez más, su destacamento había regresado sin sufrir bajas, salvo un par de heridos de escasa consideración.

Al otro lado de la elevación del terreno quedó por fin a la vista el imponente castillo de Taga, que ocupaba un área cercana a los trescientos metros cuadrados y estaba rodeado por un muro de tierra de más de tres kilómetros de largo, y que constituía el lugar donde se acuartelaba buena parte de las fuerzas desplazadas del Ejército Imperial. Al inicio de la guerra, los japoneses construyeron una serie de fortalezas y empalizadas en la frontera — entre las que cabía destacar los castillos de Akita, Okachi y Momunohu— para que sirviesen de baluartes y centros administrativos desde donde gestionar el proceso de conquista y colonización. No obstante, desde el principio fue el castillo de Taga el que se convirtió en la principal base de operaciones de la región, y la sede desde la cual el comandante en jefe planificaba la estrategia a seguir. En ese momento costaba creerlo, pero en los primeros años de la guerra los *emishi* lograron incendiar y saquear la fortaleza, que tuvo que volverse a construir de nuevo desde los cimientos.

Tokinobu desmontó y atravesó a pie el portón de madera que daba acceso al interior del recinto. Enseguida, un escudero acudió a su encuentro y lo ayudó a

quitarse el casco y la armadura de cuero, que se ataba por el lado derecho y se aseguraba con dos cordones; uno a la altura del pecho y el segundo alrededor de la cintura. Al mismo tiempo, otro escudero se hizo cargo del caballo y lo condujo hasta los establos, situados en la parte posterior del castillo. Tokinobu pasó junto a los barracones, dejó atrás los talleres de los artesanos encargados de fabricar las armas y entró en el edificio principal para informar a su comandante.

Sakanoue no Tamuramaro se hallaba en lo alto de la torre norte, contemplando las colinas que se extendían en el horizonte, donde los *emishi* solían esconderse para evitar ser localizados. Desde su llegada, el joven comandante también había dado muestras de su valor, y aunque aquella mañana no se había movido de la fortaleza, en otras ocasiones había liderado un destacamento y había luchado contra sus temidos rivales con el fin de conocerlos y descubrir sus puntos débiles, si es que los tenían.

—Hola, Tokinobu —saludó—. Estás de vuelta antes de lo esperado.

—Hubo suerte y nos tropezamos con una avanzadilla enemiga a las primeras de cambio. No rehuyeron el combate e intercambiamos algunos golpes antes de que emprendiesen la huida.

Tokinobu se situó junto a Tamuramaro, que le devolvió una mirada firme pero cálida que contrastaba notablemente con el clima desapacible que imperaba en aquellas latitudes del archipiélago, donde el frío y la lluvia constituían la tónica habitual. Un cielo plomizo y cubierto de nubes bajas anunciaba un día más de chaparrones intermitentes. Desde las colinas, un viento cargado de humedad lamía las piedras del castillo y se introducía como si fuese un virus bajo la piel de los soldados.

—¿Has descubierto algo nuevo, algo que se nos haya podido escapar hasta ahora?

—Nada. Creo que a estas alturas ya conocemos sobradamente a nuestros enemigos.

—Al enemigo nunca se le conoce lo suficiente. Pero coincidido contigo en que ya no hay mucho más que nos falte por saber.

Durante las primeras semanas, Tamuramaro había evitado cualquier tipo de enfrentamiento a gran escala, y se había dedicado a reconocer el terreno, a actualizar los mapas que manejaban, a asegurar las líneas de suministros y, muy especialmente, a estudiar a sus enemigos mediante las escaramuzas que llevaban a cabo casi a diario. Todo ello, sumado a los informes con que ya

contaba, lo había llevado a hacerse una idea bastante clara de la situación. Apoyado en su alto grado de conocimiento del terreno, el grueso del ejército *emishi* estaba formado por excelentes jinetes que empleaban la técnica de guerra de guerrillas, consistente en llevar a cabo emboscadas, ataques por sorpresa y huidas rápidas, que resultaba tremendamente eficaz contra el lento Ejército Imperial, compuesto casi exclusivamente por infantería pesada. Los jinetes *emishi* sabían disparar el arco desde sus monturas en movimiento, y después empleaban las espadas cuando resultaba inevitable el combate a corta distancia, en un estilo que recordaba mucho al utilizado por los guerreros de las estepas asiáticas.

En fechas muy recientes, el emperador Kanmu había ordenado definitivamente la abolición del sistema de levas, lo que había provocado un cambio radical en la fisonomía del ejército, que había pasado de nutrirse principalmente de campesinos reclutados a la fuerza a estar formado por guerreros mucho más profesionalizados, cedidos por los señores feudales a cambio de favores, prebendas y abundantes cantidades de dinero. La proliferación de los *shoen* había contribuido a la militarización de las élites locales, cuyos guerreros comenzaban a convertirse en las verdaderas garras y dientes del estado.

Ahora, Tamuramaro se enfrentaba al desafío de moldear el carácter de las nuevas tropas, a partir de lo cual esperaba que fuese reconocido el auténtico espíritu del guerrero japonés.

—¿Para cuándo dispondremos de todos los relevos? —inquirió Tokinobu.

—Es difícil saberlo. Los nuevos guerreros continúan llegando, pero a cuentagotas. En todo caso, no atacaremos en serio hasta que no dispongamos del número apropiado para hacer frente a los *emishi* con un mínimo de garantías.

Asimismo, Tamuramaro había establecido un requisito esencial para las tropas de refuerzo que vinieran: solo aceptaría jinetes, que a ser posible trajesen consigo sus propias monturas. El comandante había llegado a la conclusión de que únicamente derrotarían a los *emishi* luchando como ellos, imitando sus tácticas y replicando su equipamiento. Por tanto, se había propuesto conformar un ejército compuesto mayoritariamente por una numerosa caballería, pues ya sabía de la escasa eficacia que los soldados a pie tenían contra los *emishi*.

—¿Y el emperador no se impacientará si no percibe algún avance a corto

plazo?

—Tengo margen de actuación —repuso Tamuramaro, ocultando la mirada bajo sus espesas cejas—. El emperador confía en mí y no pienso dar un paso en falso. Precipitarme en mis actos sería el peor error que podría cometer.

Además de la estrategia general que había diseñado para vencer a los *emishi*, el comandante había introducido dos importantes cambios que al principio no habían estado exentos de cierta polémica. Dichos cambios los había realizado a instancias de Tokinobu, demostrando así que la decisión de haberlo elegido para el puesto de vicegeneral segundo, pese a que ni siquiera formaba parte del ejército en aquel momento, había sido un acierto en todos los sentidos.

El primero de ellos tenía que ver con las espadas que empleaban para el combate. Mientras que ellos utilizaban espadas *chokutō* —rectas—, Tokinobu había observado que los *emishi*, por el contrario, luchaban con sables curvos, mucho más adecuados para infligir daños desde el caballo, puesto que la curvatura de la hoja permitía un movimiento más fluido que aumentaba el daño producido y facilitaba la incisión. Por ello, Tamuramaro había ordenado la fabricación en masa de espadas curvas, denominadas *tachi*^[22], con las cuales debía armarse hasta el último jinete del ejército.

La segunda de sus propuestas se refería a las armaduras. Las suyas eran muy resistentes porque estaban hechas con láminas de hierro. Sin embargo, dificultaban la movilidad de los jinetes, y además se oxidaban fácilmente debido a la notable humedad del clima. En consecuencia, apostaron por el uso de armaduras de cuero, capaces de detener una flecha y de cuya ligereza se beneficiarían a la hora de combatir a caballo.

—Mira. —Tamuramaro se había girado y señalaba el camino que conducía al castillo desde la zona de dominio japonés—. Ahí vienen más refuerzos.

—Media docena de jinetes —apuntó Tokinobu.

—No son muchos, es cierto. Pero la caballería de la que queremos disponer va tomando cuerpo poco a poco.

Las condiciones del llamamiento se habían extendido por todas las provincias del imperio, y los guerreros ya se entrenaban específicamente para hacer frente a los *emishi*, priorizando el estilo de combate consistente en el manejo del arco y la flecha a lomos del caballo. De entre todos los guerreros que llegaban para engrosar las filas del ejército, una clase en concreto resaltó enseguida por encima del resto debido a sus excelentes capacidades para el

combate. Se trataba de una élite que servía a sus señores feudales no ya en calidad de simples militares contratados, sino de guardias personales con un elevado grado de lealtad y compromiso. Dichos guerreros comenzaban a ser conocidos por el nombre de «samurái»[23].

—Y, por cierto, ¿qué tal con la montura? —preguntó Tamuramaro con una sonrisa.

—Bastante bien. Mi puntería con el arco no es todavía lo suficientemente buena cuando el caballo va al galope, pero todo es cuestión de seguir practicando.

Tokenobu había tenido que aprender a montar tan pronto como llegó al castillo de Taga, pues su familia nunca había podido permitirse el lujo de tener un caballo propio. Al margen de esa carencia, su manejo tanto de la espada como del arco resultaba envidiable, tras los numerosos años de formación en la escuela de artes marciales en la que su padre lo había enrolado desde pequeño.

En ese momento, un mensajero accedió a la torre preguntando por el vicegeneral segundo, para hacerle entrega de una carta que había llegado en la correspondencia de aquel día.

Antes de cogerla, Tokenobu reconoció de inmediato la letra de Katsumi.

Radiante de alegría y con el corazón repentinamente acelerado, tomó la carta sin perder un segundo. Un crisantemo rosa ya marchito aparecía fijado al sobre. El tono de la misiva determinaba la flor elegida por el remitente, pero Tokenobu, tan poco versado como estaba en las costumbres aristocráticas, ignoraba su significado concreto. Tamuramaro, sin embargo, había nacido en el seno de una familia noble y seguro que sería capaz de decírselo.

—¿Es de tu esposa? —inquirió el comandante.

—Así es —confirmó—. Y la flor... ¿qué significa?

—El crisantemo es de color rosa, ¿verdad?

Tokenobu asintió, expectante. Pero Tamuramaro, cuya expresión se tornó más seria de lo que estaba un instante antes, se demoró en contestar algunos segundos.

—Simboliza la fragilidad de una relación amorosa... —desveló al fin.

Tokenobu se excusó y abandonó el torreón para leer la carta con el grado de intimidad que la ocasión requería.

Tras un mes en aquellas tierras, la primera carta de Katsumi había tardado en llegar más de lo esperado, circunstancia que Tokinobu había achacado a la distancia y a la dificultad de las comunicaciones. Ahora, sin embargo, ya no estaba tan seguro de que los motivos fuesen realmente aquellos.

Tokinobu se recluyó en los aposentos de que disponía en el edificio principal del castillo, que por su rango le correspondían. Se sentó en el jergón y, temeroso ahora de abrirla, observó la carta en silencio durante un lapso de tiempo indeterminado. Su alegría inicial se había transformado en incertidumbre.

Finalmente, abrió el sobre y leyó el contenido de la carta, apreciando en cada línea la pulcra caligrafía de su esposa y también la dulce fragancia que emanaba del papel. Por desgracia, la sombra de duda que anticipaba la flor de crisantemo se vio rápidamente confirmada en los primeros párrafos de la misiva. Katsumi había averiguado lo de su infidelidad con Izumi —no explicaba cómo, pero eso era lo de menos—, y decía sentirse tremendamente dolida, así como decepcionada, porque no se esperaba un engaño semejante, y menos viniendo de él.

Pero las sorpresas no terminaban ahí. La segunda parte de la carta la dedicaba por entero a contarle algo que lo dejó enormemente preocupado. Por increíble que pareciese, Fujiwara no Otomo, el *Dainagon*, había acudido a verla para hacerle un singular encargo. Al parecer, su sobrina Sayuri se había desvanecido en el bosque sin dejar el menor rastro. Pero no había sido la única. Muchos otros niños también habían desaparecido en circunstancias parecidas. Y, para colmo, se culpaba a los temibles *tengu* de estar detrás de lo ocurrido. Pues bien, Otomo le había pedido a Katsumi que investigara aquel espinoso asunto. Y lo más incomprensible de todo era que ella había aceptado su propuesta.

Tokinobu volvió a releer la carta para estar seguro de que no se le escapaba nada. Después la dejó sobre el jergón y, nervioso, se puso a caminar en círculos por la habitación. Tenía muchas cosas en las que pensar.

Para empezar, Katsumi no aclaraba si pensaba solicitar o no la anulación del matrimonio. Sin embargo, sus constantes alusiones a la decepción que le había causado, más el significado de la propia flor que acompañaba la misiva, daban a entender que cuando menos estaba considerando aquella posibilidad. Al menos parecía estar claro que, en el momento de escribir aquellas líneas, Katsumi todavía no había tomado una decisión.

Tokinobu se sentía verdaderamente mal consigo mismo tras haber herido a Katsumi sin motivo ni necesidad. Él la quería, de eso estaba ahora completamente seguro. Sin embargo, antes de ser plenamente consciente de ello había cometido un error estúpido, que podía llegar a costarle mucho más caro de lo que nunca habría creído. Pero aún no estaba todo perdido. En su mano estaba ahora hacer algo para ganarse su perdón.

El problema era la distancia. De haber estado allí, en Heian-kyō, la situación habría sido muy distinta. En persona, mirándola a los ojos y cogiéndola de las manos, Tokonibu estaba seguro de que una disculpa sincera y unas palabras de amor vertidas con sentimiento habrían bastado para que ella lo perdonase. Pero la realidad era que se hallaba en los confines del imperio y que aquella separación forzada contribuía cada día que pasaba a ensanchar todavía más la brecha que él mismo había abierto con su acto de traición.

Pese a todo, conservaba sus esperanzas intactas. Y, aunque fuese desde la otra punta del imperio, Tokinobu aún tenía la posibilidad de salvar su matrimonio si realmente se lo proponía. Para ello, escribiría una carta maravillosamente redactada en la que, además de ofrecerle a Katsumi sus más sentidas disculpas, le declararía su amor eterno e incondicional, y la agasajaría con todo tipo de piropos y galanterías. Asimismo, acompañaría la carta con un romántico *waka* cargado de hermosas palabras e ingeniosas analogías, que enternecería el corazón de Katsumi en cuanto posase sus ojos sobre el poema. Y todo ello escrito con una caligrafía de trazo impecable, para que apreciase su increíble mejoría.

Plantado en mitad de la estancia, Tokinobu dejó escapar una risa cargada de amargura. ¿A quién pretendía engañar? Él carecía de la sensibilidad estética adecuada como para escribir una carta mínimamente parecida a la que había imaginado en su cabeza. Más bien al contrario, lo que saldría de su puño y letra sería un texto vulgar y anodino, escrito con una pésima caligrafía, que en todo caso provocaría en Katsumi el efecto contrario al deseado. No, definitivamente por aquel camino no lograría nada.

Pronto llegó a la conclusión de que su mejor opción pasaba por recurrir a Oshimaro. Una breve carta bastaría para poner a su amigo al día, y pedirle que intercediese por él con el fin de salvar la delicada situación por la que su joven matrimonio atravesaba. Oshimaro era un hombre inteligente, dotado del don de la palabra y muy persuasivo cuando se lo proponía. Por todo ello,

Tokinobu estaba seguro de que si hablaba en persona con Katsumi, en su nombre, sería capaz de trasladarle todo aquel caudal de sentimientos que de ninguna manera él se veía capaz de condensar en una carta. Y, conociendo a su amigo como lo conocía, estaba seguro de que no dudaría en hacerle aquel favor.

Por otra parte, estaba el asunto de la investigación en la que Katsumi había decidido implicarse. Aquel tema le producía una enorme inquietud. Katsumi no parecía ser consciente del peligro que entrañaba meter las narices en un asunto que sonaba verdaderamente turbio, en el que ella no pintaba nada. El problema radicaba en que no podía pedirle a Oshimaro que la disuadiera de aquella idea, porque Katsumi le había prohibido tajantemente contárselo a nadie. Por tanto, si lo hiciera, estaría traicionando su confianza. Justo lo que menos le convenía en su situación actual.

Tokinobu suspiró con aire resignado. De momento, no podía hacer nada para alejarla del feo asunto en el que el *Dainagon* la había metido. Pero tenía que pensar en algo. Desde luego, no estaba dispuesto a olvidarse de aquella cuestión con tanta facilidad.

El sonido seco de varios golpes en la puerta lo arrancó de sus pensamientos. Al otro lado, un soldado raso se cuadró ante él antes de dirigirle la palabra con el respeto que se le debía a un oficial superior.

—Señor, vuestra presencia es requerida en el campo de instrucción.

—Voy enseguida —replicó. Y, antes de abandonar la habitación, se dijo a sí mismo que escribiría a Oshimaro aquella misma noche.

Katsumi ya disponía por fin de toda la información necesaria para llevar a cabo la investigación acerca de los niños desaparecidos.

Fujiwara no Otomo había tardado más tiempo del previsto en proporcionársela, porque recabar todos los datos había resultado algo más complejo de lo esperado en un principio. En algunos casos, las víctimas pertenecían a aldeas tan remotas de la provincia que no todos sus habitantes figuraban en los registros. Y, por otro lado, tampoco había resultado sencillo determinar las fechas exactas en que los hechos habían acontecido, pues ya habían transcurrido más de tres años desde que los primeros raptos hubiesen tenido lugar. En cuanto a los fondos para los gastos y el carruaje para los desplazamientos, ya se hallaban a su entera disposición.

Con toda la información, Katsumi abordó la investigación del mismo modo que si fuese a escribir uno de sus relatos, y procedió a planificar con gran detalle todos y cada uno de los pasos a seguir. En un mapa de la provincia señaló las aldeas afectadas, las localizaciones aproximadas donde las desapariciones se habían producido y las fechas en que estas habían tenido lugar. Después, en función de los emplazamientos y las distancias, estableció el orden más conveniente para realizar las visitas. Y, por último, plasmó en un papel la relación de preguntas que tomaría como base para efectuar los interrogatorios de familiares y testigos.

Katsumi le había confesado a su padre lo que se proponía llevar a cabo, porque de lo contrario le habría sido imposible justificar sus ausencias.

—¡Es un disparate!

Satoru se había manifestado desde el principio en contra de aquella idea.

—¿No me ves capaz de lograrlo?

—No es eso. Lo único que digo es que este asunto podría entrañar mucho más peligro del que te imaginas.

—Soy consciente de ello. En todo caso, es fundamental que guardes el

secreto.

—Lo haré, por eso no te preocupes. Pero tú deberías renunciar al encargo del *Dainagon*. O, mejor aún, deberías hacerle creer que vas a seguir adelante con la investigación, aunque luego no sea cierto. Así evitarías oponerte abiertamente a los deseos de un hombre tan poderoso.

—Padre, no pienso engañar a nadie. Además, Otomo no me ha presionado en modo alguno. Yo he aceptado voluntariamente y pienso tomarme el asunto muy en serio. —Y, tras dicha aclaración, zanjó la cuestión de una vez para siempre.

Además, Katsumi también se lo había contado a Tokinobu, cuando por fin se había decidido a escribirle. En teoría, no tendría que habérselo dicho. Sin embargo, Katsumi no deseaba que hubiese secretos entre ella y su marido, pese a que aún no tenía claro si quería o no seguir adelante con su matrimonio. En la carta que le había escrito había sido deliberadamente ambigua, limitándose a describirle cómo se sentía y a hacerle saber el daño que su infidelidad le había producido. El futuro de la relación seguía pendiendo de un hilo, y su continuidad dependería en buena medida de lo que Tokinobu hiciese a partir de ahora.

Fue entonces, a punto ya de comenzar su investigación, cuando recibió una invitación de Oshimaro para que acudiese a verlo al día siguiente. El asunto, aunque no lo mencionaba expresamente, tenía que estar de un modo u otro relacionado con Tokinobu. Por ello, Katsumi aceptó la invitación sin dudarle un segundo. Cabía la posibilidad de que Oshimaro hubiese recibido alguna noticia acerca de la guerra de la que ella no estuviese al tanto.

Tan pronto como llegó a la mansión de Oshimaro, un esmerado sirviente condujo a Katsumi hasta el salón principal. Allí la recibió su esposa, a la que ella había conocido fugazmente el día de la boda. La mujer, exhibiendo en todo momento una sonrisa cordial, ejerció de anfitriona con gran diligencia y le enseñó el lujoso hogar en el que plácidamente convivía con su marido. Durante algunos minutos mantuvieron una charla trivial, hasta que finalmente Oshimaro apareció en escena y saludó a Katsumi derrochando afecto y simpatía. Después su esposa se retiró y ellos dos se quedaron por fin a solas.

—Demos un paseo por el jardín —propuso Oshimaro—. Hace una magnífica temperatura a esta hora de la tarde.

—Me parece bien.

Durante la siguiente media hora, Oshimaro acaparó la conversación y la centró en el *takimono awase*, que acababa de ganar por cuarto año consecutivo. El poderoso noble se sentía exultante y no cabía en sí de orgullo. Pronto, el mismísimo emperador volvería a recibirlo en audiencia privada para reconocerle su maestría en el arte de la elaboración de fragancias y perfumes. Katsumi lo felicitó, pero tras llevar un buen rato escuchándolo hablar acerca de los detalles del certamen y de las bondades de la fragancia ganadora, decidió interrumpirlo porque aquel no era el motivo por el que había acudido hasta allí.

—Disculpa, Oshimaro, pero ¿tienes noticias acerca de la guerra? ¿Tokinobu está bien?

—¡Ah! Pero qué torpeza por mi parte. Ahora me doy cuenta de que tendría que haber empezado por ahí —admitió—. Y, quédate tranquila, la guerra atraviesa ahora por un momento tranquilo.

—Es un alivio.

Caminaban de forma paralela al riachuelo que desembocaba en el estanque artificial. Los patos mandarines entorpecían sus pasos, graznaban machaconamente para pedir comida, y los más miedosos se escondían bajo el sauce que dominaba el paisaje de aquel sector del jardín.

Cuando Oshimaro volvió a hablar, su tono de voz había adquirido un matiz mucho más adusto.

—Katsumi, hasta ahora me había ido por las ramas porque el asunto que tengo que tratar contigo no resulta sencillo. Lo mejor, por tanto, será que vaya directamente al grano: estoy al corriente de la infidelidad de Tokinobu.

Por un instante, Katsumi bajó la mirada como si fuese ella la que tuviese algo de lo que sentirse avergonzada.

—¿También has escuchado los rumores?

—No. El propio Tokinobu me lo contó antes de marcharse. Y hace dos días recibí una carta suya en la que me pedía que te lo explicara.

Katsumi se sintió decepcionada. En lugar de contestar a su carta, Tokinobu había preferido dejar que su amigo lo defendiese.

—Entiéndelo —prosiguió Oshimaro como si le hubiese leído la mente—, Tokinobu no se veía capaz de plasmar en una carta las explicaciones que te mereces, ni tampoco de expresar todo lo que siente. Bien sabes que las palabras nunca han sido su fuerte.

—No me interesa oír sus excusas —repuso Katsumi, dolida—. Su engaño ha sido tan mezquino que no se merece que lo perdone.

—Espera a conocer toda la historia —pidió Oshimaro—. Lo primero que debes saber es que Izumi, la mujer con la que Tokinobu te engañó, es una dama increíblemente bella cuya principal afición consiste en flirtear con tantos hombres como pueda y manejarlos a su antojo.

—Ya lo sabía. Y, desde luego, eso no me supone ningún consuelo.

—No he terminado. También deberías saber que Tokinobu e Izumi ya se conocían. Y, aunque nunca llegaron a intimar, la verdad es que él siempre se había sentido muy atraído por ella.

—Como excusa, me parece de lo más pobre.

—Y, más importante aún —continuó Oshimaro sin dejarse influir por la evidente actitud hostil a la que se enfrentaba—. Fue ella la que lo sedujo a él.

Katsumi se detuvo y se cruzó firmemente de brazos.

—¿Es que acaso Tokinobu no pudo simplemente haberla rechazado?

—Por supuesto que sí. Y no te imaginas lo mucho que después lamentó no haberlo hecho. Pero tampoco seamos hipócritas. Todo el mundo sabe que, en lo tocante al sexo, los hombres perdemos la cabeza con extraordinaria facilidad. Forma parte de nuestra naturaleza.

—¿Y se supone que eso ha de hacerme sentir mejor?

—No, pero saber exactamente lo que pasó te ayudará a ver las cosas con cierta perspectiva.

Katsumi reanudó el paso mientras negaba con la cabeza. Acababan de dejar atrás el pabellón que Oshimaro se había hecho construir, donde, gracias al alambique que había importado de China, lograba extraer la esencia de todo tipo de materias primas, cuyo uso le había permitido elaborar mezclas tan originales que lo habían catapultado hacia un éxito sin precedentes.

—Al menos podía haber tenido la honestidad de haberme confesado su error —argumentó más enfadada aún que al principio.

—Eso fue culpa mía —aclaró Oshimaro de inmediato—. Tras lo ocurrido, Tokinobu no sabía qué hacer y vino a verme para que lo aconsejara. Él estaba dispuesto a contártelo. Sin embargo, yo lo disuadí. En aquel momento no me pareció una buena idea que te confesara una infidelidad cuando estaba a punto de marcharse.

Superada por la angustia de la situación, Katsumi no pudo evitar que lágrimas de amargura acudiesen a sus ojos.

—Cálmate, por favor —rogó Oshimaro, consolándola con delicadeza—. Tokinobu me ha pedido que te diga que se siente profundamente arrepentido. Y te pide perdón por el daño que te ha causado.

Katsumi habría preferido mil veces que Tokinobu le hubiese escrito directamente a ella para decirle todo eso. Recurrir a un intermediario para que hablase en su nombre decía muy poco de él. A ella no le hubiese importado en absoluto ni su desmañada forma de expresarse ni su torpe caligrafía. Jamás lo hubiese juzgado por eso. De hecho, le hubiese impactado mucho más haber recibido una carta escrita de su puño y letra que escuchar sus razones a través de un amigo.

—Y eso no es todo. ¿Sabías que Tokinobu te ama de verdad, de corazón?

—¿Eso también lo dice en la carta que te ha escrito? —inquirió Katsumi tras haber sofocado el llanto.

—En la carta no, pero me lo dijo en persona antes de irse. Puedes creerme. Te lo juro. Y si tú no sintieses lo mismo por él, tampoco estarías llorando ahora mismo. ¿Me equivoco?

Katsumi guardó silencio. Su expresión ausente no resultaba fácil de descifrar.

—Personalmente, te pido que seas comprensiva con él. Y, sobre todo, no cometas el error de solicitar la anulación de vuestro matrimonio. Al contrario, si buscas en el fondo de tu corazón, estoy seguro de que no te costará demasiado trabajo perdonarlo. Tokinobu es un buen hombre, aunque en este caso se haya equivocado.

—Yo... todavía no he decidido nada...

—Eso está bien. Las decisiones precipitadas siempre traen malas consecuencias. Y ¿sabes qué? —añadió Oshimaro en tono enigmático—. Tengo una sorpresa preparada para ti. Se trata de un acontecimiento muy especial al que me gustaría que me acompañases. Te encantará. De eso estoy seguro. Y además podrás presenciarlo en primerísima fila. No puedes negarte.

—Pero... si ni siquiera sé de lo que estás hablando —objetó.

—Si te comprometes a venir, te lo contaré. ¿Hay trato?

Oshimaro, como director del Departamento de Ocio y Espectáculos, organizaba o aprobaba todas las actividades que podían englobarse dentro de dicho ramo, y que se llevaban a cabo en el interior de la ciudad. Y aquella

misma tarde se daba la particularidad de que se estrenaba una nueva representación teatral a la que asistiría como invitado de honor.

Katsumi, finalmente, había aceptado acompañarlo, no solo por su insistencia, sino muy especialmente porque ella adoraba las artes escénicas, y una oportunidad como aquella no se presentaba muy a menudo. A Katsumi no se le escapaba que el propósito de Oshimaro era conseguir sacarla de su casa, de la que apenas había salido durante las últimas semanas, para que distrajese la mente por un rato y poco a poco fuese dejando atrás el mal trago por el que estaba pasando. En todo caso, saberlo no le molestaba. De hecho, que Oshimaro se tomase tantas molestias por ayudar a Tokinobu decía mucho en favor de la sólida amistad que había entre el acaudalado aristócrata y su marido.

La obra teatral era de origen budista y se representaba en el área situada frente a uno de sus templos, que servía de escenario sin que se utilizase telón ni escenografía, salvo por algunos elementos menores. La representación, además de entretener, buscaba también ofrecer una moraleja derivada de su significado religioso. Se desplazaron cómodamente en el carruaje de Oshimaro, en cuyo pescante, además del guía de los bueyes, también viajaba Yoshitomo, el curtido escolta que jamás se separaba del lado de su señor.

Cuando llegaron, el lugar ya se hallaba abarrotado de público, lo que no supuso un problema para Oshimaro, al que condujeron hasta una especie de palco de autoridades reservado a los representantes públicos y a ciertas personalidades religiosas. Katsumi quedó relegada a una esquina, detalle que no le importó lo más mínimo. Al contrario, así podría concentrar toda su atención en el espectáculo sin que nadie la molestase.

La música comenzó a sonar y fue la señal para que la audiencia dejase de hacer ruido. Los intérpretes salieron a escena entre los aplausos del público. Los actores no solo interpretaban a seres humanos, sino también a animales y a criaturas demoniacas, para lo cual se valían de enormes máscaras que les cubrían la cabeza por completo. Dotadas de gran realismo, las máscaras constituían auténticas obras de arte en sí mismas, y reflejaban expresiones faciales exageradas con el fin de imprimir a cada personaje un carácter malvado o bondadoso. Los músicos utilizaban cuatro tipos de instrumentos: la flauta, los címbalos, un par de pequeños gongs y un tambor situado en primer plano.

La obra contaba la historia de la hermosa hija de un rey chino a la que el

villano, interpretado por un actor que llevaba la máscara de un horrible demonio, secuestraba tras golpearla con un bastón con forma de falo, al tiempo que ejecutaba una impetuosa danza erótica. En realidad, toda la obra consistía en una danza tras otra, a través de cada una de las cuales se expresaban las emociones de los personajes y se conducía la narración. También aparecía un león, interpretado por dos personas, o el *karura*, una criatura con cuerpo humano y rostro de águila, basada en una divinidad hindú —Garuda— que se había transmitido a Japón a través del budismo.

Al final de la obra, el héroe, un luchador cuya máscara sugería determinación y fortaleza, derrotaba al villano en un combate a muerte simbolizado por una danza frenética en la que los músicos se empleaban a fondo. La pieza, de forma evidente, condenaba la lujuria como fuente del deseo, que los budistas señalaban como uno de los principales obstáculos para alcanzar la Iluminación.

Katsumi aplaudió a rabiar al concluir el espectáculo, del que había disfrutado como una niña. Verdaderamente, durante hora y media había logrado evadirse de sus problemas y se había reencontrado con el talento artístico que el ser humano era capaz de cultivar en sus más variadas formas y facetas. ¡La actuación la había inspirado tanto que habría deseado ponerse a escribir en ese mismo instante! También había tenido su gracia que el tema de la obra girase en torno a la lujuria, que precisamente había probado ser el punto débil de Tokinobu y la causa de su desliz. Aquel detalle, sin duda, debió de habersele escapado a Oshimaro, que de haberlo sabido parecía muy poco probable que la hubiese invitado a aquella obra en concreto.

En ese momento, Oshimaro regresó junto a ella tras despedirse de las personalidades civiles y religiosas más importantes que se encontraban allí.

—Y, dime, querida Katsumi, ¿acaso la obra no te ha parecido magnífica?

—Tenías toda la razón —repuso ella con una sonrisa—. Y te agradezco mucho que me hayas arrastrado hasta aquí. Admito que me hacía mucha falta.

—Pues ya me ocuparé de que no sea la última. Y ahora, volvamos al carruaje. Nos acompañará un buen amigo mío al que he invitado a cenar: Minamoto no Yukizane, un alto cargo de la Corte Imperial.

Yukizane resultó ser un sexagenario de pelo encanecido que no le prestó a Katsumi mayor atención. Lejos de importarle, ella agradeció poder refugiarse en sus pensamientos en tanto los dos hombres se enzarzaban en un debate a cuenta de la reciente reforma fiscal.

Prácticamente había anochecido, y Katsumi se dedicó a contemplar el paisaje de la ciudad a través de la ventanilla, mientras el carruaje se desplazaba muy despacio y sus grandes ruedas aplastaban las boñigas de las bestias de tiro y la fruta podrida que los mercaderes habían desechado durante el día. Salvo por las avenidas principales, el resto de las calles se hallaban casi desiertas, pues el frío y la creciente inseguridad empujaban a la población a guarecerse en sus hogares. Incluso la luna parecía reacia a mostrarse en toda su plenitud.

De repente, poco después de internarse en una estrecha calle, los bueyes se pararon de golpe y el carruaje puso fin a su monótono vaivén. Katsumi asomó la cabeza para averiguar qué ocurría.

—Hay un tronco en mitad de la calzada que nos impide proseguir —dijo extrañada.

Yukizane abrió los ojos como si se le fuesen a salir de las órbitas, y se puso en alerta de inmediato.

—Es una trampa —afirmó—. Tengo que escapar ahora mismo de aquí.

Sin añadir nada más, Yukizane descendió del vehículo, seguido de Oshimaro, que no entendía nada de lo que estaba pasando. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Cuatro hombres encapuchados se habían situado de forma estratégica para impedirles el paso. Dos se hallaban delante del carruaje, y los otros dos detrás. No tenían posibilidad alguna de huir.

—Vienen a por mí —confesó Yukizane—. Son esbirros contratados por los Taira. Me la tienen jurada. Nuestras familias llevan años enfrentadas y la rivalidad entre ambos clanes pasa ahora por su momento más delicado. Pero no te preocupes, Oshimaro. Ni a ti ni a la joven os harán ningún daño. El único pellejo que les interesa es el mío.

—Descuida, Yukizane —replicó Oshimaro sorprendentemente tranquilo—. Te garantizo que a ti tampoco te ocurrirá nada malo.

En ese mismo instante, Yoshitomo saltó del pescante y adoptó una guardia alta, con la punta de la espada señalando a la pareja de sicarios situada frente a los bueyes. Entonces, el experimentado guerrero dio un paso adelante y, tomando la iniciativa, se lanzó sobre el esbirro de la derecha, al que cogió desprevenido porque no se esperaba que un solo individuo fuese a hacerles frente. Yoshitomo alzó su arma por encima de la cabeza y descargó un primer golpe de arriba abajo con todas sus fuerzas, que su adversario logró detener a costa de sostener la empuñadura de la espada con las dos manos. Del segundo

sablazo, sin embargo, ya no pudo defenderse. Yoshitomo ejecutó el movimiento con tanta rapidez que segó el vientre de su enemigo de lado a lado cuando este aún no se había repuesto de la primera embestida.

Su compañero, que había tardado unos instantes en reaccionar, ya se abalanzaba sobre Yoshitomo para asestarle un brutal golpe circular destinado a sajarle la cabeza. El guerrero, sin embargo, se agachó para esquivar el mandoble y, sin dar tiempo al sicario a reaccionar, le hundió la espada en el abdomen hasta que la punta le salió por el otro extremo.

En apenas un minuto, ya había dejado fuera de combate a dos de los cuatro asaltantes.

La pareja que se había situado en la parte trasera para evitar la posible huida de su objetivo se sumó a toda velocidad a la lucha en cuanto se dieron cuenta de lo que pasaba. Yoshitomo los estaba esperando y contuvo sus ataques pese a que ambos secuaces lo hostigaban a la vez. Se produjo un intercambio de golpes, rápido y preciso. Las espadas vibraban con cada estocada, pero los sicarios no lograban abrir el menor resquicio en la defensa de su adversario. Yoshitomo resistía las embestidas de sus rivales sin necesidad de esforzarse demasiado, y tan solo aguardaba el momento oportuno para lanzar el contraataque. Finalmente, ese momento se presentó cuando uno de ellos bajó ligeramente la guardia y, antes siquiera de darse cuenta, ya tenía el cuello abierto y la vena yugular seccionada por la mitad.

El último de los esbirros que todavía quedaba en pie, al ver que se había quedado solo, giró sobre sí mismo y salió corriendo como alma que lleva el diablo, perdiéndose al doblar la calle en la inmensa oscuridad que se cernía sobre Heian-kyō.

Neutralizado el peligro, Oshimaro retomó de inmediato el control de la situación.

—Vamos, Yukizane. Sube de nuevo al carruaje. Te pondré a salvo ahora mismo.

—Gracias —repuso este, secándose con la mano una capa de sudor frío que le perlaba la frente—. Me has salvado de una muerte segura.

Katsumi, que había permanecido en todo momento dentro del vehículo, se asomó cautelosamente por la ventanilla. La huella del miedo aún se reflejaba con meridiana claridad en su rostro cetrino.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto, Katsumi —se disculpó Oshimaro, como si lo ocurrido hubiese sido culpa suya—. Enseñada te dejaré

en tu casa. Te lo prometo.

Mientras tanto, entre Yoshitomo y el cochero ya se habían encargado de retirar el tronco que bloqueaba el camino.

Oshimaro se dirigió entonces a su guardaespaldas.

—Buen trabajo —lo felicitó—. La Guardia Ciudadana no tardará en llegar. Quédate aquí junto a los cadáveres y explícales lo que ha ocurrido. ¿De acuerdo?

Yoshitomo asintió con toda la tranquilidad del mundo, como si la gesta que acababa de llevar a cabo se tratase de un acto cotidiano. La respiración ya había recuperado el ritmo acostumbrado y su expresión no reflejaba el menor rastro de la tensión de la reciente lucha.

—Esos matones sabían defenderse, pero en modo alguno eran especialmente duchos con la espada —dictaminó el guerrero.

Oshimaro se montó en el carruaje y le indicó al guía de los bueyes que reiniciase la marcha. Cuanto antes llegasen a sus casas, antes dejarían atrás aquel desagradable incidente.

Asatori se hallaba en la frontera nordeste del país, junto al resto de monjes *sōhei* que se habían desplazado hasta allí para proteger los templos y monasterios budistas de los saqueos de que habían sido objeto por parte de los *emishi*.

El destacamento estaba integrado por un millar de efectivos cuya sola presencia había bastado para alejar a los bárbaros extranjeros de aquella franja de terreno, donde hasta entonces se habían creído dueños de hacer lo que quisieran. Por el momento, no se habían producido enfrentamientos, más allá de algunas escaramuzas aisladas para medir las fuerzas, que a los *emishi* les habían servido para darse cuenta de que los monjes guerreros eran mucho más temibles que las tropas regulares del Ejército Imperial.

Aquella mañana, Asatori y Norimitsu realizaban una patrulla rutinaria en torno a un bosque de pinos situado al sur del campamento. Aunque llevaban varias semanas sin avistar un solo guerrero enemigo, no debían confiarse por ello. Los *emishi* eran valerosos, escurridizos, y no necesitaban mucho para llevar a cabo un ataque sorpresa sobre un enclave estratégico, para desaparecer después en cuestión de segundos. Los monjes debían permanecer alerta y no bajar la guardia bajo ningún concepto. A nadie se le escapaba que un exceso de confianza podía costarles tremendamente caro.

El cielo reflejaba un tono azul claro muy poco frecuente en aquella época del año, salpicado de nubes blancas que parecían estacionarias porque no corría ni un solo soplo de aire. Asatori y Norimitsu se desplazaban a pie, entre los pinos y los arbustos silvestres que festoneaban los senderos naturales. La luz del sol, tamizada por las hojas y las ramas de los árboles, se proyectaba sobre la floresta configurando un lienzo de tonos llameantes que impregnaba hasta la última brizna del bosque bajo. El atuendo de los muchachos se correspondía con el inconfundible uniforme de los monjes *sōhei*: túnica blanca con capucha, una armadura de cuero a la altura del pecho y la *naginata* a

modo de lanza como arma de guerra.

—¿Te acuerdas del momento en que nos dijeron que nos enviaban aquí? —inquirió Norimitsu como si evocase un recuerdo muy lejano—. Confieso que sentí un miedo espantoso.

—¡Cómo olvidarlo! Consideraste incluso la posibilidad de marcharte sin decir nada.

—Es cierto, pero enseguida me di cuenta de que habría sido un error. Además, tampoco podía volver a Heian-kyō, si no quería correr el riesgo de que las autoridades me atraparan.

—Cuando la Guardia Ciudadana apareció en el monasterio siguiendo tu pista, recuerdo que casi te lo haces encima —rememoró Asatori con cierta sorna—. La cara se te puso blanca como la nieve.

—Pensé que era el fin. Me habrían encerrado en prisión durante no sé cuántos años por un maldito robo que para colmo salió mal.

—Pero Naoko te cubrió las espaldas. Algo que por aquel entonces jamás me habría imaginado, la verdad.

—Yo tampoco. Y, pese a lo duro que era con nosotros, ahora lo echo de menos. —Su instructor en el monasterio del monte Hiei no formaba parte del destacamento desplazado a la zona de conflicto—. Y ahora, ya ves —continuó Norimitsu—, ni siquiera hemos tenido que luchar ni una sola vez. Al final no ha sido para tanto.

—Por el momento, pero el peligro sigue siendo muy real.

—Se rumorea que el Ejército Imperial emprenderá dentro de poco un gran ataque contra los *emishi*. Y si salen victoriosos, eso nos daría a nosotros la oportunidad de volver.

—Es cierto, pero más vale que te hagas a la idea de que por ahora no nos moveremos de aquí.

La amistad entre Asatori y Norimitsu, que surgió mientras se adiestraban en el monasterio, se había estrechado aún más durante su estancia en el campamento fronterizo, hasta el punto de que ambos muchachos eran uña y carne. Por ello, rara vez se separaban, ya les tocaba entrenar, patrullar u orar por las tardes.

Norimitsu había ganado cuerpo y músculo a partes iguales, y ya no quedaba ni rastro del enclenque muchacho que había acudido a los budistas pidiendo ayuda. También se había convertido en un guerrero capaz y entregado, y había adquirido una gran fe en Buda y sus enseñanzas religiosas. Tras una

complicada juventud marcada por la delincuencia y la pobreza, Norimitsu había logrado por fin encarrilar su vida.

Asatori, por su parte, seguía mejorando día a día las extraordinarias cualidades que poseía para la lucha, aunque evitaba hacer ostentación alguna de ello. Su estancia junto al *yamabushi* y las enseñanzas que este le había transmitido continuaban siendo un secreto, incluso para el propio Norimitsu, con quien tanto compartía.

—Pronto llegaremos al claro que tanto te gusta —comentó Asatori—. ¿Te parece que hagamos un alto allí?

—Desde luego.

Aquel bosque no tenía secretos para ellos, tras haberlo recorrido en numerosas ocasiones por si detectaban la presencia de algún explorador enemigo. El calvero al que se referían, por el que discurría un pequeño arroyo junto al que solían tomarse un respiro, o incluso entonar ocasionalmente alguna oración, se abría en mitad del pinar como la tonsura en la coronilla de un monje cristiano. Nada más llegar, sin embargo, algo fuera de lo normal les llamó inmediatamente la atención.

—¿Has visto eso? —señaló Asatori.

En mitad del claro, los restos de una hoguera todavía resultaban claramente visibles.

—Es muy reciente —comentó Norimitsu tras comprobar que los rescoldos aún estaban calientes.

—Y fíjate en la hierba aplastada. Hay pisadas por todas partes.

—Aquí había más personas que dedos tiene una mano. Y todo parece indicar que han pasado la noche en este lugar.

Asatori se acercó hasta el arroyo e hizo un hallazgo más contundente aún. La orilla estaba repleta de huellas equinas.

—No me gusta cómo pinta esto —afirmó.

—¿Crees que los *emishi* han estado aquí?

—Parece lo más probable. Además, todavía podrían andar bastante cerca. Deberíamos volver e informar ahora mismo.

—Estoy de acuerdo contigo —convino Norimitsu—. Regresemos al campamento para dar la voz de alarma.

En ese mismo momento, no muy lejos de allí, Tokinobu y Tamuramaro

ascendían por la ladera de un altozano a lomos de sus respectivos caballos para reconocer el terreno. Por descontado, el ejército nipón contaba con sus propios exploradores, pero de vez en cuando los propios mandos se encargaban de corroborar de primera mano sus informes, pues solo de ese modo podían interpretar los mapas de forma adecuada. Aquella área se hallaba completamente asegurada, y hacía bastante tiempo que ningún bárbaro se dejaba ver por allí. Por tanto, en principio, ni el comandante en jefe ni el vicegeneral segundo corrían peligro alguno.

Mientras cabalgaban, Tokinobu estaba enfrascado en sus propios pensamientos.

Recientemente, había recibido una carta de Oshimaro que había conseguido devolverle cierta tranquilidad de espíritu. Su amigo le explicaba que había encontrado a Katsumi triste y decepcionada, pero que después de hablar con ella creía haber logrado enderezar la situación. Desde su punto de vista, Katsumi necesitaba más tiempo para perdonarlo, pero al menos no parecía probable que por el momento fuese a separarse de él.

Tokinobu se debatía ahora entre escribirle una carta a su esposa o dejar que fuese ella la que lo hiciese en respuesta a las explicaciones que Oshimaro le había dado por él. Por el momento, prefería no tener que llevar la iniciativa, por miedo a cometer algún error. Pero si pasaba demasiado tiempo sin recibir noticias de Katsumi, tendría que echar mano del pincel y escoger las palabras más adecuadas para retomar la comunicación.

Por otra parte, a Tokinobu le seguía preocupando el asunto de la investigación acerca de los niños desaparecidos que Katsumi había iniciado. Oshimaro no lo mencionaba en su carta, de lo que se deducía que ella no se lo había contado. Si lo hubiese hecho, estaba seguro de que su amigo habría tratado de convencerla para que no se implicase en aquel delicado asunto. A Tokinobu le parecían tan peligrosos los *tengu* como ciertos seres humanos que de igual forma ocultaban un monstruo en su interior. De un modo u otro, Katsumi estaba asumiendo un riesgo innecesario, y no podía evitar sentirse preocupado por la situación.

Cuando alcanzaron la cumbre del altozano, detuvieron la marcha de los caballos y se dedicaron a contemplar desde sus monturas la espléndida panorámica de que se gozaba desde aquella posición. En la lejanía, en dirección noroeste, se distinguía claramente el campamento que los monjes *sōhei* habían levantado. Tamuramaro se había reunido con sus líderes en

varias ocasiones para intentar conformar una alianza. Si unían sus fuerzas, podían lanzar un ataque conjunto contra los *emishi* capaz de causar estragos. Tamuramaro especificó además que no precisaba de todo el ejército budista, sino tan solo de su legión de jinetes. Con todo, los monjes *sōhei* rehusaron luchar junto al Ejército Imperial, alegando que su presencia allí obedecía únicamente a labores defensivas.

A continuación, Tokinobu llamó la atención de su comandante y señaló el bosque que tenían delante, cuyo follaje se extendía hasta el pie del altozano.

—En mitad de aquel claro hay un par de monjes *sōhei* —indicó—. ¿Los ves?

Aunque a tamaño reducido por la distancia a la que se hallaban, debido a su inconfundible atuendo se les podía reconocer con facilidad.

—Es cierto. Deben de estar haciendo una ronda de vigilancia.

Un segundo después, Tamuramaro advirtió el brillo de un casco moverse entre la espesura. Las copas de los árboles, sin embargo, le impidieron apreciar con mayor claridad la identidad de su portador.

—¡Tokinobu! —exclamó—. ¡Allí!

Ambos aguzaron la vista. Y, entre el follaje, vislumbraron las siluetas de un grupo de jinetes tocados con sus correspondientes cascos de guerra.

—No pueden ser de los nuestros —terció Tamuramaro.

—No lo son —replicó Tokinobu—. Y, desde luego, tampoco son monjes *sōhei*. Lo cual solo nos deja una opción...

—No me lo explico. ¿Qué hace una patrulla *emishi* por estos lares?

—Lo ignoro, pero se dirigen al claro donde se encuentran los monjes. ¿Acudimos en su ayuda para sacarlos de allí?

—Ya es demasiado tarde. Prácticamente los tienen encima.

Asatori y Norimitsu estaban a punto de abandonar el claro cuando en ese momento sintieron retumbar el suelo, y el sonido de cascos de caballo llegó hasta ellos con total nitidez. Quienesquiera que se hubiesen ocultado allí estaban ahora de regreso.

El peligro era inminente y debían salir corriendo rápidamente sin volver la vista atrás. Si se daban prisa, aún podían huir en la dirección opuesta y perderse entre la vegetación. Desafortunadamente, no les dio tiempo a hacerlo.

Un zumbido vibró en el aire como el bisbiseo de una serpiente venenosa, y

la flecha portadora del letal sonido surcó la atmósfera a toda velocidad. Norimitsu sintió que el proyectil se le clavaba en el cuello y lo atravesaba de lado a lado. Se derrumbó en el suelo y comenzó a regurgitar sangre por la boca, tratando en vano de atajar la hemorragia con las manos al mismo tiempo que la vida se le escapaba entre los dedos.

Una segunda flecha salió disparada con tanta saña como la primera, y con la misma intención de matar. Para entonces, Asatori ya se había transformado y sus cinco sentidos —más el sexto que había desarrollado— habían llevado a cabo una rápida radiografía de la situación. El zumbido que anticipaba la llegada de la saeta que en ese instante atravesaba el aire no solo lo advirtió de la amenaza, sino que también le permitió saber de dónde partía y la altura que llevaba. Asatori, en consecuencia, se agachó a toda prisa y el proyectil que prometía impactarle en plena cara le pasó ligeramente por encima, y fue a clavarse en el tronco de un árbol que quedaba a su espalda.

Acto seguido, se inclinó sobre su amigo para ver cómo se encontraba. Si la herida no era mortal, intentaría salvarlo y cargaría con él hasta el campamento si hacía falta. Por desgracia, enseguida comprobó que agonizaba. Norimitsu estaba empapado en sangre, que le manaba a borbotones de la garganta y le caía por el pecho y los brazos. Boqueaba como tratando de aprehender el oxígeno que sus pulmones demandaban. Y miraba al cielo con un miedo infinito, reflejado en sus pupilas dilatadas.

—No te mueras —gimoteó Asatori.

Momentos después, Norimitsu cerraba los ojos y espiraba su último aliento en los brazos de su amigo.

Ya no hubo tiempo para más, porque en ese mismo instante los jinetes *emishi* irrumpieron en el claro donde hasta hacía tan solo un rato habían estado descansando en torno a una hoguera. Los guerreros descendieron de sus monturas e intercambiaron algunas frases que Asatori fue incapaz de entender. Los *emishi* hablaban su propia lengua, y aquellas palabras le sonaron a ladridos aviesos. En todo caso, parecía claro que pensaban matarlo para no dejar testigos de su furtiva presencia allí.

Asatori los observó. Eran rechonchos pero extremadamente fuertes, y todos lucían una poblada barba que les cubría buena parte de la cara. Sumaban un total de diez. Intentar huir no tenía sentido, porque él habría tenido que hacerlo a pie y sus perseguidores se habrían servido de sus caballos para darle caza fácilmente. Uno de ellos, el que había acabado con Norimitsu disparando

desde su montura, se jactó de su puntería y se rio a mandíbula batiente. Los demás lo imitaron a coro un instante después.

Una oleada de furia recorrió el cuerpo de Asatori y un irrefrenable deseo de venganza se apoderó de su espíritu. Antes de que acabaran con él, vendería muy cara su derrota. Dejó con delicadeza la cabeza de Norimitsu en el suelo y, tras situarse a escasos metros del que parecía ser el cabecilla, adoptó una guardia a media altura y se preparó para combatir. Ni siquiera llevaba un arma, porque se había dejado la *naginata* a orillas del arroyo.

Los *emishi* se miraron entre sí, tras lo cual estallaron en carcajadas ante la imagen de aquel muchacho, que, en lugar de suplicarles, se había envalentonado y pretendía hacerles frente. Ahora no solo lo aniquilarían, sino que además se divertirían un rato haciéndole sufrir.

Desde la cumbre del altozano, Tokinobu y Tamuramaro contemplaban la escena con denodado interés. Una patrulla enemiga había logrado infiltrarse en territorio controlado con la intención más que probable de llevar a cabo ataques selectivos, que tan buenos resultados les habían dado con anterioridad.

—¿Te has fijado en cómo ese monje *sōhei* ha esquivado la flecha destinada a acabar con él? —terció Tamuramaro—. No se agachó por casualidad. De algún modo que no me explico tuvo que verla venir.

—O ha tenido suerte, o desde luego posee unos reflejos extraordinarios —repuso Tokinobu.

El comandante colocó su mano a la altura de la frente a modo de visera, para protegerse la vista del sol y escudriñar el horizonte con mayor nitidez.

—Y ahora ¿qué hace? Estaba seguro de que trataría de huir campo a través. Tampoco es que hubiese llegado muy lejos, pero quedarse supone firmar su sentencia de muerte.

—¿Se dispone a luchar! —exclamó Tokinobu—. No sé si ese monje *sōhei* está o no en su sano juicio, pero desde luego no le faltan agallas.

—Lo despedazarán como a una pieza de caza.

—Quizás deberíamos ayudarlo...

—Me gustaría. Sin embargo, si te has parado a contarlos, supongo que te habrás dado cuenta de que conforman una decena. Son demasiados, Tokinobu. Todo lo que conseguiríamos sería que nos matasen a nosotros también.

—¿Y no hemos venido a eso? ¿A librar una guerra? ¿A matar o morir?

—Precisamente por eso, porque nosotros estamos al frente de la guerra, no podemos arriesgar nuestras vidas por una causa tan insignificante. Hemos adquirido una responsabilidad con el ejército y con el propio emperador. Y solo si seguimos vivos seremos capaces de cumplirla.

Tokinobu lo comprendía. Aun así, le hervía la sangre al quedarse de brazos cruzados mientras los malditos *emishi* se salían con la suya. Inconscientemente, se había llevado la mano a la empuñadura de la espada y la apretaba con todas sus fuerzas.

Situado en posición de ataque, Asatori continuaba desafiando a sus adversarios con una evidente expresión de odio grabada en el rostro.

Los bárbaros se burlaban y se reían a carcajadas, hasta que finalmente el cabecilla pidió a los demás que se apartaran y anunció que él se daría el placer de matarlo. Algunos protestaron porque ellos también querían divertirse un poco a costa de aquel pobre desgraciado, pero no lograron hacerle cambiar de opinión.

El veterano guerrero *emishi* desenvainó su espada y dio un paso al frente mostrando los dientes como si fuese un lobo estepario. Incluso gruñó de forma parecida. El desigual combate no duraría mucho, pues su rival tan solo podía defenderse con los puños desnudos. Así que se lo tomaría con calma para no estropear la diversión.

Tras unos instantes previos de tanteo, el bárbaro lanzó dos vertiginosas estocadas, una por la derecha y otra por la izquierda, que Asatori esquivó moviéndose velozmente hacia uno y otro lado. Sin embargo, a continuación recibió una patada en el estómago de la que no pudo librarse. Asatori se dobló por la mitad, sintiéndose a la vez dolorido y humillado. Los *emishi*, mientras tanto, jaleaban a su cabecilla y disfrutaban del espectáculo.

Sin darle un respiro, el bárbaro volvió a la carga lanzando un mandoble con tanta fuerza que, de haber alcanzado su objetivo, le habría cercenado un brazo de cuajo. Asatori logró esquivarlo y armó rápidamente un contraataque, tratando de conectar un puñetazo sobre su adversario. El guerrero *emishi*, sin embargo, bloqueó el golpe con una facilidad pasmosa, y se revolvió para asestar al muchacho un porrazo con la empuñadura de su espada. Asatori cayó derribado como consecuencia del impacto. Y, cada vez que trataba de

levantarse, recibía un puntapié en el pecho o la cabeza.

Las risas arreciaron y los vítores se multiplicaron a cuenta del sufrimiento del joven monje *sōhei*.

Desde el suelo, Asatori se dio cuenta de que el bárbaro estaba jugando con él, alargando un combate que, si hubiese querido, ya podría haber finiquitado. La clave de su fracaso radicaba en que Asatori no estaba luchando como el *yamabushi* le había enseñado. Tras la muerte de Norimitsu, se había dejado dominar por la rabia y por oscuros deseos de venganza que lo habían sacado de ese estado de calma, de vacuidad, en el que percibía el mundo de un modo distinto, como si el tiempo transcurriese más lento y la realidad fuese un tejido permeable que pudiese manejar a su antojo. Fuera de aquel estado, Asatori no dejaba de ser un luchador solvente, pero no muy diferente de tantos otros, y, desde luego, poco o nada podía hacer frente a un experimentado guerrero, estando además desarmado.

El bárbaro, que no deseaba poner fin al combate tan pronto, le concedió a Asatori unos segundos de tregua para que pudiese ponerse en pie. Pensaba destrozarlo poco a poco y regodearse en el proceso, hasta dejar su cuerpo prácticamente irreconocible.

Asatori aprovechó ese tiempo precioso para cerrar los ojos, llevar su respiración al punto adecuado y murmurar un mantra cargado de simbolismo. Para cuando se hubo levantado, ya se había transformado en un guerrero completamente distinto.

El bárbaro, que no había notado nada, salvo que las facciones de su rival se habían relajado de forma extraña, se preparó para descargar un golpe desde arriba. Asatori no se inmutó, y aguardó hasta el último instante para dar un paso atrás y quedar así fuera del alcance de la espada. Entonces, cuando el *emishi* sostenía el arma en su punto más bajo tras haber errado el golpe, Asatori le asestó una patada en las manos que le hizo crujir los dedos y lo obligó a soltar la empuñadura del sable.

Antes de que cayese al suelo, Asatori atrapó la espada en el aire y, en un mismo movimiento, la impulsó desde abajo hacia arriba para hundirla en el mentón de su adversario. La hoja atravesó la cabeza del bárbaro y se le incrustó en el cerebro. La muerte no le sobrevino de forma instantánea. Antes, se convulsionó como una hoja sacudida por el viento, hasta que finalmente se desmoronó sobre la hierba.

Las risas y el jolgorio cesaron de repente.

Los demás guerreros *emishi*, tan consternados como sorprendidos, se miraron unos a otros sin terminar de comprender lo que acababa de ocurrir. Asatori, entretanto, aprovechó aquellos momentos de confusión para recoger la *naginata* que se hallaba junto al arroyo.

Por fin, los bárbaros reaccionaron y desenfundaron las espadas con un odio infinito reflejado en sus ojos. Sin necesidad de pronunciar palabra, se dispusieron alrededor de Asatori hasta conformar un círculo casi perfecto. Estaba rodeado y en evidente inferioridad numérica. Nada menos que nueve contra uno, demasiados incluso para un guerrero tan excepcional como él. Con todo, Asatori no se dejó atenazar por el miedo. Sus posibilidades de salir victorioso eran realmente ínfimas, pero aún no estaba todo perdido. Había llegado la hora de poner en práctica todo lo que había aprendido en el arte de combatir.

Desafiante, Asatori se puso a girar sobre sí mismo con la *naginata* apuntando al frente, invitando a acercarse a quien se atreviese a luchar contra él. Sus adversarios estaban ansiosos por atacar, pero preferían ser prudentes. Ninguno quería morir antes de tiempo, como le había ocurrido a su cabecilla. Sus espadas eran más cortas que la alabarda de Asatori. Por tanto, solo si invadían el espacio donde la hoja situada en el extremo ya no pudiese alcanzarlos, lograrían aniquilarlo sin perder la vida en el proceso.

Asatori continuaba girando sobre sí mismo para mantener a raya a todos y cada uno de sus rivales, aguardando a que alguno de ellos tomase la iniciativa. Su actitud era claramente defensiva, porque no podía permitirse el lujo de armar un ataque sin dejar al mismo tiempo algún flanco al descubierto. La insólita escena se prolongó durante varios minutos de tensión insoportable.

Por fin, tres guerreros *emishi* se abalanzaron sobre su objetivo justo en el instante en que este les daba la espalda. Asatori, sin embargo, no se vio sorprendido e inmediatamente trazó un amplio círculo horizontal con su *naginata*, y de un solo barrido les abrió un tajo en la garganta. Un cuarto adversario aprovechó el momento y se precipitó sobre Asatori blandiendo su espada con las dos manos, pero no fue lo bastante rápido y recibió una patada en el tórax que lo dejó momentáneamente fuera de combate.

Sin tiempo para reaccionar, otros dos bárbaros lo atacaron de forma simultánea, viniendo desde flancos opuestos. Como ya los tenía encima, Asatori descartó el golpe circular porque ya no le daba tiempo de armarlo. Todo cuanto pudo hacer fue ocuparse del que le venía por la derecha, al que

pinchó en el vientre con la *naginata*. Mientras tanto, el de la izquierda no desperdició la ocasión y le propinó un contundente mandoble. Asatori lo esquivó, pero tan solo logró hacerlo en parte. El filo de la espada le rajó el brazo y le causó un daño considerable.

En ese instante, el combate alcanzó su punto álgido. Asatori tenía que volver a moverse con rapidez para esquivar un segundo mandoble de su adversario, pero un factor inesperado a punto estuvo de impedirselo. Uno de los rivales a los que había degollado al principio, aunque agonizante, todavía no estaba muerto, y desde el suelo había estirado una mano para sujetarlo por el tobillo. Asatori, sin embargo, lejos de haberse confiado, seguía prestando atención a todo cuanto lo rodeaba, circunstancia que lo llevó a salvarse por muy poco. Como tantas veces le había dicho su *sensei*, a veces el verdadero peligro no está en lo evidente, sino en lo más inofensivo.

Asatori, por tanto, advirtió a tiempo el peligro que suponía el moribundo, del que se separó dando un paso al lado, y a continuación dio otro hacia atrás para evitar el espadazo del bárbaro que ya lo había alcanzado la primera vez. Después armó un contraataque fulminante y le lanzó una patada baja con la que logró desequilibrarlo y hacerlo caer al suelo, de donde no volvió a levantarse tras abrirle el pecho con la *naginata*.

En ese momento, el combate entró en un período de calma tensa que todos aprovecharon para hacer balance de lo ocurrido. Cinco guerreros *emishi* — seis contando al cabecilla— habían perecido a manos de Asatori de una manera u otra. Quedaban cuatro. Tres de ellos todavía no habían intervenido, y el cuarto era el que había recibido una patada en el tórax, de la que ya se había recuperado.

Aunque los bárbaros lo seguían superando en número, Asatori les inspiraba una mezcla de respeto y temor. Por contra, al menos ahora gozaban de una ventaja de la que al principio habían carecido. Asatori estaba herido y de su brazo derecho manaba sangre de forma abundante. Era cuestión de tiempo, por tanto, que se fuese sintiendo más débil conforme pasasen los minutos, y que su capacidad para luchar se viese gravemente perjudicada. Y aquella era la baza a la que los *emishi* se agarraban para decantar la contienda a su favor.

Desde su lugar de privilegio, Tokinobu y Tamuramaro habían observado el desarrollo del combate sin dar crédito a lo que hasta el momento había

ocurrido.

Ninguno de los dos había visto luchar a nadie con tanta pericia y habilidad como lo hacía aquel monje *sōhei*. Que hubiese derrotado al cabecilla en el uno contra uno, completamente desarmado, ya les había causado una honda impresión. Pero que aún se mantuviese vivo tras enfrentarse a nueve guerreros *emishi* los había dejado absolutamente perplejos. Desde luego, en toda su vida habían visto nada que fuese ni remotamente parecido. Aquel monje lo reunía todo: fuerza, destreza, técnica, velocidad de movimientos, unos reflejos extraordinarios y, sobre todo, una increíble intuición para anticiparse a los movimientos de sus enemigos.

—Tenemos que ayudarlo ahora mismo —dijo Tokinobu—. Está herido y no podrá resistir mucho más tiempo.

—¿Estás seguro de que quieres meterte en esto?

—Ya solo quedan cuatro. No nos costará ningún trabajo acabar con ellos. ¡Vamos!

Tokinobu no esperó la respuesta de su comandante y espoleó su caballo para que iniciase el descenso del cerro a toda velocidad. Tamuramaro negó con la cabeza ante el ímpetu de su vicegeneral, pero se lanzó tras él ladera abajo sin cuestionar su criterio.

En el claro, los bárbaros se limitaban a mantener a Asatori rodeado, esperando a que se desangrase poco a poco o bien a que cometiese algún error. Asatori se valía de la *naginata* para lanzar algún que otro ataque esporádico, pero los guerreros *emishi* evitaban el enfrentamiento directo echándose hacia atrás. A su vez, estos también arremetían de vez en cuando contra él, sobre todo para mantenerlo presionado y que no cesara el hostigamiento. De aquel contenido intercambio de golpes ninguna de las dos partes obtendría absolutamente nada. Sin embargo, los bárbaros no tenían ninguna prisa, pues sabían que el tiempo corría a su favor.

Fue entonces cuando la repentina irrupción de dos jinetes en el claro le dio por completo la vuelta a la situación.

Asatori temió al principio que los recién llegados fuesen refuerzos de los *emishi*, pero, tan pronto como reconoció el uniforme de las tropas niponas, un profundo suspiro de alivio brotó de sus pulmones. El Ejército Imperial y las fuerzas desplazadas de los monjes *sōhei* no eran formalmente aliados, pero ambos bandos compartían su rechazo al mismo enemigo.

Tokinobu y Tamuramaro cargaron contra los *emishi* con la ventaja que les

proporcionaba hacerlo desde sus monturas. Se produjo un breve intercambio de espadazos que acabó con dos bárbaros ajusticiados sobre la hierba, con media cabeza separada del cuerpo. Un tercero sucumbió a manos de Asatori, que aprovechó el desconcierto creado para clavarle la alabarda en el costado y atravesarlo de medio a medio. El cuarto y último emprendió una huida desesperada por el bosque, pero Tamuramaro se lanzó en su persecución al galope y le dio caza en menos de un minuto. Para neutralizarlo, lo golpeó en la cabeza con la empuñadura de su espada. Lo quería vivo para interrogarlo y obtener información.

Por su parte, Tokinobu desmontó de su caballo y acudió de inmediato al encuentro del monje *sōhei*.

—¿Estás bien?

—Eso creo...

—No me gusta el aspecto de ese brazo. Sangra demasiado.

Tokinobu se arrancó unas tiras de tela de su propio uniforme e improvisó un torniquete lo mejor que pudo.

—Esto te cortará la hemorragia momentáneamente, pero sería conveniente que te viese un médico. Te llevaré conmigo al castillo de Taga. Te aseguro que allí serás bien atendido.

Asatori no protestó. Había perdido mucha sangre y se sentía débil, mareado y a punto de desmayarse. Su vida, en ese momento, había pasado a depender por completo de aquel par de oficiales del Ejército Imperial.

Al día siguiente, en el castillo de Taga, Asatori se recuperaba en un lecho de la enfermería, después de que el médico militar lo hubiese intervenido.

El corte del brazo, aunque limpio, había sido bastante profundo y se habían visto afectados nervios, tendones y arterias. El dolor, en determinados momentos, resultaba insoportable. El médico le había limpiado la herida, se la había suturado y le había dejado puesto un aparatoso vendaje. El pronóstico, con todo, era optimista. Se recuperaría, aunque durante un tiempo no estaría en condiciones de combatir.

Absorto en sus pensamientos, Asatori miraba al techo tratando todavía de asimilar lo ocurrido. Había otros heridos en el recinto, aunque él se hallaba algo alejado del resto, separado por un deslucido panel. El lugar era una

sencilla construcción de madera con lechos de paja repartidos a intervalos regulares, aunque la mayoría estaban vacíos. Saltaba a la vista que la gran ofensiva que el Ejército Imperial planeaba llevar a cabo contra los *emishi* todavía no se había producido. De lo contrario, no habría espacio suficiente para acoger al alud de heridos que depararía la batalla.

Tokenobu accedió a la enfermería y se sentó junto al monje *sōhei*, al que dedicó una amable sonrisa.

—Después de todo, al final has logrado salir de esta mejor de lo esperado —comentó en tono cordial—. ¿Cómo te llamas?

—Asatori.

—Yo soy Saeki no Tokenobu, vicegeneral segundo del Ejército Imperial.

El muchacho, que ni siquiera habría cumplido aún los veinte años, se mostró impresionado. Y más aún cuando supo que el segundo oficial que había acudido en su ayuda era el comandante en jefe de las tropas japonesas desplazadas en la región.

—Ya les he hecho llegar un mensaje a los tuyos informándoles de lo ocurrido. También les he dicho que recojan el cuerpo de tu compañero fallecido. Supongo que querréis darle la despedida que se merece.

De pronto, el recuerdo de Norimitsu sumió a Asatori en una profunda tristeza.

—Era mi mejor amigo —dijo—. Y ni siquiera tuvo la oportunidad de defenderse.

—Tú, sin embargo, sí que lo hiciste. ¡Y de qué manera! Poco te faltó para haberte deshecho tú solo de diez rivales a la vez.

Asatori se encogió de hombros.

—Si vosotros no hubieseis aparecido, habrían acabado conmigo tarde o temprano.

Por el aplomo y la contundencia con que se manejaba en el campo de batalla, Tokenobu había esperado encontrarse con un muchacho de carácter pretencioso y arrogante. Por contra, la modestia de que hacía gala Asatori constituía el principal rasgo de su personalidad.

—Y dime: ¿de dónde eres? ¿Dónde aprendiste a luchar así?

—Soy de una pequeña aldea situada al sur de la provincia de Yamashiro —explicó—. Pertenezco a una familia de campesinos. Yo mismo lo fui durante años, hasta que un día decidí cambiar de vida tras conocer a un grupo de monjes *sōhei*. Ellos me acogieron en el monte Hiei, y me enseñaron el arte de

combatir. —Asatori, como siempre, omitió cualquier mención a su estancia con el *yamabushi*.

—Los monjes *sōhei* son guerreros excepcionales, de eso no me cabe duda. Pero jamás había visto antes a ninguno de ellos luchar como tú.

—Ojalá hubiese podido salvar a Norimitsu —murmuró Asatori casi para sí. Un amargo silencio se deslizó entre ellos por espacio de un minuto.

—¿Y qué ocurrirá contigo a partir de ahora?

—Supongo que me enviarán de vuelta al monte Hiei, al menos hasta que pueda estar de nuevo en condiciones de combatir. Hasta ahora, es lo que vienen haciendo con los heridos de cierta gravedad.

—Entiendo —repuso Tokinobu, poniéndose en pie—. Te dejaré descansar. De momento estarás bien aquí.

—Gracias. Nunca olvidaré que me salvaste la vida.

Tokinobu se giró para marcharse, pero en ese instante una repentina idea acudió a su cabeza. A toda prisa, sopesó los pros y los contras. Y no halló ni un solo motivo por el que no debiese intentarlo. No tenía muchas posibilidades de que su propuesta prosperase, pero por probar no perdía nada.

—Disculpa, Asatori. Antes de marcharme desearía decirte algo. En realidad, me gustaría pedirte un favor. Se trata de algo importante, pero no te sientas presionado. Si no quieres ayudarme, lo entenderé de todas formas.

Asatori lo miró, expectante. ¿Qué podía necesitar de él un oficial tan importante del Ejército Imperial?

—Cuando regreses al monte Hiei, me gustaría que hicieses un alto en Heian-kyō para ver a mi esposa.

—¿Quieres que le haga llegar un mensaje de tu parte?

—No. Lo que quiero es que la protejas.

—¿Cómo?

—Deja que te explique. Por encargo de un alto mandatario del gobierno, mi esposa está llevando a cabo una investigación que entraña cierto peligro. Por eso, me gustaría que la acompañases en sus desplazamientos. Es posible que la investigación la obligue a visitar lugares poco seguros para una dama. Tu presencia a su lado, sin embargo, serviría para disuadir a los indeseables de causarle ningún daño. Sé perfectamente de lo que eres capaz, incluso impedido de un brazo.

De entrada, Asatori no supo qué decir. Se trataba de una petición extraña, que a priori no le interesaba lo más mínimo. Por otra parte, tampoco resultaba

fácil negarle un favor al hombre que acababa de salvarle la vida.

—No me digas nada todavía. Antes de tomar una decisión, me gustaría que conocieses todos los detalles del asunto.

Tokinobu, entonces, le habló del rapto de Sayuri a manos de los *tengu*, cuya desaparición se unía a la de muchos otros niños de toda la provincia, por los cuales las autoridades nunca habían mostrado el menor interés.

Al escuchar aquello, la actitud de Asatori cambió por completo y echó el cuerpo hacia delante con los ojos muy abiertos. Él mejor que nadie conocía el drama y el dolor que aquellas desapariciones causaban entre las familias. Sin ir más lejos, en su propia aldea se había producido un secuestro, que el hermano de la víctima había presenciado de principio a fin.

—Los *tengu* son muy peligrosos —adujo—. Hace años que los raptos no cesan, y los campesinos están desesperados y muertos de miedo.

—Por eso quiero que protejas a mi esposa. Y no solo de los *tengu*, sino de cualquier tipo de amenaza, sin importar de quién provenga. Pese a las apariencias, puede que no todo el mundo tenga tan claro que los *tengu* sean los responsables de los secuestros. De lo contrario, a mi esposa no le habrían encargado llevar a cabo dicha investigación.

Asatori sintió que el pulso se le aceleraba y que su mente se convertía en un torbellino de pensamientos. Entre ellos, acudió a su memoria la figura de Senkobo, el sacerdote sintoísta al que había sorprendido llevándose a un niño al bosque con evidentes intenciones deshonestas. En su momento, Asatori albergó ciertas sospechas, pero poco después terminó olvidándose del asunto. No obstante, en aquel instante lo vio todo absolutamente claro, con la misma contundencia que un profeta que hubiese sido objeto de una revelación divina. Aquella y no otra era la misión para la que su *sensei* lo había preparado: poner fin a la incesante ola de secuestros e impedir que ningún otro niño más sufriese ningún daño. Quizás, incluso, aún pudiese rescatar a los que se hallaban desaparecidos, si todavía seguían con vida. Ahora se daba cuenta, visto en perspectiva, de que una mano invisible había conducido sus pasos hasta llegar a Tokinobu. Nada de lo que le había ocurrido a lo largo del último año había sido por casualidad. Todo formaba parte de un inescrutable plan urdido por el destino, que había movido ciertas piezas a su antojo para conectar a determinadas personas en el lugar y el momento apropiados. Lo podía sentir en su corazón con toda claridad, sin albergar el menor atisbo de duda. Más aún teniendo en cuenta que él parecía tener la clave para resolver

de una vez por todas el misterio de los niños desaparecidos.

—Lo haré —manifestó Asatori, convencido—. Me encontraré con tu esposa y no me separaré de ella. Y también la ayudaré a concluir con éxito su investigación.

El tiempo transcurría y Katsumi seguía sin recibir ninguna carta de Tokinobu, como si por el hecho de haberle pedido perdón a través de Oshimaro ya fuese más que suficiente. Ella tampoco había vuelto a escribirle, ni tenía pensado hacerlo hasta que Tokinobu no se dignase antes a expresar en una carta, con sus propias palabras, lo que pensaba acerca de lo ocurrido y, sobre todo, lo que de verdad sentía en el fondo de su corazón. La incomunicación entre ambos no hacía más que empeorar una situación ya de por sí complicada, mientras la relación de pareja seguía enfriándose poco a poco como las aguas del lago Biwa, que en invierno se transformaban en una capa de hielo fina y resbaladiza.

Por otra parte, Katsumi llevaba semanas centrada en la investigación de los niños desaparecidos, actividad que ocupaba todo su tiempo y que ni tan siquiera le concedía un respiro para derramar una lágrima o lamentarse acerca de su situación personal.

En primer lugar, había interrogado a la dama de compañía que había presenciado el rapto de Sayuri, que, profundamente afectada, le había confirmado el relato que ya le había anticipado el *Dainagon*. La joven aún se sentía tan perturbada que no había parado de llorar mientras rememoraba el horrible suceso. En todo caso, saltaba a la vista que no mentía, y que se limitaba a contar lo que había visto, por asombroso que fuese.

Después, Katsumi comenzó a llevar a cabo largos viajes a distintos puntos de la provincia, que la obligaban a hacer noche en modestas posadas, o la mayor parte de las veces en los santuarios destinados a los peregrinos.

En sus visitas a las aldeas rurales, Katsumi trató por vez primera con campesinos —o pescadores en el caso de las poblaciones costeras— y, para su sorpresa, lo primero que advirtió fue que se trataba de gente tan inteligente como cualquiera, dotada de la misma capacidad para sentir que las personas de la nobleza, pese a lo que siempre le habían dicho. Que fuesen analfabetos,

que careciesen de sensibilidad artística o que no acostumbrasen a ir debidamente aseados no los convertía en sujetos más cercanos a las bestias que a los seres humanos. De hecho, las familias afectadas por las desapariciones con las que había hablado hasta el momento le habían transmitido un dolor infinito, en modo alguno inferior al que habría podido sentir cualquier persona de clase alta.

Aunque Katsumi había puesto el foco en hallar alguna conexión entre los niños desaparecidos, hasta el momento no había encontrado nada. ¿Las víctimas habían sido elegidas al azar o compartían alguna característica común que las había convertido en objetivo?

Para su investigación, la declaración de los testigos presenciales de los hechos constituía la prueba más valiosa. Y, en ese sentido, todos ellos coincidían en describir un relato sorprendentemente parecido, en el que uno o más *tengu* aparecían de forma repentina y acorralaban a la víctima hasta llevársela consigo. Lo ocurrido, sin duda, les había dejado una profunda huella, pues todos ellos temblaban solo de recordarlo y habrían dado lo que fuera por borrar aquel espantoso recuerdo de su mente. El problema radicaba en que los testigos también resultaban ser niños —o adolescentes en el mejor de los casos—, fácilmente impresionables y muy influenciados por las creencias populares acerca de los *yokai*, en particular de aquellos que habitaban en las profundidades de los bosques y las montañas. Todo ello llevaba a Katsumi a considerar sus testimonios con la cautela necesaria, pues no se le escapaba que unos disfraces bien logrados podían inducir al engaño de los testigos.

En todo caso, lo cierto era que de momento no había surgido ningún otro sospechoso que no fuesen los *tengu*, de cuya autoría Katsumi albergaba serias dudas, pues la propia existencia de aquellos seres sobrenaturales chocaba frontalmente con su marco de pensamiento.

Siempre que podía, Katsumi se desplazaba hasta el lugar exacto donde el rapto se había producido, no porque esperase encontrar alguna pista después de tanto tiempo, sino para impregnarse de la esencia del caso tanto como le fuese posible, y con el deseo inconfesable de que se apareciese ante ella cualquier tipo de *yokai* que la hiciese darse cuenta de que era ella la que estaba equivocada.

Cada vez que volvía de una de sus salidas, su padre trataba de sonsacarle cualquier información acerca de sus progresos, pero Katsumi le contestaba

siempre con evasivas y guardaba un escrupuloso silencio en torno a la investigación.

—Hija, cuanto antes te olvides de este asunto, tanto mejor —insistía Satoru—. Lo digo solo por tu bien.

—Hasta ahora no he tenido ningún problema. Como ves, a nadie parece importarle que una mujer se dedique a hacer preguntas a simples aldeanos, cuyas vidas no valen ni un puñado de arroz. O, al menos, eso es lo que creen.

Después, Katsumi empleaba buena parte de su tiempo revisando las notas que ella misma tomaba durante los interrogatorios, así como de todas las pesquisas que iba llevando a cabo. Era una tarea tediosa, pero su afán por resolver el misterio la impulsaba a no desfallecer.

Por lo que llevaba visto hasta el momento, todavía era muy pronto para sacar ninguna conclusión. Las indagaciones que había realizado en torno a los clanes Taira y Minamoto, tradicionales enemigos de los Fujiwara —además de entre sí— tampoco habían arrojado la menor pista. Y, dado que el secuestro de Sayuri y el del resto de los niños compartían las mismas características, todo apuntaba a que estaban relacionados entre sí. Katsumi, por tanto, encontraba muy poco probable que los clanes tuviesen algo que ver con el asunto.

De cualquier manera, Katsumi estaba convencida de que no daría con el responsable o los responsables de los raptos hasta que no descubriese el porqué de los mismos. Desde su punto de vista, en el móvil de los crímenes residía la clave del misterio.

Por otra parte, seguía tutelando al pequeño Tameyoshi muy de cerca, para que no se desviase del buen camino que recientemente había tomado. El crío continuaba alojado en el hospicio budista, y colaboraba activamente en las tareas relacionadas con el mantenimiento de las instalaciones y el templo. Además, los días alternos seguía acudiendo a su casa para ayudar al jardinero, por lo que, sin apenas darse cuenta, estaba aprendiendo un oficio que bien podría servirle para ganarse la vida cuando se hiciese un hombre adulto. Y, por si todo ello no fuese suficiente, Tameyoshi ya leía con cierta soltura y su caligrafía avanzaba a buen ritmo.

Lo único que el niño no llevaba bien era la ausencia de Tokinobu, al que echaba mucho de menos. Desde su marcha, ya no tenía a nadie que le enseñase artes marciales.

—¿Cuándo va a volver? —preguntaba constantemente.

—Ojalá lo supiera —replicaba Katsumi—. Todo dependerá del transcurso de la guerra.

También en aquellos días, Katsumi recibió la visita de la dama Akashi, a la que no veía desde hacía varias semanas.

—¿Cómo estás? —Akashi la abrazó con ternura—. Todavía me siento mal por haber sido yo quien te revelase la infidelidad de tu marido.

—No te preocupes por eso. Si me lo hubieses ocultado, no te habrías comportado como una verdadera amiga.

Katsumi le hizo un breve resumen de los últimos hechos acontecidos: su carta y la respuesta que Tokinobu le había hecho llegar a través de Oshimaro.

—¿Y qué piensas hacer?

—Por ahora, nada. Estoy esperando a que Tokinobu dé el siguiente paso.

—¿Has considerado poner fin a vuestro matrimonio?

—Es una posibilidad, pero todavía no he decidido nada.

Después le habló del espléndido espectáculo de danza que tuvo la oportunidad de presenciar en primera fila por invitación de Oshimaro. Y, por último, del asalto de que fueron víctimas por parte de un grupo de sicarios cuando regresaban en el carruaje.

—Pasé muchísimo miedo —confesó Katsumi—. Fue una auténtica carnicería. Tras la pelea, el suelo quedó cubierto de cadáveres y de sangre por todas partes.

—¡Qué horror! ¡Yo me habría desmayado!

—Pero ¿sabes qué? Incluso de una experiencia tan desagradable como esa he podido extraer algo positivo. Se me ha ocurrido incluir en mis relatos un episodio parecido. Hasta ahora, habíamos conocido al príncipe Momozono en su faceta de conquistador y de hombre ilustrado, pero... ¿y si también descubrimos que se trata de un valeroso guerrero experto en artes marciales?

A la dama Akashi se le iluminó la mirada.

—¡Sí! ¡Es una idea magnífica!

—¿De verdad lo crees? Temo que ese giro en la personalidad del protagonista no sea bien recibido.

—Bueno, es cierto que tendrías que introducirlo con mucho tacto. Un exceso de violencia no casaría con el estilo de tus relatos. No obstante, yo creo que un príncipe Momozono más aventurero y heroico también te ayudaría a

enriquecer notablemente las tramas.

Katsumi sonrió agradecida. Los consejos de su amiga resultaban preciosos.

—Y, por cierto —prosiguió Akashi—, ya no aguanto más la incertidumbre. ¡Tienes que entregarme ahora mismo la continuación de tu relato!

—Pues lamento tener que darte malas noticias, pero, desde lo de Tokinobu, no he vuelto a escribir ni una sola palabra.

En realidad, si no había escrito nada desde hacía semanas se debía a la investigación que estaba llevando a cabo, que le absorbía casi todo el tiempo. Sin embargo, de ese tema Akashi no podía saber absolutamente nada.

—No puede ser... —El rostro siempre hermoso de su amiga reflejó en ese instante una decepción evidente.

—Lo siento, pero has de tener paciencia. Estoy segura de que con el tiempo volveré a escribir como antes.

—No lo entiendes... Yo venía a decirte algo importante.

—¿De qué hablas?

Akashi titubeó. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Verás, ya te conté que todas las damas de compañía de la emperatriz leemos tus relatos, ¿verdad? Pues bien, la cuestión es que algunas de ellas comenzaron a realizar copias por su cuenta, sobre las que yo no tenía ningún control. Hasta que... Bueno, el asunto se me fue por completo de las manos.

—¿Qué quieres decir?

—Que incontables copias de tus escritos circulan por todos los rincones del palacio, y que ya no queda cortesano que no esté al corriente de tus historias. Buena parte de la corte, de hecho, aguarda con impaciencia su continuación. ¡Todos están enganchados!

Katsumi se llevó las manos a la cabeza.

—Y eso no es todo —añadió Akashi—. Finalmente, tus escritos han llegado también hasta la propia emperatriz.

—¿Cómo? ¿Sakahito ha leído mi obra?

—Así es. Y esa, en realidad, era la cosa tan importante que tenía que decirte. La emperatriz se ha convertido en una gran admiradora tuya..., hasta el punto de que desea conocerte. Y me ha pedido que te haga entrega de esta invitación.

Akashi le dio el sobre que había traído consigo y Katsumi leyó la invitación. ¡Era para el día siguiente!

—¡Esto es una locura! —exclamó, tratando de asimilar la noticia—. ¿No te

das cuenta?

—Todo se ha precipitado, es cierto. Pero no te lo tomes a mal. Deberías sentirte orgullosa del éxito que estás cosechando.

—Pero yo no quiero ver a la emperatriz. Jamás he deseado tener ningún tipo de protagonismo. En modo alguno deseo llevar semejante carga sobre mis hombros.

Akashi la tomó por los brazos con delicadeza.

—Pero... ¿no te das cuenta del honor que supone una invitación así? Además, no puedes negarte, Katsumi. Nadie le dice que no a la emperatriz.

—Pues yo lo haré. Ya se me ocurrirá una excusa. Diré que estoy enferma si hace falta.

—No servirá de nada. Sakahito no desistirá hasta ver cumplida su voluntad. No deberías llevarle la contraria, y mucho menos ahora que está de pésimo humor.

—¿Y eso por qué?

Akashi, instintivamente, bajó el tono de voz.

—Ya te he comentado alguna vez que la emperatriz se vale de magia negra para conservar su belleza. ¿Te acuerdas? —Katsumi asintió—. Pues, según se rumorea, Wang Wei Fu, el viejo maestro de yin y yang que se ocupaba de complacerla, ya no lo hará más. Recientemente ha llevado a cabo un ritual de magia negra mucho más poderoso de lo habitual, para que sus efectos fuesen más duraderos. Sin embargo, si lo que murmuran es cierto, dicho ritual habría sido el último. Aunque se ignora el motivo concreto, por lo visto los sacrificios irían en contra de los valores del chino, o algo por el estilo.

Como todo lo que tuviese que ver con la esfera de lo sobrenatural, Katsumi cuestionaba la verdadera eficacia de la magia negra. En todo caso, resultaba innegable que se llevaban a cabo oscuros rituales cuyo contenido exacto nadie conocía, pero de los cuales todo el mundo había oído rumores. Fue en ese instante, a raíz de aquel asunto, cuando a Katsumi le vino a la cabeza una idea que podía estar relacionada con su investigación.

—¿Y en qué consisten esos rituales? ¿Tú sabes algo?

—Rumores sin fundamento. Esos temas están siempre rodeados de un inevitable halo de secretismo. Aunque... —Akashi se inclinó hacia delante—. Se dice que en algunos casos se llevan a cabo sacrificios de animales, y hasta de seres humanos...

Eso mismo era lo que Katsumi también había oído.

—¿También de niños? —inquirió.

Akashi se llevó la mano a la boca, claramente horrorizada.

—¿Qué barbaridades se te ocurren! Supongo que no.

—¿Y esos rituales encargados por la emperatriz se habrían llevado a cabo durante estos últimos años?

—Eso tengo entendido.

Fue entonces cuando Katsumi decidió que acudiría voluntariamente a la llamada de la emperatriz. Aquella era una pista que, por vaga que fuese, merecía la pena investigar.

Katsumi empleó toda la mañana en prepararse para su encuentro con la emperatriz Sakahito. Por consejo de la dama Akashi, se depiló las cejas, se maquilló profusamente la cara e incluso se ennegreció los dientes con ese repulsivo tinte cuyo sabor tanto detestaba. Asimismo, se atavió con sus mejores galas: un espléndido vestido de color púrpura decorado con bordados, sobre el que se puso un kimono con mangas y capucha, que las damas usaban cuando salían a la calle para evitar las miradas de la gente. Y finalmente completó el conjunto con su abanico más valioso, confeccionado con varillas de ciprés, que representaba un clásico paisaje japonés presidido por el sol y una cumbre nevada.

Satoru aún no daba crédito tras enterarse de lo ocurrido.

—¿De verdad tus escritos han causado tanto revuelo en la corte de palacio?

—Eso parece, padre.

—Pues siento no haberles prestado antes mayor atención. Admito que, frente a la poesía, siempre he considerado la prosa como un género menor.

—Creo que los tiempos están cambiando.

—De cualquier manera, estoy muy orgulloso de ti.

Katsumi se desplazó en carruaje hasta llegar a una de las puertas de entrada del recinto amurallado que rodeaba el *Daidairi*, momento en que tuvo que detener su avance porque el acceso contaba con un badén que impedía el paso de los vehículos no autorizados. En torno a la puerta revoloteaba una caterva de mendigos, ladronzuelos y vendedores ambulantes, que buscaban aprovecharse del constante flujo de nobles y cortesanos que entraban y salían a lo largo de toda la jornada. Aunque, si se acercaban demasiado, los guardias

los echaban a palos si era necesario.

Katsumi descendió del carruaje y entregó a los centinelas el pase de entrada. Uno de los guardias se perdió de vista y regresó al cabo de unos minutos seguido por un chambelán, que se encargó de recibirla con todos los honores. A partir de ese momento, el chambelán la guio a través de jardines, estanques y pabellones, hasta alcanzar el palacio residencial en el que se alojaban los emperadores, que se erigía como un faro en mitad de la noche y que alumbraba con su belleza la grandiosa ciudadela imperial.

Ya en el interior del edificio, recorrieron un laberinto de pasillos y escaleras repleto de pinturas dedicadas a la naturaleza, que desembocaba en la antesala del ala residencial, donde enseguida la dama Akashi, que aguardaba pacientemente su llegada, la recibió con una inmensa sonrisa. La emperatriz recibiría a Katsumi en sus aposentos personales, lo que indicaba que no se trataba de una visita oficial, sino de índole privada. Algo que, por otra parte, ya se había imaginado, dadas las circunstancias por las que su presencia había sido requerida allí.

—¡Katsumi! —exclamó su amiga—. ¡Qué raro se me hace verte aquí! ¡Estás guapísima!

—Lo que estoy es increíblemente nerviosa.

—Tranquilízate. La emperatriz es dura, pero tú no eres una de sus damas de honor. Para ti solo tendrá palabras de elogio. Límitate a contestar sus preguntas, sé amable y trata de complacerla.

—Lo tendré en cuenta. ¿Alguna otra cosa más?

—Dirígete a ella como «Majestad».

Un instante después, de las habitaciones que se abrían a izquierda y derecha de un largo corredor emergieron entre risas y gritos de excitación todas las compañeras de Akashi. Arregladas hasta el más mínimo detalle, las damas de compañía lucían el *uchigi*, un kimono compuesto por varias capas de túnicas brillantes, atuendo habitual de las damas de la corte, similar al *jūnihitoe* pero menos recargado. En cuestión de segundos, Katsumi se vio rodeada por una docena de mujeres que la bombardearon a preguntas, al tiempo que ensalzaban sus relatos del príncipe Momozono.

«¡Tus escritos me tienen encandilada!», «¿Cómo se te ocurren las ideas?», «¡Por favor, tienes que salvar a la dama Fujitsubo! ¡Es mi personaje femenino favorito!», «¿Has escrito ya la continuación de la historia? ¡No puedes dejarnos así!», «¿En quién te has inspirado para crear al personaje del

príncipe Momozono?».

Katsumi, abrumada por semejante recibimiento e impresionada por el efecto que sus relatos causaban entre sus lectoras, hubiese deseado contestar a todas sus preguntas. Sin embargo, todas las damas hablaban a la vez, interrumpiéndose una a otras, de tal modo que no había manera de entenderse.

—¡Queréis dejarla en paz! —exclamó Akashi, rodeando a Katsumi con un brazo para protegerla, mientras utilizaba el otro para abrirse paso entre sus compañeras—. Ahora Katsumi debe atender a la emperatriz.

—Después, prometo quedarme un rato con vosotras y aclarar todas vuestras dudas —intervino Katsumi para calmar los ánimos—. Además, estoy segura de que para mí supondrá una oportunidad inmejorable para aprender muchas cosas acerca de vuestra experiencia al servicio de la corte.

Tras la promesa de Katsumi, las damas de compañía dejaron de atosigarla y permitieron que recorriese el pasillo que conducía a los aposentos de la realeza. Primero accedió Akashi, que regresó a los pocos minutos junto a otra dama que ya se encontraba en el interior.

—Ya puedes pasar. La emperatriz se estaba terminando de arreglar. Pero ya te está esperando.

—¿Y tú? ¿No vienes conmigo?

—No, me ha dejado claro que desea verte a solas.

Por dentro, Katsumi se sentía mucho más nerviosa de lo que aparentaba por fuera. Si había aceptado la invitación de la emperatriz no era para sostener una simple charla amistosa con ella. Su verdadero objetivo era obtener información que la ayudase con la investigación que estaba llevando a cabo. Sin embargo, se le planteaba la cuestión de cómo abordar el tema sin meterse en dificultades. Desde luego, lo que en ningún caso podía hacer era preguntarle directamente qué sabía ella acerca de los supuestos sacrificios humanos que se llevaban a cabo en los rituales de magia negra. Si hiciese algo así, la reacción de la emperatriz sería imprevisible. Y, presumiblemente, tampoco nada buena.

Tras cruzar la puerta corredera, Katsumi se halló ante una amplia estancia. Pese al lujoso mobiliario que la integraba —estantes lacados, biombos con motivos florales, esteras finamente tejidas y adornadas con ribetes, y cofres de madera de *zelkova*—, lo que de verdad la deslumbró fue la imponente presencia de la emperatriz Sakahito, plantada en mitad de la habitación.

Más allá de la belleza clásica que sin duda poseía, lo que más le

impresionó fue lo extraordinariamente joven que se conservaba, pese a que aquella mujer casi le doblaba la edad.

—Bienvenida, Katsumi.

—Muchas gracias, Majestad —replicó, haciendo una reverencia—. Permittedme deciros que me siento muy honrada por vuestra invitación.

Con un elegante gesto de la mano, Sakahito la invitó a acomodarse sobre una esterilla, y ella también hizo lo propio.

—Hace muy poco que he leído tus escritos, ¿sabes? Creo que yo he sido la última persona de la corte en enterarse. Akashi me lo ocultó durante todo el tiempo que pudo.

—No la culpéis, por favor. En realidad, yo le pedí que lo mantuviese en secreto. Al principio, no deseaba que nadie más leyese lo que escribía.

—Pero ¿por qué? ¡Tus relatos son magníficos!

—Os agradezco el cumplido, Majestad. No obstante, yo comencé a escribir sobre todo para mí. Porque me gustaba. Jamás pensé que montones de lectores anónimos leerían alguna vez mi obra.

La emperatriz esbozó una sonrisa. Katsumi le gustaba. Era una muchacha mucho más modesta de lo que se había imaginado.

—¿Y qué te llevó a escribir?

—Mi padre. Tomizawa no Satoru. ¿Lo conocéis?

—No personalmente, pero me consta que es un gran erudito. No obstante, yo pensaba que tu padre era un amante de la poesía. Sobre todo de la china.

—Y lo es. Lo de cultivar un género distinto, mucho menos considerado, fue solo cosa mía.

—Pues tu atrevimiento ha provocado una pequeña revolución. Yo también era una gran amante de la poesía. Y lo sigo siendo. Pero tu talento me ha descubierto un tipo de literatura al que hasta ahora apenas le había prestado atención. —Katsumi se sonrojó. No esperaba recibir semejantes elogios de la mismísima emperatriz—. Y bueno, cuéntame. ¿Cómo continuará la historia? Me muero de curiosidad por saber algo más. Y quédate tranquila, que de mi boca no saldrá ni una sola palabra.

—Si os digo la verdad, Majestad, ¡ni yo misma lo sé! Las tramas las voy ideando conforme avanza el relato.

—¿De verdad? Pensé que al menos tendrías una idea general acerca del argumento. —Sakahito entornó los ojos, pensativa—. Haciendo que la dama Rokujô perdiese el bebé que esperaba, resolviste muy bien una de las

situaciones más complicadas que se habían planteado. Y me alegro. Rokujô se lo tenía bien merecido. Ella tan solo deseaba el fruto de su embarazo para retener a su lado al príncipe Momozono.

—Me pareció la solución más acertada.

—Por otra parte, sin embargo, el destino que le diste a la dama Fujitsubo me pareció tremendamente cruel. Que la pobre haya decidido tomar los hábitos después de saber que Momozono ya no la amaba me pareció desgarrador.

—Fujitsubo ha sido consecuente con lo que sentía.

—Eso es cierto. Ingresar en un convento budista hasta el final de sus días demuestra lo mucho que lo amaba. Tanto que, si ya no podía estar con él, no estaría con nadie más.

—Creo que ahora sería un buen momento para incorporar nuevos personajes a la trama —señaló Katsumi.

—Pero ese no puede ser el final definitivo para la dama Fujitsubo —protestó Sakahito—. Debería suceder algo que la hiciese volver a la vida pública, ¿no te parece?

Katsumi ya se había figurado que sus lectores no aceptarían fácilmente la marcha de Fujitsubo, uno de sus personajes más queridos y carismáticos.

—Es triste, pero en determinados momentos hay que saber desprenderse de ciertos personajes para que la trama avance en otra dirección.

—Puede ser. De cualquier manera, creo que deberías reconsiderarlo.

El tono de la emperatriz, sin resultar intimidatorio, sí que había sonado lo suficientemente firme como para que Katsumi se diese cuenta de que, si no la complacía, podía costarle un serio disgusto. La situación, de repente, había dejado de resultar tan agradable como al principio.

—Majestad, os ruego que entendáis que...

—Vamos, no es para tanto —la interrumpió la emperatriz—. Con tu imaginación, seguro que se te ocurre algo para devolverle al personaje el protagonismo que se merece.

Katsumi sintió que se le hacía un nudo en la garganta. No obstante, justo entonces se dio cuenta de que se le había presentado una oportunidad inmejorable para cambiar las tornas a su favor. ¿Y si se aprovechaba de la actitud entrometida de Sakahito para obtener la información que había ido a buscar allí? Si actuaba con sutileza, estaba segura de que la emperatriz jamás sospecharía de sus verdaderas intenciones.

—Ahora que lo pienso detenidamente, creo que tenéis toda la razón. La dama Fujitsubo es un personaje demasiado valioso como para desprenderme de él. En verdad tenéis buenas ideas, Majestad. De hecho, si no tenéis inconveniente, me gustaría consultaros acerca de un nuevo argumento que he pensado incluir en la continuación de la historia.

—¡Adelante! —dijo Sakahito llena de excitación—. Estoy deseando saber lo que tienes en mente. Y si puedo ayudarte en algo, mucho mejor.

—¡Qué honor! Os estoy muy agradecida —repuso Katsumi con toda humildad—. Pues veréis, se trata de la dama Rokujô, que, empeñada en recuperar como sea al príncipe Momozono, decidiría como último recurso recurrir a la magia negra. ¿Qué opináis?

—¡Oh! ¡Es una idea excelente que está llena de posibilidades!

—Eso creo yo también. Sin embargo, es tan poco lo que yo sé acerca de ese tema... Seguro que vos estáis mucho mejor informada. ¿Es tan efectiva la magia negra como se dice, o se trata solo de exageraciones?

—Sí que lo es, pero siempre que de la misma se ocupen las personas adecuadas. En confianza, yo la he utilizado y puedo decirte que en mi caso ha funcionado con gran eficacia para impedir el deterioro de mi piel. Los resultados ya los tienes a la vista.

La confesión de Sakahito no era más que un secreto a voces que toda la corte conocía.

—¿De verdad? —Katsumi se hizo la sorprendida—. Es fascinante. ¿Y podríais decirme más o menos en qué consiste un ritual de magia negra?

—Desconozco los detalles. Sé que se seleccionan ingredientes especiales, se pronuncian conjuros arcanos y, a veces, se sacrifican animales... En tales casos, creo que son bastante sangrientos.

—He oído decir que en algunas ocasiones se sacrifican seres humanos... Incluso niños en determinados casos.

Ante la observación de Katsumi, la emperatriz no se inmutó, ni siquiera dio muestras de incomodarse lo más mínimo. Si aquellas atroces prácticas se llevaban verdaderamente a cabo, a ella parecía darle completamente lo mismo.

—Es posible —repuso—. Pero, como te digo, yo ignoro los pormenores.

Katsumi torció el gesto haciendo ver su decepción.

—No obstante, sé quién podría ayudarte —añadió Sakahito en tono confidencial—. Puedo ponerte en contacto con el director del Gabinete de

Adivinación: Wang Wei Fu. No hay mayor experto que él en la materia. Por supuesto, no te desvelará detalles concretos, pero seguro que te proporcionará las claves esenciales como para permitirte escribir tu historia. ¿Qué te parece?

—No tengo palabras para agradeceréoslo, Majestad.

—Wang Wei Fu es un hombre muy ocupado y no sé cuándo podrá atenderte. Y seguramente, conociéndolo como lo conozco, hará todo lo posible para no recibirme. Así que me llevará un tiempo concertar el encuentro. Pero, si tienes paciencia, te aseguro que podrás hablar con él tarde o temprano.

Katsumi sonrió y la conversación prosiguió por otros derroteros. Desde ese momento se sintió mucho más tranquila. Desde luego, tendría que recuperar el personaje de la dama Fujitsubo para satisfacer a la emperatriz, pero se trataba de un precio que pagaría con agrado. A fin de cuentas, Katsumi tenía el presentimiento de que se encontraba algo más cerca de resolver el misterio.

QUINTA PARTE

En las tinieblas
de este mi corazón
ando perdido.
Decidme, oh, mundo,
si fue real o fue un sueño.

ARIWARANO NARIHIRA (825-880)



Asatori empleó varias semanas en llegar a Heian-kyō, desde que Tokinobu le pidiese que fuese hasta allí para reunirse con su esposa y protegerla mientras durase la investigación que estaba llevando a cabo.

La travesía de regreso no la hizo por mar, sino por tierra, en compañía de un grupo de monjes de su escuela que tenía previsto realizar algunas paradas en diversos monasterios de la ruta, motivo por el cual la duración de su viaje se demoró mucho más de lo esperado. Además, cuando Asatori estuvo por fin de vuelta en la provincia de Yamashiro, no se reunió inmediatamente con Katsumi, sino que antes se dedicó a investigar una cuestión trascendental de cara a su encuentro con ella. Si de verdad aspiraba a ganarse su confianza, Asatori sabía que no podía presentarse ante Katsumi con las manos vacías. Después de todo, cabía la posibilidad de que ella rechazase su ayuda.

Un sirviente hizo pasar a Asatori hasta el salón principal, donde Katsumi lo recibió sin poder ocultar su curiosidad. El inesperado visitante era un monje budista más joven que ella, de mirada franca y serena, enmarcada en un par de ojos de color avellana que brillaban con gran intensidad. Al principio, creyó que su presencia allí debía de estar relacionada con Tameyoshi, que seguía al cuidado de la orden budista que gestionaba el hospicio destinado a las personas sin recursos. Pero no, enseguida se dio cuenta de que aquella visita se debía a un motivo completamente distinto.

—Mi nombre es Asatori... Soy un monje guerrero. Y he venido hasta aquí por petición de su marido.

Asatori le contó cómo había conocido a Tokinobu en la región de Honshu, combatiendo a los *emishi*, para a continuación explicarle que estaba allí por un motivo en particular: protegerla y ayudarla con la investigación que estaba llevando a cabo acerca de los niños desaparecidos.

De entrada, Katsumi se sintió contrariada porque Tokinobu no tendría que haber dicho ni una sola palabra relativa a aquel asunto, y mucho menos a un

completo desconocido. No obstante, también se sintió complacida, porque el gesto de su marido denotaba lo mucho que se preocupaba por ella.

—Lo siento, pero me siento más cómoda llevando este asunto por mi cuenta. Además, estoy convencida de que no necesito protección de ningún tipo. Hasta la fecha, ni me he sentido amenazada ni he percibido peligro alguno durante el transcurso de la investigación.

—No estoy aquí solo porque Tokinobu me lo haya pedido —replicó Asatori—. El asunto de los niños desaparecidos me toca de forma muy directa. Para empezar, yo comparto el mismo origen campesino que todos esos niños. Y, por si no fuese suficiente, uno de ellos pertenecía a mi propia aldea. —Katsumi consultó sus notas y confirmó que decía la verdad. Además, todavía no había interrogado ni a la familia ni al testigo de aquel rapto en concreto—. Yo tengo tanto o más interés que vos en resolver este misterio —agregó—. Y haré todo lo que esté en mi mano para impedir que vuelva a producirse ningún otro secuestro.

El compromiso del monje estaba fuera de toda duda. Con todo, Katsumi seguía sin estar dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Lo entiendo, pero... creo que no necesito ayuda...

—Hay algo más —la interrumpió Asatori—. Creo saber quién está detrás de los secuestros de todos esos niños —afirmó—. O, al menos, tengo sospechas fundadas de su más que probable culpabilidad.

Asatori le detalló entonces la escena en la que un sacerdote sintoísta se había adentrado con un niño en el bosque, lejos de todas las miradas, con evidentes intenciones de abusar sexualmente de él. Además, la afirmación del propio Senkobo en el sentido de que durante los últimos años se había dedicado a recorrer toda la provincia de santuario en santuario resultaba por sí sola tremendamente reveladora.

Katsumi reconoció enseguida el valor de aquella información. Ella venía de hablar con la emperatriz, y tenía la corazonada de que los sacrificios que se llevaban a cabo en los rituales de magia negra podían constituir la clave del misterio. No obstante, la hipótesis de un depredador sexual que sabía cómo ganarse la confianza de los niños y sus familias resultaba igualmente prometedora. Se trataba, por tanto, de una pista que estaba obligada a seguir.

—De acuerdo. Lo que dices tiene mucho sentido. Sin embargo, el problema es que ese sacerdote, Senkobo, podría estar ahora en cualquier sitio. Nos llevará mucho tiempo poder localizarlo.

—Es cierto —admitió Asatori, esgrimiendo una sonrisa—. Por eso, antes de venir aquí, me ocupé de averiguar su paradero. Primero fui al santuario donde lo conocí, y a partir de ahí, preguntando de templo en templo, seguí su rastro hasta confirmar que actualmente se encuentra en el santuario sintoísta de Fushimi Inari.

Katsumi se sintió realmente impresionada. Además de su firme determinación por llegar al fondo del asunto, aquel singular monje budista había demostrado ser tan listo como resolutivo. Después de todo, puede que su ayuda le viniese como agua caída del cielo.

—Pero, suponiendo que sea culpable... ¿Cómo vamos a lograr que confiese? —se preguntó Katsumi en voz alta—. No podemos acercarnos a él y preguntárselo sin más, porque lo negaría de forma tajante.

—Yo podría hacerlo hablar... —dejó caer Asatori, cubriéndose el puño derecho con la palma de la otra mano.

—No, la violencia no serviría en este caso. Bajo tortura, el sospechoso podría decir cualquier cosa. Y, desde ese momento, su testimonio dejaría de ser fiable.

—Entonces tendremos que pensar en algo. Quizás haya una forma de engañarlo.

—No será fácil... —murmuró Katsumi.

En ese instante, la imagen del pequeño Tameyoshi acudió a su mente, y una brillante idea brotó de su fértil imaginación.

—Eso es. Ya sé exactamente lo que haremos —afirmó convencida—. Vamos a tenderle una trampa.

Asatori se hospedaba en el templo budista de Sai-ji, pero todos los días acudía a la casa de Katsumi para saber más del caso y preparar juntos el plan destinado a sonsacarle la verdad al sacerdote sintoísta.

Katsumi se dio cuenta enseguida de la valía de Asatori y de las extraordinarias cualidades que el muchacho reunía desde el punto de vista humano. Pese a su juventud, atesoraba una sabiduría vital muy poco común, que combinaba con una paz interior que resultaba contagiosa. Tenía las ideas claras, y su nivel de implicación en el asunto superaba casi el suyo propio. Ella apenas había oído hablar acerca de los monjes *sōhei*, por eso le costaba

trabajo creer que aquel dulce muchacho pudiese transformarse en un feroz guerrero, capaz de defenderla de cualquiera que quisiera hacerle daño. El brazo de Asatori todavía no había sanado del todo, pero su recuperación avanzaba a buen ritmo. En todo caso, aquello no suponía ningún obstáculo, pues aún era mucho lo que podía hacer con el resto de sus extremidades.

Del mismo modo, Asatori se sintió fascinado por aquella mujer capaz de liderar una investigación que muy pocos hombres habrían aceptado, no solo por la tremenda magnitud de la empresa, sino también por el miedo que la sola mención a los *tengu* provocaba entre la gente. Pero Katsumi parecía estar hecha de otra pasta. Era metódica, inteligente y poseía una mentalidad analítica en la que no tenían cabida las supersticiones, ni tampoco la creencia en seres sobrenaturales a los que culpar convenientemente de los males del mundo. El propio Asatori, desde que supo que su secuestro jamás había tenido nada que ver con los *tengu* como todo el mundo había creído, se había vuelto mucho más juicioso, y también apostaba por una explicación racional del caso, alejada de la supuesta existencia de seres mitad hombre y mitad pájaro que a veces se dejaban ver en lo más profundo del bosque.

Katsumi y Asatori descubrieron que se complementaban de forma perfecta, y enseguida desarrollaron el uno por el otro una sincera admiración mutua. Ambos, por tanto, se convencieron de que trabajando de forma conjunta lograrían obtener resultados tarde o temprano.

Unos días más tarde, todo estaba preparado para poner en marcha su elaborado plan.

Katsumi se subió al carruaje en el que llevaba a cabo todos sus desplazamientos, seguida de Asatori y de Tameyoshi. Cada uno de ellos tenía muy claro el papel que le correspondía desempeñar para que todo saliese según lo planeado. Al crío lo utilizarían de cebo. En todo caso, no permitirían que su integridad física corriese ningún riesgo. Tameyoshi no estaba nervioso. Al contrario, se lo tomaba como un juego en el que tenía que actuar de una determinada manera, como si interpretase el personaje de una obra de teatro.

Dejaron atrás la ciudad y se adentraron en las afueras. El viaje les llevaría buena parte de la mañana. El santuario Fushimi Inari se hallaba situado al sudoeste de la capital, en la colina Inariyama, emplazado en mitad de la naturaleza, como no podía ser de otra manera para un culto que veneraba a los

kami.

Poco antes de llegar, Asatori se bajó del carruaje para evitar que Senkobo lo viese. Si tal cosa ocurría, se arriesgaban a que el sacerdote sintoísta adoptase una actitud precavida que lo echase todo a perder. Asatori se despidió con un gesto de la mano y se perdió entre la masa de árboles. A partir de ese momento, se dedicaría a vigilar las inmediaciones del santuario, oculto en la espesura.

Katsumi y Tameyoshi recorrieron a pie la última parte del camino, que resultaba intransitable para los vehículos de tiro. A la entrada del templo sintoísta, pasaron bajo un hermoso *torii*[24] de madera pintado de color bermellón, que constituía una especie de puerta que delimitaba la frontera entre el mundo profano y el espacio sagrado de los dioses. No había muchos peregrinos en los alrededores, porque durante aquellos días no se celebraba ninguna fiesta importante. No obstante, aquella circunstancia les favorecía, pues de ese modo la presencia de Katsumi y Tameyoshi no pasaría inadvertida. Solo por aquel día, ambos fingirían ser madre e hijo como parte del engaño que habían urdido.

Antes de acceder al templo, se lavaron las manos y la boca en un abrevadero dispuesto a la entrada, que los peregrinos utilizaban para purificarse. En el interior, un sacerdote dirigía una oración ante un grupo de fieles, mientras otros iban y venían, ocupados en sus quehaceres rutinarios. Katsumi miró a su alrededor con disimulo. Aunque no conocía a Senkobo, contaba con la detallada descripción que del mismo le había dado Asatori. Si estaba allí, debería poder identificarlo sin excesiva dificultad.

Mientras tanto, encaminaron sus pasos hacia la zona posterior del santuario. Katsumi había traído consigo arroz y sake, y le indicó a Tameyoshi que depositase las viandas sobre el altar.

—Pensé que esta comida era para nosotros —comentó el crío algo extrañado.

—No, son para las divinidades del templo —aclaró Katsumi—. Los peregrinos realizan este tipo de ofrendas para obtener su favor, ¿entiendes?

De repente, Katsumi sintió que alguien carraspeaba a su espalda, y automáticamente se dio la vuelta para ver quién era.

—Disculpe, pero preferimos que los niños permanezcan fuera del templo —dijo un sacerdote de mediana edad, esgrimiendo una afable sonrisa—. Aquí el silencio es muy apreciado. Lo hacemos por el bien de todos los fieles y

peregrinos.

Katsumi observó al sacerdote. Era un hombre alto de cara alargada semejante a la de un caballo. Sin duda alguna, se trataba de Senkobo.

—Mi hijo no causará problemas. Se lo aseguro. Es muy obediente.

—Lo siento, pero es política del templo no hacer excepciones.

Katsumi fingió sentirse ligeramente contrariada.

—¿Y qué hago con él? He venido sola y no tengo a nadie con quien dejarlo mientras rezo.

—Los niños suelen quedarse jugando fuera, cerca de la entrada del santuario. Mientras no traspasen los límites del *torii*, estarán totalmente seguros. Los sacerdotes les vamos echando un vistazo de vez en cuando para comprobar que estén bien.

Senkobo los acompañó al exterior. Unos niños se entretenían con un perro propiedad del santuario, al que lanzaban un palo para que lo fuera a recoger.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el sacerdote, dirigiéndose al supuesto hijo de Katsumi.

—Tameyoshi —repuso este.

—Muy bien, Tameyoshi. Ahora ve a jugar con esos otros niños mientras tu madre se pone a bien con las divinidades, ¿de acuerdo?

El crío asintió y salió corriendo hacia el lugar donde se encontraba el perro con el que los niños pasaban el rato.

—Y no se preocupe —dijo el sacerdote a Katsumi—, que yo mismo me encargaré de vigilarlo de vez en cuando.

Katsumi le dio las gracias y entró de nuevo en el santuario. Por el momento, el plan estaba saliendo a pedir de boca.

A lo largo de la siguiente hora, Senkobo se dedicó a entrar y salir del templo para observar a Tameyoshi con un brillo de concupiscencia en la mirada, al tiempo que sopesaba los pros y contras de la situación. La madre del niño asistía a una interminable oración en grupo de la que no se movería en bastante rato. El lugar estaba tranquilo y apenas circulaba un puñado de peregrinos a aquella hora de la tarde. Las circunstancias no podían serle más favorables. Con todo, no estaba seguro de si debería o no dar rienda suelta a los oscuros deseos que anidaban en el fondo de su mente.

Finalmente, saludó a Tameyoshi con la mano solo por ver cómo

reaccionaba. Si el chico se mostraba poco receptivo, ni siquiera se molestaría en intentarlo. Para su sorpresa, sin embargo, Tameyoshi no solo le devolvió el saludo, sino que acudió a su encuentro como si lo hubiese llamado.

—¿Le queda mucho a mi madre para terminar lo que está haciendo? — preguntó.

—Me temo que sí. ¿Qué pasa? ¿Te aburres?

—Un poco.

Senkobo rebuscó en sus bolsillos y sacó una golosina confeccionada con pasta de judías rojas.

—Toma. Seguro que también tienes hambre.

Tameyoshi aceptó el dulce sin vacilar un segundo y se lo comió con avidez. Senkobo pensó que tenía su día de suerte. El crío era muy dócil y tremendamente confiado.

—Si te vienes conmigo, prometo enseñarte algo increíble.

—¿Sí? ¿El qué?

Senkobo echó a andar en dirección a la arboleda situada a espaldas del templo. Tameyoshi lo siguió y aceleró el paso para ponerse a su altura.

—Te llevaré hasta la madriguera de un zorro. ¿Te gustaría ver la camada de cachorros que acaba de nacer?

—¿Está lejos?

—No, aquí mismo. Estaremos de vuelta enseguida.

Instantes después, el sacerdote sintoísta se perdía junto al niño en el interior de la arboleda, sin que nadie se apercibiese de lo que estaba pasando. Nadie excepto Asatori, quien, oculto tras unos matorrales cerca del *torii* que señalaba el acceso al recinto sagrado, no había perdido de vista a Tameyoshi durante todo el tiempo que este había permanecido en el exterior.

Asatori comenzó a seguirlos a una prudente distancia. Vigilaba bien donde pisaba para no hacer ruido y se escondía detrás de los árboles para evitar ser detectado. Senkobo no paraba de hablar, para continuar ganándose la confianza de su presa. Tameyoshi lo escuchaba con atención y asentía a cada una de sus palabras. Hasta el momento, el niño estaba interpretando su papel de forma impecable.

Al cabo de un rato, Senkobo detuvo la marcha y se sentó en el tronco de un árbol que languidecía cruzado en el suelo.

—Siéntate a mi lado —indicó a Tameyoshi.

Mientras tanto, Asatori aprovechó para acortar significativamente la

distancia que los separaba y se agazapó para observarlos tras unos matorrales. Aunque estaba deseando intervenir, no podía precipitarse. No lo haría hasta haber presenciado un acto de abuso que probase inequívocamente la culpabilidad de Senkobo.

No tuvo que esperar demasiado.

El sacerdote sintoísta había posado su mano en la pierna del chico, al tiempo que con la otra comenzaba a tocarse por debajo de la indumentaria.

Asatori pensó que ya era suficiente y salió de su escondite tratando de contener la rabia. Apretaba los dientes y cerraba los puños con tanta fuerza que se clavaba las uñas en las palmas de las manos.

—¡Apártate de él! —gritó.

Senkobo se asustó tanto al verse sorprendido que el corazón casi se le sale por la boca. Con el rostro desencajado, se puso en pie de un salto e intentó recuperar la compostura tan rápido como le fue posible.

—Yo no he hecho nada —alegó de forma instintiva.

Tameyoshi, por su parte, corrió a refugiarse de inmediato tras la figura de Asatori.

—¡Mentiroso! —exclamó el crío.

Senkobo lo miró estupefacto. ¿Qué había sido del ingenuo niño al que hasta hacía tan solo un instante había manipulado a su antojo?

—No te esfuerces en negar lo evidente —le espetó Asatori—. Ya es la segunda vez que te sorprendo haciendo lo mismo.

Senkobo estaba confuso. Nunca antes había visto a ese monje en toda su vida.

—¿Qué ocurre? ¿Ya no te acuerdas de mí?

Tras observarlo de nuevo con más detenimiento, se dio cuenta de que se equivocaba. Le había costado reconocerlo porque llevaba la cabeza rapada y vestía el hábito budista. Pero ahora estaba seguro de que se trataba del muchacho al que había conocido en el santuario que se hallaba a medio camino del monte Hiei.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió Senkobo boquiabierto.

—Aquí soy yo quien hace las preguntas. Así que más vale que te vayas haciendo a la idea.

En ese momento, el crujido de una rama les hizo girar la cabeza. Era Katsumi, que había seguido a Asatori tras advertir que el sacerdote sintoísta no regresaba al templo.

—¿Estás bien, Tameyoshi? —dijo nada más llegar.

El niño acudió a abrazarla con una sonrisa en los labios. Asatori se acercó a ella y le explicó al oído lo que había presenciado y su oportuna intervención antes de que la cosa hubiese llegado más lejos.

Fue entonces, al ver a los tres juntos, cuando Senkobo se dio cuenta de que le habían tendido una trampa.

—Yo me largo de aquí. No pienso tolerar este atropello.

El sacerdote pretendió escabullirse, pero no llegó a dar ni un solo paso. Asatori lo sujetó por el cuello con una mano y le aplicó un leve estrangulamiento que, aunque doloroso, resultaba inofensivo. Todo cuanto pretendía era asustarlo. Luego lo sentó de nuevo en el tronco del árbol, con la misma facilidad que a un guiñol de trapo.

—No me des razones para hacerte daño, porque lo estoy deseando —le advirtió.

Senkobo temblaba de forma descontrolada y el pulso se le había acelerado. Acababa de darse cuenta de que se había metido en un buen lío.

Katsumi dio un paso al frente y, a partir de ese momento, asumió las riendas del encuentro.

—Sabemos qué haces con los niños —afirmó—. Así que más vale que lo confieses todo desde el principio. De lo contrario, te denunciaremos. De lo de hoy no te libra nadie. No tienes alternativa.

El sacerdote negaba con la cabeza sin apartar la mirada de Asatori. Estaba muerto de miedo y se sentía acorralado.

—Yo no he hecho nada —insistió—. Habéis malinterpretado la situación.

—¿De verdad? ¿Y si dejamos que decidan las autoridades del templo? Se lo contaremos todo sin escatimar en detalles. ¿Es eso lo que quieres?

—No. Está bien. Hablaré. —Senkobo tiritaba como un pajarillo—. Yo... No puedo evitar hacer lo que hago... Y, a veces, siento la imperiosa necesidad de acariciar a un niño para aplacar mi excitación.

—¿Y qué más? —le apremió Katsumi.

—Me toco para darme placer... pero lo hago siempre por debajo de la ropa.

—¡Deja ya de minimizar tus deleznable actos! —estalló Asatori—. ¿Qué has hecho con los niños a los que has matado?

Los ojos de Senkobo se abrieron de par en par, al tiempo que extendía las palmas de las manos y las agitaba impetuosamente.

—¿Matar? Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco? ¡Yo no he matado a nadie! ¡Lo juro!

—No intentes engañarnos —terció Katsumi—. No te servirá de nada.

—No miento. Como he dicho antes, tan solo me limito a tocar a los niños porque es la única manera de poder excitarme. Después los convengo para que no digan nada y, sin haberles hecho el menor rasguño, los dejo en el mismo lugar donde los encontré. Normalmente nunca vuelvo a verlos, porque pertenecen a familias de peregrinos que siempre están de paso.

Katsumi y Asatori intercambiaron una elocuente mirada de desconcierto. Ambos compartían la impresión de que el sacerdote sintoísta decía la verdad. Podían leerlo en el tembloroso brillo de su mirada, en la torturada expresión de su rostro y en la angustia que impregnaba su tono de voz.

—¿En cuántos santuarios te has alojado durante el último año? —inquirió Katsumi.

—Contando este... Cuatro en total. Nunca me quedo más de tres o cuatro meses en un mismo sitio.

—Dime ahora qué santuarios fueron y durante qué época del año te quedaste en cada uno de ellos.

Senkobo hizo memoria y le facilitó a Katsumi las respuestas que precisaba con pelos y señales. Mentir con respecto a aquella cuestión no tenía sentido, puesto que se trataba de una información que podía contrastarse con gran facilidad. Katsumi y Asatori lo sabían. Y Senkobo también.

Tras escucharlo, Katsumi consultó sus notas y confirmó lo que ya sospechaba. Muchos de los secuestros se habían producido en lugares y momentos durante los cuales Senkobo se alojaba en santuarios situados en puntos muy alejados de la provincia. Definitivamente, el sacerdote sintoísta no tenía nada que ver con el asunto de los niños desaparecidos.

—¿Puedo irme ya? —suplicó el sacerdote—. Pero, por favor, no me denunciéis. Juro que jamás volveré a tocar a ningún otro niño.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —lo reprendió Asatori.

—Es cierto que otras veces he intentado cambiar. Sin embargo, esta vez lo digo completamente en serio. Sé que no está bien lo que hago y me avergüenzo de mi comportamiento.

Katsumi lo señaló con el dedo.

—¿Lo dices de verdad?

—¡Sí! ¡Lo juro por mi vida!

—Está bien. No diremos nada. Al menos de momento... —precisó—. Siempre y cuando te presentes ahora mismo ante las autoridades del santuario y renuncies públicamente a tus hábitos sagrados. No sé si cumplirás o no con tu palabra, pero desde luego nunca más volverás a aprovecharte de tu condición de sacerdote para abusar de tus víctimas.

Senkobo hundió la cabeza entre las manos. Aquello le supondría un golpe verdaderamente duro. En todo caso, podía sentirse afortunado. Las consecuencias podrían haber sido mucho peores.

—Está bien —balbució con lágrimas en los ojos—. Haré lo que me pedís.

Senkobo se puso en pie y arrastró sus pasos de vuelta al santuario, como un alma en pena.

Mientras tanto, Katsumi, Asatori y el pequeño Tameyoshi se quedaron unos minutos más en el bosque, sin decir una sola palabra. En particular, Asatori se sentía especialmente abatido y presa de una profunda decepción.

—Estaba seguro de que Senkobo era el hombre que buscábamos —murmuró—. De alguna manera, pensaba que los dioses habían intervenido para que me cruzase en tu camino y te ayudase a resolver el misterio.

—Si los dioses te han puesto en mi camino será por algo. No te desanimes —lo consoló Katsumi—. Tenemos que seguir investigando. Aún nos quedan muchos lugares que visitar, testigos a los que interrogar y entrevistas que hacer a los familiares de las víctimas. Además, llevo un tiempo detrás de una pista que podría conducirnos a la definitiva resolución del caso.

Fue entonces cuando Katsumi compartió con Asatori sus sospechas acerca de los rituales de magia negra que durante años se venían realizando por encargo de la emperatriz.

En la frontera nordeste del imperio todo estaba preparado para la batalla.

Por fin, Sakanoue no Tamuramaro había logrado reunir un poderoso ejército formado por tres mil soldados profesionales y no por campesinos reclutados a la fuerza e instruidos de forma apresurada, como sucedía con el modelo anterior. Y, lo que era aún más importante, la mayoría del ejército estaba integrado por jinetes bien preparados, sin desmerecer un cuerpo de infantería que constituía un tercio del total.

Los primeros albores despuntaban en el cielo y la claridad violácea del amanecer se desparramaba como tinta sobre las colinas que asomaban en el horizonte y que muy pronto se convertirían en el escenario de una sangrienta batalla que se recordaría durante siglos.

En el castillo de Taga, las tropas se habían dispuesto en formación bajo la seguridad que les proporcionaban sus extensas murallas. Equipados con cascos y armaduras, los jinetes iban armados con los arcos para los ataques a distancia y con espadas *tachi* para los combates cuerpo a cuerpo. Los caballos, que presentían la inquietud previa a la batalla, corcoveaban y se agitaban inquietos. Y los hombres, aunque nerviosos y tensos, se sentían motivados y estaban deseando entrar en acción.

Tamuramaro acababa de arengarlos apelando al honor de guerrero que había en cada uno de ellos, así como a la lealtad que le debían al emperador. Durante el encendido discurso, Tokinobu también había intervenido para recalcar algunas de las proclamas de su carismático comandante en jefe. El vicegeneral segundo no solo se había ganado el respeto de las tropas, sino también su más sentido afecto.

El prisionero *emishi* que habían capturado gracias a la intervención del joven monje *sōhei* les había proporcionado valiosísima información sobre las posiciones que ocupaban en las montañas y la localización de sus asentamientos. Al principio, el prisionero se había negado a decir una sola

palabra. Sin embargo, su voluntad acabó resquebrajándose como la cáscara de una castaña en cuanto fue sometido a tortura continuada. Después, cuando dejó de serles útil, le dieron una muerte rápida y arrojaron su cadáver al campo para que los buitres se diesen un festín.

Tamuramaro dio la orden de partir.

El ejército abandonó la seguridad del castillo y se adentró en la llanura que se extendía tierra adentro. La caballería avanzaba al paso, para que las tropas de infantería no se quedasen atrás. Les llevó más de dos horas alcanzar el fondo del valle al que se había referido el prisionero. Para entonces, los *emishi* ya llevaban tiempo observándolos desde las posiciones más elevadas de la cordillera, vigilando sus movimientos con atención. Pero eso no le preocupaba a Tamuramaro. Al contrario, era lo que buscaba. Esperaba que su numeroso ejército provocase el nerviosismo entre las filas contrarias y no escondía que se había desplazado hasta allí para entablar una batalla sin cuartel.

Enseguida, centenares de jinetes *emishi* comenzaron a congregarse en las estribaciones de la montaña, contemplando desafiantes al ejército nipón tomar posiciones en el seno del valle. En cuestión de minutos, nuevas huestes enemigas surgieron tras las colinas y fueron distribuyéndose a ambos lados de la suave cordillera. En realidad, aquellas legiones aparecían y desaparecían constantemente, mientras hacían ondear la bandera que los identificaba como pueblo. Daban la impresión de estar por todas partes, pero evitando en todo momento mostrarse por completo.

—Son bastantes más de lo que pensábamos —dijo Tamuramaro, mucho más preocupado de lo que le hubiese gustado admitir.

Aquello podía suponer un serio revés al plan de ataque que habían trazado. Basándose en la información que le habían arrancado al prisionero, así como en los datos que sus propios exploradores habían recabado, los *emishi* sumaban como mucho un millar de efectivos. Ahora, sin embargo, parecía que aquella cifra no reflejaba la realidad con demasiada exactitud.

—Es un truco —afirmó Tokinobu con rotundidad—. Si te fijas bien, se trata de un mismo batallón que no hace más que serpentear entre las colinas, para dejarse ver a intervalos en puntos distintos. Pretenden hacernos creer que son más de los que aparentan a simple vista.

—Pues te juro que casi logran engañarme —admitió Tamuramaro—. Por momentos, he considerado la posibilidad de ordenar la retirada. Nuestra

superioridad numérica compensa la posición de desventaja de la que inicialmente partimos. Pero sin dicha superioridad, no habría seguido adelante con el tipo de ofensiva que pienso llevar a cabo.

De repente, el aire vibró como si alguien hubiese hecho enfurecer a una colonia de avispas o a un nido de serpientes. Desde las alturas, una lluvia de flechas trazó un arco en el cielo y adquirió una trayectoria descendente en dirección al ejército nipón congregado en el fondo del valle.

—¡A cubierto! —gritó Tokinobu con todas sus fuerzas.

Los soldados de infantería se parapetaron tras sus escudos tipo pavés y soportaron el impacto de los proyectiles con los dientes apretados. Los jinetes, por el contrario, no portaban escudos y tuvieron que confiar en la protección que les ofrecían sus armaduras de cuero. Al menos, dichas armaduras les recubrían casi la totalidad del cuerpo, mientras que la cabeza quedaba protegida por el *kabuto*, un tipo de casco de hierro con visera y extensiones a los lados que les salvaguardaba la nuca y el cuello. Pese a todo, varios efectivos resultaron heridos, lo mismo que decenas de caballos.

Aquel primer acto de hostilidad hacía presagiar una cruenta batalla.

Tamuramaro reaccionó enseguida y ordenó devolver el golpe con idéntica estrategia. Un millar de efectivos de infantería tensaron sus arcos y dispararon su propia andanada de flechas. Las saetas describían una línea ascendente que al caer les hacía perder potencia e intensidad. Por tanto, los daños que lograban infligir resultaban bastante limitados. Tamuramaro lo sabía, pero no le importaba. Quería enviar un mensaje muy claro de que no pensaban dejarse intimidar.

Los ataques a distancia por parte de uno y otro bando se prolongaron durante largo rato, hasta que en un momento determinado cesaron sin previo aviso. Las flechas no eran infinitas y de aquella manera no iba a decidirse nada. Ambas facciones se concedieron un necesario respiro y, a partir de ese momento, el enfrentamiento entró en un período de tregua cargado de tensión e incertidumbre.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Tokinobu.

—A que ataquen. Si se lanzaran con su caballería cordillera abajo, caerían sobre nosotros como un águila sobre su presa. Yo, al menos, es lo que haría si quisiera asegurarme el llevar la iniciativa.

—En circunstancias normales sería lo más lógico. Pero han tenido tiempo de sobra para hacer sus cálculos y saben que los superamos ampliamente en

número. Su mejor plan es defenderse. Para arremeter contra ellos, nosotros tendríamos que hacer el esfuerzo de ascender por la colina y atacarlos desde una posición claramente desfavorable.

—Pues si definitivamente no vienen a por nosotros, eso mismo será lo que hagamos —anunció Tamuramaro.

—¿Estás seguro?

—Soy consciente de que si la lucha se produjese en la llanura del valle, sufriríamos muchas menos bajas. Pero ya he tenido ese factor en cuenta.

Tokinobu, dubitativo, sacudió la cabeza a uno y otro lado.

—La posición más elevada que ocupan en el terreno les proporciona una situación de partida inmejorable. Temo que, en tales circunstancias, sean capaces de contener nuestra embestida inicial.

—Cuento con ello. En todo caso, a la larga deberíamos hacerlos retroceder y, desde ese punto en adelante, lucharíamos sin la desventaja que el factor geográfico nos impone. Confío en la valía de nuestro ejército. Somos más, estamos mejor preparados y disponemos de excelentes pertrechos y armamento. De un modo u otro, hoy nos alzaremos con la victoria.

Tokinobu volvió la cabeza y observó los rostros de los soldados que se hallaban más próximos a él. Sus expresiones denotaban confianza y determinación. No solo estaban preparados para combatir, sino que además lo ansiaban con todas sus fuerzas. Él mismo también lo deseaba.

—Pues si vamos a atacar, que sea lo antes posible —apuntó—. Al contrario que a los *emishi*, a nosotros esta larga espera no nos beneficia. Apostaría cualquier cosa a que ahora mismo ellos están aprovechando la coyuntura para poner a salvo a las mujeres y los niños de los poblados situados al otro lado de la colina, y también para trasladar a lugares más seguros las provisiones y los objetos de valor.

Tamuramaro asintió, mostrándose inmediatamente conforme con el análisis de su vicegeneral.

—Tienes razón —concluyó—. Ya hemos esperado suficiente.

El comandante en jefe dio una serie de instrucciones que sus mandos se encargaron de propagar entre las huestes. Algunos guerreros se encomendaron a sus dioses. Otros prefirieron acordarse de sus familias. Ya no había marcha atrás. Después de que las tropas se hubiesen distribuido ordenadamente a lo largo de la cuenca del valle, la gran ofensiva era inminente.

—¡A por ellos! —exclamó Tamuramaro.

A su orden, los jinetes espolearon sus monturas y emprendieron la subida por la colina entre gritos enfervorizados. Tokinobu encabezaba un escuadrón y lo propio hacía Tamuramaro. Precisamente, los principales oficiales del ejército eran los primeros en dar ejemplo y sumarse al ataque. Mientras tanto, las tropas de infantería se aferraron a sus arcos y se dedicaron a lanzar una descarga de flechas tras otra, para cubrir el arriesgado ascenso de los jinetes.

Conforme avanzaban, el enemigo intensificaba el lanzamiento de proyectiles para dificultar todo lo posible su ascenso. De vez en cuando, se producía un impacto certero y algún guerrero salía despedido de su montura y se estrellaba contra el suelo. Al mismo tiempo, los jinetes nipones tensaban sus arcos y devolvían el fuego en mitad de aquel caos, provocando bajas puntuales entre las filas rivales. Tokinobu recibió un flechazo justo en la visera del casco, pero el arma rebotó en el hierro y no le produjo ningún daño. En todo caso, sirvió para recordarle lo fina que podía ser la línea que en aquellas circunstancias separaba la vida de la muerte.

A los guerreros japoneses, el ascenso se les hizo interminable. Las flechas rasgaban el aire y su siniestro silbido les perforaba los oídos como si la muerte les susurrara un *waka* de despedida. Los cascos de los caballos retumbaban contra el suelo y hacían temblar la cordillera con la intensidad de un terremoto. Los oficiales gritaban, maldecían y vociferaban consignas de guerra para impedir la descomposición del grupo, mientras algunos jinetes emitían un lastimoso alarido tras recibir el letal impacto de un proyectil. Todas las batallas eran crueles y salvajes, pero aquella prometía más agonía y destrucción que ninguna otra librada hasta la fecha.

Cuando la caballería japonesa se hallaba a tan solo cien metros de la cumbre, los jinetes *emishi* se lanzaron ladera abajo para aprovecharse de la ventaja que les proporcionaba ocupar la posición más elevada del terreno. Los guerreros de ambos bandos desenvainaron sus espadas y las agitaron en el aire, como si de ese modo pretendiesen asustar al adversario. La colisión entre uno y otro ejército produjo un tremendo estrépito, y una gran cantidad de hombres, sobre todo por parte de la facción japonesa, cayó al suelo tras la primera y brutal embestida.

La infantería nipona, situada al pie de la cordillera, dejó de disparar flechas y emprendió la carrera pendiente arriba para unirse lo antes posible al grueso del ejército. Les llevaría su tiempo completar el recorrido, pero, cuando lo hicieran, su participación en la batalla se antojaba crucial para lograr un

desequilibrio en favor de los suyos.

En el choque de caballerías, Tokinobu sujetó con la espada el fortísimo mandoble de su adversario, que a punto estuvo de derribarlo del caballo y hacerle morder el polvo. A partir de ahí, se enzarzaron en un intercambio de espadazos, hasta que uno de ellos obligó al *emishi* a realizar un movimiento brusco para esquivarlo que le hizo perder el equilibrio y caerse de su montura. Tan pronto como se puso en pie, Tokinobu no tuvo piedad de él y le asestó un tajo a la altura del cuello desde la posición dominante de que gozaba a lomos de su caballo.

A continuación, Tokinobu ajustició a dos rivales más. Del primero se deshizo fácilmente mediante un eficaz golpe de estoque. El segundo, sin embargo, se le resistió durante largo rato, y solo logró abrirle la guardia después de que el cansancio hubiese comenzado a hacer mella en él. Tokinobu aprovechó aquel instante de tregua para mirar a su alrededor. De entrada, los *emishi* habían logrado contener el vigoroso ataque de los japoneses. Aunque no por mucho tiempo. Poco a poco, la superioridad numérica de los suyos comenzaba a marcar la diferencia, y la balanza ya daba ciertas muestras de inclinarse a su favor.

Tamuramaro era en gran parte responsable de la buena marcha de la contienda. Además de combatir con la misma fiereza que cualquiera de sus soldados, no dejaba de gritar órdenes a diestro y siniestro, para que su ejército mantuviese cierto grado de orden y disciplina en mitad de aquel inmenso desbarajuste.

Tokinobu espoleó su caballo y fue en busca de su siguiente adversario. Esgrimía la espada con tanta fuerza que apenas la sentía, como si fuese una prolongación más de su propio cuerpo. Otros jinetes avanzaban con idéntico arrojo y abatían a cuantos guerreros enemigos les salían al paso. Al cabo de un rato, los *emishi* habían cedido tanto terreno que la batalla ya se desarrollaba en la cumbre de la cordillera. Las tropas de infantería ya habían cubierto el tramo que las separaba del resto, y también se habían unido a la pelea combinando el uso de la espada y el arco. El ejército nipón funcionaba como una máquina perfectamente engrasada, y comenzaba a aplastar a los *emishi* como si una manada de elefantes les arrollase.

En ese punto de la contienda, Tokinobu vio a un general *emishi* reunir en torno suyo a un grupo de jinetes. Al principio pensó que emprendería la huida con sus hombres de mayor confianza para tratar de ponerse a salvo. Pero se

equivocaba. En su lugar, el bárbaro apuntó hacia una posición situada hacia el este de donde se hallaba y, alzando su espada en aquella dirección, dictó una inequívoca orden de ataque. Tokinobu siguió con la mirada el punto donde el *emishi* había señalado, e inmediatamente se dio cuenta de que se dirigían hacia el lugar donde se hallaba Tamuramaro. Sus intenciones estaban muy claras. El objetivo era aniquilar al líder de las tropas rivales, para dejar al ejército descabezado y tratar así de sumirlo en el desconcierto. Solo de aquella manera tendrían alguna posibilidad de darle la vuelta a la batalla.

Tokinobu, sin pensarlo, hizo caracolear a su caballo y emprendió el galope hacia la posición que ocupaba su comandante, sorteando los cadáveres de uno y otro bando que ya tapizaban la superficie de la montaña.

Aunque Tamuramaro estaba relativamente bien resguardado por un puñado de oficiales, el sorpresivo ataque de los bárbaros logró desbaratar con relativa facilidad el cordón defensivo que lo protegía. Tanta que, de repente, Tamuramaro se vio acosado por tres adversarios, de cuyos golpes trataba de defenderse sin que tuviese la menor posibilidad de eludirlos o escapar de la situación.

Justo un segundo antes de que fuese demasiado tarde, Tokinobu irrumpió en escena y se llevó por delante a uno de los *emishi* que hostigaba a Tamuramaro, permitiendo así que este se rehiciese cuando estaba a punto de sucumbir. El bárbaro al que había derribado, sin embargo, había resultado ileso, y desde el suelo aprovechó para segar las patas del caballo de Tokinobu, que no pudo mantener el equilibrio y se derrumbó como una casa que hubiese perdido sus cimientos. Sin su montura, la posición de Tokinobu resultaba mucho más vulnerable. En todo caso, su principal objetivo continuaba siendo el mismo: salvaguardar la vida de Tamuramaro, que al menos ahora solo se las tenía que ver con dos bárbaros en lugar de tres.

Tokinobu y el *emishi* que había malherido a su caballo se situaron frente a frente, con los pies firmemente clavados en el suelo. Durante unos instantes se evaluaron cuidadosamente con la mirada, hasta que el bárbaro se lanzó de forma atropellada sobre Tokinobu con la espada en alto. Tokinobu mantuvo la sangre fría y se adelantó al ataque de su adversario, girando rápidamente sobre sí mismo y clavándole la espada en el estómago antes de que al *emishi* le diese tiempo a completar el golpe que había previsto ejecutar de arriba abajo. Fue entonces cuando uno de los dos bárbaros que batallaba contra Tamuramaro se desentendió un momento de este para atacar a Tokinobu por la

espalda, desde la seguridad que le proporcionaba hallarse a lomos de su caballo.

El *emishi* le asestó un tajo a la altura de la escápula, con tanta fuerza que traspasó la armadura sin dificultad alguna y le produjo una profunda incisión. Tokinobu se dio la vuelta, sorprendido por aquel intenso dolor, solo para ver cómo recibía otro mandoble en el hombro que le partía la clavícula, y aún encajaría una tercera cuchillada en forma de estoque, que le provocaría una herida fatal tras sentir que la punta de la espada se le introducía entre las costillas.

Aunque Tokinobu se desplomó sin poder evitarlo, luchó por mantener los ojos abiertos mientras aún le quedase un soplo de vida. Para evitar sucumbir a un sueño del que quizás no volviese a despertarse, se concentró en el ensordecedor ruido de la feroz batalla de la que él ya no formaba parte y que lo envolvía todo como si se hallase en el centro de una tempestad. Tokinobu ladeó la cabeza en un último esfuerzo, lo justo para ver cómo varios de los suyos acudían por fin al rescate de Tamuramaro y aniquilaban a los bárbaros que lo acosaban. Solo entonces cerró los párpados, que tanto le pesaban y se dejó vencer por la seductora llamada de la muerte. Al menos, pensó, se llevaba consigo la satisfacción de saber que su sacrificio había sido de utilidad.

Tan pronto como el peligro fue neutralizado, Tamuramaro desmontó de su caballo y se inclinó sobre Tokinobu, a quien sin duda le debía seguir con vida.

—Aguanta, Tokinobu —suplicó. Y después, dirigiéndose a los jinetes que lo protegían, ordenó—: ¡Lleváoslo de aquí ahora mismo y que reciba atención médica inmediata!

Sus hombres intercambiaron miradas de perplejidad ante la orden recibida. Tokinobu puede que aún respirara, pero a la vista de las terribles heridas por las que se desangraba como un cerdo de matanza, y pese a la compasión que les despertaba, ninguno de ellos le daba la menor posibilidad de sobrevivir.

Asatori no tardó en recuperarse de la decepción que le supuso descubrir que Senkobo no tenía nada que ver con el asunto de los niños desaparecidos. En el fondo, eso no cambiaba nada. Y dentro de su corazón seguía sintiendo con idéntica certeza que aquella seguía siendo la misión para la que el *yamabushi* lo había preparado. Además, si lo pensaba con frialdad, capturar a Senkobo le había resultado demasiado sencillo. ¿Para qué entonces lo había instruido su *sensei* con tal grado de perfección en el campo de las artes marciales? No, a buen seguro, la satisfactoria resolución del caso iba a exigirle dar el máximo de sus capacidades, tanto a nivel físico como mental.

Pese a aquel puntual revés, Katsumi continuaba serena porque la investigación todavía no había concluido. El caso estaba perfectamente documentado y no dudó en compartir con Asatori toda la información de que disponía, relativa a los testimonios que había recabado hasta la fecha por toda la provincia.

A partir de ese momento, Asatori se sumó a la cruzada de Katsumi y la acompañó en todos sus desplazamientos. Juntos, visitaron media docena de poblaciones situadas al sur de la provincia, hasta que finalmente solo les quedó la aldea natal del propio Asatori.

La llegada de un carruaje procedente de la capital produjo un gran revuelo entre los habitantes de la aldea, poco acostumbrados como estaban a recibir visitas de cierta categoría y mucho menos la de una joven aristócrata acompañada por un monje budista de la escuela *tendai*.

Un torbellino de emociones sacudió el corazón de Asatori, tras regresar de nuevo al lugar donde había crecido y del cual procedían la mayoría de sus recuerdos. Curiosamente, nadie reconoció en aquel monje budista al campesino al que todos habían creído maldito y del que finalmente habían conseguido deshacerse tras años de constante odio y menosprecio.

Katsumi se entrevistó con la familia del niño desaparecido e interrogó al

hermano de este, que había sido testigo directo del secuestro. El chico, visiblemente afectado tras recordar de nuevo el terrible suceso, culpabilizó a los *tengu* del rapto de su hermano pequeño sin la menor vacilación. Según relató, antes de salir corriendo llegó a verlos con bastante claridad. Una visión que, para su desgracia, lo perseguiría hasta el final de sus días. Su testimonio resultaba coherente y no difería en mucho de lo manifestado por el resto de los testigos que Katsumi había interrogado hasta la fecha.

Mientras tanto, Asatori acudió a su casa con un nudo en la garganta, ante la perspectiva de reunirse de nuevo con su padre tras haberse cumplido prácticamente un año desde su partida. Katsuro abrió la puerta y tampoco reaccionó ante la presencia de aquel monje, al que tomó por un desconocido.

—Padre, soy yo...

—¿Asatori? ¡Hijo!

Ambos se fundieron en un abrazo que se prolongó cerca de un minuto.

—¡Lo has conseguido! ¡Eres un monje budista!

—Soy un monje *sōhei*. Sirvo a Buda con mi fe, pero también con mi *naginata*.

Asatori le contó a su padre que, tan pronto como fue aceptado en la orden budista, lo enviaron a la frontera nordeste del imperio para combatir contra los bárbaros. Hasta que, después de resultar herido, le permitieron regresar.

—Estoy orgulloso de ti —dijo Katsuro con lágrimas en los ojos—. Deberías visitar también a tu hermana. Se alegrará muchísimo de volver a verte.

Katsumi no tuvo inconveniente y a la mañana siguiente se desplazaron hasta la aldea vecina, donde la hermana de Asatori residía desde hacía varios años. El reencuentro resultó ser tan emotivo como el que había tenido con su padre. Los besos y los abrazos dieron paso a un sinfín de preguntas y respuestas, tras las cuales no tardaron en ponerse al día. Luego vino la consabida promesa de repetir visita, seguida de la triste despedida.

La sorpresa de Asatori, sin embargo, se produjo cuando ya se disponía a marcharse, y un instante antes de subirse al carruaje distinguió la figura de una muchacha que salía de su vivienda. Era Miyuki, la joven de la que una vez se había enamorado, pero cuyo amor frustrado lo llevó finalmente a tomar la decisión de abandonar para siempre la aldea. Ella estaba ahora casada con un vecino de aquella población aledaña, como consecuencia de un arreglo al que su padre había llegado, precisamente para alejarla de él.

Asatori no supo si saludar o no a Miyuki, después de todo lo que había pasado. Lo que no se esperaba era que fuese ella la que encaminase sus pasos hacia el carruaje. Pero su desconcierto fue aún mayor al darse cuenta de que Miyuki no lo buscaba a él, sino a Katsumi, la distinguida dama que venía de la capital.

—¡Señora, por favor! —imploró Miyuki, cayendo a los pies de Katsumi—. ¡Le ruego que me ayude! —Y ya no logró decir nada más porque no pudo evitar que un desconsolado llanto se apoderase de ella.

Asatori se agachó y con gran delicadeza la ayudó a levantarse. Miyuki lo miró por primera vez y enseguida reconoció en el rostro aniñado de aquel monje budista al muchacho del que un año atrás se había enamorado, pese a la oposición de toda su familia. Todo aquello, sin embargo, quedaba ya tan lejano que parecía haber sucedido en otra vida.

—¿Asatori?

—Sí, soy yo. ¿Qué te ocurre?

Antes de poder hablar, Miyuki necesitó aún de varios minutos para recomponerse del llanto. Solo entonces fue capaz de explicar el motivo de su desesperada situación. La joven aldeana acababa de tener un bebé, pero este había caído gravemente enfermo. Tenía fiebre y presentaba unas erupciones rojizas en la lengua y la boca que comenzaban a extenderse por el resto del cuerpo. Muchos otros recién nacidos ya habían sido víctimas de aquella virulenta enfermedad, que estaba causando estragos entre la población campesina. Pues bien, Miyuki había oído hablar de los ilustres médicos de la capital, que, aplicando el tradicional sistema del yin y el yang, a veces eran capaces de curar hasta los males más perniciosos.

Asatori se volvió hacia Katsumi, que había escuchado atentamente la súplica de la muchacha.

—La conozco. ¿Podrías ayudarla, por favor?

—Está bien —accedió—. Que suba al carruaje y se venga con nosotros. Sé de un médico de la corte que goza de gran reputación.

Miyuki se llevó la mano al pecho como consecuencia de la emoción.

—No tengo con qué pagar al médico... —advirtió, temerosa.

—Por eso no te preocupes —repuso Katsumi—. Yo correré con todos los gastos.

Miyuki se deshizo en agradecimientos y, sin perder un segundo, regresó a la casa para recoger a su bebé, que se hallaba al cuidado de su suegra. Su marido

era pescador y estaba faenando.

—En marcha —indicó Katsumi al guía de los bueyes.

Durante el trayecto, parecía que la frágil criatura que Miyuki sostenía en sus brazos no resistiría los rigores del viaje y fallecería por el camino. Pero no lo hizo. La enfermedad, no obstante, persistió en su avance con paso inquebrantable. Las manchitas que cubrían el rostro del bebé comenzaron a transformarse en llagas supurantes.

Llegaron a Heian-kyō cuando ya anochecía. Y, por orden de Katsumi, la servidumbre preparó una habitación para Miyuki, que se instaló en su vistosa mansión de estilo *shinden* con todas las atenciones de una dama.

—Ya es tarde para requerir la presencia del médico —explicó Katsumi—. Pero mañana a primera hora me ocuparé de avisarlo para que venga lo antes posible.

Miyuki le agradeció una vez más todo lo que estaba haciendo por ella y le dio las buenas noches con un brillo de esperanza en la mirada. Katsumi, por su parte, se sentía tan exhausta que todo cuanto deseaba en ese momento era dejarse caer en la cama y no despertar hasta el día siguiente. Sin embargo, uno de sus sirvientes entendió que todavía quedaba algo importante que debía hacerle saber.

—¿No puede esperar a mañana?

—Creo que no, si me permite el atrevimiento.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Hoy, durante vuestra ausencia, ha llegado una carta de palacio.

Katsumi se puso en alerta de inmediato.

—Gracias, has hecho bien en decírmelo. Tráemela ahora mismo, por favor.

El papel, sedoso y elegante, fabricado con la corteza de la morera, le tembló entre las manos. La emperatriz Sakahito había cumplido su palabra y finalmente le había conseguido una audiencia con Wang Wei Fu, el *onmyōji* encargado de llevar a cabo los rituales de magia negra.

Unos días más tarde, Katsumi acudió a la cita a la hora señalada. Asatori había querido acompañarla, pero ella le había hecho entender que tal cosa no era posible. La invitación era solamente para ella, y de ningún modo lo dejarían pasar también a él. Las normas eran muy estrictas y se cumplían

siempre a rajatabla.

—Quédate con Miyuki y hazle compañía —le pidió—. Está pasando por un momento difícil. Su hijo continúa muy enfermo.

El médico acudía a diario y trataba al bebé de sus dolencias. Y, aunque todavía era demasiado pronto para afirmar nada, parecía que el tratamiento comenzaba a hacerle bien.

—De acuerdo —aceptó Asatori—. Te deseo mucha suerte.

—No te preocupes. Sabré hacerlo bien.

Aquella constituía su segunda visita al palacio y ya no sentía los nervios de la primera vez. Tras acceder al *Daidairi*, un chambelán la escoltó hasta el edificio gubernamental que albergaba el Ministerio de Asuntos Centrales, en cuyas instalaciones radicaba el Gabinete de Adivinación. Después, si se lo permitían, intentaría aprovechar la ocasión para ver a su querida amiga Akashi. No obstante, ella se alojaba en el palacio residencial, situado prácticamente en el extremo opuesto de la inmensa ciudadela.

En la puerta del magno edificio, varios guardias hacían teñir las cuerdas de sus arcos para ahuyentar a los espíritus malignos y mantenerlos alejados de los recintos gubernamentales. Los centinelas tenían instrucciones de repetir aquel rito dos veces al día, siguiendo las instrucciones de los maestros de yin y yang.

El chambelán la guio a través de un estrecho pasillo, hasta que la hizo pasar a una pequeña sala que había justo al final.

—Os ruego que aguardéis aquí —indicó.

La estancia disponía de varias mesas y sillas, y de un par de estantes repletos de libros. Sin duda, se trataba de una modesta biblioteca que en aquel momento se hallaba vacía. Katsumi ojeó algunos volúmenes, para darse cuenta enseguida de que allí no había ni un solo libro de poesía. Los temas que prevalecían estaban relacionados con la astrología y otras ciencias esotéricas.

Por fin, la puerta se deslizó produciendo un desagradable chirrido. Y, con paso cansino, entró un hombre de edad avanzada que, por el característico pliegue de sus ojos, saltaba a la vista que no era japonés sino de evidente origen chino.

—Soy Wang Wei Fu —dijo, tomando asiento con aire circunspecto.

Katsumi se sentó frente a él.

—Y yo Katsumi, hija de Tomizawa no Satoru —repuso, apelando al prestigio de su padre para tratar de obtener un mejor trato.

—Lo sé. Y también me han informado de que eres la autora de una serie de escritos que ahora mismo gozan de gran popularidad en la corte —espetó en tono arisco.

—Entonces sabréis por qué he venido, ¿verdad? Necesito información acerca de los rituales de magia negra.

—Seré muy franco desde el principio. He accedido a verte porque la emperatriz Sakahito me lo ha pedido con insistencia, pero desde este mismo momento ya te anticipo que no pienso decirte ni una sola palabra. La magia negra es un asunto muy serio que no ha de tomarse a la ligera. En manos inexpertas, podría resultar verdaderamente peligrosa y provocar daños irreparables. Por eso, su práctica y conocimientos han de permanecer en secreto, al alcance tan solo de los especialistas en la materia. No esperes, por tanto, que vaya a revelarte nada, para que después lo incluyas en uno de tus frívolos relatos y pueda leerlo cualquiera. ¿He sido lo suficientemente claro?

—No os estoy pidiendo que me deis detalles —puntualizó Katsumi—. Bastaría con algunos conceptos generales para hacerme una idea.

El veterano maestro de yin y yang ni siquiera se molestó en contestar, y se limitó a lanzarle una desafiante mirada cargada de desdén. Katsumi, sin embargo, no se achicó. Y, aunque no esperaba encontrarse con semejante grado de hostilidad, desde luego tampoco estaba dispuesta a dejarse intimidar a las primeras de cambio.

—Me estás haciendo perder el tiempo —farfulló al fin Wang Wei Fu, tras comprobar que la dichosa escritora no daba muestras de amilanarse.

—Mi tiempo también es valioso. Y no he venido hasta aquí para irme con las manos vacías.

—Yo he cumplido con la emperatriz accediendo a esta entrevista, pero nadie puede obligarme a desvelar los secretos de la magia negra.

Katsumi respiró hondo. Si lo que el viejo chino pretendía era hacerle perder la paciencia, no lo conseguiría.

—Nadie os ha pedido que lo hagáis. ¿Podrías decirme al menos si en los rituales son habituales la recitación de sortilegios y conjuros?

—Naturalmente. Eso resulta bastante obvio.

—Bueno, al menos hemos avanzado en algo. ¿Y qué más podéis decirme al respecto? ¿Qué tipo de conjuros? ¿A qué fuerzas se pretende invocar? ¿Con qué fin?

—Esta conversación no tiene sentido —contestó Wang Wei Fu, amagando

con levantarse de la silla—. Ya te he dicho que no pienso contarte nada.

Katsumi supo en ese instante que debía mostrarse más firme aún para intentar sacar algo en claro. O, al menos, para hacerle saber a su interlocutor que no se libraría de ella con tanta facilidad.

—Yo no puedo obligaros a contestarme —replicó dando un golpe con la palma de la mano encima de la mesa—. Pero vos no os moveréis de aquí hasta que yo no os haya hecho todas las preguntas. ¿Entendido?

La inesperada reacción de Katsumi desconcertó al *onmyōji*, que no se esperaba semejante muestra de coraje de una dama cuyo comportamiento debería reflejar los valores de la obediencia y el recato.

—¿Qué elementos hacen falta para llevar a cabo un ritual? ¿Se utilizan ingredientes especiales? ¿Cuáles son los más habituales?

Wang Wei Fu apretó los labios con rabia como pretendiendo escenificar que seguiría guardando silencio, por más preguntas con que Katsumi lo bombardease. La tensión que se respiraba en el ambiente se hacía cada vez más insoportable. El viejo chino ya estaba harto, pero tampoco se atrevía a dar el paso de abandonar la sala y dejarla allí con la palabra en la boca. Si después Katsumi le hacía saber a la emperatriz que ni siquiera se había quedado para escuchar sus preguntas, se arriesgaba a convertirse en el blanco de la ira de Sakahito.

—¿Es habitual la práctica de llevar a cabo sacrificios de animales en los rituales de magia negra? ¿Qué animales se utilizan? ¿Cómo se los mata?

En ese punto, Wang Wei Fu se revolvió incómodo en su asiento. Katsumi había tocado una fibra sensible, e inmediatamente supo dónde concentrar sus esfuerzos para provocarlo y buscar en él algún tipo de reacción.

—Toda la corte sabe que lleváis años practicando rituales de magia negra para satisfacer los deseos de la emperatriz. No podéis negarlo.

Sofocado, el chino sintió cómo se le enrojecían el cuello y las mejillas.

—También se rumorea que finalmente decidisteis ponerles fin porque ya no estabais dispuesto a tolerar más sacrificios. —Katsumi lo señaló acusadoramente con el dedo—. ¿Qué clase de sacrificios eran esos que os provocaban semejante cargo de conciencia?

—¡Basta ya! —exclamó el chino fuera de sí—. ¡Nada de eso te concierne!

—¡Yo os lo diré! ¡Lo que en realidad realizabais eran sacrificios humanos! ¡De niños, para ser más exactos! ¡Vuestras manos están manchadas de sangre inocente y por eso no queréis decir ni una sola palabra!

—¡Eso es una barbaridad! ¡Lo niego rotundamente!

—No me importa que lo neguéis. Los hechos hablan por sí solos. Durante los últimos años, coincidiendo con los múltiples rituales que llevasteis a cabo para la emperatriz, más de una veintena de niños desaparecieron sin dejar el menor rastro. Vos los mandabais secuestrar, para después sacrificarlos conforme a la diabólica liturgia de la magia negra. Además, estabais seguro de no correr ningún riesgo. Las víctimas eran hijos de vulgares campesinos, cuya desaparición no le importaría a nadie. —Lanzada por completo, Katsumi estaba dispuesta a poner todas las cartas encima de la mesa—. Pero, por exigencia de Sakahito, vuestro último ritual debía ser mucho más potente de lo habitual, para que sus efectos se prolongasen por más tiempo. ¿Me equivoco? Y, para eso, ya no os valía con sacrificar a un insignificante niño del campo. Necesitabais una vida más importante, de mayor peso y relevancia. De lo contrario, no lograríais los resultados deseados. Y de ahí que la última víctima fuese la sobrina del *Dainagon*... Una niña de la aristocracia que atesoraba un incalculable valor. Estabais asumiendo un riesgo más elevado, pero estabais convencido de que os saldríais con la vuestra como tantas otras veces antes.

Wang Wei Fu se puso en pie respirando con desasosiego. Sudaba de forma profusa y se agitaba como si le fuese a dar un infarto.

—Como escritora, ya has dejado claro que posees una gran imaginación. Sin embargo, ya me he cansado de escuchar tus ridículas acusaciones. Sobre los niños desaparecidos de los que hablas, no tenía ni la más remota idea. Y, en cuanto a la sobrina de Fujiwara no Otomo, lo que le ocurrió fue una desgracia. Pero todo el mundo sabe que los *tengu* la secuestraron. O, al menos, eso fue lo que se dijo.

—Creería lo que decís si vuestro discurso tuviese un mínimo de coherencia. Pero sigue habiendo algo que no me cuadra en todo esto. Si no eran niños, ¿qué sacrificabais entonces en vuestros rituales de magia negra que os producía tanta aprensión, hasta el punto de negaros a seguir efectuándolos?

—¡No es asunto tuyo!

—Lo que pasa es que mentís.

—Está bien —cedió finalmente el *onmyōji*—. ¡Eran tortugas! ¡Tortugas gigantes, maldita sea! —Su voz se había quebrado y parecía que iba a echarse a llorar de un momento a otro—. No espero que lo entiendas, pero nosotros, los chinos, consideramos a la tortuga como un animal sagrado. Fueron cuatro las bestias celestiales que ayudaron al dios Pangu a crear el mundo que

habitamos: la tortuga, el *qilin*, el ave fénix y el dragón. Y cada una de ellas gobierna un punto cardinal con el fin de preservar el equilibrio entre el yin y el yang, y luchar contra las entidades hostiles que pretendan atacarnos. En particular, la tortuga simboliza la longevidad y también se le atribuye el don de la sabiduría más elevada.

Un silencio frío y pesado cayó sobre la sala como una nevada en pleno invierno. Aquella revelación había dejado a Katsumi perpleja, pero la cuestión era que, en realidad, entendía perfectamente las razones que el chino le había dado.

—Los rituales para procurarle a la emperatriz la belleza que deseaba exigían el sacrificio de una tortuga gigante que mandaba importar desde la China —prosiguió Wang Wei Fu—. Y yo, aunque asqueado, los fui llevando a cabo de forma diligente en cumplimiento de mi cargo. Hasta que llegó un día en que mi mente y mi corazón ya no pudieron soportarlo. Sencillamente, no podía seguir traicionando por más tiempo las raíces de mi pueblo, ni tampoco mis principios más elementales. Fue entonces cuando dije basta.

Katsumi sostuvo durante algunos instantes la maltrecha mirada del viejo maestro de yin y yang, cuyos penetrantes ojos azules reflejaban con nitidez el conflicto de su espíritu.

—Gracias, eso era todo cuanto necesitaba saber —concluyó, y se dirigió hacia la puerta de salida.

—Espero que lo que te he dicho no salga de aquí. Y mucho menos que aparezca transcrito en alguno de tus relatos.

—Tenéis mi palabra.

Katsumi y Asatori se hallaban reunidos en la sala principal de la casa de ella. Afuera, una bruma otoñal envolvía el jardín, y una fina lluvia caía desde primera hora de la mañana de forma constante. Los postigos permanecían cerrados para evitar que las condiciones atmosféricas, más allá del frío, penetrasen en la vivienda e impregnasen el aire de una melancolía que calaba hasta los huesos.

Ya habían transcurrido varios días desde que se hubiese producido el encuentro entre Katsumi y Wang Wei Fu, tras el cual había quedado completamente descartado que los rituales de magia negra tuviesen nada que

ver con el asunto de los niños desaparecidos. Asatori ya estaba al corriente de la noticia, que había recibido con el mismo desconcierto que Katsumi, pues aquello los dejaba sin ningún hilo del cual seguir tirando. El de Senkobo también estaba cerrado. Ni tampoco tenían conocimiento de la existencia de ningún otro hombre que compartiese las mismas inclinaciones que el sacerdote sintoísta.

Después de haberse entrevistado con las familias de las víctimas, y tras haber repasado a conciencia todas sus notas, Katsumi había llegado a la conclusión de que no había ningún tipo de conexión entre los niños secuestrados. Al principio había creído que si hallaba algún nexo de unión entre las víctimas —un determinado rasgo físico, la fecha de nacimiento, o quizás algún parentesco entre ellos, aunque fuese lejano—, aquel descubrimiento le hubiese servido para encauzar la investigación en la dirección adecuada. Pero no lo había. Estaba segura de ello. Las víctimas habían sido tanto niños como niñas, y sus edades habían oscilado dentro de un amplio rango que iba desde los seis hasta los doce años. El único punto en común radicaba en que todos ellos pertenecían a la clase campesina, lo que constituía un dato demasiado vago como para serle de utilidad. Además, el rapto de Sayuri, la sobrina del *Dainagon*, suponía una excepción que si acaso venía a complicar aún más las cosas. En general, daba la sensación de que las víctimas habían sido elegidas al azar, tan solo por hallarse en el lugar y el momento equivocados. Y el único detalle que llamaba particularmente la atención era que la mayoría de los secuestros se habían producido durante los meses de verano. Sin embargo, de aquello tampoco había podido extraer ninguna conclusión significativa.

De los interrogatorios a los testigos, cuando los hubo, Katsumi había podido sacar conclusiones mucho más claras. Todos habían visto a uno o más *tengu* en el lugar de los hechos. Y, por más que la irritase, tenía que admitir que tantos testimonios coincidentes no podían estar equivocados. Asimismo, todos los secuestros se habían producido en las profundidades del bosque o la montaña, justo donde popularmente se creía que moraban aquellas criaturas endemoniadas. Y, para finalizar, los cuerpos de las víctimas jamás habían aparecido, lo que alentaba la idea de que estas habían sido arrastradas hasta el otro lado de la realidad, lejos del alcance de los hombres, que no eran más que simples seres mortales.

Por todo ello, a Katsumi no le había quedado más remedio que admitir la

realidad de los hechos y reconocer que, después de todo, los *tengu* no solo existían, sino que además eran los responsables de la ola de secuestros que mantenía a la población rural aterrorizada desde hacía varios años. ¡Menuda ironía que tras su larga investigación hubiese llegado a la conclusión que ya parecía evidente desde un principio!

—Fueron los *tengu* —dijo en voz alta, como si al exteriorizarlo diese a sus conclusiones plena validez.

—¿Estás segura? —inquirió Asatori.

—Eso creo.

—No pareces muy convencida.

—Es solo que no me lo esperaba. Siempre pensé que el hombre por sí solo es capaz de cometer los actos más abominables, sin necesidad de apelar a la intervención de criaturas sobrenaturales cuya verdadera existencia ni siquiera está clara. Sin embargo, tras haber descartado las explicaciones que parecían más plausibles, debo ceñirme a los hechos y guiarme únicamente por las pruebas que hemos podido reunir. No son muchas, pero, analizadas en su conjunto, nos ofrecen un cuadro bastante aproximado de lo que pudo ocurrir. Y, nos guste o no, los *tengu* siempre han estado en el centro de este rompecabezas.

Asatori asintió.

—¿Y qué harás a continuación?

—Tengo que solicitar un encuentro con Fujiwara no Otomo para explicarle las conclusiones a las que he llegado. Ignoro si le satisfarán, pero en todo caso yo he hecho todo lo que he podido.

—¿Y qué pasará con los *tengu*?

Katsumi se encogió de hombros.

—No pasará nada. ¿Qué quieres que pase? Los *tengu* están ahí desde que el hombre tiene memoria, y lo seguirán estando independientemente de lo que hagamos.

Asatori frunció el ceño visiblemente contrariado. Así no era como esperaba que acabase aquella historia. ¿Acaso el *yamabushi* se había equivocado al adjudicarle el papel clave que supuestamente estaba llamado a jugar en la misión que el destino le tenía reservado?

—No me importa dónde se oculten. Yo mismo iré a buscarlos y me enfrentaré a cuantos *tengu* se crucen en mi camino. No les tengo ningún miedo. Estoy preparado. —Asatori se palpó el brazo derecho—. Además, ya me he

recuperado, y yo solo me basto para acabar con todas y cada una de esas diabólicas criaturas.

Katsumi lo miraba como si no lo reconociera. De improviso, el joven monje budista se expresaba como si hubiese perdido la cabeza.

—Lo digo muy en serio —insistió Asatori cada vez más alterado—. Acabaré con ellos uno a uno haciendo uso de mi *naginata*, hasta que entiendan que no pueden volver a llevarse a ningún otro niño.

—Cálmate, Asatori. No estás siendo razonable. Aunque comprendo tu indignación, deberías ser mucho más sensato. No puedes perder de vista que, con independencia del modo en que se hagan visibles en nuestra realidad, los *tengu* son espíritus inmunes a los ataques de los seres humanos.

—No me importa —replicó de forma obstinada—. Estoy seguro de que tendrán algún punto débil. Y yo pienso encontrarlo.

En ese momento, Miyuki apareció por el corredor que conectaba con el ala occidental de la casa. Llevaba a su hijo en brazos y exhibía una inmensa sonrisa que iluminaba toda su cara. Definitivamente, el bebé había logrado superar la maldita enfermedad. Todavía le quedaban las costras que se le habían formado en la piel, pero estas ya se le habían comenzado a caer poco a poco.

—Hoy se encuentra mejor que nunca —anunció la muchacha—. No ha llorado en toda la mañana.

Asatori apartó la rabia que un instante antes se había apoderado de él, y observó al bebé con extraordinaria ternura.

—¿Quieres cogerlo?

—Creo que no sabría cómo —repuso entre risueño y avergonzado.

—Yo lo haré —se ofreció Katsumi.

El bebé emitió un gorjeo cuando pasó de unas manos a otras.

—Es muy guapo —dijo Katsumi mientras lo acunaba—. Se parece mucho a ti.

—Pero los ojos los tiene igual que su padre.

Por un instante, Asatori no pudo evitar sentir una punzada de celos. Sin embargo, la sensación se le pasó tan rápido como vino. Desde su ingreso en la orden budista, tenía perfectamente asumido que la idea de formar una familia no tenía cabida en el tipo de vida a la que se había consagrado.

—Muchas gracias por todo lo que habéis hecho por mí —dijo Miyuki sin poder contener la emoción.

—No es nada —repuso Katsumi—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. Y, cuando estés preparada para marcharte, pondré un carruaje a tu disposición para que te lleve a casa.

—Y yo te acompañaré para que no hagas el viaje sola —terció Asatori.

Katsumi se puso a hacerle carantoñas al bebé, hasta que logró arrancarle una sonrisa. Volvía a sentir la llamada de su instinto maternal con más fuerza que nunca. Con todo, todavía no tenía claro si seguiría o no adelante con su matrimonio. Últimamente, tampoco había tenido demasiado tiempo para pensar en ello.

Tras haberlo acunado durante unos minutos, Katsumi acercó la nariz a la cabecita del niño.

—Me pregunto por qué los bebés huelen tan bien —comentó—. No hay una fragancia comparable en la naturaleza.

—Es cierto —confirmó Miyuki—. Y ¿sabes qué? En algunos niños ese olor característico permanece durante buena parte su infancia. Ojalá pudiese capturarse esa esencia en un frasco para no olvidarla nunca.

Tras la reflexión de Miyuki, Katsumi sintió que el corazón le daba un vuelco y le trepaba hasta la garganta. Le devolvió a su bebé y, tras ponerse en pie de un salto, comenzó a caminar en círculos por la estancia con la mirada perdida y medio ausente.

—¿Qué ocurre? —inquirió Asatori.

Pero Katsumi no estaba escuchando. De la forma más inocente, acababa de descubrir la clave del misterio, el móvil que tanto tiempo llevaba buscando, y que de pronto le daba sentido a toda la investigación. Sin apenas esfuerzo, un puñado de pistas, de sutiles indicios que había archivado de forma inconsciente en el fondo de su memoria, adquirirían ahora toda su lógica como las piezas de un puzle que habían permanecido desperdigadas, hasta que, consideradas de forma conjunta, a la luz de aquel accidental descubrimiento, apuntaban al verdadero cerebro detrás de la ola de secuestros: Oshimaro.

Katsumi sintió la urgente necesidad de explicarle a Asatori los detalles de cómo había llegado a aquella inesperada conclusión. Quizás, después de todo, sus argumentos no fuesen tan convincentes como a ella le parecían. Pero ni siquiera le dio tiempo a hacerlo. Justo en ese momento un sirviente cruzó la sala a la carrera y se plantó ante Katsumi con una evidente expresión de angustia reflejada en el rostro.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Lo siento, señora, pero un mensajero acaba de llegar y me ha notificado una noticia urgente —anunció—. El señor está a punto de regresar. Llegará esta misma tarde.

—¿Cómo? ¿Te refieres a Tokinobu? ¿Mi marido?

—Así es —confirmó—. Y eso no es todo. Por lo visto, se encuentra herido de gravedad.

Tokinobu se hallaba todavía tan débil que tenían que llevarlo en parihuela porque ni siquiera estaba en condiciones de poder caminar.

Durante una semana se había debatido entre la vida y la muerte en la enfermería del castillo de Taga, hasta que finalmente su cuerpo había logrado sobreponerse a los momentos de mayor adversidad. Su estado de salud continuaba siendo delicado, pero al menos su vida ya no corría peligro. Y, tan pronto como recobró ciertas fuerzas, pidió regresar a Heian-kyō para recuperarse allí de sus heridas.

—Dejadlo en aquella habitación, por favor —pidió Katsumi a los sirvientes que transportaban a su marido.

—De acuerdo, señora.

El terrible aspecto de Tokinobu había impresionado a Katsumi mucho más de lo que podía haberse imaginado. Tokinobu estaba mortalmente pálido, había perdido una gran cantidad de peso, y el tronco lo tenía cubierto por completo de vendajes fuertemente apretados. En ese instante, al menos, parecía sumido en un ligero sueño, seguramente producto de su extrema debilidad.

—¿Necesitáis algo más?

—No, gracias. Podéis retiraros.

Cuando la dejaron a solas con su marido, Katsumi rompió a llorar desconsoladamente. La desalentadora imagen que proyectaba Tokinobu se hallaba tan alejada de su habitual apariencia vigorosa que posiblemente no lo hubiese reconocido si antes no le hubiesen dicho que se trataba de él. Bajo aquel prisma, la infidelidad de su marido le pareció en ese momento algo tan insignificante que relegó aquella cuestión al rincón más apartado de su mente. Katsumi se limpió las lágrimas y procuró tranquilizarse mientras lo miraba; no podía apartar los ojos de él.

Al cabo de unos minutos, Tokinobu abrió los ojos y parpadeó con gesto

confuso, hasta que por fin reconoció el que había sido su hogar hasta el momento de su partida.

—Así que ya estoy de vuelta... —murmuró, haciendo despuntar una leve sonrisa en la comisura de los labios.

—Procura no decir nada. Has hecho un largo viaje y necesitas descansar —dijo Katsumi, acariciándole la mejilla con ternura—. Enseguida llegará el médico y te hará un examen completo.

Tokenobu giró la cabeza hacia su esposa.

—Llevaba tanto tiempo sin verte que casi se me había olvidado lo guapa que eras —articuló con firmeza, pese a que le dolía todo el cuerpo al hablar—. Katsumi, lo siento mucho. De verdad. Te engañé y no puedo justificarlo. Desde el primer momento me arrepentí, pero ya no podía cambiar lo que pasó. Sé que te he hecho daño... Pero ¿podrás perdonarme?

—No sé si lo que más me dolió fue la infidelidad en sí o el hecho de que me lo ocultaras. Pero ¿sabes qué? Todo eso ya pertenece al pasado. Y no soy yo quien lo vaya a desenterrar.

Katsumi se inclinó sobre Tokenobu y le dio un dulce beso en los labios.

—Hay algo más que me gustaría decirte...

—Después, ahora tienes que descansar. No deberías esforzarte tanto.

—Lo siento, pero no puedo esperar. Las palabras me están quemando desde hace mucho tiempo. —Tokenobu respiró hondo y tomó la mano Katsumi—. Te quiero... —declaró en un susurro—. Tendría que haberme dado cuenta antes. Pero, algunas veces, los hombres somos así de estúpidos. No lo hice hasta comprender que podía perderte.

Conmovida, Katsumi jamás imaginó que al escuchar por primera vez aquellas palabras pudiese envolverla un sentimiento tan estremecedor. Con el corazón palpitante, se inclinó de nuevo para besarle, esta vez de forma mucho más intensa y apasionada.

—Lo importante ahora es que te recuperes —musitó—. He avisado a tus padres y ya están de camino. Te echan de menos y están preocupados.

Tokenobu comenzó a toser y Katsumi le dio a beber un poco de agua.

—¿Y sabes quién más te ha echado de menos? Tameyoshi. Aunque ha seguido practicando todo lo que le enseñaste, está deseando aprender nuevas llaves del que considera el mayor experto en artes marciales de todo el país.

Tokenobu no pudo evitar reírse, y un nuevo acceso de tos le brotó de la garganta.

—Incluso mi padre quiere tener la oportunidad de felicitarte. Dice que se siente orgulloso de ti. Tanto en los círculos académicos como aristocráticos ya corren los rumores acerca de una gran victoria del Ejército Imperial sobre los bárbaros del nordeste.

En efecto, Sakanoue no Tamuramaro había conducido a sus tropas a una histórica victoria, gracias a la cual habían conquistado nuevos territorios y ampliado por primera vez en mucho tiempo las fronteras del imperio. Ciertamente, habían ganado una batalla y no la guerra, pero habían sentado las bases para barrer del mapa a los *emishi* que no aceptasen someterse al imperio del gobierno japonés.

—Y ahora descansa de una vez. Ya te avisaré cuando hayan llegado tus padres.

—Solo una cosa más —terció Tokinobu—. ¿Qué ocurrió con la investigación que te encargó Fujiwara no Otomo? Ese asunto me dejó tan preocupado que le pedí a un monje *sōhei* que te protegiese de cualquier peligro.

—Asatori aún sigue aquí, y le estoy muy agradecida. Sin su ayuda, no creo que hubiese podido llegar tan lejos.

—Y... entonces... ¿a qué conclusión habéis llegado?

Una sombra de inquietud cubrió fugazmente el rostro de Katsumi.

—Sobre eso... será mejor que te lo cuente más adelante.

Algunos días después, cuando Tokinobu se había repuesto lo suficiente como para hablar sin agotarse e incluso dar paseos cortos por el jardín, Katsumi le envió un mensaje al *Dainagon* para que acudiese a su casa con el fin de hacerle saber lo que había averiguado acerca de la desaparición de su sobrina, así como del resto de los niños.

Fujiwara no Otomo contestó a la nota de inmediato y avisó de que acudiría aquella misma tarde. Katsumi y Tokinobu lo aguardaban en el salón principal, sin que prácticamente hubiese nadie más en la casa, salvo su sirviente de mayor confianza, pues al resto le habían concedido la tarde libre y Satoru asistía a un concurso de poesía en el que participaba como juez.

Nada más llegar, Otomo se interesó por el estado de salud de Tokinobu, al que dedicó unas calurosas palabras de reconocimiento por su increíble valor.

Como no podía ser de otra manera, el *Dainagon* estaba al corriente de la buena marcha de la guerra, así como del papel clave que Tokinobu había jugado durante la fase previa, y también de su providencial intervención durante la batalla para salvar la vida del comandante en jefe, Sakanoue no Tamuramaro.

—Permitidme además que, en nombre del emperador Kanmu, os traslade su más sincera gratitud —señaló.

Tokinobu se sintió tremendamente honrado y aceptó aquella excepcional muestra de reconocimiento con una modesta inclinación de cabeza. Después, el *Dainagon* se dirigió a Katsumi para abordar la cuestión que lo había llevado hasta allí.

—Me consta que habéis llevado a cabo una investigación de lo más concienzuda. Y os lo agradezco. Aunque me imagino que al final habréis llegado a la misma conclusión de partida. Fueron los malditos *tengu* los que se llevaron a mi sobrina, ¿verdad?

—Yo también lo creí hasta el último momento. Pero estaba equivocada. El verdadero culpable es una persona de carne y hueso a la que todos conocemos.

Otomo arqueó las cejas y miró a Katsumi con cierto aire de incredulidad. Aquella respuesta no se la esperaba. El propio Tokinobu, al que todavía no le había contado nada, adoptó una expresión igual de expectante.

—Siento tener que decir esto —anunció Katsumi con todo el temple que pudo reunir—. Pero estoy convencida de que Oshimaro es el responsable del secuestro y asesinato de todos esos niños, incluida vuestra sobrina.

Tokinobu reaccionó como si le hubiese picado un alacrán.

—Eso es ridículo —protestó—. Oshimaro es mi amigo desde hace años y jamás sería capaz de hacer algo así.

—Yo no lo conozco demasiado —intervino Otomo igual de sorprendido—. Pero no veo qué motivo podría llevar a un noble de alto rango a cometer unos crímenes tan abominables.

—El olor único e irrepetible de los niños... Eso era lo que Oshimaro buscaba —explicó Katsumi—. Lo que hacía era capturar la esencia natural de los niños, que luego utilizaba como un ingrediente más para confeccionar sus perfumes. Y debió de funcionarle muy bien, a la vista de sus excelentes resultados. Los niños comenzaron a desaparecer hace ya más de tres años, coincidiendo con la primera vez que Oshimaro ganó el *takimono awase*. Desde entonces, ha ganado todos los años de forma consecutiva. De hecho,

hace muy poco acaba de ganarlo por cuarta vez.

—Lo siento, Katsumi —objetó Tokinobu—, pero todo eso suena completamente disparatado...

Otomo lo interrumpió con un gesto de la mano, al tiempo que sus pensamientos discurrían a toda velocidad.

—De acuerdo, admito que nos habéis proporcionado un móvil que tiene cierta lógica. No obstante, y vaya por delante que no soy ningún experto en la materia, la misma base de vuestra argumentación me despierta ciertas dudas. Desde luego, sabemos que los perfumistas son capaces de extraer la esencia de las flores y las plantas, pero... ¿de una persona? ¿Acaso tal cosa es posible?

—Oshimaro dispone de un novedoso aparato de origen árabe que le permite destilar la esencia de cualquier materia prima.

—El alambique... —murmuró Tokinobu.

—Exacto. Y, si mis sospechas son ciertas, todo parece indicar que el aparato le sirve para su propósito. —Katsumi hizo una pausa antes de continuar. Aún disponía de más argumentos sobre los que sustentar su postura—. Aparte, al término de la investigación, también pude concluir que no había ningún tipo de relación entre los niños desaparecidos, salvo por la circunstancia de que casi la totalidad de los secuestros se habían producido durante los meses de verano...

—... El período inmediatamente anterior a la celebración del certamen anual de perfumes, que siempre tiene lugar en otoño, ¿verdad? —apuntó rápidamente Otomo al hilo del razonamiento de Katsumi.

—Justamente. ¿Y no empiezan las coincidencias a ser ya demasiado llamativas?

Tokinobu sacudió la cabeza con vehemencia. Pese a todo, seguía negándose a creer que su amigo pudiese ser culpable de aquellas barbaridades, que solamente podían haber sido obra de una mente enferma. Oshimaro era su amigo, y siempre se había portado con él de forma excepcionalmente generosa.

—¿Y qué pasa con los *tengu*? —inquirió Tokinobu—. ¿Acaso los testigos no los vieron siempre en el lugar de los hechos?

—Buena pregunta. Desde el principio, siempre pensé que en determinadas circunstancias un buen disfraz podría engañar a cualquiera. Pero tenía que ser realmente bueno. De lo contrario, no se obtendría el efecto deseado. Y fue

precisamente el propio Oshimaro el que me proporcionó la clave para resolver el problema. En una obra de teatro a la que me invitó, observé que uno de actores interpretaba al *karura*, una criatura con cuerpo humano y rostro de águila, que guardaría una enorme semejanza con la imagen que todos nos hemos hecho de los *tengu*, conforme a las leyendas que siempre nos han contado.

—Conozco el personaje —terció el *Dainagon*—. He visto numerosas obras de ese tipo.

—Pues entonces habréis advertido el increíble realismo de las máscaras que llevan los actores, a las que dotan de feroces expresiones que buscan despertar todo tipo de emociones entre el público. Imaginad, pues, que a la máscara del *karura* le añadís un atuendo con grandes alas y abundantes plumas. ¿El resultado? Un perfecto disfraz de *tengu* capaz de engañar a cualquier testigo, más aún tratándose de un niño de corta edad.

—Estoy de acuerdo —convino Otomo—. Pero os olvidáis de una cosa. Las máscaras a las que os referís se guardan celosamente en los templos budistas.

—Es cierto —admitió Katsumi—. Sin embargo, para Oshimaro eso no sería un problema. Después de todo, él es el director del Departamento de Ocio y Espectáculos...

Tokenobu se removió incómodo en el sitio, consciente de que cada vez le costaba más esfuerzo defender la inocencia de su amigo.

—De acuerdo. Oshimaro podría haber tenido acceso a las máscaras si hubiese querido —concedió—. Pero te aseguro que no me lo imagino disfrazado de *tengu*, secuestrando niños en las profundidades de los bosques y las montañas.

—Desde luego que no. Él no se ocupaba personalmente de llevar a cabo los secuestros. Pero los ordenaba. Y, para una tarea tan singular, además de alguien capaz, también precisaría de un secuaz que gozase de su total confianza. —Katsumi miró fijamente a su marido—. ¿No se te ocurre de quién podría tratarse? Yo lo vi extraordinariamente claro.

—Yoshitomo... —murmuró Tokenobu casi sin pensarlo.

—¿Quién es Yoshitomo? —preguntó el *Dainagon*.

—El guardián de Oshimaro —aclaró Tokenobu—. Su trabajo consiste en protegerlo de cualquier amenaza. Y es muy bueno en lo que hace. Es un maestro de la esgrima y de las artes marciales en general. Pero también es frío y se rige por un código ético muy poco claro. En su escala de valores, las

ganancias materiales ocupan el puesto más alto, muy por encima del honor propio del guerrero. Por eso está con Oshimaro y no sirviendo en el Ejército Imperial.

Tokinobu no necesitó mucho más para que la venda se le cayese de los ojos. Cuando Oshimaro se encerraba en el pabellón que se había hecho construir junto al estanque, dedicado por entero a la confección de sus perfumes, tenía absolutamente prohibido que nadie se acercase. Y allí estaba Yoshitomo para garantizar que sus órdenes se cumpliesen al pie de la letra. ¿Estaría de verdad Oshimaro tratando de ocultar los abominables experimentos que llevaba a cabo con los niños para extraerles su esencia, como sostenía Katsumi? Desde luego, una cosa era cierta. Tokinobu conocía bien a su amigo y sabía que nada le importaba más en el mundo que su dichosa pasión por los perfumes. Pero ¿hasta el punto de obsesionarse tanto como para haberse convertido en un monstruo sin escrúpulos?

—Esto es lo que yo creo que ocurrió —dijo Katsumi, retomando las riendas de la reunión—. Oshimaro comenzó a secuestrar a hijos de simples campesinos, porque sabía que sus desapariciones no importarían a nadie, y mucho menos si lograba hacer creer a todo el mundo que los secuestros eran obra de los *tengu*. Algunos niños le servían para sus propósitos, y otros no. Se trataba de una cuestión de suerte. Hasta que conoció a vuestra sobrina, el día de su propia boda.

—Lo recuerdo bien —terció Otomo—. Sayuri estaba preciosa e iba a hacer una demostración pública de su habilidad con el *koto*.

—Eso es —corroboró Katsumi—. Y aún recuerdo vivamente lo que Oshimaro le preguntó al verla por primera vez. Quiso saber qué fragancia había utilizado para perfumarse. Pero Sayuri no llevaba otra cosa encima que su propio olor natural. Y Oshimaro no se pudo contener. Para la confección de su nuevo perfume ya no se conformaría con la esencia de un niño cualquiera. Esta vez la quería a ella. Y, pese a saber que un secuestro de aquella naturaleza atraería demasiada atención, estaba dispuesto a asumir el riesgo que implicaba.

Otomo se mordió el labio inferior. Estaba furioso. Después de haber escuchado la detallada exposición de Katsumi, no le cabía la menor duda de que estaba en lo cierto.

—¿Y qué vais a hacer ahora? ¿Vais a ordenar su arresto? —Tokinobu, pese al conflicto interno que se había desatado en su interior, había llegado

igualmente a la misma conclusión tras la avalancha de indicios aportados.

—Me gustaría, pero no puedo hacerlo. En realidad, todo lo que ahora mismo tenemos contra él no son más que pruebas circunstanciales. Y, aunque razonables, por sí solas no son suficientes para demostrar la culpabilidad de Oshimaro. Él, por supuesto, jamás confesará. Y le bastará con negarlo todo para salirse con la suya.

—Pero vos sois un hombre poderoso —insistió Tokinobu.

—Y también lo es Oshimaro. Y lo que no puedo hacer es acusarlo públicamente de unos crímenes tan horrendos sin contar con pruebas definitivas. Al final, la acusación podría volverse contra mí.

En ese punto, Katsumi solicitó de nuevo la palabra con cierta urgencia.

—Todo esto que os acabo de contar se lo desvelé a Asatori esta misma mañana. —Antes de proseguir, Katsumi tuvo que explicarle al *Dainagon* quién era Asatori y lo mucho que este se había implicado en la investigación—. Pues bien, creo que Asatori ha decidido intervenir por su cuenta, pese a que expresamente le pedí que no lo hiciera.

—¿Y qué es lo que piensa hacer? —preguntó Tokinobu.

—Quiere hablar personalmente con Oshimaro. Dice que tan pronto como lo confronte con los hechos, le sonsacará la verdad de un modo u otro.

—¡Eso es ridículo! —espetó Otomo—. Oshimaro no admitirá su culpabilidad de ninguna manera. Tenemos que impedir que Asatori le desvele lo que sabemos. De lo contrario, tan pronto como Oshimaro sepa que sospechamos de él, se deshará de cualquier prueba que pueda incriminarlo.

—Estoy de acuerdo —aseveró Tokinobu—. Asatori no puede presentarse en casa de Oshimaro y pretender resolver este asunto por su cuenta. Además, ¿acaso no se da cuenta de que si actúa de esa manera se meterá directamente en la boca del lobo?

—Pues quizás ya sea demasiado tarde —sentenció Katsumi—. Puedo aseguraros que he intentado convencerlo de lo contrario. Pese a todo, no estoy segura de haberlo logrado, y no me extrañaría lo más mínimo que Asatori ya se encontrase en estos momentos allí...

Cuando Asatori escuchó por boca de Katsumi la conclusión a la que había llegado, al principio se quedó tan desconcertado que le costó trabajo poder

creerlo. Los *tengu* no habían tenido nada que ver con el asunto, y el verdadero culpable parecía ser un noble acaudalado llamado Oshimaro, que raptaba y asesinaba a los niños para arrebatárles su olor innato, que después utilizaba para la fabricación de sus propios perfumes. ¿Cómo alguien podía llegar a alcanzar semejante grado de perversidad por una razón tan frívola?

Katsumi, sin embargo, le advirtió de que, pese a estar plenamente convencida de la culpabilidad de Oshimaro, carecía de pruebas concluyentes en su contra. Fue entonces cuando Asatori le aseguró que él sería capaz de arrancarle una confesión, sin necesidad de ponerle una mano encima. Estaba seguro de que tan pronto como lo confrontase con los hechos, Oshimaro acabaría desmoronándose ante la gravedad de sus espantosos crímenes.

—No, Asatori. De momento te ruego que no hagas nada —le había pedido Katsumi—. Esta tarde informaré a Fujiwara no Otomo, y será él quien determine el siguiente paso a seguir.

Pero Asatori no podía quedarse de brazos cruzados. Aquella era su misión. Siempre lo había sido. El *yamabushi* así lo había predicho sin el menor atisbo de duda. Era su destino y por fin le había llegado la hora de cumplirlo. En su fuero interno, Asatori estaba convencido de que sin su intervención no se lograría hacer justicia. La verdad tenía que ver la luz, y él se encargaría de obtener las pruebas necesarias para que las autoridades castigasen a Oshimaro con la contundencia que se merecía. De lo contrario, el poderoso noble podía acabar saliéndose con la suya.

Decidido, se despidió de Katsumi sin llegar a prometerle nada. Y después elaboró un sofisticado plan encaminado a sonsacarle a Oshimaro una confesión detallada de sus crímenes. Desde luego, Asatori era perfectamente consciente de que el encuentro podía desarrollarse por cauces muy distintos a los que él había previsto, y por ello tomó también las precauciones necesarias. En lugar del hábito budista, se atavió con la túnica blanca con capucha propia de los monjes guerreros, en cuyo interior escondió un cuchillo mediano. Aunque el único combate que pensaba llevar a cabo era de tipo dialéctico, dadas las circunstancias debía hallarse preparado para cualquier eventualidad.

Asatori lo ignoraba, pero la rueda del destino ya se había puesto en marcha antes incluso de que se desplazase hasta allí.

Si la casa de Katsumi ya lo había deslumbrado, la mansión de Oshimaro —con

sus amplios espacios y su exquisito mobiliario— todavía le produjo una impresión mayor.

Asatori se paseaba por el salón principal cuando de repente se tropezó de frente con Oshimaro, que regresaba en ese momento del jardín. El noble le miró claramente confundido. Si tuviese una visita, su servidumbre se lo habría hecho saber. Y tal cosa no había sucedido. Además, el extraño se cubría la cabeza con una capucha que le confería cierto aire sospechoso. Oshimaro pensó entonces que quizás hubiese sorprendido a un ladrón en plena faena. Por desgracia, los robos en las grandes viviendas se daban con una frecuencia cada vez mayor.

—¿Quién eres y qué estás haciendo aquí? —inquirió con el ceño fruncido.

—Mi nombre es Asatori y soy un monje *sōhei* —replicó sorprendentemente sereno—. Y he venido para hablar con el señor de la casa, que me imagino que debéis de ser vos.

Oshimaro, receloso, dio una voz e inmediatamente apareció uno de sus sirvientes.

—¿Se puede saber quién ha dejado pasar a este extraño sin preguntarme antes primero?

—No ha sido nadie, señor... —repuso el criado con cierto nerviosismo—. La verdad es que ni siquiera me explico cómo ha entrado en la casa.

—No es culpa suya —intervino Asatori—. Admito que me he colado sin que nadie lo advirtiese. Pero no podía arriesgarme a que se me prohibiese la entrada. El asunto que he venido a discutir es de suma gravedad.

Oshimaro, cada vez más alterado, susurró algo al oído de su sirviente, que abandonó la estancia a toda prisa. Después se dirigió a Asatori tratando de conservar la calma, pese a lo insólito de la situación.

—Ni siquiera te conozco y, aun así, has tenido la desfachatez de entrar en mi casa sin permiso. Te lo advierto: vete ahora mismo por donde has venido o te atenderás a la consecuencias.

—¿Pensáis avisar a las autoridades?

—Lo haré si no te marchas ahora mismo de aquí.

—Creo que no os conviene que me vaya sin saber antes la razón de mi visita.

En ese momento, el sirviente regresó acompañado de un individuo cuyo rostro estaba surcado de cicatrices, en el que Asatori reconoció de inmediato las trazas de un experimentado guerrero. Yoshitomo conservaba un cuerpo

atlético, portaba una larga espada y miraba a su alrededor como un águila que reconociese el terreno desde las alturas.

—No voy a volver a repetírtelo —espetó Oshimaro—. O te vas ahora mismo por voluntad propia o haré que te echen a patadas.

Asatori arqueó ligeramente las cejas. Pero, más allá de eso, ni siquiera se inmutó.

—Estoy aquí para hablar acerca de Sayuri, la sobrina de Fujiwara no Otomo. Tengo entendido que vos la conocisteis el día de vuestra boda. ¿Me equivoco?

Los músculos del rostro de Oshimaro se tensaron como la cuerda de un violín. Su expresión de desconcierto tan solo duró un segundo, pero a Asatori no le pasó inadvertida. Después, el noble compuso una sonrisa que no hubiese engañado ni a un niño pequeño, y a partir de ese momento su actitud cambió de forma radical.

—Ah, bueno. Si se trata de eso, no creo que haya inconveniente en que intercambiamos algunas palabras —adujo sonriente—. Acomódate, por favor. Y acepta mi hospitalidad.

Oshimaro le pidió a su sirviente que trajese algo de té y, acto seguido, se sentó sobre una esterilla de algodón. Asatori lo imitó y se situó frente a él.

—Me habías preguntado por Sayuri, ¿verdad? —dijo Oshimaro con fingida inocencia—. La recuerdo bien. Una niña encantadora. Y muy guapa. Lo que le ocurrió fue una auténtica tragedia.

—Sí que lo fue —afirmo secamente Asatori.

—Los *tengu*... parece increíble. —Oshimaro negó con la cabeza—. Sé que solo era una niña. Pero de todas maneras, cuando uno se adentra en el bosque a partir de ciertas horas, debería ser consciente del peligro al que se expone. Es bien sabido que en las profundidades de los bosques se ocultan criaturas que no son de este mundo.

El sirviente regresó con una bandeja y dispuso sendas tazas de té para su señor y el enigmático invitado. Luego abandonó la sala con discreción. Yoshitomo, por su parte, permanecía de pie como si fuese una estatua, situado a escasos pasos de los dos.

—Basta ya de mentiras —le echó en cara Asatori—. Vos sois el responsable de la desaparición y muerte de Sayuri.

—Pero ¡¿qué barbaridad estás diciendo?! —exclamó Oshimaro, fingiendo escandalizarse.

—Y no solo de la de ella, sino también de la de muchos otros niños. Los quería para robarles su olor.

Oshimaro suspiró largamente. Y, antes de decir nada, bebió algo de té. Para cuando alzó de nuevo la mirada, su semblante se había transformado de tal manera que Asatori creyó hallarse ante una persona distinta. La sonrisa se le había borrado de la cara y la había sustituido por una mueca hierática y altiva, con los labios apretados y los ojos entrecerrados, que dejaba traslucir una expresión tan perversa como amenazadora.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió—. ¿Y quién eres tú de verdad?

Oshimaro, simple y llanamente, había decidido que ya no merecía la pena disimular por más tiempo. Su decisión con respecto al misterioso visitante ya estaba tomada.

Por primera vez desde su llegada, Asatori sintió cierto nerviosismo. No obstante, tras dar un largo sorbo de té, enseguida logró calmarse y recuperar su habitual carácter sosegado. Mientras tanto, Yoshitomo comenzó a desplazarse lentamente en dirección a Asatori, con intención de situarse justo a su espalda.

—Ya os he dicho quién soy —replicó—. Y lo único que importa es que sé lo que habéis hecho. Cómo lo he averiguado carece ahora mismo de relevancia.

—Y, aparte de ti, ¿lo sabe alguien más?

—Katsumi. Creo que a ella sí que la conoce bien. Fue Fujiwara no Otomo quien le encargó investigar la desaparición de su sobrina.

Oshimaro asintió muy despacio.

—Una mujer muy inteligente, sin duda. Lo cual explica muchas cosas.

—Vuestros crímenes son abominables —dictaminó Asatori—. No hay excusa posible.

—Me temo que yo veo las cosas desde otra perspectiva. En el fondo, no soy más que un genio incomprendido. La creación de perfumes es un arte muy reconocido. Lo admito. Pero no deberían ponerse límites a la búsqueda de la perfección. Mis competidores son capaces de gastarse una pequeña fortuna en el mercado con tal de hacerse con una singular raíz procedente de tierras extranjeras, o unas semillas aromáticas de muy difícil localización. Sin embargo, no existe en la naturaleza una esencia más pura que el olor de un niño inocente. Y ¿por qué no utilizarlo entonces? Me hice la pregunta muchas veces. Primero, desde luego, tenía que resolver la cuestión meramente técnica

de cómo extraer la esencia de un ser humano y conservarla en un frasco. Y el alambique vino a solucionarme el problema. —Los ojos de Oshimaro brillaban encendidos por una pasión enfermiza—. Primero, por supuesto, tuve que experimentar con animales, pero tan pronto como logré obtener resultados aceptables, me decidí a dar el paso definitivo para condensar un ingrediente tan sublime que ni el mejor perfumista del país sería capaz de hacerme sombra. A pesar de todo, no soy ningún monstruo. Por eso decidí que solamente utilizaría para mis propósitos a los hijos de vulgares campesinos.

—Yo soy el hijo de un campesino —lo interrumpió Asatori, conteniendo la furia que le quemaba por dentro.

—Entre las gentes del campo y los animales apenas hay diferencia —prosiguió argumentando Oshimaro como si no lo hubiese escuchado—. Las vidas de ambos son igual de insustanciales: comen, duermen y defecan. Se limitan a dejarse llevar por sus instintos más básicos, porque carecen de verdadera inteligencia o de la mínima sensibilidad necesaria como para cultivar el ejercicio de las artes. Las vidas de esos niños, por tanto, no valían más que la de un perro o un gato. Incluso puede que menos en algunos casos.

—Pero también acabasteis con la vida de Sayuri. Una noble de alta cuna como vos.

—Es cierto. No pude evitarlo. Quedé prendado de su olor. ¡Era tan exquisito que no podía sacármelo de la cabeza! Y fue una pena, porque verdaderamente Sayuri era una niña muy valiosa. Pero en el fondo se sacrificó por un bien mayor: formar parte intrínseca de la extraordinaria fragancia con la cual volví a alcanzar la gloria, tras ganar el *takimono awase* por cuarta vez consecutiva. ¡Incluso el emperador Kanmu, descendiente directo de la diosa Amaterasu Okami, acabó reconociendo mi inconmensurable talento entre elogios y agasajos! —Oshimaro alzó los brazos extasiado—. Evidentemente, desde el principio fui muy consciente del riesgo que asumía. La desaparición de Sayuri causaría un revuelo notable. No obstante, estaba convencido de que una vez más se culparía a los *tengu* de lo ocurrido. Hasta la fecha, dicha estrategia me había funcionado a la perfección.

Durante el largo discurso de Oshimaro, Yoshitomo había aprovechado para situarse justo detrás de Asatori, a escasos metros de distancia. Asatori había seguido sus movimientos por el rabillo del ojo y lo tenía perfectamente controlado. Aunque Yoshitomo tuviese su espada enfundada, sabía muy bien que a un guerrero de su categoría no le llevaría ni dos segundos desenvainarla

y descargarla sobre su objetivo.

—¿Y qué habéis hecho con los restos de los niños? ¿Dónde están sus cadáveres?

—Bueno, la verdad es que ya no queda mucho de ellos. Todo cuanto puedo decirte es que sus espíritus ya reposan para siempre junto a los *kami*, abrigados bajo su infinita compasión.

—No sois más que un loco peligroso —sentenció Asatori—. Y vuestra única salida digna es entregaros voluntariamente a las autoridades. Os ha llegado la hora de pagar por vuestros crímenes.

Por toda respuesta, Oshimaro desvió su mirada un instante por encima del hombro de Asatori, en lo que indudablemente constituía una señal. A continuación, un sonido sibilante rasgó el aire, y Asatori agachó la cabeza con la suficiente celeridad como para esquivar por milímetros el sablazo que Yoshitomo le había lanzado. Después se puso en pie de un salto y se situó a una distancia prudente de su atacante. Oshimaro también se había levantado y enseguida se apartó de ambos en dirección a una esquina de la estancia.

—Cometéis un grave error. Aunque me matéis, no os servirá de nada —le advirtió Asatori con la respiración agitada—. En estos momentos, Katsumi debe de estar contándole a Fujiwara no Otomo todo lo que sabe.

—Si pudieseis probar mi culpabilidad, no estarías ahora mismo aquí. En tu lugar habría venido una patrulla de la Guardia Ciudadana con órdenes de arrestarme. Primero acabaré contigo, y después ya veré la manera de deshacerme de Katsumi y de quien haga falta. Yoshitomo, como enseguida tendrás ocasión de comprobar, es extremadamente eficaz en su trabajo.

Seguidamente, el poderoso noble hizo un gesto con la mano y volvió a darle vía libre a Yoshitomo para que liquidase a aquel entrometido de una vez por todas.

Sobre la marcha, Yoshitomo lanzó una profunda estocada destinada a hundirse en el estómago de aquel extraño que, inexplicablemente, ya había logrado sortear su primer ataque como si tuviese ojos en la espalda. Asatori dio un salto atrás y se alejó del filo de la espada. La mesa baja en la que el sirviente había dejado el té le molestaba, y le dio una patada para apartarla. Las tazas salieron volando y se estrellaron contra el suelo. Asatori sacó entonces el cuchillo que había traído consigo y lo agitó en el aire haciendo un aspaviento. Evidentemente, comparado con la espada de Yoshitomo, parecía un simple juguete. Aun así, era mucho mejor que estar desarmado.

—¡Quieres matarlo ya de una vez! —bramó Oshimaro.

Furioso, Yoshitomo arremetió contra su adversario combinando una serie de golpes circulares a media altura, que lanzó a una velocidad de vértigo. Asatori se movió a los lados para eludir cada uno de los tajos, hasta que el último de ellos le vino de tal manera que para esquivarlo no le quedó más remedio que arrojarse contra el suelo. Yoshitomo vio la oportunidad perfecta y alzó la espada para asestarle el golpe definitivo. Sin embargo, Asatori rodó sobre sí mismo y el hierro acabó impactando contra una valiosa estera. En ese momento, Yoshitomo se dio cuenta de que no se enfrentaba a un rival cualquiera. Por su indumentaria, ya había deducido que se trataba de un monje *sōhei*. En todo caso, no recordaba haberse enfrentado a un contendiente de semejante nivel en muchísimos años.

Asatori pensó exactamente lo mismo de su adversario. Hasta el momento, en los entrenamientos se había deshecho siempre de sus rivales con gran facilidad. Y cuando le había tocado luchar de verdad, los resultados habían sido muy parecidos. A un experimentado guerrero *emishi*, estando incluso desarmado, lo había aniquilado sin apenas esfuerzo. Y, después, incluso, había conseguido mantener a raya a otros nueve bárbaros al mismo tiempo, pese a su evidente inferioridad numérica. Ahora, sin embargo, apenas se veía capaz de contener al guardián de Oshimaro, que combatía haciendo gala de una extraordinaria solidez.

Asatori se dio cuenta entonces de que su adiestramiento a cargo del *yamabushi* había estado desde siempre encaminado hacia ese preciso instante. El resultado de aquel duelo a muerte determinaría si llegaría a hacerse o no justicia con las víctimas, y si habría o no más secuestros desde ese momento en adelante. Si Asatori sucumbía, Oshimaro no se detendría hasta acabar también con todo aquel que se atreviese a señalarlo. Y, desgraciadamente, si tomaba las suficientes precauciones como para que nadie lo relacionase con los crímenes, contaba con muchas posibilidades de salirse con la suya.

El alboroto que la pugna había causado provocó que varios sirvientes acudiesen alarmados al salón principal.

—¡Fuera de aquí! —les gritó Oshimaro—. ¡Ya os llamaré cuando os necesite!

La lucha se reanudó rápidamente. Los golpes iban y venían, pero las defensas se imponían y los bloqueos y las fintas impedían que ninguno de los dos hiriese a su adversario. La estancia se había convertido en un campo de

batalla, o en el improvisado tatami de una escuela de artes marciales. Su gran amplitud favorecía el combate y la libertad de movimientos. Por contra, el mobiliario pagó de inmediato las consecuencias del choque, y valiosísimos jarrones chinos se hicieron pedazos y la madera de los estantes se llenó de profundos cortes y arañazos. Las plumas de los cojines de seda abiertos con el filo de la espada flotaban por toda la habitación.

Asatori se dedicaba sobre todo a desviar con el cuchillo las embestidas de su rival, o a sortearlas la mayor parte de las veces. En todo caso, se limitaba principalmente a defenderse. La opción de contraatacar con verdaderas posibilidades de hacer daño se hallaba fuera de su alcance. Yoshitomo jamás descuidaba la guardia y no dejaba a la vista el menor punto débil. Además, contaba con la ventaja de disponer de un arma claramente superior. En todo caso, cuanto más se prolongaba el combate, más se frustraba Yoshitomo, porque tenía la sensación de que su rival se anticipaba a todos y cada uno de sus movimientos, y por mucho que lo intentaba no lograba sorprenderlo.

Tras una rápida sucesión de acometidas lanzadas desde múltiples direcciones, Yoshitomo lanzó un golpe lateral a media altura en el que empleó todas sus fuerzas. Asatori no podía esquivarlo porque lo tenía prácticamente encima, y tuvo que bloquearlo con el cuchillo doblando las rodillas para contener el brutal impacto, al tiempo que plantaba los pies firmemente en el suelo. Yoshitomo no cedió un milímetro y continuó empujando hacia delante. Los rostros de ambos guerreros quedaron separados tan solo por sus hierros cruzados, y cada uno de ellos podía percibir con claridad el aliento del otro.

—¿Dónde aprendiste a luchar así? —espetó Yoshitomo con los ojos inyectados en sangre.

—Soy un monje *sōhei*.

—Eso ya lo sé, pero ellos no han podido enseñarte todo lo que sabes.

Asatori le sostuvo la mirada, pero no añadió nada más.

—Está bien. No me lo digas —gruñó Yoshitomo—. No me importa lo más mínimo. De cualquier manera, pienso machacarte. Jamás he perdido un solo combate en toda mi vida.

—Y, sin embargo, eso no es garantía de nada —replicó Asatori—. Para todo hay siempre una primera vez.

Ambos guerreros retrocedieron al mismo tiempo dando un gran salto, como grullas a punto de alzar el vuelo. Al separarse, los metales friccionaron el uno contra el otro y se produjo un estridente chirrido parecido al de una piedra de

afilarse.

Desde una esquina de la sala, Oshimaro contemplaba el combate cada vez más preocupado. Se retorció la barbita de forma compulsiva y tenía la frente cubierta de sudor. Inexplicablemente, aquel joven muchacho de rostro aniñado estaba plantándole cara al que posiblemente fuese el mejor guerrero de todo Japón. Y no solo eso, sino que además había la posibilidad de que pudiera derrotarlo.

Asatori retrocedió unos pasos hasta tropezar con un biombo de varios paneles, tras el cual decidió ocultarse para confundir a su adversario. Yoshitomo no lo dudó un instante y atravesó una y otra vez la tela con la punta de la espada, que asomaba por el otro extremo sin lograr hacer blanco ninguna de las veces. Asatori esquivaba cada estocada haciendo gala de una agilidad felina y unos brillantes reflejos. Y, pronto, Yoshitomo comenzó a sentirse inquieto: su rival continuaba intacto y podía reaparecer tanto por el lado izquierdo como por el derecho y sorprenderlo si no estaba lo suficientemente atento. Asatori, sin embargo, hizo algo que Yoshitomo jamás se habría esperado, pues, en lugar de salir por uno de los dos laterales, lo que hizo fue saltar por encima del biombo, logrando así cogerlo desprevenido por un instante, lo que le permitió por vez primera tomar la iniciativa.

Desde el aire, Asatori se precipitó sobre su rival como un halcón sobre su presa, y ambos cayeron al suelo causando un enorme estrépito. Inmediatamente después, iniciaron un forcejeo durante el cual Yoshitomo perdió la espada tras recibir una cuchillada en la mano que casi le hace perder los dedos. Asatori había logrado acorralar a su rival y ya no pensaba dejar que se rehiciese. Yoshitomo se esforzaba sobre todo por mantener el puñal alejado de él, pero lo que no pudo evitar fue que Asatori le propinase un brutal codazo en la garganta que lo dejó sin respiración.

Asatori se sentó a horcajadas sobre su adversario para inmovilizarlo del todo. Yoshitomo estaba derrotado y sus ojos reflejaban una mezcla de asombro e incredulidad, y un angustioso temor ante la inminencia de su muerte. Asatori alzó el cuchillo con intención de zanjar el duelo definitivamente. Fue justo en ese momento cuando sintió que una parálisis se apoderaba de su cuerpo. El cuchillo se le escurrió de las manos y cayó mansamente al suelo. Asatori ignoraba lo que le estaba pasando, pero sentía que le faltaba el aire, escupía sangre por la boca y un inmenso dolor le oprimía el pecho.

Oshimaro se acercó a él lentamente y lo observó con una triunfal sonrisa en

los labios.

—Eres un gran luchador —lo felicitó—, pero la cualidad más poderosa del hombre es su inteligencia —remarcó, señalándose la sien con el dedo índice—. Y en eso no hay nadie que me supere.

Oshimaro recogió del suelo una de las tazas que había salido volando en los primeros compases del combate, y su sonrisa se ensanchó hasta hacerse todo dientes. Fue entonces cuando Asatori comprendió por fin lo que había pasado: Oshimaro había envenenado su té.

Asatori se dio cuenta de que había cometido un error imperdonable. Desde el principio, no había perdido de vista a Yoshitomo, que se había movido a su espalda como un depredador silencioso que espera el momento oportuno para abalanzarse sobre su presa. Sin embargo, eso lo había llevado a descuidar otros peligros menos claros, olvidando así la principal enseñanza de su *sensei*: «A veces el verdadero peligro no está en lo evidente, sino en lo más inofensivo».

De un empujón, Yoshimaro se quitó de encima a Asatori y recogió su espada sin poder evitar sentir una profunda sensación de fracaso. Si no hubiese sido por Oshimaro, ahora mismo estaría muerto a manos de un muchacho que lo había superado en la disciplina que mejor dominaba, y de la que hasta entonces había sido uno de sus referentes más afamados.

Por su parte, Asatori seguía sin poder moverse, pues el veneno le había paralizado todos los músculos del cuerpo. Con todo, sus sentidos se mantenían despiertos, lo que, paradójicamente, le permitiría convertirse en testigo directo de su propio final.

El *yamabushi*, tan solo un día antes de que Asatori se marchase, había vislumbrado en el firmamento la muerte de su pupilo al tratar de hacer cumplir su misión. ¿Debería habérselo dicho? Quizás. Pero, de cualquier manera, nada hubiese cambiado. Uno no puede burlar su propio destino cuando está dispuesto a perseguirlo con todas sus consecuencias.

—Acaba con él de una vez —ordenó Oshimaro.

Yoshitomo obedeció y, empleándose con saña, le clavó repetidas veces la espada en el estómago y le seccionó la yugular. El cuerpo de Asatori se desplomó a un lado como un fardo, mientras las tripas se le derramaban por el suelo y la sangre se le escapaba a borbotones.

Después, el guerrero se alejó del cadáver, tratando de contener un acceso de tos.

—¿Estás bien?

Yoshitomo asintió. Todavía le dolía el golpe que había recibido en la garganta. Y también tenía cortes en una mano. Pero, en conjunto, nada como para preocuparse.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —inquirió Oshimaro—. Si no llego a envenenarlo, ¡ese maldito entrometido habría acabado contigo!

—Ese muchacho luchaba como nadie que jamás hubiese visto. Y yo sé de lo que hablo.

—Está bien —repuso en tono conciliador—. Lo importante es que de momento hemos salvado este primer obstáculo. Pero ya oíste lo que dijo. Él no es el único que sospecha lo que llevamos haciendo durante años.

—¿Y qué proponéis que hagamos?

—Tendrás que eliminar a todo aquel que sepa algo acerca de este asunto. Y en primer lugar te encargarás de Fujiwara no Otomo, para que deje de remover para siempre el tema de la desaparición de su sobrina.

—No será fácil —objetó Yoshitomo.

—Lo sé. Pero voy a decirte cómo has de hacerlo. Cuando regrese de cualquier banquete o recepción, tú y tus secuaces habituales lo emboscareis de noche, en una calle estrecha y poco transitada. Llevará escolta e irá en carruaje, pero nada de eso debería suponerte un problema. Y, al final, no olvides dejar caer en el lugar de los hechos una daga con la insignia de los Taira o los Minamoto. De ese modo, desviaremos las sospechas hacia una de las familias rivales de los Fujiwara.

—De acuerdo.

La mente de Oshimaro giraba sin cesar como la rueda de un molino.

—Encargarte de Katsumi te resultará mucho más fácil. Tanto que tú solo te bastarás. En su caso, te colarás en su casa fingiendo ser un ladrón y la matarás en el transcurso de un supuesto robo frustrado.

—¿Y qué hago con Tokinobu? —preguntó Yoshitomo, consciente de la amistad que había entre él y su señor.

Oshimaro resopló. Realmente, detestaba tener que hacer daño a su amigo.

—Por si acaso, acaba también con él. Tampoco te dará ningún problema. Está herido y apenas puede moverse.

—Así lo haré. —La expresión de Yoshitomo se endureció ligeramente—. No obstante, ese será mi último trabajo. Después me marcharé.

Oshimaro lo miró con el ceño fruncido. Aquella noticia no se la esperaba.

—Creo que te estás precipitando. Es cierto que nuestra situación se ha complicado, pero te aseguro que muy pronto todo volverá a la normalidad.

—No se trata de eso. Sencillamente, he decidido que quiero cambiar de vida. Mi etapa a vuestro servicio ha llegado a su fin.

—Te pagaré lo que me pidas.

—No es una cuestión de dinero.

Aunque estaba enfadado, Oshimaro procuró que no se le notase.

—¿Y se puede saber qué harás a partir de ahora?

—Creo que volveré a la academia de artes marciales donde me formé. Puede que me dedique a enseñar.

—Bueno, ya hablaremos del tema cuando llegue la hora. Pero de momento tienes trabajo por delante. Y, ahora mismo, lo primero que tienes que hacer es deshacerte del cadáver de ese idiota.

Yoshitomo giró la cabeza hacia el lugar donde Asatori había expirado su último aliento, y, por un instante, sintió que su corazón dejaba de latir. Oshimaro miró en la misma dirección, y su rostro palideció como si de repente le hubiesen aplicado una gruesa capa de maquillaje.

El cuerpo de Asatori había desaparecido.

Ambos barrieron la estancia con la mirada, pero el cadáver no estaba por ninguna parte. Aunque remota, cabía la posibilidad de que mientras hablaban, alguien hubiese entrado en la sala y se lo hubiese llevado sin que ellos lo notasen. Rápidamente, se asomaron al jardín, pero no vieron a nadie. Oshimaro y Yoshitomo se miraron con los ojos muy abiertos, sin comprender aún lo que había pasado.

Mientras tanto, en casa de Katsumi, la discusión se había centrado en torno a lo que Asatori parecía haberse propuesto llevar a cabo por propia iniciativa.

—Hay que localizarlo ahora mismo e impedirle que se presente en casa de Oshimaro —señaló Tokinobu, ignorando que para entonces ya era demasiado tarde—. ¿Sabes dónde encontrarlo?

—En el templo budista de Sai-ji —contestó Katsumi.

—Bien, el templo se halla tan solo a tres manzanas de aquí —terció Otomo—. Avisaré a mi escolta para que lo busquen y lo traigan de inmediato.

Sin embargo, antes incluso de que le diese tiempo a levantarse, un sirviente

irrumpió en la sala para anunciar la llegada de un nuevo invitado: Asatori.

El joven monje *sōhei* se internó en la habitación y saludó a todos los presentes con una ligera inclinación de cabeza. Caminaba despacio, como si soportase una pesada carga sobre los hombros, o como si se sintiese particularmente exhausto después de haber realizado un esfuerzo sobrehumano. Pero, más allá de eso, ni un solo rasguño asomaba en su piel.

Aquella tarde, Asatori había sido capaz de bilocarse por primera vez en toda su vida, desde que el *yamabushi* le hubiese enseñado la técnica de aquel prodigioso poder. Después de mucho pensar, había llegado a la conclusión de que aquella sería la manera más segura de abordar a Oshimaro, con el fin de sonsacarle la verdad sin correr peligro alguno. Y eso fue lo que hizo. Se encerró en la celda que ocupaba en el templo y, tras un largo período de abstracción y máximo recogimiento, logró finalmente desdoblarse y proyectar su conciencia hasta la mansión del sospechoso. Durante una hora, Asatori había estado en dos lugares distintos a la vez, pues mientras que su cuerpo físico no se había movido del templo, su imagen psíquica —materializada en una entidad corpórea tan real como la suya propia— se había personificado en la mansión de Oshimaro con el fin de desenmascararlo.

La realización del ejercicio le había supuesto a Asatori un enorme gasto de energía, pero su integridad física no había sufrido daño alguno. ¡Qué gran paradoja si Oshimaro lo hubiese sabido! Al final, un simple campesino había demostrado ser mucho más listo que él.

—¡Estábamos a punto de ir a buscarte! —exclamó Katsumi aliviada—. No podemos dejar que vayas a ver a Oshimaro por tu cuenta.

—Lo siento, pero ya es tarde para eso —repuso—. Ahora mismo vengo de allí.

Katsumi y Tokinobu se miraron con una mezcla de duda y desconcierto. Otomo, por el contrario, adoptó un gesto de clara desaprobación.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo he acusado de todos los crímenes. Sin rodeos. He sido muy directo.

—¿Y cómo ha reaccionado? —quiso saber Katsumi.

—Lo ha admitido todo. Los secuestros... Los asesinatos... También el de Sayuri.

Al escuchar el nombre de su sobrina, el semblante de Otomo se ensombreció ligeramente.

—¿Así, sin más? —intervino Tokinobu—. No acabo de entender que,

después de confesar, te haya dejado marchar tan fácilmente.

—Intentó evitarlo. De hecho, habría acabado conmigo si hubiese podido. Sin embargo, me las arreglé para escapar antes de que el guerrero que lo protege pudiese impedírmelo.

Asatori no tenía intención alguna de contarles cómo lo había logrado. Independientemente de que lo hubiesen creído o no, algunos secretos solo le pertenecían a él.

—Bueno, al menos ya podemos afirmar con toda certeza que Oshimaro es el autor de los crímenes —adujo Tokinobu.

—Definitivamente es un paso adelante, pero en el fondo nada ha cambiado —objetó Otomo—. Seguimos sin tener pruebas que demuestren su culpabilidad.

—¿Y el testimonio de Asatori?

—Carece de valor. Es su palabra contra la de Oshimaro.

Katsumi asintió. Aunque resultase frustrante, coincidía plenamente con la valoración del *Dainagon*.

—¿Y qué más te dijo? —inquirió a continuación—. ¿Te dio algún detalle que pudiera sernos de utilidad?

—Quería el olor de los niños —explicó Asatori—. Exactamente como dijiste. Además, si nadie se lo impide, es muy probable que continúe actuando como hasta ahora. Ni se arrepiente ni siente el menor remordimiento. Para él no hay nada más importante que superarse año tras año a la hora de crear el perfume perfecto.

—¿Y qué ha hecho con los cadáveres de los niños?

—Eso no me lo desveló. Tan solo se limitó a decirme que sus espíritus ya descansaban para siempre al abrigo de los *kami*.

Otomo se sentía cada vez más furioso. Sin embargo, al mismo tiempo no dejaba de devanarse los sesos tratando de hallar alguna solución.

—Sabemos que Oshimaro prepara sus perfumes en el pabellón que mandó construir junto al lago artificial, ¿verdad? Por tanto, ¿cuál diríais que sería el lugar más lógico para deshacerse de los cadáveres?

—En el fondo del lago —contestó Tokinobu—. O enterrados en cualquier lugar del jardín.

—Eso mismo pienso yo —convino Otomo.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando para buscar allí? —terció Asatori.

Tokinobu se lo aclaró de inmediato.

—El jardín de la mansión de Oshimaro es inmenso. Un pedazo de bosque incrustado en el centro de la ciudad. Sería como buscar una aguja en un pajar. O quizás más complicado.

El grupo se sumió en un silencio descorazonador. En el exterior, los insectos del jardín ofrecían un recital de sonidos onomatopéyicos que se mezclaba con el trino de algunos pájaros. Una franja morada ocupaba buena parte del cielo, y las primeras estrellas ya salpicaban el firmamento crepuscular.

—¡Ya está! ¡Lo tengo! —exclamó Katsumi al tiempo que daba un brinco inesperado—. Si os dais cuenta, Oshimaro se mostró con Asatori completamente franco. Admitió su culpabilidad y contestó a todas sus preguntas. No le importó hacerlo porque su intención desde el principio había sido la de no dejarlo salir con vida de allí.

—Pero no quiso desvelarme lo que ha hecho con los restos de sus víctimas —objetó Asatori.

—¡Sí que lo hizo! ¡Esa es la cuestión! Te dijo que sus espíritus descansan al abrigo de los *kami*, ¿verdad? Pues ahí reside la clave. ¡Oshimaro no estaba hablando en sentido figurado! Fue tan sincero en su respuesta como el resto de las veces.

De repente, Otomo chasqueó los dedos en señal de triunfo.

—¡Es cierto! Ahora lo comprendo —repuso, como si se tratase de una obviedad—. Con razón me vencisteis en el dichoso juego de las adivinanzas. Admito que no tenéis rival. —El *Dainagon* acompañó sus palabras con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa cargada de complicidad.

Tokinobu, sin embargo, los miraba sin comprender absolutamente nada.

—¿Podríais, por favor, explicarme de qué diablos estáis hablando?

—¡El árbol de *sakaki*! —replicaron ambos al unísono.

Al principio, aquella respuesta siguió sin decirle nada. Pero entonces Tokinobu ató cabos y comprendió al fin lo que Katsumi había querido decir.

Para el sintoísmo, el árbol de *sakaki* tenía la condición de sagrado. Y, tradicionalmente, se consideraba que constituía el lugar habitual de residencia de los *kami*. Por tanto, el significado de la respuesta de Oshimaro había sido mucho más literal de lo que se habían imaginado. Las víctimas tenían que estar enterradas al pie del monumental árbol de *sakaki*, que Oshimaro siempre había considerado como la joya de su jardín.

Fujiwara no Otomo se puso en pie con aire decidido.

—Me marcho ahora mismo. Hay que actuar cuanto antes.

—¿Y si los cadáveres no están dónde pensáis? —inquirió Asatori.

—Estarán —replicó Otomo, convencido—. Estoy tan seguro de ello que estoy dispuesto a jugarme mi cargo.

EPÍLOGO

El desenlace de la historia puede resumirse en pocas palabras.

Al día siguiente, Fujiwara no Otomo se presentó en la mansión de Oshimaro junto al jefe de la Guardia Ciudadana y una docena de sus mejores hombres. En ese momento, el poderoso noble se ocupaba junto a sus criados de organizar los preparativos para marcharse. Hasta que la situación se calmase, se trasladaría durante un tiempo a una propiedad que su esposa tenía en la provincia de Echizen. Después de la extraña desaparición del cadáver de Asatori, y todo lo que este le había contado, le convenía ser precavido. Sin embargo, al ver llegar a Otomo junto a las fuerzas policiales, se dio cuenta de que no había sido lo suficientemente rápido.

Indignado, Oshimaro puso el grito en el cielo. Alegó que no tenían derecho a registrar su propiedad y amenazó con demandarlos ante las más altas instancias. Como no le hicieron caso, exigió saber de qué se lo acusaba. El *Dainagon* se lo explicó con detalle. Y, como no podía ser de otra manera, Oshimaro lo negó todo y calificó aquellas acusaciones de atroces y disparatadas. Sus quejas, sin embargo, no le sirvieron de nada.

Mientras tanto, Yoshitomo aprovechó la confusión inicial para huir por la puerta de atrás tan pronto como advirtió la llegada de las autoridades. Aunque el jefe de la Guardia Ciudadana estaba advertido de su presunta participación en los hechos, el guardián fue mucho más listo que todos ellos y desapareció de la escena del crimen antes de que lo detuviesen.

Fujiwara no Otomo fue directo al jardín y guio a los guardias hasta el árbol de *sakaki*. Oshimaro también fue arrastrado hasta allí, para que presenciase el registro que estaba a punto de llevarse a cabo. Durante el trayecto, se encaró con Otomo y le advirtió que se lo haría pagar muy caro. Y no dejó de vociferar en todo momento que todo aquello era un ultraje injustificable.

Al pie del árbol, el suelo aparecía alfombrado de flores marchitas y hojas muertas, en consonancia con aquella época del año. Los guardias comenzaron

a cavar en distintos puntos de la superficie. Otomo sabía que estaba asumiendo un gran riesgo. Si no encontraban nada, sus detractores de la corte aprovecharían para crucificarlo e intentarían arrebatárle su codiciado cargo de Gran Consejero. Aunque, por otra parte, si estaba en lo cierto, se aseguraría su continuidad en el puesto durante un período de tiempo mucho mayor.

A dos metros de profundidad aparecieron los primeros restos humanos. Primero algunos huesos sueltos y después osamentas de cuerpo entero. Y, por el tamaño, no quedaron dudas de que pertenecían a menores de corta edad.

Oshimaro trató de argumentar algún tipo de excusa, pero enseguida comenzó a farfullar incoherencias y pronto fue incapaz de hacerse entender. Luego estalló en lágrimas de pánico. Lo habían descubierto y sabía que recibiría un castigo ejemplar. Sus crímenes eran imperdonables.

Y no se equivocaba, pues, pese a que las ejecuciones en el período Heian eran extremadamente infrecuentes, Oshimaro fue condenado a la pena capital.

Una multitud encolerizada se congregó en torno a la plaza donde se procedería a su ejecución. Para entonces, ya todo el mundo estaba al corriente de los horrendos crímenes que había cometido aquel noble de alto rango, que fue recibido con toda suerte de insultos y escupitajos. Oshimaro fue ahorcado una fría mañana de invierno, sin que amigos ni familiares estuviesen allí para despedirlo. Al saberse de sus crímenes, todos le habían dado la espalda.

La Guardia Ciudadana se movilizó al completo para dar con el paradero de Yoshitomo, que había logrado desaparecer sin dejar el menor rastro. Prácticamente se había descartado que siguiese en la ciudad y algunos rumores apuntaban a que se había refugiado en el campo. Las espaciosas zonas rurales le permitirían esconderse con mayor facilidad.

Dos meses después, unos peregrinos despistados se toparon con un cadáver de forma accidental. El individuo parecía haber sido víctima de un brutal ataque. Tenía el rostro desfigurado, como si hubiese recibido el zarpazo de unas garras poderosas y afiladas. Además, varias de sus extremidades habían sido desmembradas. Yoshitomo fue identificado sobre todo por su espada. Al parecer, había muerto tratando de defenderse mientras luchaba.

Los lugareños lo tuvieron muy claro. Aquel sujeto se había adentrado en territorio peligroso, donde en numerosas ocasiones habían sido avistadas criaturas sobrenaturales de las que más valía mantenerse apartado. Y, por cómo había quedado el cadáver, no cabía la menor duda de la autoría de aquel crimen salvaje. Una vez más, los *tengu* habían vuelto a actuar, para luego

regresar a su mundo como si nada hubiese ocurrido...

Katsumi y Tokinobu superaron su crisis matrimonial, que fue la primera y la última verdaderamente seria que tuvieron a lo largo de toda su vida. Desde ese momento en adelante, la relación se cimentó sobre un amor sereno e incondicional, que se multiplicó con la llegada de la tan ansiada descendencia. El primer embarazo tardó un poco en llegar, pero no así los demás, que se sucedieron casi de forma consecutiva. Tuvieron cinco hijos en total. Tres niños y dos niñas.

Tokinobu se recuperó de sus heridas, aunque las cicatrices que tatuaban su cuerpo le recordaron siempre lo cerca que había estado de la muerte. No obstante, la articulación de su hombro derecho jamás se curó del todo, lo que provocó que su capacidad para combatir se viese seriamente mermada. No podía manejar la espada de forma apropiada, ni llevar a cabo movimientos excesivamente bruscos. Por todo ello, abandonó el Ejército Imperial y solicitó su reingreso en la Guardia Ciudadana, donde pasó a ocupar un puesto de responsabilidad en la cadena de mando. Durante una década ocupó el cargo de capitán. Y luego fue nombrado jefe de la institución. Tokinobu recibió numerosas presiones por parte de la corte y la poderosa nobleza, pero pocas veces se dejó intimidar. Siempre luchó por una Guardia Ciudadana de carácter profesional, y apostó por el ingreso de los aspirantes mejor cualificados frente a aquellos otros cuyo único aval consistía en el apellido que llevaban. Si de verdad aspiraba a mantener la seguridad en las calles de Heian-kyō, tenía que poder confiar en los hombres que se hallaban bajo su mando.

Katsumi, además de dedicarse al cuidado de sus hijos, continuó escribiendo con notable éxito sus interminables relatos acerca del príncipe Momozono. Sus manuscritos eran objeto de innumerables copias que pasaban de mano en mano dentro de la corte, y que se extendieron entre los nobles que residían en la capital y también fuera de esta. Como consecuencia de su popularidad, Katsumi recibía invitaciones para acudir al palacio de forma ocasional, donde recibía encantada los cumplidos de aristócratas y cortesanos. Y, con frecuencia, aprovechaba aquellos desplazamientos para ver a su querida amiga Akashi. Satoru, por su parte, sentía tal orgullo de padre que no pocas veces le pidió consejo a su hija para que lo ayudase con los diversos compendios de poesía que le encargaron llevar a cabo.

La dama Akashi, que siempre presumió de su amistad con la afamada escritora, sirvió a dos emperatrices más a lo largo de toda su carrera. Hasta que, cuando alcanzó la edad que ya se consideraba excesiva para ejercer las funciones de dama de compañía, tomó los hábitos e ingresó en un convento budista. Para una mujer que se había pasado casi toda su vida en la corte, dedicada al cultivo de las artes y la belleza, la decisión hubiese podido parecer demasiado drástica. Sin embargo, en aquella época se daba con mucha más frecuencia de lo esperado.

El pequeño Tameyoshi creció bajo la tutela del templo de Sai-ji, aunque Katsumi no dejó de formar parte activa de su vida hasta que alcanzó la edad adulta. Tal y como parecía lógico, finalmente se hizo monje budista. Pero pronto se dio cuenta de que aquello solo le satisfacía en parte. Por influencia de Tokinobu, Tameyoshi siempre se había considerado un apasionado de las artes marciales, que habían seguido practicando juntos durante años. Además, había desarrollado un cuerpo fuerte y atlético, dotado naturalmente para la lucha. Por todo ello, tomó la decisión de marcharse al monte Hiei y unirse al ejército budista. Con el tiempo, los monjes guerreros adquirieron un gran poder, y cada vez resultaba menos extraño verlos bajar a la capital para demandar sus exigencias al gobierno.

Tras ayudar a resolver el misterio de los niños desaparecidos, Asatori sintió una especial llamada del destino y, en lugar de regresar con sus compañeros de la comunidad budista, acudió a la montaña donde se refugiaba su *sensei*. Allí, el *yamabushi* continuaba preparándose para el *sokushinbutsu*, tomando las infusiones que su cuerpo precisaría para completar con éxito el severo proceso. Asatori se había presentado allí con una idea muy clara: seguir la doctrina del *shugendo* y adquirir los conocimientos necesarios que le permitiesen realizar todo tipo de proezas sobrehumanas. Quería convertirse en *yamabushi* y dedicar su vida a las prácticas ascéticas, con el fin de alcanzar la Iluminación.

Aunque el estado de salud del anciano era cada vez más precario, durante los dos siguientes años preparó a Asatori para que siguiese sus pasos, tal y como deseaba. Después, el *yamabushi* inició la última etapa de su proceso de automomificación, para la cual contó con la inestimable ayuda de su pupilo. Asatori cavó una tumba y fabricó una caja de madera donde su maestro se introdujo con docilidad. Luego sepultó el habitáculo bajo tierra, salvo por una caña de bambú que salía al exterior para que pudiese respirar. Durante dos

meses, sin comida ni agua, y dedicado tan solo a la meditación, el *yamabushi* hizo sonar una campanilla para saber que estaba vivo. Cuando el silencio fue total, Asatori selló la tumba por completo y se instaló en la cabaña de su maestro fallecido. Mil días después, abrió la caja de madera y, con gran satisfacción, comprobó que el cuerpo de su *sensei* no se había corrompido. La momificación había sido un éxito total.

Aunque Asatori hacía vida de ermitaño, ello no impedía que de vez en cuando abandonase la montaña y saliese al exterior. Algunas veces visitaba a su familia, otras a Katsumi y Tokinobu en Heian-kyō, y también pasaba algunas temporadas en diversos monasterios del monte Hiei, donde pronto se ganó una considerable fama como *yamabushi*.

Un día, mientras meditaba frente a la cabaña, un joven monje de unos veinticinco años apareció ante su puerta. Era Tameyoshi, quien, convertido ya en un extraordinario guerrero budista, deseaba ahora aumentar aún más sus conocimientos y aspiraba a una preparación superior. A Asatori no le sorprendió su llegada, que la había visto anunciada en las estrellas. El muchacho poseía un aura especial y una enigmática misión se le adivinaba en el horizonte. Asatori no lo dudó. Su deber era prepararlo.

Pero todo eso ya pertenece a otra larga historia...

NOTA DEL AUTOR

El emperador Kanmu, el quincuagésimo soberano de Japón de acuerdo con el orden de sucesión tradicional, está considerado hoy en día como uno de los gobernantes más importantes del Japón antiguo, y el último de una línea de grandes monarcas que fundaron capitales y fueron capaces de movilizar la riqueza y el poder militar de todo un país con fines nacionales o dinásticos. Con motivo del 1100 aniversario de la fundación de Heian-kyō, en el año 1895 se construyó en Kioto el santuario sintoísta Heian-Jingū, dedicado a la memoria del emperador Kanmu, en cuyo honor se celebra todos los años un festival a principios de abril.

La muerte del emperador Kanmu a principios del siglo IX abrió una etapa de declive de la institución que representaba, cuyo poder pasó a manos de la familia Fujiwara, que gobernó de facto en el país a lo largo de los dos siguientes siglos, durante la mayor parte del período Heian. Para lograrlo, los Fujiwara no se valieron de la violencia, sino de una hábil política que utilizaba los matrimonios de conveniencia para ejercer el poder. En resumen, comenzaron a casar a sus hijas con los príncipes herederos, muchos de cuyos sucesores se convertían en soberanos reinantes, los cuales estaban invariablemente emparentados con el jefe del clan. Para que su estrategia funcionara, procuraban que los emperadores subieran al trono siendo aún menores, de modo que ellos asumían la verdadera tarea de gobernar mediante el cargo de regente. Luego forzaban su abdicación a una edad relativamente temprana, antes de que mostrasen signos de independencia, y a continuación el ciclo se volvía a repetir. Aunque al emperador se le siguió suponiendo el poder nominal, en realidad su papel se redujo a sancionar formalmente los actos realizados en su nombre, dedicando casi todo su tiempo a escenificar complejas y pomposas ceremonias religiosas.

Tras la consecución de su triunfo militar, Sakanoue no Tamuramaro subyugó definitivamente al pueblo *emishi*, labor por la cual le fue concedido el título

de *Seii Taishōgun* (gran general apaciguador de los bárbaros). Además de al emperador Kanmu, el heroico general continuó sirviendo a los emperadores Heizei y Saga, tanto en calidad de *Dainagon* como de ministro de Guerra. Se cree que está enterrado en el túmulo de Shogunzuka, ubicado en una colina al este de Kioto, y que aún hoy día su espíritu protege la mítica capital.

A nivel cultural, el período Heian dio lugar a una verdadera edad de oro de las letras niponas.

En primer lugar, y debido a la popularidad de que gozaba la poesía entre las élites, la literatura se desarrolló principalmente en clave poética, y muchos de los emperadores de la época ordenaron crear varias antologías para recoger los poemas de estilo *waka* más distinguidos. Además, al tratarse de un género genuinamente japonés, los compendios también sirvieron para reivindicar la identidad nacional tras numerosos siglos de influencia china. Entre las obras más relevantes cabe mencionar el *Manyōshū*, la colección existente más antigua, y el *Kokinshū*, la más influyente de su tiempo.

Con todo, fue la literatura en prosa la que proporcionó los máximos logros de las letras en este período, escrita sobre todo por mujeres, que emplearon para ello el silabario japonés *kana*. Los géneros más destacados serían los diarios privados (*nikki*) y los libros de impresiones (*shōshi*), pero muy especialmente la narrativa épica (*monogatari*), a cuyo género pertenecen las más notables obras de ficción clásicas. Entre las grandes joyas literarias de la época cabe señalar *El libro de la almohada*, firmado por Sei Shōnagon, dama de compañía de la emperatriz Teishi, y, sobre todo, *La historia de Genji*, salida de la exquisita pluma de Murasaki, que muchos consideran la novela más antigua de la historia y una obra maestra de la literatura universal de todos los tiempos. El texto, cuya extensión supera las cuatro mil páginas —el doble que *Don Quijote de la Mancha* o *Guerra y paz*—, describe con asombroso detalle el suntuoso mundo aristocrático de la corte Heian.

Por otra parte, el período Heian también contempló el surgimiento de la clase samurái, cuyo término comenzaría a utilizarse por primera vez en aquel tiempo en un contexto puramente militar. La guerra contra los *emishi* y lo allí aprendido serviría además para definir las principales características del guerrero samurái que predominaría en Japón hasta el siglo XII aproximadamente: expertos jinetes equipados con arco, espada curva y armadura ligera, dedicados por entero a la vida marcial. Fue a partir de las invasiones de los mongoles cuando se produjo un cambio en el estilo de lucha

de los samuráis, que dejaron de lado el arco y comenzaron a hacer un mayor uso de la espada y también de la *naginata*, pasando lentamente de luchar a caballo a hacerlo sobre todo a pie.

El declive de la era Heian se produjo como consecuencia de la progresiva proliferación del sistema de los *shoen*, que permitió a los clanes más destacados hacerse con una gran cantidad de tierras de origen público de las que obtenían enormes beneficios de los impuestos que recaudaban a los campesinos, mientras el gobierno central se debilitaba cada vez más y las arcas imperiales se vaciaban poco a poco. Al mismo tiempo, el Japón de la época sufrió un grave debilitamiento económico como consecuencia de diversas hambrunas y epidemias, que provocaron un aumento de la violencia en numerosas provincias que el gobierno no podía combatir. Con tal fin, optó por conceder amplios poderes a los señores feudales para que formasen sus propios ejércitos profesionales, y después delegó en ellos la misión de contener los desórdenes y rebeliones que se estaban produciendo por todo el país. Con el tiempo, algunos de los clanes militares más importantes acabaron desplazándose también a la capital para proteger a la corte imperial de los monjes *sōhei*, que cada vez con mayor frecuencia amenazaban con sembrar el caos si sus peticiones no eran atendidas. Este hecho hizo que los señores de la guerra adquiriesen mayores cotas de poder si cabía, gracias a las relaciones políticas que lograron tejer con la aristocracia cortesana y los títulos militares que les fueron concedidos.

Dichas circunstancias provocaron el decrecimiento gradual del poder de los Fujiwara, en beneficio de los dos clanes más poderosos de la época —los Taira y los Minamoto, emparentados ambos con la familia imperial—, entre los cuales surgiría una enconada rivalidad que se traduciría en constantes enfrentamientos bélicos, hasta que a finales del siglo XII se produciría una cruenta guerra civil —las Guerras Genpei—, que daría como vencedor al bando del clan Minamoto.

De este modo, el período Heian llegaría definitivamente a su fin, después de que en el año 1192 Minamoto Yoritomo se autoproclamase *shōgun* con carácter permanente, y el emperador se convirtiese en un simple espectador de la situación política del país, reducido a ejercer un papel puramente ceremonial y religioso. La instauración del primer régimen militar en Japón supuso el inicio de la era feudal, durante la cual las clases guerreras dominarían el territorio a lo largo de los siguientes setecientos años...

AGRADECIMIENTOS

A mi familia y amigos por su constante apoyo.

A Miryam Galaz, mi editora. A Ángel María Herrera, mi agente. Y a mis lectores «beta»: Domingo, Chelo, Loren, Pablo «Brother» y Juanlu. Los primeros en asomarse al manuscrito y darme a conocer su opinión.

Tampoco me quiero olvidar de los blogs de literatura que abundan en la red y que tanto hacen por la difusión de los libros y la lectura. Y para evitar reproducir una lista que sería interminable, citaré el de «Libros que hay que leer» en representación de todos ellos.

Y a ti, estimado lector. Tú haces posible que la historia que yo concebí cobre vida ante tus ojos y tu imaginación. Gracias de todo corazón por estar al otro lado. Para saber más acerca de mí o de mi obra, te invito a visitar mi página web: <http://josevicentealfaro.com/>.

Notas

[1] Ser sobrenatural perteneciente al folclore japonés, mezcla de ave y persona, que habitaba en las profundidades de los bosques y las montañas. Con el transcurso de los siglos, el pico con el que habitualmente se le representaba se transformó en una larguísima nariz.

[2] Demonio con aspecto de anfibio y rasgos humanoides que habitaba los lagos y ríos, y al que se consideraba travieso pero letal.

[3] Una especie de ogro que poseía cuernos y colmillos, particularmente violento y peligroso.

[4] Término que puede traducirse aproximadamente como «persona de calidad», y que englobaba a los nobles y cortesanos, y a todas las personas de buena cuna en general.

[5] Estilo de arquitectura propio de la aristocracia Heian.

[6] Género de poesía japonesa que durante el período Heian constituyó un medio de comunicación común entre las personas de clase alta, que no solo se circunscribía al ámbito del cortejo. Los poemas *waka* eran muy cortos y tradicionalmente carecían de cualquier tipo de rima.

[7] También llamada «cortina ceremonial», la *kichō* era un bastidor portátil detrás de cuyas colgaduras se sentaban las damas de la época Heian para recibir a sus visitantes.

[8] Brasero portátil alimentado con carbón.

[9] En torno a la medianoche, de acuerdo con la hora japonesa tradicional.

[10] Hacia las seis de la tarde.

[11] Según la onomástica japonesa, primero se pone el apellido familiar y después el nombre de pila. El *no* significa «de». Es decir, que Fujiwara no Otomo se leería como Otomo del clan Fujiwara.

[12] Término japonés usado como título honroso para tratar con respeto y admiración a un maestro, sobre todo en el campo de las artes marciales.

[13] La secta budista japonesa predominante durante el período Heian. Dicha escuela sostenía que se podía conseguir la Iluminación en una sola vida, y basaba su filosofía en el Sutra del Loto, texto que consideraban como la definitiva y más completa revelación de las enseñanzas de Buda.

[14] Fenómeno que puede traducirse como «consecución de la budeidad en vida». No todos los monjes que lo intentaban lograban su objetivo. En la actualidad se han localizado en Japón más de una veintena de cuerpos momificados, algunos de los cuales se conservan en templos sagrados, donde son venerados como auténticos budas. Esta práctica se prohibió definitivamente a finales del siglo XIX.

[15] Además de entre los *yamabushi* japoneses, el fenómeno de la bilocación también ha sido documentado entre los monjes tibetanos y los yoguis de la India, así como entre algunos chamanes primitivos; en el mundo occidental, muy particularmente entre los místicos y santos cristianos, como san Martín de Porres o san Francisco de Asís.

[16] Concurso de poesía japonesa *waka* en el que dos grupos de poetas competían recitando sus poesías, con el fin de lograr méritos personales ante la Corte Imperial.

[17] Las oraciones que se dirigen a las deidades sintoístas y que suelen recitarse con ocasión de ciertas ceremonias de culto.

[18] Variedad ornamental de la carpa común, cuya cría ya se venía realizando en Japón desde hacía cientos de años.

[19] Instrumento de cuerda tradicional de Japón, perteneciente a la familia de las cítaras.

[20] Hacia las cuatro de la tarde.

[21] El *seppuku* o *harakiri* se convertiría años más tarde en un ritual institucionalizado como parte del código ético de los samuráis. Mediante el mismo, el individuo se quitaba la vida por desentrañamiento buscando restaurar el honor perdido, bien para evitar caer en manos del enemigo, bien como una forma de pena capital por un delito que hubiese cometido, o para expiar un error tras haber caído en deshonra.

[22] A la espada *tachi* se la considera la antecesora de la popular katana, cuyo uso se generalizaría entre los guerreros japoneses tiempo más tarde.

[23] El término «samurái» deriva de la palabra *saburai*, «el que sirve a un superior», cuya pronunciación se acabaría alterando hasta el vocablo que se usa en la actualidad. A comienzos del siglo VIII, se llamaba así a los sirvientes que atendían las casas de los nobles y realizaban para ellos todo tipo de tareas, hasta que el término evolucionó hacia el aspecto militar.

[24] Portal en forma de arco consistente en dos columnas sobre las que se sustentan dos travesaños paralelos, que constituye el elemento más icónico de los santuarios sintoístas.

La fragilidad del crisantemo

José Vicente Alfaro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración y diseño de la portada: Agustín Escudero, 2019

© José Vicente Alfaro, 2019

© Los poemas citados pertenecen a la antología *El pájaro y la flor. Mil quinientos años de poesía clásica japonesa* (traducción de Carlos Rubio, Alianza Literaria, 2011), reproducidos por cortesía de Alianza Editorial y Carlos Rubio

©Editorial Planeta, S.A., 2019

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-270-4523-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



